



METROPOLIS

MABEL DÍAZ

NO ME

busques ←

MÁS

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, febrero 2019

© 2019 Mabel Díaz

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Victoria Vílchez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para todas las lectoras que me pidieron esta historia,

en especial, para Vanessa y Mónica.

1

Santi apoyó la punta del bolígrafo sobre la hoja en blanco, dispuesto a comenzar su relato de esa jornada en el diario que escribía desde hacía varios años. Pensó un momento las palabras que iba a poner y, cuando encontró las idóneas, empezó:

Hoy hace un año que Elena me besó por primera vez y, aunque han pasado doce meses y muchas cosas en este tiempo, volvería atrás solo para sentir el contacto de sus cálidos y suaves labios contra los míos de nuevo por unos segundos.

Pero eso no va a ocurrir. No puedo dejar que pase. Ella querrá ir más allá y no estoy dispuesto a consentirlo. Descubriría que no soy un hombre completo y eso es algo que no puedo soportar.

Es mejor dejar las cosas así.

Además, Elena ahora está con Fabrizio. Él la hará feliz o, al menos, le dará lo que ella necesita para ser feliz, algo que yo nunca podré darle.

Pero me conformo con tenerla al lado, como amiga, aunque sea un suplicio saber que no puedo estar con ella como lo haría cualquier otro hombre.

Lo importante es su felicidad. No la mía.

Unos golpes en la puerta hicieron que Santi dejase de escribir y levantara la vista del cuaderno.

—¡Adelante!

Su amigo Rubén asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Molesto? —preguntó.

—No. Solo estaba escribiendo un poco, pero puedo continuar después.

¿Qué querías?

Santi colocó el marcador entre las hojas y cerró el diario. Abrió el cajón donde lo guardaba y, junto con el bolígrafo, lo dejó allí.

Rubén terminó de entrar en la habitación.

—Quería comentarte algo. —Dudó un momento y después prosiguió—: Sobre Natalia. Esta noche, en la fiesta de mi cumpleaños, voy a pedirle que se venga a vivir conmigo. Ya hace tres meses desde que volvimos a estar juntos

y, como pasa aquí la mitad de las noches, he pensado que es una tontería que se vaya a su casa el resto de la semana.

—Me parece bien. —dijo Santi.

—De acuerdo. Solo quería comentártelo para que lo supieras.

—No hay problema. Natalia me cae genial, nos llevamos bien y, además, la casa es tuya, no tienes por qué pedirme permiso para que tu novia venga a vivir con nosotros —le respondió Santi.

Rubén lo miró entonces muy serio y Santi supo que le iba a pedir algo que no le iba a gustar.

—Suéltalo ya. ¿Qué más hay?

Su amigo de la infancia, y compañero de piso desde hacía varios años, cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. Se cruzó de brazos e inspiró hondo antes de hablar.

—Ya sabes que una pareja necesita intimidad y que Natalia y yo no somos precisamente lo que se dice discretos cuando hacemos el amor, ni cuando nos metemos mano en el sofá, etcétera. No nos cortamos ninguno de los dos a la hora de mostrar en público nuestro cariño y la pasión que sentimos. Había pensado que es posible que, al vivir ella aquí, como todo esto se dará con más frecuencia, puedes sentirte incómodo, y no quiero que eso ocurra. Por eso te digo que, si en algún momento te resulta demasiado molesto, eres libre de buscar otro sitio donde estés más a gusto...

Santi se levantó de la silla donde había estado escribiendo su diario, frente al escritorio situado ante la ventana de su habitación, y contempló a su amigo con una sonrisa en los labios.

—¿Me estás pidiendo que me vaya de esta casa? —preguntó con tranquilidad.

—¡No! No es eso —se apresuró a negar Rubén.

—Pues yo creo que sí. Eso es precisamente lo que me acabas de decir —respondió ampliando su dulce sonrisa.

—Santi, colega, no quiero que te sientas mal cada vez que nos oigas hacer el amor o nos veas besándonos.

Santi arrugó el entrecejo.

—¿Por qué me iba a sentir mal? No me importa. Es más, disfruto viéndoos felices y sabiendo que vuestra relación marcha estupendamente.

—Ya, pero una pareja necesita intimidad...

—Vale, o sea, que el que molesta soy yo —se rio.

—No, tampoco es eso —resopló Rubén, buscando la manera de explicárselo mejor a su amigo.

Santi lo miró con cariño. Entendía perfectamente lo que Rubén quería decirle. Tarde o temprano, ellos tendrían que dejar de convivir y, al parecer, ese final se acercaba.

—Tranquilo. Sabía que este día llegaría. Es normal que Natalia y tú queráis disponer de toda la casa para vosotros solos y hacer el amor en cualquier rincón de ella, sin tener que preocuparos de que yo os pille *in fraganti*. Buscaré otro piso. —Colocó las manos sobre los hombros de Rubén y le dio un ligero apretón.

Rubén lo miró unos segundos a los ojos y luego una sonrisa se extendió por su cara.

—Gracias por entenderlo.

Mientras Rubén abandonaba su habitación, Santi recordó cómo habían conocido a las vecinas. Natalia y Elena se habían mudado al chalet de al lado hacía poco más de un año. Su amigo y la que ahora era su novia tuvieron varios encontronazos antes de embarcarse en la relación que mantenían en el presente. Sonrió al recordar algunas anécdotas bastante divertidas de sus tiras y aflojas.

Instintivamente, se llevó una mano a la frente para tocar la cicatriz que allí tenía y que había resultado a raíz de una de aquellas peleas de enamorados.

Solo que no fue ninguno de los dos quien lo marcó de por vida. Fue Elena y su puntería al lanzar una piedra contra la casa que los dos amigos compartían. Le habían dado siete puntos de sutura.

Ella no había tenido suficiente con irrumpir en su rutina con aquel vestido de flores, con su frescura y su sonrisa, con su halo de ángel divino recién aterrizado en la Tierra para torturarlo. No. Además, había tenido que marcarlo para siempre con una cicatriz en plena frente.

Sin embargo, eso no era nada en comparación con las huellas que Elena había dejado en su corazón. Se había enamorado de ella nada más verla descender de su coche, aparcado frente al chalet contiguo, el mismo día que

empezaba su vida en la nueva casa, en Leganés, una población cercana a Madrid.

Aunque le había costado mucho vencer su timidez y mantener una conversación con ella sin ponerse rojo como un tomate, ni balbucear igual que un bebé, al final lo consiguió.

Pero Elena era una mujer de armas tomar, además de una consumada seductora. Ella no se conformaba solo con unos pocos besos y no llegar a nada más. Elena quería el lote completo, y Santi no podría dárselo nunca a menos que venciera su complejo y se mostrara ante ella tal cual era.

—¿Estás lista? —le preguntó Elena a Natalia entrando en su habitación.

Su rubia amiga se levantó de la cama, tras haberse abrochado las sandalias, y afirmó con la cabeza.

—¿No vas a llevarte una chaqueta? —quiso saber Natalia—. Ya estamos en septiembre y por las noches refresca.

—Encontraré a alguien que me caliente —sonrió Elena, y le guiñó un ojo con picardía.

—¿Santi? —dijo Natalia.

Elena hizo un gesto con la mano.

—Él no me besaría ni aunque lo predigan mil profetas. Sabes que siempre he tenido que ser yo quien dé el primer paso. Y no sé si sobreviviría a otro más de sus rechazos.

—Es que fuiste muy rápido con él y con lo tímido que es...

—No empieces de nuevo con ese rollo. —Elena se puso las manos en las caderas y miró a su amiga muy seria—. Yo no soy una psiquiatra que tenga que arreglarle la cabeza a ese hombre.

—Es una pena. Haríais una pareja superbonita. Y estaría muy bien que saliéramos los cuatro juntos.

—Ya salimos los cuatro juntos. —Elena frunció el ceño.

—Sí, pero no es lo mismo. Vosotros no sois pareja.

Natalia abandonó la habitación seguida de Elena y comenzaron a descender las escaleras hasta la planta baja del chalet donde vivían.

—Además, algunas veces viene Fabrizio y no me gusta nada. Sé que Santi lo pasa mal cuando os ve juntos —añadió su amiga.

—¿Y qué hay de mí? Yo también lo paso mal viendo al hombre del que estoy enamorada y sabiendo que nunca podré tenerlo. ¿Sabes lo que es tener que conformarme con los besos y las caricias de Fabrizio cuando en realidad me muero por las de Santi? Pero tengo mi orgullo y no pienso volver a pasar por lo mismo. Él ya tuvo su oportunidad en el pasado y no la aprovechó. Me rechazó muchas veces, salía huyendo de mí cada vez que lo tocaba, como si yo fuera una violadora. ¿Sabes cómo me hace sentir eso? Puedo dar la imagen de frívola, devorahombres y de que no me importan los sentimientos, pero no es así, Nat. Cuando hago el amor con Fabi, cierro los ojos y me imagino que es con Santi con quien estoy. ¿Sabes lo sucia que me siento al abrirlos y encontrarme con la mirada lujuriosa de un hombre al que no amo?

Llegaron hasta la puerta de la casa y Natalia se detuvo.

—Pues deja de ver a Fabrizio y vuelve a intentarlo con Santi una vez más. Solo una vez más —le pidió, cogiéndola de las manos.

—Natalia, para que una relación funcione, el sexo y el amor tienen que ir de la mano. Y con Santi sabes que me faltaría una de las dos cosas.

—También te falta con Fabrizio —le espetó su amiga hastiada.

—Con Fabi yo no tengo una relación amorosa, ni estable, ni nada de nada, y tampoco la quiero. Me basta con echar un polvo con él cada vez que viene a Madrid. Me quita las ganas y nada más. El corazón no interviene —le explicó Elena, aunque no hacía falta, pues Natalia sabía bien cómo eran las cosas con el italiano que habían conocido en Ibiza el verano anterior.

Natalia la miró, escéptica.

—¿Seguro que el corazón no interviene? —preguntó—. Acabas de decirme que te sientes mal por hacer el amor con Fabi cuando en realidad deseas hacerlo con Santi. Sí que interviene tu corazón.

Elena resopló con fastidio y meneó la cabeza. La misma conversación de siempre y nunca arreglaban nada. No tenía sentido continuar hablando del tema.

—Anda, vámonos o llegaremos tarde a la barbacoa que organiza Rubén por su cumple.

2

Nada más abrir la puerta de la casa de al lado, Rubén besó a Natalia. Elena, dejándoles un poco de intimidad, se internó en la vivienda en busca de Santi. Lo encontró en el jardín trasero, charlando con dos amigos. Lo observó unos instantes y, de nuevo, su corazón se contrajo de dolor por saber que nunca podría tener al único hombre del que se había enamorado. Pero debía ser fuerte y aparentar que ya no le importaba.

Santi estaba tan guapo como siempre. Con una camiseta azul, unos vaqueros del mismo tono y unas zapatillas de tenis negras. El pelo, algo más largo de lo habitual, se le rizaba en la nuca, y un mechón oscuro le caía constantemente sobre la frente, ocultando la cicatriz que Elena le había hecho varios meses antes.

Miró sus labios, carnosos, llenos y tentadores, que se movían al articular las palabras, enseñando sus blancos dientes.

El corazón de Elena latió más fuerte al recordar cómo los había sentido contra su boca y su piel las pocas veces que había tenido la oportunidad de liarse con Santi. Las pocas veces que le había permitido entrar en su vida y arañar un poquito la superficie de ese chico que la traía loca de deseo.

Sin darse cuenta, se relamió los labios, intentando recuperar el sabor de la boca de Santi. Desvió la mirada hasta los azules ojos de él, tan puros y dulces, y se encontró con que Santi la observaba.

Tan pronto como él se supo pillado, apartó los ojos y se ruborizó, como le ocurría siempre en presencia de Elena.

Ella emitió un tembloroso suspiro. Ya empezaban otra vez.

Sin dudarle más, bajó los pocos escalones que la separaban del césped artificial del jardín de los vecinos y se dirigió con decisión hacia donde estaba Santi.

Este la observaba de reojo. Vio como deambulaba por entre los invitados a la fiesta, saludando a unos y a otros, pero sin detenerse. Sabía que Elena iba a por él y que no se despegaría de su lado en toda la noche.

Estaba preciosa con su minifalda vaquera y su top de tirantes negro. El

pelo, suelto y largo hasta media espalda, se le había aclarado con el sol de ese verano, al que ya le quedaban pocos días para terminar, y ahora lucía más rubio que de costumbre.

Recordó la conversación con Rubén. Cuando Natalia viviese allí y Santi se mudara, no vería a Elena cada día como hasta entonces. Aquello le dolió mucho, pero era lo mejor. Nunca podría tenerla.

—Hola —lo saludó Elena al llegar a su lado, clavando sus ojos verdes en los labios de Santi, sonriendo como si él fuera la única razón de su existencia.

—Hola, Elena —se obligó a decir Santi, notando cómo el rubor teñía sus mejillas. Respiró hondo para controlar el nerviosismo y los acelerados latidos de su corazón, que amenazaba con saltar de su pecho a los brazos de ella, y añadió—: ¿No te acompaña Fabrizio?

A Elena se le borró en el acto la sonrisa de la cara. ¿Por qué había tenido Santi que nombrarlo?

—No. Está en Roma y hasta dentro de unos días no vendrá.

Santi asintió ante sus palabras y jugueteó nervioso con la cerveza que tenía entre las manos mientras Elena saludaba a otros amigos.

Charlaron un rato sobre cosas banales hasta que uno de sus colegas se marchó para buscar a su novia y el otro fue a por algo de beber.

—¿Quieres tomar algo, Elena? —preguntó Santi, a quien el sonrojo había abandonado pero el nerviosismo no.

—Sí, gracias. —Sonrió de nuevo.

Santi hizo amago de marcharse para traerle una bebida, pero Elena se interpuso en su camino. Le quitó el botellín de cerveza que él tenía en las manos y le dio un trago, mientras no dejaba de observar la reacción de Santi.

Le encantaba tentarlo, aunque sabía que no debía hacerlo, pues nunca conseguiría nada con aquel juego. Y, a pesar de lo que le había dicho a Natalia hacía poco en su casa, algo la impulsaba a seguir intentando llevarse a ese hombre a la cama.

Cuando terminó de beber, acarició la boca del botellín con la lengua, dejando un rastro de humedad. Él contuvo el aliento, reprimiendo el impulso de enredar su lengua con la de ella.

Le tendió a Santi de nuevo la cerveza mientras clavaba su mirada en la de él.

—Gracias.

Santi tragó saliva ruidosamente y Elena comprobó como le temblaba el pulso al coger la cerveza. Cuando sus dedos se tocaron, una corriente eléctrica vibró entre sus cuerpos, acelerando sus respiraciones.

«Esto es lo más cerca que mi boca volverá a estar de sus labios», pensó Santi, dándole un nuevo trago al botellín que acababa de recuperar.

Elena agrandó los ojos al ver como él bebía, sin importarle lo que ella acababa de hacer. Ella tenía suficiente arrojo y valor por los dos para propiciar situaciones íntimas. Sin embargo, sabía que no debía traspasar ciertos límites con él.

Natalia llegó para interrumpir el momento que estaban viviendo, sacándolos de su burbuja particular.

—Necesito hablar contigo. —Cogiendo a Elena de una mano, se dio la vuelta para llevársela—. Te la devolveré enseguida, Santi —le comentó a su amigo.

Mientras ellas se alejaban cuchicheando, Santi observó el esbelto cuerpo de Elena. El contoneo de sus caderas lo hacía morir a fuego lento. Esa mujer era una trampa sensual que aniquilaba el sentido común de cualquier hombre.

Sintió como un puñal se clavaba en su corazón al recordar que, cuando él se mudara, tendría menos contacto con Elena. Pero era mejor así. Porque cada vez le resultaba más difícil resistirse a sus encantos femeninos. Era posible que cualquier día accediese a los ruegos de Elena y acabasen en su cama.

Sin embargo, Santi sabía a ciencia cierta que eso sería el fin. Cuando ella descubriera su tara, saldría huyendo como si la cama estuviera en llamas. Después vendrían las miradas de compasión o las risas y las bromas sobre su «*particularidad*». Ya le había ocurrido en el pasado. Con sus padres, su hermano, aquella prostituta... Él era un bicho raro, un ser de feria al que exhibir y del que mofarse.

No estaba dispuesto a que le ocurriera lo mismo con Elena. Por eso era mejor guardar las distancias.

Ni siquiera lo sabía Rubén, su amigo desde los tres años. A pesar de que vivían juntos, Santi nunca había permitido que él conociese ese defecto.

Aunque sabía que podía confiar en Rubén ciegamente, no quería confesar que no era un hombre completo. Cuanta menos gente conociese su tara, mejor.

—Lamento haberos interrumpido —se disculpó Natalia con Elena cuando entraron en el salón de la casa de Santi y Rubén, buscando intimidad para hablar—. Pero casi mejor, porque ¡joder, tía! Con el calor que desprendéis los dos cuando estáis juntos podríais causar un incendio.

—Bah, no te preocupes. Tampoco es que estuviéramos haciendo nada interesante —replicó Elena sacudiendo una mano, restándole importancia al asunto—. Además, sabes que no conseguiré nada con él, más allá de cuatro besos y algunos tocamientos, pero me encanta calentarlo —se rio—. Bueno, ¿qué es eso tan urgente que me tienes que contar?

Las dos amigas se sentaron en el sofá y se acomodaron de tal manera que una quedó frente a la otra, viéndose las caras.

Natalia respiró profundamente antes de hablar.

—Rubén me ha pedido que me venga a vivir aquí con él.

Elena abrió la boca y los ojos con una actitud sorprendida y alegre muy difícil de disimular.

—¡Qué guay! —exclamó. Abrazó a Natalia haciéndole saber lo mucho que le gustaba la idea—. ¡Qué ilusión! Me alegro mogollón por ti. ¿Cuándo hay que hacer la mudanza?

—Le he dicho que no —respondió Natalia.

Elena se separó de ella de inmediato.

—¿Cómo que le has dicho que no? —Sin dejarle contestar, añadió—: ¿Otra vez vas a empezar con el rollo de que vais muy rápido? ¡Pero si te pasas la mitad de la semana aquí con él! ¿Cuántas veces has dormido en esta casa en los últimos siete días? ¿Tres, cuatro? Ya tienes aquí mucha de tu ropa, el cepillo de dientes, cremas, maquillaje y demás. Prácticamente ya estáis viviendo juntos.

—Tienes razón, Ele, pero no le he dicho que no porque piense que vamos muy rápido o porque me baste con dormir con él cuatro días a la semana. Le he dicho que no por dos motivos.

Natalia hizo una pausa, durante la que Elena esperó expectante.

—El primero es que no quiero dejarte sola otra vez. Ya lo hice durante los meses que duró la recuperación de mi madre, tras su operación a corazón abierto, y...

—¡Venga ya, Nat! ¡Que no soy una niña pequeña, por favor! Esos meses te eché mucho de menos, es verdad, pero sobreviví. Además, siempre puedo buscar otra compañera de piso. No será lo mismo que estar contigo, pero encontraré a alguien que sea afín a mí y asunto resuelto.

Natalia asintió, dando por buenas las explicaciones de Elena. Pero aún quedaba la parte más peliaguda de por qué había rechazado la propuesta de su novio.

—¿Cuál es el otro motivo por el que le has dicho que no a Rubén?

—La otra cuestión es... —titubeó antes de proseguir— que si yo me vengo aquí..., *alguien* deberá buscarse otro sitio para vivir.

Elena abrió la boca, sorprendida, al darse cuenta de lo que su amiga había querido decir con ese *alguien*. Santi se iría de la casa y ya no tendría contacto diario con él. Lo vería menos y...

Los ojos se le empañaron al pensar en esa posibilidad.

—¿Vais a echar a Santi a la puta calle? ¿Por qué no se puede quedar aquí, viviendo con vosotros? —preguntó, sintiendo una rabia enorme que se mezclaba con el terror por dejar de ver a su amor imposible.

—No lo vamos a echar a la puta calle. —Natalia repitió las palabras de su amiga—. Santi buscará otro sitio para vivir. Ya lo han hablado Rubén y él. Lo ha entendido y lo ha aceptado.

—¡Claro! ¿Cómo no lo va a aceptar? —Elena se levantó del sofá, indignada—. La casa es de Rubén y él puede hacer y deshacer a su antojo.

En ese momento, Rubén entró en el salón buscando a las dos chicas. Iban a partir la tarta y quería que Natalia estuviese a su lado en ese momento, junto con el resto de los invitados.

—¡Tú! —le gritó Elena al verlo—. ¿Cómo tienes la cara dura de echar a Santi de esta casa? ¡Es como un hermano para ti! ¡No puedes hacerle eso!

Rubén se acercó a ella con las manos en alto, pidiéndole calma a una alterada Elena que no entendía por qué habían llegado a tomar esa decisión.

—Tranquila, por favor. Santi está de acuerdo en marcharse a vivir a otro sitio. Él entiende que una pareja necesita intimidad.

—¿Y qué pasa conmigo? —soltó Elena desesperada.

Rubén y Natalia se miraron unos segundos.

—Tú puedes buscar a alguien para compartir la casa, que te ayude a pagar el alquiler... —contestó Rubén.

—Eso ya lo hemos hablado —intervino Natalia— y a Elena es lo que menos le preocupa. —Lanzó una significativa mirada a su novio y este comprendió enseguida la situación.

—¿Todo este numerito es porque ya no tendrás a Santi a mano para torturarlo a tu antojo? —quiso saber Rubén, asombrado—. Pues que sepas que Natalia ha rechazado mi propuesta.

—¡Dejadme en paz los dos!

Elena salió del salón con el corazón encogido por la pena y un enfado monumental que le hacía hervir la sangre en las venas.

Cruzó el jardín, dirigiéndose hacia Santi como un toro a punto de embestir.

—Deja eso ahora mismo y ven conmigo —le ordenó.

Santi terminó de colocar las velas en la tarta con rapidez y nerviosismo. ¿Qué mosca le habría picado a Elena?

Ella lo agarró de una mano y, al hacerlo, sintió un poco de paz. Pero no fue suficiente para apaciguar su estado de ánimo en aquel momento.

Tiró de él hasta un rincón del patio, con el corazón latiendo desbocado.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¿A qué esperabas? —inquirió, clavando sus verdes ojos en los azules de Santi.

—¿De qué me estás hablando? —quiso saber el joven, poniéndose rojo como un tomate maduro.

—De que te vas de aquí.

Elena tuvo que hacer un esfuerzo para que la voz no se le quebrara al decir aquellas palabras.

Santi se quedó un momento en silencio, observándola. Natalia ya le había contado la buena nueva a Elena y esta parecía enfadada y triste a la vez. ¿Por qué? ¿Porque su juguetito se iba y ya no podría divertirse más?

—Sí, me voy a ir —confesó, apartando la mirada de la de Elena, nervioso.

En un impulso, Elena se colgó de su cuello y fusionó sus labios con los de

Santi. Él se sorprendió al principio, pero pasados unos segundos entreabrió la boca para que ella colara dentro su lengua, que buscaba con ansiedad la de él.

Elena lo besaba con hambre, con lujuria, sabiendo que esa podía ser la última vez que uniera sus labios a los de Santi. La última vez que sintiera su cuerpo, duro y caliente, contra el de ella. Lo aplastó contra la valla del jardín y profundizó en el beso con un gemido desesperado que hizo que todas las neuronas de Santi se alterasen.

Él notaba su adictivo sabor en la boca y la dejó hacer, porque ese beso era una despedida. Aunque el lugar donde estaban, con algo más de diez personas en el jardín, no era el adecuado. A Santi no le gustaban nada en absoluto esas muestras de cariño en público. Su carácter introvertido las rechazaba.

Pero dejó de lado sus prejuicios porque, al irse a vivir a otro lugar, las ocasiones de estar de nuevo con ella entre sus brazos se reducirían considerablemente, así que debía aprovechar esos segundos con ella.

—Vamos a tu cuarto. Si te vas a ir, quiero una despedida en condiciones —murmuró Elena todavía pegada a los labios de Santi. Sus manos descendieron por el torso del hombre con lentitud al tiempo que frotaba su pelvis contra la masculina, estimulándolo para que naciera su erección.

Todas las alarmas de peligro saltaron en la mente de Santi, que se separó de ella como si lo hubiera abrasado con sus besos y sus caricias. No era lo mismo compartir sus labios que pasar la noche con ella. No podía acceder a darle lo que Elena le reclamaba.

—No.

Elena, al verse de nuevo rechazada por su amor imposible, se enfureció tanto que levantó una mano y la estampó contra la mejilla de su objeto de deseo, dejándole todos los dedos marcados.

—No sabes cuánto te odio —espetó con rabia y, dándose la vuelta para que él no la viera llorar, abandonó la fiesta a la velocidad del rayo.

3

Anoche Elena me pegó una hostia que me dolió más en el alma que en la cara. Ver sus ojos con las lágrimas a punto de desbordarse me mató. Y me dijo que me odiaba. Esas palabras se clavaron como dardos envenenados en mi pecho. Aunque sé que las dijo fruto del enfado que tenía y que no me odia en realidad. Puede que con el tiempo llegue a hacerlo; sin embargo, a día de hoy, sé que eso no es así.

Pero sigo sin comprender el porqué de esa reacción tan desmesurada. Para ella solo soy un juguete, otro chico más que añadir a su lista de conquistas. Además, si tiene al italiano, ¿por qué me sigue persiguiendo? Sabe que nunca me acostaré con ella. Se lo he dejado bien claro las otras veces.

¿Se enfadó tanto porque me voy a ir a vivir a otro sitio y ya no podrá torturarme con su juego de seducción? ¡Niña malcriada y caprichosa!

Sin embargo, a pesar de todo esto, yo sigo amándola. Amo hasta sus cambios de humor, como el que tuvo ayer, aunque me desconcierten.

En mis sueños consigo vencer mis miedos y lanzarme a por ella. Le quito la ropa y convierto en besos mis sentimientos para que Elena sepa lo enamorado que estoy.

Pero cuando ella se da cuenta de que no soy un hombre completo, cuando ve mi defecto, se echa a reír y me señala con el dedo. Al instante, todo cambia y estoy de nuevo en aquella sórdida habitación con la prostituta. Todo a mi alrededor se hunde. Cierro los ojos mientras me tapo con la sucia sábana y escucho las risas, los jadeos cada vez más fuertes, de los clientes del local y del resto de las chicas que dan placer.

Me despierto empapado en sudor y, al darme cuenta de que estoy solo en mi habitación, el alivio se apodera de mí.

Antes me echaba a llorar como un niño cada vez que tenía estos sueños. Ahora ya no. Me he acostumbrado después de tantos años. No te estoy contando nada nuevo, Diario, ya lo hemos hablado muchas veces tú y yo.

Santi dejó de escribir y miró por la ventana. Había oído un murmullo en el jardín. Pero no había sido en el suyo, sino en el de las vecinas.

Las dos chicas hablaban y Natalia gesticulaba, enfadada.

Abrió un poco la ventana para enterarse de la conversación. Estaba mal

ser cotilla, lo sabía, pero no podía evitar que todo lo que tuviera que ver con Elena le interesase.

—Estás más loca de lo que creía —la acusó Natalia—. ¿Cómo se te ocurre darle semejante tortazo al pobre Santi?

—Me dio rabia —contestó Elena—. No pude soportar su rechazo otra vez. Pero le pediré perdón, tranquila, y no porque tú me estés echando la bronca. Me voy a disculpar con él porque realmente estuvo muy mal lo que hice y me siento fatal.

—Menos mal que te das cuenta —suspiró Natalia.

Santi cerró la ventana con cuidado de no hacer ruido. No quería que las chicas supieran que las había estado espiando. Además, ya había escuchado suficiente de su conversación.

Guardó el diario y preparó la ropa que se pondría después de darse una ducha. Cuando lo tuvo todo listo, salió de su cuarto para dirigirse al baño.

Oyó como Rubén trasteaba abajo, en la cocina, preparando la comida y cantando, con la radio a todo volumen, una canción de Melendi, su artista favorito.

Santi comenzó a tararear también la letra de esa música. Era una canción que le llegaba al alma cada vez que la escuchaba, porque había una declaración de amor preciosa en aquellas estrofas.

Se metió en la ducha pensando que él nunca tendría valor para decirle a Elena todo lo que el cantante asturiano le confesaba a su amor en esa canción. Necesitaría tener un ángel de la guarda, como decía la letra, que lo ayudase a confesarle sus sentimientos.

Sin embargo, sabía que ella era ese sueño que nunca podría alcanzar. Ya había intentado una vez que ella conociera lo que su corazón gritaba y había fracasado. Así que se le habían quitado las ganas de volver a hacerlo.

Su amor era imposible. Su realidad era otra muy distinta y no podría cambiarla nunca. Para ello, tendría que nacer de nuevo.

—¿Y cuándo te vas a disculpar con Santi? —quiso saber Natalia.

—Luego, cuando vayamos a comer a la otra casa. —Elena señaló con un dedo el edificio colindante—. Además, tengo algo que proponeros a los tres —comentó, refiriéndose a Rubén, Santi y Natalia—. He encontrado la

solución perfecta al problema que se nos planteó anoche.

Su amiga la miró con curiosidad y alzó las cejas en una pregunta muda.

—Si tú te vas a vivir con Rubén...

—¿Recuerdas que le he dicho que no? —preguntó Natalia.

—Te vas a ir a vivir con tu novio y punto —le ordenó Elena—. Escúchame bien, sé que no quieres trasladarte a la otra casa porque eso supondría que Santi se marcharía de ella y yo sufriría por su ausencia. Te agradezco que hayas tenido en cuenta mis sentimientos y le dijeras que no a Rubén cuando te lo propuso ayer. Pero... —Elena sonrió ladinamente— he estado dándole vueltas toda la noche al tema y se me ha ocurrido que podíamos hacer un cambio. Tú te vas con Rubén a su casa, y os dedicáis a follar como conejos en todos los rincones —Natalia soltó una carcajada al oírla—, y Santi se viene a vivir aquí conmigo, a esta casa. ¿A qué es genial mi idea? —dijo contenta.

—Sí, es una gran idea —correspondió su amiga—. Pero no sé si Santi va a estar dispuesto. Convivir contigo mañana, tarde y noche; verte al levantarse, al llegar a casa después del trabajo y antes de irse a dormir... No sé. —Meneó la cabeza—. No creo que pueda soportar tu acoso y derribo las veinticuatro horas del día. Si quieres que Santi se traslade aquí, deberás prometerle ser una buena chica y no intentar nada con él.

Elena se levantó de la tumbona donde había estado tomando el sol aquel segundo domingo de septiembre.

—No me puedes pedir que tenga bajo el mismo techo al hombre que más deseo en el mundo y me quede de brazos cruzados. Si consigo que Santi se venga a vivir conmigo, haré todo lo que esté en mi mano para seducirlo. Llevo demasiado tiempo esperando mi oportunidad y, a pesar de sus continuos rechazos, creo que esta vez voy a tener suerte.

Natalia la miró escéptica. Conocía bien al amigo de su novio y sabía que, para él, irse a vivir con Elena era como meterse en la boca del lobo. La intimidad que se crearía con ella sería muy difícil de soportar y, seguramente, se opondría a esa idea.

Pero también pensó que ya era hora de que Santi espabilase e hiciera frente a lo que fuera que le pasaba que le impedía tener una relación normal con una mujer. Porque estaba claro que, a pesar de su carácter vergonzoso,

sucedía algo más.

—Ojalá tengas razón y la suerte esté de tu lado —le deseó a Elena.

Media hora después, las dos chicas entraron por la puerta del otro chalet.

—La comida ya está lista —las informó Rubén—. Santi está en el jardín, poniendo la mesa.

—Voy a ayudarlo y así me disculpo con él por la escenita de anoche. Dejádme unos minutos a solas con Santi, por favor —le pidió a la pareja.

Elena cruzó el salón y, cuando llegó afuera, se detuvo unos segundos para tomar aire. Estaba nerviosa por lo que les iba a proponer a sus amigos, pero confiaba en que todo saldría bien.

Descendió las escaleras para bajar al jardincillo donde Santi colocaba los vasos en una mesa de plástico blanco, con una sombrilla de Coca-Cola que los protegía del sol.

Al notar la presencia de alguien cerca de él, levantó la vista y sus ojos coincidieron con los de Elena. Vio la sonrisa que se extendió por la cara de ella y su corazón comenzó a latir desbocado. Se sonrojó, como siempre, y apartó la mirada, nervioso.

—Hola, Santi.

—Hola.

—Oye, yo... —comenzó a hablar Elena, observando todos los movimientos del hombre que tenía delante—. Quería disculparme por lo de anoche. Lamento cómo me puse. Mi reacción fue desmedida y lo que hice... —Se detuvo un momento viendo cómo Santi continuaba con su quehacer, escuchándola, pero sin mirarla—. ¿Puedes dejar eso un momento? Estoy pidiéndote perdón y quiero que me mires a la cara cuando te hablo.

Él dejó de poner la mesa y la miró muy serio, intentando calmar su alterada respiración para que el rubor de sus mejillas dejara de teñírselas.

—Gracias —dijo Elena al ver que le había hecho caso.

Durante unos segundos se miraron sin hablar, hasta que Santi desvió la vista hacia un punto indefinido por encima del hombro de Elena.

—Tranquila. Estás perdonada.

Ella dio los pocos pasos que la separaban de él y le cogió una mano al llegar a su lado. La corriente eléctrica que sentían siempre que se tocaban

crepité en el aire, envolviéndolos en una burbuja que los aislaba del mundo.

—Lo siento mucho, de verdad. La noticia me pilló de sorpresa y no supe encajarla bien. Lo pagué contigo... y no debería haberlo hecho.

—No te preocupes. Ya está olvidado —susurró Santi, bajando la mirada hasta sus manos unidas. La de él, más grande y morena; la de ella, pequeña, blanca y delicada.

Pensó en cómo sería sentir las manos de Elena recorriendo todo su cuerpo, descubriendo cada rincón de su fisonomía, y rendirse a sus caricias sin pensar en nada más que en las sensaciones que ella le proporcionaría. Sin miedo a que saliese huyendo cuando viera que él estaba incompleto.

Pero eso no pasaría nunca.

Así que, con todo el dolor de su corazón, retiró la mano y continuó con su quehacer.

Elena notó cómo la abandonaba el exquisito calor que había sentido al tocar la piel de Santi y estuvo a punto de gritar de rabia y frustración. Necesitaba el contacto con él desesperadamente. Hizo amago de volver a cogerle la mano, pero en ese momento llegaron Rubén y Natalia con la paella lista para comer. Como Elena sabía que a Santi le incomodaban las muestras de afecto en público, decidió no torturarlo más. Ya tendría la oportunidad para tocarlo todo lo que quisiera cuando su vecino se trasladara a su casa.

—¡Qué buena pinta! —exclamó Elena, sentándose a la mesa en la silla que estaba al lado de la de Santi.

Este se acomodó en su sitio y Rubén comenzó a servir los platos.

—He pensado una cosa —dijo Elena antes de llevarse el tenedor cargado de comida a la boca— para solucionar el tema de la mudanza de Santi a otro piso y es... que él se venga a vivir conmigo. Así yo no tendría que buscar otra compañera ni él otro lugar para vivir, y los cuatro seguiríamos juntos como siempre —finalizó con una gran sonrisa, mirándolos a todos.

Santi se atragantó al oírla. ¿Vivir con Elena? El pulso se le aceleró de tal modo que creyó que le daría un infarto. La garganta se le cerró y la comida se quedó atascada en ella. Comenzó a toser para deshacerse de aquello que lo oprimía, al tiempo que las manos empezaron a sudarle por el nerviosismo.

¿Compartir casa con Elena? ¡Esa mujer estaba loca! Y lo que era peor... ¡Quería volverlo loco a él! No podía irse a su casa, porque se pasaría los días y

las noches ardiendo como si fuera una maldita antorcha. Sus nervios, sus sentidos y todo su ser acabarían destrozados por el continuo combate con ella para frenar sus avances.

Porque de una cosa estaba seguro Santi y era que, si se trasladaba a la casa de al lado para convivir con su vecina, ella no desaprovecharía la oportunidad para tentarlo, meterse en su cama y...

—¿Qué os parece? —quiso saber Elena.

—Me parece una idea genial —contestó Natalia, guiñándole un ojo a su amiga.

—A mí también me parece buena idea, pero quien tiene que decidirlo es él —respondió Rubén, señalando a Santi.

«Madre mía la que le va a caer encima a Santi —pensó Rubén, apiadándose de su amigo—. Pero casi mejor, a ver si así espabila de una vez y se lanza a confesarle a Elena su amor».

Mientras tanto, Santi seguía buscando el aire que le faltaba. Consiguió tragar el nudo que le había formado la comida en la garganta. Pero, aun así, sus pulmones continuaron reclamando oxígeno con impaciencia.

Notó cómo se ponía rojo y a punto estuvo de sufrir un colapso nervioso.

¿Vivir con Elena?

4

—Bueno, Santi, ¿qué me dices? ¿Te gusta mi propuesta? —preguntó ella, dándole palmaditas en la espalda para ayudar a que la comida le pasara por la garganta y el chico pudiera respirar.

—Yo... Yo... Creo que no... no es buena idea... —balbuceó, mirando a Rubén, buscando su ayuda para salir del atolladero, como siempre.

«Pero él ha dicho que te vayas con Elena a su casa. Esta vez no te va a ayudar. ¿Será cabrón? Ten amigos para esto», pensaba Santi, sintiéndose acorralado.

—¿Cómo que no es buena idea? ¡Es una idea estupenda! Hacemos un cambio y ya está. Ellos podrán estar juntos y tener intimidad, y yo no tendré que buscar otra compañera de piso, que vete tú a saber quién me toca en suerte, ni tú te irás de aquí —dijo Elena sin perder la sonrisa, pero por dentro estaba a punto de saltar al cuello de Santi y estrangularlo por negarse a vivir con ella—. Además, compartiríamos gastos como has estado haciendo con Rubén todos los años que has vivido aquí, y podrías traerte tus plantas y tus bonsáis a mi patio —añadió para convencerlo—. He pensado en todo, ¿ves?

«Pero no has pensado en la paz de mi mente ni en la tortura de mi alma», estuvo a punto de soltarle Santi.

«Como te niegues a vivir conmigo, te mato», lo amenazó Elena mentalmente.

—Santi —intervino Natalia—, yo creo que su idea es la solución perfecta. Además, Elena es una buena compañera de piso, ayuda en todo, tiene buen carácter, compartís muchos gustos en cuanto a películas, música y demás. Os llevaréis bien, créeme.

«¿Que tiene buen carácter? ¡Pero si me soltó una hostia cuando se enteró de que me mudaba!», pensó el chico.

—Si necesitas tiempo para pensarlo... —añadió Rubén, compadeciéndose de su amigo—, tómatelo. No hay prisa para que te vayas a la casa de al lado, ¿verdad? —dijo mirando a su novia y a Elena de forma alternativa.

Elena lo fulminó con la mirada. ¿Cómo que no había prisa? Cuanto antes se trasladase Santi a su casa, mejor para ella. Comenzaría su plan de seducción y en poco tiempo ese hombre que la traía loca de deseo, del que llevaba enamorada varios meses, sería suyo.

Santi tragó saliva ruidosamente. No sabía cómo salir de aquella situación. De lo que estaba seguro era que convivir con Elena suponía un peligro para él y su tara. Tarde o temprano, ella acabaría descubriéndola. Y eso no podía ocurrir.

—¿Y qué... qué... qué pasa con Fabrizio? —preguntó, acordándose de pronto del italiano.

—Con Fabi no pasa nada. Él no vive conmigo. Ya sabes que va y viene de Roma a Madrid y que cuando está aquí se hospeda en un hotel que le paga la empresa para la que trabaja —le contó Elena, aunque Santi lo sabía de sobra—. Además, él no tiene opinión en este asunto. No es ni mi padre, ni mi hermano, ni mi novio.

—Creo que a Santi le preocupa más cuando tu amigo vaya a visitarte a casa —intervino Rubén, sabiendo lo difícil que sería para Santi escuchar el ruido horrible de los muelles de su cama cuando hiciera el amor con el otro.

Elena, viendo que iba a perder su oportunidad, comentó desesperada:

—Si es por eso, no vendrá. No dejaré que Fabrizio incomode a Santi en casa. Puedo verlo en cualquier otro lugar para tomar una copa.

«Para tomar una copa y ¿qué más, Elena?», se preguntó Santi, celoso. Cada vez que ella se iba con el otro hombre, una bomba detonaba en su pecho. Aunque sabía que no debería tener envidia del italiano por darle a ella lo que necesitaba para ser feliz, no podía evitar sentir el aguijón de los celos clavándose en su corazón.

Elena se giró en la silla y le cogió una mano a Santi. Clavó sus ojos en los de él, pero su amor platónico retiró la vista de inmediato.

—Por favor, vente a vivir conmigo. Prometo que seré buena, la mejor compañía que puedas tener.

—Lo siento, pero no —contestó Santi, en un arranque de valor.

Elena se sintió de nuevo rechazada y herida. Deslizó lentamente la mano con la que estaba agarrando a Santi, deshaciendo la unión, y la colocó en su regazo. Inspiró hondo para controlar las lágrimas de rabia que acudían a sus

ojos y miró a sus amigos, sentados frente a ella.

—Bueno, no puedo obligarte a hacer algo que no quieres. Peor para ti —dijo con toda la dignidad que pudo.

Mientras Elena lloraba en su cuarto por la negativa de Santi, recordó la única vez que este tuvo valor para confesarle sus sentimientos y cómo ella lo había rechazado.

«Te está bien empleado por idiota. Tuviste la oportunidad de comenzar algo con él, pero tu miedo al compromiso hizo que lo alejaras de tu vida y ahora estás pagando las consecuencias de aquello», la machacó la voz de su conciencia.

Unos meses antes, Elena y Santi se encontraban solos en casa del vecino. Sentada sobre su regazo, en el sofá del salón, lo besaba con desesperación. Ella mordía aquellos labios tan adictivos, que le correspondían con la misma ansia, mientras con sus manos descendía por el pecho masculino.

Santi acariciaba la espalda de ella, deslizando sus dedos arriba y abajo, empapándose de su calor.

Cuando Elena metió una mano por dentro del pantalón de Santi, este dio un pequeño respingo y rápidamente aferró aquellos dedos atrevidos, que se estaban internando sin permiso en su anatomía más íntima, con los suyos.

—No —susurró contra la boca de Elena, pegado a sus labios.

—Sí.

Elena hizo fuerza para soltarse de la presión de la mano de Santi, que la instaba a subirla y sacarla de sus pantalones.

—He dicho que no, Elena —repitió él, separándose de aquella boca apetitosa que lo volvía loco. La miró a los ojos y suplicó—: Por favor.

Ella asintió con la cabeza y unió sus labios con los de él otra vez.

Tras besarse algunos minutos más, Elena intentó de nuevo tocarle la erección, que notaba dura y apretada contra su pubis y que estaba desatando en ella un fuego que a duras penas podía controlar.

Santi, al ver sus intenciones, cogió la mano de Elena y la subió otra vez hasta ponerla sobre su pecho. Ella volvió a la carga, pero él se lo impidió. Después de varios intentos frustrados, Elena rompió el beso que se estaban dando.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —preguntó enfadada—. ¿Es que no te gusto? Porque si es eso, dímelo y me largo.

Se levantó del regazo de Santi para marcharse, pero él la detuvo agarrándola por la cintura.

—No te vayas... por favor... —le pidió mirándola a los ojos, torturado.

—¿Para qué quieres que me quede? Si no me vas a dejar tocarte ni... Quiero que follemos —le soltó de sopetón—. Estoy más caliente que una estufa en invierno y ¡joder! Ya no aguanto más, Santi. Llevo semanas intentando algo contigo y...

Santi la atrajo más hacia él, hasta que consiguió sentarla de nuevo en su regazo.

—Escucha, Elena —comenzó a hablar con voz suave, intentando calmar a la fiera que tenía sobre él—. Yo... me gustaría que fuésemos despacio. Tú sabes lo vergonzoso que soy, y por eso... no tengo mucha experiencia con las mujeres. —«Por no decir que no tengo ninguna», pensó en ese momento—. Me gustas mucho y quiero... quiero que...

Se calló sin atreverse a confesarle la tara que tenía y por la que estaba tan avergonzado. Sabía que debía ser fuerte y hablarle a Elena de ello, pero ¿y si ella se reía de él como ya le había pasado con aquella prostituta? ¿Y si salía huyendo y no quería volver a verlo más?

Se dijo que era mejor esperar. Esperar y, mientras tanto, enamorar a Elena. Para que, cuando ella supiera el defecto que poseía, no le importase y continuase a su lado, amándolo siempre. Con todas sus virtudes. A pesar de su defecto.

—¿Qué es lo que quieres, Santi? —preguntó Elena al ver que se quedaba en silencio.

Posó las manos sobre sus hombros y le acarició la nuca, el enfado totalmente evaporado al ver en los ojos del joven la lucha interna que mantenía. Cosa que le dolió. A ese chico le pasaba algo y ella no dejaba de preguntarse qué era. ¿Algún trauma infantil que no le permitía vivir el sexo en toda su magnitud?

—Yo quiero tener algo serio contigo —confesó él—. No quiero ser un rollo de una noche o de varios días. No quiero ser una moda pasajera para ti y que en cuanto llegue la primavera me sustituyas por otro, como si fuera una

prenda de ropa anticuada.

Era la frase más larga que le había dicho desde que se conocían. Santi no supo de dónde había sacado el valor para confesarle aquello.

Elena asintió lentamente con la cabeza. ¿Así que era eso? Él creía en el amor a largo plazo.

—¿Me estás proponiendo que tengamos una relación?

—Sí.

—Nunca he salido en serio con nadie. —Elena se mordió el interior de la boca, nerviosa—. Yo siempre he tenido mis ligues, que han durado lo que tenían que durar, pero no estaba enamorada y por eso se terminaron —dijo con sinceridad—. No sé cómo es ser la novia de alguien y tampoco sé si quiero descubrirlo.

Se quedaron un minuto en silencio, mirándose a los ojos, hasta que Elena se bajó lentamente del regazo de Santi y, de pie frente a él, se despidió.

—Es mejor que me vaya a casa —murmuró dándose la vuelta para salir del salón.

Estaba aterrada por lo que Santi le estaba proponiendo con aquella declaración. Ella no quería que él le diera su amor, ni una relación seria y formal. No quería robarle el corazón y hacerle daño. Tan solo quería sentir el calor de su cuerpo pegado al de ella y pasar un buen rato juntos en la cama.

—Elena, no te asustes. No te estoy pidiendo matrimonio. —Santi se levantó del sofá y la siguió en un arranque de valor que lo sorprendió a sí mismo—. Solo es que no quiero ser uno más en tu vida.

Ella se volvió, ya en la puerta, y suspiró derrotada.

—Yo no busco un príncipe azul, Santi. Pero tú sí buscas una princesa. Y me parece que esa... no voy a ser yo.

«Qué estúpida fui en aquel entonces. Él se me declaró y yo salí huyendo. Lo estropeé todo. Con lo que debió costarle a Santi abrirme su corazón... Y ahora todo se ha enfriado entre nosotros», pensaba Elena mientras seguía rumiando su pena en la intimidad de su habitación.

Mientras, en la casa de al lado, Santi escribía en su diario.

Recuerdo aquella vez que Elena y yo nos liamos en el sofá de esta casa y tuve el valor de confesarle mis sentimientos. Sabía que era posible

que ella me rechazara, como hizo, pero aun así lo intenté. No sé qué locura transitoria me impulsó a hacerlo, aunque finalmente no dio resultado. Pensé que, después de aquello, mis labios ya no serían el cementerio donde los de Elena vendrían a morir. Me equivoqué. Aunque hemos estado una temporada alejados, ella ahora insiste, y sé que si me fuera a vivir a la otra casa, lo seguiría intentando. Sería un suplicio para mí estar continuamente frenando sus avances, con miedo a que descubra mi defecto. Me pediría guerra una y otra vez, y yo no podría ser su soldado caído en la batalla. Es mejor que no vivamos juntos. Si descubriera mi tara... me echaría de su vida. Nací así y ya está. No todas las orugas se convierten en mariposas.

Dejó de escribir, no tenía ganas de continuar.

Guardó el diario y se tumbó sobre la cama, con las manos detrás de la nuca, mirando al techo. Intentó dormir, pero le fue imposible, así que cogió el mando de la televisión que tenía en su cuarto y la encendió.

Buscó el canal donde ponían vídeos musicales y lo estuvo viendo hasta que el sopor lo venció.

5

La semana pasó lenta. Elena trató por todos los medios de no coincidir con Santi, pues continuaba dolida y también avergonzada.

Se esforzó más en su trabajo como periodista en la revista de ciencia, tecnología y curiosidades en la que trabajaba, para centrarse totalmente en los reportajes que hacía y no tener tiempo para pensar en su vecino.

En casa, insistía a Natalia para que se marchase a vivir con Rubén, pero, después de lo que había pasado, su amiga no quería dejarla sola. Además, ella dormía tres noches a la semana con su novio y, de momento, le bastaba así.

Fabrizio la había llamado para indicarle que estaba en Madrid trabajando. Al principio, Elena tuvo la tentación de negarse a verlo cuando el italiano se lo propuso, pero finalmente accedió por despecho. Estaba mal lo que iba a hacer, lo sabía, pero no podía continuar así. Había comprendido que con Santi nunca llegaría a nada y Fabrizio estaba ahí, al alcance de su mano. Cuando viera al italiano, cenaría con él y se daría un buen revolcón. Solo sería sexo. Nada de amor. Como siempre.

Santi, por su parte, no podía concentrarse en su trabajo como empleado de mantenimiento de parques y jardines en la empresa subcontratada por el ayuntamiento de Leganés.

Su mente volaba una y otra vez hacia Elena. Le dolía verla triste, haberle hecho daño, pero era mejor así. Su miedo a ser descubierto era más fuerte que el anhelo de estar con ella, de hacerle el amor y un montón de cosas más que se le pasaban por la cabeza cuando, a solas en su cuarto, imaginaba momentos tórridos con ella.

Comprendía que la idea de Elena, vivir juntos los dos, era muy buena. Natalia y Rubén tendrían intimidad y él no tendría que marcharse a otra parte. Elena no se quedaría sola en la casa ni la compartiría con alguien a quien no conocía.

A él le sucedía lo mismo. Si se iba a otro piso, debería buscar un compañero para compartir gastos, y la complicidad que tenía con Rubén no la tendría con el nuevo chico. Sin embargo, si vivía con Elena, todo iría genial

porque con ella se llevaba bien y, como había comentado Natalia en la comida del domingo, tenían gustos comunes. En otros aspectos, descubriría facetas de Elena que no conocía todavía.

Además, en el jardín de Elena podría poner sus plantas y sus bonsáis, como bien había dicho ella.

Todo sería estupendo... si no estuviera enamorado de ella. Todo sería maravilloso... si ella no intentara acostarse con él. Todo sería genial... si él volviera a nacer y no tuviese el defecto que tenía.

Sacudió la cabeza, negando sus pensamientos. Era mejor no darle más vueltas al tema. Por mucho que quisiera vivir con ella, por mucho que la deseara y la amara, no podía haber entre ellos algo más allá de una bonita amistad.

Él se conformaba con seguir soñando que la tenía entre sus brazos. Con dedicarle las canciones de amor que escuchaba y con las que se sentía identificado algunas veces, como en ese momento.

Llevaba puestos los cascos para oír música mientras arreglaba un banco en un parque. La canción Colgado de la vecina, de Melendi, se colaba por sus conductos auditivos, haciéndole tararearla:

*Qué difícil es echar de menos algo que nunca has tenido,
qué difícil morir de celos hasta de la maldita letra que nos separa...*

Aunque Santi, más bien, se moría de celos cada vez que veía a Elena con el italiano o sabía que había estado con él. Pero no hacía nada para evitarlo. Ese hombre le daba lo que ella buscaba, y Santi no. Para él, lo principal, lo más importante, era que Elena fuese feliz y no le faltase de nada. Si con Fabrizio lo tenía todo, él no se iba a meter en medio y destrozarlo.

Cuando Fabrizio abrió la puerta de la habitación de hotel donde se alojaba, se encontró con una Elena de lo más sensual. Apoyada con una mano en el marco de la puerta y la otra en su cadera, llevaba un vestido corto de raso azul con puntilla blanca en el escote. Semejaba más un camisón para dormir que algo para lucir por la calle, pero era la moda que se había impuesto ese verano que ya tocaba a su fin.

A él le gustaba que ella vistiera sexy, así que no iba a quejarse por eso. Además, sabía que a Elena le importaba bien poco lo que la gente dijera de

su forma de vestir. Si ella se encontraba a gusto con las prendas que cubrían su cuerpo, lo demás daba igual.

—Necesito divertirme —dijo ella a modo de saludo—. ¿Estás a punto? —preguntó, mirándole la entrepierna.

A Fabrizio le encantaba que Elena fuera tan directa.

—*Stavo guardiamo* un film porno *per* excitarme *mentre ti* esperaba, *bella* — contestó, mezclando italiano y español.

La cogió de la cintura y tiró de ella para meterla en la habitación. Se apoderó de sus labios, devorándolos con hambre, mientras su erección se ponía más dura de lo que ya estaba.

Elena oyó como se cerraba la puerta a su espalda, al tiempo que se dejaba hacer por Fabrizio.

Este se la llevó hasta la cama sin dejar de besarla y acariciarla por todas partes.

Se desnudaron con prisa, ávidos por entregarse el uno al otro y desatar la pasión que había en ellos.

Elena lo empujó para que cayera sobre la cama y se subió encima de él. Puso sus pliegues femeninos sobre la boca de su amante y le ordenó que le diera placer de esa manera.

Fabrizio no la hizo esperar. Sacó su lengua y comenzó a lamer aquella vulva que Elena le mostraba.

Ella cerró los ojos, apoyándose con las manos en el cabecero de la cama.

Se imaginó que era a Santi a quien tenía allí abajo, comiéndola con ahínco y dedicación, rindiéndose al tsunami que en poco tiempo se desataría entre sus piernas y se expandiría por todo su cuerpo.

Gimió, notando las manos que recorrían sus nalgas desnudas y cómo insertaba un dedo en su empapado sexo. Al sentir la invasión, abrió los ojos y miró hacia abajo. Pero, desgraciadamente, no fue a Santi a quien vio, sino a Fabrizio.

Notó como el placer se alejaba de ella al comprobar que no era con su amor platónico con quien estaba. Empezó a enfriarse cuando miró los ojos lascivos de su amante italiano.

Levantó la vista y cerró de nuevo los ojos.

«Piensa en Santi y en las pocas veces que os habéis besado. Cuando has

recorrido con tus manos su pecho, cuando él te ha acariciado. Piensa en todo lo que te hace sentir su sola presencia; cómo las mariposas de tu estómago se vuelven locas cuando te mira a los ojos, los pocos segundos que consigues aguantar tu mirada clavada en la suya. No estás con Fabrizio. Estás con Santi. Santi, Santi, Santi...».

Todo esto se decía Elena mentalmente para no perder el orgasmo que se avecinaba. Apretó los ojos con más fuerza y se recreó en las imágenes que su cerebro recordaba de su vecino.

—Sigue... Quiero más... —ordenó al italiano, al tiempo que se movía frenética sobre su boca. Repitió, entre murmullos, el nombre de su objeto de deseo, como si fuera una letanía o algún mantra.

Comenzaban a dolerle las rodillas y las ingles por la tensión que le producía la postura en la que estaba, pero no le importó. Había ido allí para conseguir sexo y no se marcharía sin el clímax que se merecía.

Alcanzó el éxtasis con un largo gemido y, a los pocos segundos, se vio tumbada sobre la cama, con la espalda pegada a las sábanas.

Fabrizio se colocó con rapidez un preservativo y la penetró de una certera estocada. Comenzó a entrar y salir de ella con maestría mientras Elena trataba de calmar su ritmo cardíaco.

Aún seguía con los ojos cerrados pensando que era Santi quien le hacía el amor. No quería abrirlos, pues descubriría que las cosas no eran como ella imaginaba y todo se iría al traste.

Notó como el hombre bombeaba en su sexo con más frenesí hasta que cayó desplomado sobre ella.

—*È stato meraviglioso, come sempre, ma no me ha gustado che mi chiami Santi* —confesó Fabrizio cuando se recuperó del orgasmo.

Elena parpadeó sorprendida al oírlo.

—Yo no te he llamado Santi —se defendió de la acusación de su amante.

—Sí me lo has *detto, bella*.

Ella abrió la boca para rebatirlo, pero se dio cuenta de que era posible que sí lo hubiera dicho.

—*So che il nostro è solo sesso. Ma si estás con me, non nominare otro uomo. Capisci?* Es malo para *il mio orgoglio* masculino.

Elena cerró los ojos avergonzada.

—Lo siento mucho, Fabrizio —se disculpó.

El italiano sonrió con tristeza. No era la primera vez que Elena nombraba a su vecino en lugar de a él mientras hacían el amor. Y aunque, como bien le había recordado, lo suyo era solo sexo, no le gustaba que en mitad del orgasmo ella pronunciase el nombre del otro. Quien la satisfacía era él, no Santi, y Elena debía recordarlo.

—No volverá a pasar, te lo prometo —dijo mirándolo a los ojos, intentando sonreír también ella.

Fabrizio le acarició el óvalo de la cara y la besó en los labios fugazmente.

—*Vuoi mangiare qualcosa?*

Elena asintió con la cabeza. Se notaba hambrienta después del polvo.

Fabrizio se movió hacia el otro lado de la cama, donde estaba el teléfono en la mesilla, y marcó el número para que un camarero les subiera algo de cenar a la habitación.

—Me voy a dar una ducha mientras esperamos la comida —informó a su amante.

—*Va bene. Mientras cenamos, parleremo del tuo vecino. Penso che debes solucionar este asunto de una volta per tutte.*

Cuando se metió en el baño, cerró la puerta con el pestillo y abrió la ducha al máximo. El agua caliente comenzó a salir en su punto enseguida. Elena se metió bajo la alcachofa y, al notar las gotas resbalando por su piel, se frotó con energía para eliminar las huellas que el calor de Fabrizio había dejado en ella.

A medida que se libraba del recuerdo de su amante, gruesas lágrimas descendían por sus mejillas. Aquello era como una traición a Santi, aunque con él no tuviera ninguna relación sentimental. Se sentía sucia a pesar de que acababa de pasar un buen rato en la cama con Fabrizio. La había hecho disfrutar muchísimo y le estaba agradecida por ello, pero no podía dejar de pensar en Santi.

Soltó unos cuantos tacos, maldiciéndose a sí misma, cuando se dio cuenta de que a quien realmente estaba engañando, traicionando, era a su corazón.

¿Cuánto tiempo podría soportarlo? ¿Cuántas veces podría acostarse con

Fabrizio sin que su órgano vital se resquebrajara del todo? ¿Por qué necesitaba el sexo tan desesperadamente que, si no lo obtenía de Santi, corría a buscar al italiano?

6

—¿Qué tal ayer con Fabrizio? —quiso saber Natalia, al día siguiente, cuando se encontró con Elena.

Ella se estaba preparando para salir. Había quedado con otras amigas para tomar algo en una cafetería cercana a la Puerta del Sol de Madrid.

—Como siempre. Bien —respondió sin mucho entusiasmo, y para cambiar de tema, pues no le apetecía hablar del italiano ni de sus sentimientos, añadió—: Voy a ver a Amanda y a Carla. ¿Te apuntas?

—No puedo. Rubén y yo vamos a ir a visitar a mis padres. Pero diles a Amanda y a Carla que les mando un beso muy fuerte y que nos veremos en otra ocasión.

Elena asintió con un movimiento de cabeza.

—Ayer, después de que te fueras, estuvimos hablando con Santi para convencerlo de que acepte tu idea, pero se negó. Insistimos tanto que Santi casi se enfada con nosotros, y al final tuvimos que desistir.

Elena no respondió al comentario de su amiga y continuó maquillándose en el baño.

—Anoche me quedé a dormir en casa de Rubén y, cuando hicimos el amor, me puse a gritar como una loca —prosiguió Natalia—. A ver si así Santi entiende que lo mejor es que se venga a vivir aquí contigo para no tener que soportar mis jadeos de placer.

Una sonrisa cruzó el rostro de Elena al imaginarse la escena.

—No hace falta que exageres cuando te tiras a tu novio. Además, Santi está dispuesto a irse a otro piso, no a venir a vivir aquí conmigo. Pero gracias por intentarlo.

—¿A qué hora has quedado con Amanda y Carla? Lo pregunto porque nosotros nos vamos a ir ya donde mis padres y Santi se queda solo en casa. Quizá podrías pasarte por allí e invitarlo a ir contigo, o hablar un rato antes de marcharte sobre tu propuesta. Si continúas insistiendo, es posible que él dé su brazo a torcer.

—Si continúo insistiendo, lo más probable es que se enfade conmigo

igual que estuvo a punto de ocurrir con vosotros ayer, ¿no te parece? — preguntó Elena, dejando de pintarse los labios para mirar a su amiga.

—Ya, pero...

—Déjalo, Nat. Te agradezco tu ayuda, pero es mejor que las cosas sigan su curso. Sin forzar la situación. Lo que tenga que ser, será.

Natalia chasqueó la lengua con fastidio, pero se dijo que su amiga tenía razón. Algunas cosas no podían ser.

Se despidió de ella y se marchó con su novio.

Elena terminó de maquillarse y, dando un repaso a su atuendo para comprobar que estaba bien, cogió su bolso y salió de la casa.

Santi estaba en la cocina preparándose un bol de palomitas cuando la vio salir. Como se quedaba solo en casa, había pensado ver una película, y mientras se terminaban de hacer las palomitas en el microondas, se entretuvo mirando por la ventana.

Al ver a Elena, su corazón comenzó a latir con fuerza. Se preguntó a dónde iría tan arreglada.

«A ver al italiano, seguro», se contestó a sí mismo.

Sintió una punzada de celos atravesándole el corazón. Su mente lo torturó con imágenes de Elena y Fabrizio besándose, acariciándose, haciendo el amor, y comenzó a sentir náuseas. Las ganas de vomitar eran tan grandes que a punto estuvo de hacerlo en el fregadero de la cocina.

Pero el pitido del microondas, que anunciaba que las palomitas ya estaban listas, lo sacó, afortunadamente, de sus cavilaciones e hizo que se disiparan la angustia y el malestar.

Con cuidado de no quemarse, las sacó del envoltorio y las vertió en un bol. Después se encaminó con él hacia el salón, donde se dispuso a pasar la tarde entreteniéndose con una película.

Ojalá pudiera estar con Elena, viendo ese film juntos, tranquilos, sin que ella intentase nada sexual. Se conformaba con sentarse a su lado y escucharla respirar. No pedía más que su compañía. Sabía que no podía aspirar a nada más con ella.

Y sin embargo...

Debía reprimir sus instintos más primarios cada vez que Elena lo tocaba

o lo besaba. Con gusto saltaría sobre ella para devorarla entera. Se pasaría días y noches sumergido entre sus muslos, abrazado a su cuerpo, rindiéndole pleitesía, adorándola como Elena se merecía...

Pero no podía ser.

Elena llegó a casa cerca de las nueve de la noche.

Cuando entró en la vivienda, encendió la luz y vio en qué estado estaba, se llevó un susto enorme, y el miedo, al darse cuenta de lo que había sucedido, la invadió.

Salió corriendo de su casa para ir a la de los vecinos y aporreó la puerta sin descanso hasta que Santi abrió.

En cuanto lo vio se echó en sus brazos, llorando atemorizada.

—¿Qué pasa, Elena? —preguntó él, preocupado al verla en ese estado de agitación.

—¿Dónde está Natalia? —quiso saber entre sollozos.

—Rubén y ella no han vuelto aún de visitar a sus padres —contestó, con el corazón encogido en un puño, viendo como Elena continuaba llorando, aferrada a él como si fuera un salvavidas en mitad de una tempestad—. ¿Por qué estás así? ¿Te ha hecho algo el italiano? —dijo Santi con un desasosiego tal que le oprimía los pulmones.

Elena negó con la cabeza, restregándose contra el pecho de su vecino.

—Creo que han entrado en casa a robar —confesó entre hipidos por el llanto.

—¿A robar?

Santi no daba crédito. Cierto era que últimamente se habían producido varios robos en chalets de la zona, pero él había estado toda la tarde en casa y no había oído ruidos en la de al lado.

Aunque también podía ser que no se hubiese enterado de nada porque había estado viendo una película con el *home cinema* a tope, como si estuviera en el cine, y con el ruido de la televisión podía haber pasado desapercibido lo que sucedía en el adosado de Elena y Natalia.

Abrazó más fuerte a Elena y la metió en la casa con él. La llevó hasta el salón, donde la sentó en el sofá a su lado.

—Shhh, tranquila. No llores, por favor.

—Tengo miedo —contestó ella entre sollozos.

Permanecieron así, abrazados algunos minutos, mientras Santi intentaba calmarla. Una y otra vez deslizaba sus dedos por los sedosos mechones rubios de ella, admirando la suavidad de estos.

—¿Quieres que te prepare una tila?

—Sí, por favor.

Santi se levantó del sofá y, cuando iba a salir del salón, oyó a Elena que le hablaba.

—Espera, no quiero quedarme sola.

Ella se levantó también y se acercó al joven. Lo agarró con fuerza de la mano, como si temiera que en cualquier momento un ladrón entrase en aquella casa.

A Santi el corazón se le contrajo en el pecho al ver la angustia en los llorosos ojos de Elena. Con decisión, la llevó hasta la cocina y la sentó en una silla. Después comenzó a preparar una infusión para los nervios destrozados de su vecina.

—Hay que llamar a la policía y denunciarlo —dijo Santi.

Elena asintió con la cabeza.

—Mi hermano mayor es poli. Voy a llamarlo a él.

Varias horas después, el hermano policía de Elena, junto con su compañero, se marchó del adosado que compartían esta y su amiga.

Natalia y Rubén habían llegado poco rato después de que Elena le contase a Santi lo sucedido. Cuando la otra pareja se enteró, acudieron a la casa para ver en qué estado estaba. No tocaron nada, pues sabían que la policía tomaría huellas para ver si encontraba al culpable.

Todos estaban asustados, las chicas más que ellos, y sobre todo Elena, que había sido la primera en descubrir lo sucedido.

Rubén tomó la decisión de que esa noche la pasaran con ellos en su chalet. No quería que se fueran a dormir a la otra casa y les ocurriese algo. Si habían entrado una vez, podían hacerlo otra, y la sensación de inseguridad, de ver invadida su privacidad, los mantenía a todos intranquilos.

Así que, tras coger algunos efectos personales, Elena se instaló en un cuarto libre de la casa de sus vecinos.

—Gracias por dejar que me quede aquí para pasar la noche —le dijo al dueño.

—De nada. Para eso están los amigos —contestó Rubén.

—Yo mañana no iré a trabajar —intervino Natalia—. Llamaré a mi jefa a primera hora, le contaré lo sucedido y pediré el día libre para poder ordenar la casa otra vez.

—Yo haré lo mismo —añadió Elena.

Santi, que había estado en silencio escuchando la conversación, preguntó de nuevo:

—¿Se han llevado algo de valor?

—A primera vista parece que no —respondió Elena—. Pero mañana, cuando nos pongamos a colocar todo, lo podremos saber con más exactitud. Si nos damos cuenta de que falta algo, llamaré a mi hermano.

—Habrá que informar a la dueña del chalet —dijo Rubén—, para que ponga algún sistema de alarma.

—Sí, la llamaremos también —contestó Natalia.

Rubén se giró hacia su novia para mirarla a los ojos.

—No quiero que vuelvas a vivir en esa casa. Mañana, cuando coloques todo, empezaremos con la mudanza. Te vienes a vivir conmigo ya.

—Pero si nos ponen alarma...

—Me da igual —la cortó—. Te vienes aquí y punto. Además, lo de la alarma lo he dicho por Elena, para que continúe viviendo ahí al lado más tranquila.

—¡No puedo dejar a mi amiga sola después de lo que ha pasado! —exclamó indignada Natalia.

—No quiero estar sola en la casa —intervino Elena con la voz temblorosa—. Por mucha alarma que pongan, me sentiré igualmente insegura.

—Pues no voy a permitir que Natalia vuelva allí —dijo Rubén, obcecado.

Santi los escuchaba mientras intentaba buscar una solución al problema. Entendía a su amigo, que tenía miedo de que a su novia le ocurriese algo, pero también sabía que se estaba aprovechando de la situación para forzar a Natalia a irse con él de una vez por todas.

Sin embargo, dejar sola a Elena en esa casa... no le gustaba nada en absoluto. Ojalá encontrase rápido una compañera de piso, alguien que le diese seguridad.

—¿Y no puedo quedarme aquí, con vosotros? —preguntó la joven.

—Puedes quedarte unos días, Elena, pero de ahí a vivir como si esto fuera un Gran hermano en pequeño, no —replicó Rubén—. Precisamente, Natalia y yo queremos tener intimidad, por eso Santi se irá de la casa en cuanto encuentre un piso decente en el que vivir.

—Está bien. Lo entiendo —cedió Elena, abatida.

Se dio la vuelta y se metió en el cuarto que le habían asignado. Escuchó como Natalia rebatía, discutiendo con Rubén, lo último que este había dicho.

La pareja entró en su habitación y cerró la puerta, dejando a Santi solo en el pasillo.

Él permaneció un par de minutos más allí, mirando la puerta de Elena, buscando una solución.

Rubén tenía razón al decir que ella no podía quedarse a vivir allí. Por unos días sí, después de lo que había pasado, pero más tiempo no, como bien le había explicado su amigo.

Los cuatro en la misma casa... Si ya era difícil convivir dos personas con los roces típicos que surgían, pues con cuatro no quería ni pensarlo.

Sin embargo, le dolía en el alma que Elena tuviera que regresar al chalet de al lado sola. Había visto su miedo en esos ojos verdes que tanto le gustaban. Y lo que era peor, estaba muy preocupado por ella y su seguridad. Lo aterraba la posibilidad de que volvieran a entrar en la casa para robar.

Esta vez había tenido suerte porque Elena estaba fuera del adosado en el momento del robo, pero ¿y si la próxima vez entraban con ella dentro de casa? ¿Y si la herían? ¿Y si la violaban? ¿Y si le daban una paliza y la dejaban medio muerta?

Santi no quería pensar en esas posibilidades. Tenía pavor a que algo de eso le sucediera a su vecina.

Cuando estaba a punto de dar la vuelta y marcharse a su cuarto, un gemido lastimero se oyó en la habitación de Elena.

Se acercó más a la puerta y, por los lamentos que procedían del interior del cuarto, supo que ella estaba llorando otra vez.

Apoyó la frente en la madera y cerró los ojos, acompañándola en su dolor. Puso una mano en la superficie, queriendo así estar más cerca de Elena y poder calmarla.

Tenía ganas de abrir la puerta y entrar. Abrazarla, igual que había hecho horas antes, y consolarla.

Pero se dijo que quizá eso no fuera suficiente.

Así que se despegó de la puerta y se marchó a su habitación.

7

Santi se despertó en mitad de la noche.

Había alguien en su cuarto con él.

La claridad de la luz del pasillo se colaba por la puerta abierta, pero no era suficiente para saber de quién era la sombra que había allí.

Rápidamente, encendió la luz de la mesita, y se sorprendió al encontrarse a Elena.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—No puedo dormir. Tengo miedo —contestó Elena, echándose a llorar.

Por un momento, Santi se quedó paralizado, sin saber qué hacer.

Ella seguía de pie, en la puerta, convulsionándose por el llanto, abrazada a sí misma.

A Santi se le rompió el corazón al verla tan vulnerable y aterrada. Hizo a un lado la sábana y se levantó.

—No llores, por favor —dijo, acercándose a ella y quedándose plantado a su lado.

Levantó una mano y le acarició el pelo con ternura. Acto seguido, Elena se echó en sus brazos.

—Tengo mucho miedo.

Santi la abrazó mientras por su mente pasaban mil y una frases de consuelo. Pero ninguna salió de sus labios.

Permaneció con ella así hasta que, poco a poco, Elena fue dejando de llorar.

—Siento haberte despertado —se disculpó sorbiendo por la nariz—. No me pareció buena idea ir al cuarto de Rubén y Natalia, así que pensé...

—Tranquila. —Fue lo único que dijo Santi.

Se recreó en el cuerpo de Elena pegado al suyo, emanando calidez y suavidad, y deseó que el robo no hubiera sucedido nunca.

Pero, por otro lado, se alegró de lo que había pasado, pues esto había supuesto un acercamiento entre ellos. Si el delito no hubiera sido cometido, él ahora no tendría a su amor platónico entre los brazos.

La sensación de ser el protector de Elena era tan buena que no quería que aquel momento terminase nunca.

—Gracias —murmuró ella contra el pecho desnudo de Santi.

Elena lo notaba fuerte y duro contra su mejilla. Caliente. Desde que se había abrazado a él, había sentido una paz inmensa y no quería despegarse del cuerpo masculino por nada del mundo.

Escuchaba el corazón de Santi bombeando al mismo ritmo que el suyo. Estaban en sintonía. Sonrió al pensar eso. Posó una mano sobre el pectoral y notó cómo este se contraía bajo su contacto.

Le encantó esa sensación de intimidad que se había creado entre ellos, y su cerebro imaginó que Santi la cogía de la barbilla, alzaba su cara y unía sus labios con los de ella. Soñó que él tomaba la iniciativa, por una vez, y que reclamaba su boca con un asolador beso que la dejaba sin aliento. Después la tumbaba sobre la cama y le quitaba el pijama de verano que ella llevaba, arrastrando las braguitas por sus piernas hasta tenerla totalmente desnuda a su merced. Acto seguido, Santi se deshacía de su pantalón corto y se quedaba ante ella como su madre lo trajo al mundo. Ella abría las piernas para que él se colara entre sus muslos y unirse así haciendo el amor.

El calor comenzó a expandirse por su piel, alterando todas sus terminaciones nerviosas. Se removió inquieta al notar que su sexo estaba empapándose.

Santi interpretó mal este movimiento. Pensó que ella quería soltarse del abrazo y, entonces, él lo deshizo.

—Bueno, ahora que ya estás más tranquila, te acompañaré a tu cuarto.

Elena echó de menos al instante el aroma que desprendía la piel de Santi. Era un olor muy agradable, a alguna colonia mezclada con su esencia más primitiva.

Él dio media vuelta y salió al pasillo.

Pero ella no lo siguió. Caminó hasta la cama, se sentó encima y se abrazó a sus rodillas.

Santi, al darse cuenta de que estaba solo en el corredor, regresó.

—No quiero estar sola —confesó Elena nada más verlo entrar de nuevo—. Por favor, deja que me quede esta noche contigo. —Clavó sus ojos en los del joven y añadió—: Prometo portarme bien. No intentaré nada sexual, te lo

juro. Pero no me obligues a irme de tu cuarto. Estoy muy asustada.

Rompió a llorar de nuevo y Santi supo que no podría echarla de allí.

Y que tampoco quería hacerlo.

—De acuerdo. Puedes quedarte.

—Gracias —contestó ella entre hipidos por el llanto—. Solo te pido una cosa, Santi. —Lo miró a los ojos y él vio cómo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. No apagues la luz.

Son casi las siete de la mañana y apenas he dormido. No puedo hacerlo teniendo un ángel en mi cama.

Ayer entraron a robar en casa de Elena y Natalia, pero lo extraño es que no se llevaron nada. La policía tomó huellas y lo investigará. Ellas se quedaron a dormir con nosotros.

Elena vino en mitad de la noche a mi cuarto, muerta de miedo. No quería estar sola, así que la dejé que se quedara conmigo.

Se tumbó en la cama, después de llorar bastante rato, hasta que al final se durmió. Yo me senté a su lado, acariciándole el pelo para consolarla. Aunque me hubiera gustado calmarla de otra manera, pero no era el momento. Y, además, un hombre incompleto como yo no habría podido tranquilizarla haciéndole el amor, que era la idea que pasaba por mi mente.

Me sorprendió cuando Elena me pidió que no apagase la luz. Según me ha explicado, tiene miedo a la oscuridad y siempre duerme con una pequeña lámpara encendida o alguna luz de esas que se usa para los niños que tienen este problema. La verdad es que no me lo esperaba en alguien como ella, tan valiente, tan decidida y tan fuerte. Pero pienso que, como todo ser humano, Elena tiene su corazoncito y es sensible a ciertas cosas. Si yo tengo mis miedos, ¿por qué no iba a tener ella los suyos? Al parecer, según me contó antes de caer rendida, cuando tenía siete años su familia hizo una excursión a la montaña, y ella, que era puro nervio y no paraba quieta ni un segundo, se fue del lado de sus padres y sus hermanos. Acabó perdida en el monte, la tarde se hizo noche, y cuando la encontraron era ya de madrugada. Estaba aterida de frío y muerta de miedo. Desde entonces, no soporta la oscuridad y siempre debe de haber alguna luz a su alrededor.

Ella ahora duerme. Escucho su respiración, que se extiende por el cuarto y llega hasta mí para darle fuerza a mi corazón, sentido a mi vida.

Aquí estoy, Diario, escribiéndote. He pasado la noche en esta silla,

mirando como mi ángel duerme en mi cama, sin atreverme a hacer nada con ella. Ojalá pudiera..., pero no puedo.

Sus curvas se adivinaban bajo la sábana y sé que, con solo alargar la mano, podría acariciarla. Elena se despertaría y me dedicaría una sonrisa juguetona y traviesa, de esas que tanto me gustan. Me miraría con sus preciosos ojos verdes, prometiéndome noches de placeres inimaginables.

Pero mi miedo es más grande que las ganas de estar con ella y hacerle el amor. Algo que, por otro lado, no sabría cómo hacer, pues no tengo experiencia.

El despertador comenzó a sonar y Santi maldijo. El ruido iba a espabilar a Elena, así que, con rapidez, se lanzó a apagarlo.

—¿Qué hora es? —preguntó una Elena soñolienta.

—Las siete. Vuelve a dormirte —susurró Santi.

Ella se arrebujó de nuevo en la sábana, haciéndose un ovillo, y al poco rato ya estaba dormida otra vez.

Santi se quedó varios minutos observándola, grabando aquella imagen para siempre en sus retinas y su cerebro.

Nunca olvidaría la primera noche que el amor de su vida había pasado en su cama. El pelo revuelto, adornando toda la almohada. Su delicado cuerpo transmitiendo su calor al colchón, dejando allí su huella. El olor tan femenino que Elena tenía impregnándose en cada rincón del cuarto.

Era la criatura más bella que había visto en su vida.

Provocaba en él mil sensaciones, mil sentimientos. Había tenido que luchar contra sus instintos para no echarse en la cama a su lado y dormir con ella. Durante buena parte de la noche, estuvo dolorido por la erección tan grande que tenía. Suerte que Elena no se despertó en ningún momento y lo pilló así, si no, se hubiese muerto de vergüenza.

Volvió a mirar el reloj y comprobó que había pasado diez minutos atontado mirando a Elena. Debía darse prisa o llegaría tarde a trabajar.

Cogió la ropa y se marchó al baño para vestirse. Al salir, contempló a Elena unos segundos dudando si darle un beso en la mejilla o no, aunque preferiría que fuese en esos labios de fresa.

Finalmente, decidió que no la besaría y salió del cuarto con la sensación de impotencia que lo embargaba cada vez que estaba con Elena.

Siempre deseando hacer algo que no podía.

Elena se despertó y miró a su alrededor. Estaba sola en el cuarto de Santi, en su cama. Aspiró el aroma que desprendía la almohada y sonrió feliz.

La claridad de la mañana se filtraba por los huecos minúsculos de la persiana, así que apagó la luz de la mesita que había permanecido encendida toda la noche.

A pesar de que no habían dormido juntos, había conseguido una pequeña parte de lo que se proponía al acudir a su habitación.

Santi la había abrazado cuando ella se echó a llorar. No la había besado, como le hubiera gustado a Elena, pero se conformaba con haber estado entre sus brazos, sintiendo su cuerpo duro y caliente contra el de ella.

Después de estar unos minutos tumbado en el colchón a su lado, él se había levantado y había ido a sentarse en una silla. Elena sabía que se había pasado buena parte de la noche observándola dormir. Le daba pena que Santi hubiera tenido que estar en la incómoda silla y había esperado que él se cansara de esa situación para acercarse a la cama y yacer con ella.

Sin embargo, no fue así. Santi había demostrado tener una fuerza de voluntad a prueba de bombas. Aunque esto ya lo venía haciendo desde más de un año antes.

Meditó sobre los siguientes pasos a seguir mientras se duchaba. Cuando salió del baño, llamó a su jefe y le contó lo sucedido, pidiéndole el día libre para organizar todo lo de la casa.

Luego, regresó a la habitación de Santi y, como buena cotilla que era, se puso a investigar qué secretos escondía el armario, la mesilla, el escritorio frente a la ventana...

No descubrió nada importante. O quizá sí.

Santi era un chico ordenado, a juzgar por cómo tenía el armario, todo colocado en su sitio. La habitación estaba limpia, ni siquiera encontró una tímida pelusa debajo de la cama. En la mesita de noche había calcetines y slips. Algún bóxer también.

Elena fantaseó con la idea de vérselo puesto. O mejor sin él. ¡Qué demonios!

Sobre esta estaba el despertador, una lamparita y un frasco de colonia.

Lo cogió y se roció con él el cuello. Se sintió tremendamente bien al hacerlo. Era como si Santi estuviera con ella todo el tiempo.

Después se acercó al escritorio. Encima de la mesa había un ordenador portátil apagado y el mando de la televisión que colgaba de la pared frente a la cama. Tenía tres cajones en un lado, pero el que más le llamó la atención fue el último. Ese estaba cerrado con llave.

¿Qué misterios ocultaría ese cajón? Se le ocurrió forzarlo para poder descubrirlo, pero rechazó la idea en cuanto pasó por su mente.

Si Santi llegaba a enterarse, ahora que había conseguido un acercamiento... Todo se iría al traste de nuevo.

Y eso no podía consentirlo. Ya tendría la oportunidad en el futuro de saber qué contenía el cajón.

El sonido del móvil la sacó de sus pensamientos, interrumpiendo su labor de investigación y cotilleo.

Al mirar la pantalla, vio que era su hermano.

—Hola, Alfonso.

—Buenos días. Tenemos que hablar sobre el robo en tu casa —dijo, yendo al grano directamente.

8

—Entonces, ¿tu hermano que te ha dicho? —quiso saber Natalia mientras recogían las cosas tiradas por el suelo.

—Me ha echado la bronca por dejarme la cancela de hierro del jardín abierta. Dice que, como la puerta de entrada a la casa no estaba forzada, supone que el ladrón o los ladrones pudieron entrar por detrás. Como las puertas correderas son fáciles de abrir, y viendo que la de metal no estaba cerrada, se lo puse en bandeja.

—La verdad es que ha sido una imprudencia por tu parte, Ele, tienes que reconocerlo —dijo Natalia.

—Sí, es cierto —afirmó Elena, colocando en la estantería del salón los libros que los delincuentes habían tirado por el suelo.

—La suerte que hemos tenido es que no estábamos en casa en ese momento. ¿Te imaginas lo que hubiera podido pasarnos? —Natalia se estremeció al pensar en el peligro.

—Bueno, aquí parece que no falta nada. Vamos arriba a nuestras habitaciones a ver —replicó ella, sin querer contestar a la pregunta de su amiga.

Elena se encaminó hacia la escalera y comenzó a subir con Natalia pisándole los talones.

—¿Has llamado a la dueña? —le preguntó su amiga.

—Sí, nada más levantarme. Me dijo que si no había ningún desperfecto, no era necesario dar parte al seguro de la casa.

—¿Y sobre la alarma?

Elena pensó unos segundos la respuesta, sabiendo que a su amiga no le iba a gustar.

—Dice que ahora le viene mal ponerla, que anda floja de dinero, pero que si la queremos poner nosotras...

—Y el día que nos vayamos a otro piso de alquiler, ¿qué hacemos? ¿Nos la llevamos? —quiso saber Natalia indignada—. Tiene que poner una alarma.

Llegaron al rellano de arriba, donde se repartían las tres habitaciones y el baño, y Elena se dirigió a su cuarto.

—Pues nos la llevamos. —Se giró antes de entrar en la habitación—. Nat, si la dueña no quiere o no puede poner una alarma, hay que aguantarse. Estoy segura de que si no me hubiera dejado la cancela del patio abierta, nadie habría entrado a robar. La culpa es mía. Y por mucha alarma que se ponga, si no nos acordamos de conectarla al salir de casa, nos robarán igual —añadió para convencer a su amiga y que no continuase dándole vueltas al tema.

—Joder, tía, me parece increíble lo despistada que eres a veces —se quejó Natalia.

—Te prometo que, a partir de ahora, seré más cuidadosa con todo.

—Por cierto, Ele, ¿a qué hueles? Es como si... —Se quedó un momento en silencio, olfateando a su amiga y después exclamó—: ¡Hueles a la colonia de Santi!

Elena soltó una carcajada y afirmó con la cabeza.

—¿Te has echado de su colonia? —quiso corroborar su amiga.

—No, me ha perseguido por toda la habitación y me he pegado con ella para que me dejara en paz —contestó Elena de broma—. Pues claro que me he echado de su colonia.

—Estás como una cabra. —Natalia sacudió la cabeza a un lado y a otro—. ¿Y si Santi se da cuenta?

—No creo que me lo eche en cara y, si lo hace, le diré que me olvidé la mía en casa y que no tenía ninguna otra para perfumarme. Además, su colonia me gusta. ¿Qué más da que sea de hombre?

—Lo que yo te digo, como una cabra... —murmuró Natalia dándose la vuelta para marcharse a su cuarto.

Elena se metió en su habitación y observó a su alrededor. Parecía que por allí había pasado un tornado, sin embargo, no distaba mucho de cómo solía estar su cuarto. Ella era un desastre, incapaz de tener la ropa en el armario bien guardada y ordenada.

Habitualmente, camisetas, pantalones y algún que otro vestido colgaban de los pomos de las puertas o de alguna silla. Más de una vez había perdido algún zapato o alguna prenda entre tanto desorden y lo había encontrado un

mes más tarde, tirado en algún rincón o debajo de la cama. Sabía que debía ser más ordenada, pero era superior a ella. Por mucho que lo intentase, nunca lo conseguía.

Lo único que siempre tenía guardado a buen recaudo era su colección de vibradores. Con sus juguetitos sí que tenía especial cuidado de no dejárselos por ahí, donde cualquiera pudiera verlos o cogerlos.

Ahora se los encontró encima de la cama, desperdigados.

Menos mal que no le faltaba ninguno. Si no, era capaz de buscar a los delincuentes hasta debajo de las piedras para que se los devolvieran.

No tardó mucho en «recoger» su habitación.

Cruzó el pasillo para ir a la de Natalia y echarle una mano.

—¿Cómo vas? ¿Te falta algo? Yo creo que mi iPod no está y las planchas del pelo tampoco, pero como normalmente lo tengo todo desordenado no sabría decirte con seguridad.

—Hay varias cosas que no encuentro, pero tengo que mirar más detenidamente. Anda, cuélgame estos vestidos ahí —dijo su amiga, señalando el armario abierto.

—¿No sería mejor que los metas en la maleta? Si te vas a ir a vivir con Rubén...

—¿Y dejarte sola después de lo que ha pasado? —Su amiga hizo una mueca—. Ni de coña, guapa.

Elena buscó las palabras para lo que quería confesarle a Natalia.

—Bueno... he pensado que, después de esto, a lo mejor Santi accede a vivir conmigo aquí.

Su amiga dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia ella.

—¡Ostras! ¡Es verdad! —Y alegrando el gesto de su cara, añadió—: En cuanto vuelva de trabajar, se lo dices. Esta vez no puede negarse.

—¿Qué? ¡No! ¡No! —exclamó Santi cuando le comunicaron la idea de Elena.

¿Otra vez empezaban con lo mismo? ¡Él no podía vivir con Elena!

—Venga, porfiiii —suplicó ella, uniendo sus manos como si estuviera rezando, al mismo tiempo que ponía su cara más angelical.

Rubén y Natalia permanecían en un segundo plano, observando.

—No.

—Sí.

Santi la miró unos segundos a los ojos sin poder creerse que, de nuevo, estuvieran hablando de un tema que ya estaba cerrado. Cuando no pudo aguantar más la mirada de Elena, apartó la suya. Se sentía acalorado, con la cara roja como una amapola. Su corazón palpitaba desbocado, igual que si hubiera corrido un maratón.

¿Vivir con Elena?

Entendía que, después de lo que había pasado, ella se sintiera insegura en la casa y no quisiera estar sola, pero... que él se fuera a vivir con Elena eran palabras mayores.

Sin embargo, a pesar de su negativa, le gustó el papel de protector que ella quería otorgarle. Sentirse importante en la vida de su vecina, de la mujer que amaba... Era demasiado bueno como para perderse.

Pero la intimidad que se crearía al convivir podría hacer que ella descubriera su tara. ¿Qué pasaría entonces?

—Elena —intervino Rubén para ayudar a su amigo, viendo el apuro de este para salir de la situación embarazosa en la que estaba—. Yo creo que sería mejor que insistieras a la casera para que ponga una alarma en la casa y busques cuanto antes una compañera de piso. Santi ya te dijo el otro día que no quiere irse a vivir contigo.

—Tú cállate, que das tanto apoyo como un bastón roto —le soltó, molesta.

—Oye, a mi novio no le hables así —la riñó Natalia—. Un poquito de respeto, por favor.

Elena respiró profundamente antes de disculparse con Rubén. Luego, se volvió para encarar a Santi.

—Por favor... —Lo cogió de las manos y lo miró a los ojos suplicándole—: Necesito que vivas conmigo. Haces que me sienta segura.

Tras una pausa en la que buscó en su memoria recuerdos tristes para conseguir llorar, prosiguió. Sabía que, con eso, Santi accedería.

—Te prometo que no intentaré nada contigo. Te dejaré en paz. No te perseguiré y no me meteré en tu cama. Sé que tus reticencias se deben al acoso y derribo al que te he estado sometiendo desde que nos conocimos. Sé

que tu carácter tímido no lo soporta. Te juro que todo eso va a cambiar. Yo voy a cambiar. Para mí será como si viviese con Natalia aún, te trataré como si fueras una chica. Pero, por favor, por favor... —Las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas—. Ven a vivir conmigo, Santi. Te necesito. Tú me das seguridad... —La voz se le quebró por los hipidos del llanto y no pudo continuar.

A Santi se le rompió el corazón al verla así. Odiaba que ella llorase. Prefería verla sonreír, que Elena estuviera feliz y contenta.

Entendía perfectamente su miedo.

«Que Dios me ayude», pensó, sabiéndose perdido.

—Está bien. Me iré a vivir contigo, Elena.

¿Se había vuelto loco? Pues sí. Debía de estarlo para haber accedido a los ruegos de Elena.

Cuando ella se abrazó a él, entusiasmada por su respuesta afirmativa, Santi creyó advertir un ligero aroma igual a la colonia que él usaba. Pero se dijo que eran imaginaciones suyas por todo el jaleo que tenía montado en la cabeza. Otra prueba más de que su cerebro no regía muy bien.

Acordaron que esa noche Elena todavía la pasaría en el chalet de Rubén y que, al día siguiente, cuando Santi volviera del trabajo, comenzarían la mudanza.

Ella estaba exultante. Había conseguido lo que quería, tener a Santi bajo su mismo techo. Menuda actriz estaba hecha. Ni todas las de Hollywood juntas...

Rubén y Natalia también estaban contentos por la decisión del joven. Así se solucionarían todos los problemas, aunque continuaron insistiéndole a Elena en que hablase de nuevo con la casera que le alquilaba el chalet para que pusiera una alarma; cosa que Elena no pensaba hacer de ninguna de las maneras. Ya tenía a Santi para que la protegiera. Además, con lo despistada que era, estaba segura de que la mitad de las veces se le olvidaría conectar el sistema antirrobo. ¿Para qué iba a hacer que la dueña del adosado se gastase dinero en algo así si luego ella no lo iba a usar?

Cuando Elena llegó de trabajar al día siguiente, casi a las siete de la tarde, se encontró con Santi instalando la tele en su nueva habitación.

—¡Hola! —lo saludó contenta—. ¿Qué tal el día?

Él se paralizó al oírla. Inspiró hondo para controlar su nerviosismo y lograr no ponerse rojo como le ocurría siempre. No consiguió ninguna de las dos cosas. Pero Santi tenía fe en que, con el tiempo y la convivencia, se acostumbraría a estar y hablar con Elena y lograría que no le sucediera eso.

—Hola. Bien —dijo sin mirarla, acabando de colgar la televisión en un soporte anclado a la pared.

Elena se apoyó contra el marco de la puerta y miró la espalda de Santi, ancha y fuerte bajo la camiseta, y el culo, redondo y apretado, cubierto por el pantalón vaquero.

Le dieron ganas de pellizcárselo, pero se contuvo. No quería que la tele se le cayera encima al pobre muchacho.

Santi escuchó el suspiro de deseo que salió de los labios de su nueva compañera de piso y su sonrojo aumentó. Se sentía observado, bajo la atenta mirada de Elena, y rezó para que se marchase a otra parte de la casa a hacer cualquier cosa menos estar allí mirándolo.

Por otro lado, le agradó saber que ella lo deseaba. Que su físico hacía que Elena ardiera. Aunque ¿para qué? No podían hacer nada.

—¿No sabes que poner televisión en una habitación es pecado mortal? —preguntó ella.

—¿Por qué?

Elena dio varios pasos, adentrándose en el cuarto. Llegó hasta la cama y se sentó en ella.

Santi, por el rabillo del ojo, siguió todos sus movimientos.

—Porque a la cama se viene a dos cosas. A dormir y a follar, no a ver la tele —lo riñó, tentándolo, a pesar de que había prometido que no intentaría nada con él.

Él esbozó una sonrisa a escondidas. No quería delatarse y que Elena supiera que le había hecho gracia su comentario. Poniéndose serio de nuevo, se volvió hacia ella, bajó de la silla donde estaba subido colocando la televisión y la miró, intentando aguantar los ojos de Elena clavados en los suyos.

—Quería... quería... hablar contigo... de algo —empezó a decir nervioso. No sabía cómo se tomaría ella lo que le iba a decir, pero esperaba

que bien. Además, si tantas ganas tenía de vivir con él, debía aceptar. Si no, recogería sus cosas y buscaría otro piso.

Elena se recostó sobre el cabecero de la cama, arrugando la colcha, mientras esperaba expectante lo que él tuviera que decirle.

Santi frunció el ceño. Si la cama estuviera deshecha, no le importaría que ella descolocase las sábanas o la colcha. Pero no era el caso y aquello le molestó.

De todas formas, lo dejó pasar. Elena no estaría en su habitación para nada durante la convivencia y no le desordenaría sus cosas, ni arrugaría la colcha como estaba haciendo en ese momento.

—Verás... —carraspeó para aclararse la garganta—. Quiero poner unas normas... de convivencia... si no te importa.

—¿Me vas a hacer firmar un contrato como el señor Grey? —preguntó Elena, riéndose. Pero al ver la mirada seria que le dirigía él, dejó de hacerlo—. Perdona. Tú dirás...

Santi tomó aire profundamente y, cuando lo soltó, comenzó a hablar.

—No quiero que entres en mi habitación... —Desvió la mirada hacia la ventana para tranquilizarse y poder decirle todo lo que tenía preparado—. Ni en el baño cuando yo esté dentro. Tampoco quiero que... toques mis cosas, ni que... intentes seducirme...

—Ya te prometí que no intentaré ligar contigo. Me voy a portar bien, de verdad, Santi —soltó Elena, incorporándose para levantarse de la cama.

—De acuerdo.

Ella vio como él movía los ojos, nervioso, de un lado a otro. Supo que faltaba algo más por decir.

—¿Alguna condición más?

—En cuanto a los hombres como tu amigo el italiano...

—¿Qué pasa con él?

Elena se plantó frente a Santi, observando sus reacciones. Estaba más rojo que un tomate maduro y, con una de las manos, se pellizcaba la tela del pantalón vaquero.

—Cuando lo traigas aquí...

—Tranquilo, no va a venir aquí estando tú.

La mano de Santi se detuvo y Elena comprobó como su respiración

agitada comenzaba a calmarse.

—Ya tengo un hombre en casa. No necesito otro. —Hizo una pausa y añadió—: Además, prefiero citarme con él en su hotel. Es más impersonal y discreto.

La voz de Elena sonó dura. Le había molestado que nombrase a Fabrizio. ¿Por qué lo había hecho?

«Pues porque quiere asegurarse de no oír tus gritos al correr entre los brazos de tu amante, atontada», se dijo a sí misma.

Permanecieron unos segundos en silencio hasta que Elena habló de nuevo.

—¿Has terminado ya?

Santi la miró fugazmente y asintió con la cabeza.

—Bueno, pues en ese caso, me voy —comentó dirigiéndose hacia la puerta mientras continuaba hablando—. Había pensado ayudarte a colocar tus cosas, pero como no puedo tocarlas ni estar en tu habitación, te dejo solo. Ya te las apañarás —soltó molesta.

Abandonó el cuarto y Santi respiró tranquilo. No había sido tan difícil llegar a un acuerdo con ella. Aunque sabía que a Elena no le habían gustado las normas impuestas por él, a juzgar por su tono de voz, estaba seguro de que ella las cumpliría.

Elena salió al jardín para despejarse. No le habían gustado nada las condiciones de Santi, pero era el precio que debía pagar si quería tenerlo bajo su mismo techo.

Descendió las escaleras hasta el patio y observó las plantas de Santi en un rincón.

«Bueno, si no quiere que toque sus cosas, me ahorraré tener que regarle los bonsáis y las flores cuando él no esté. Además, con lo torpe que soy para estas cosas, seguro que las ahogo en cuatro días», pensó.

Dio varias vueltas por el patio hasta que el mal humor se le pasó y entró en la casa de nuevo, justo cuando Santi bajaba la escalera del piso superior.

—Voy... Tengo que... Aún me faltan...

—No me des explicaciones, que no soy tu madre. Vete a donde tengas que ir y haz lo que tengas que hacer —soltó Elena, notando como el mal

genio volvía a ella.

Santi salió de la casa y regresó al cabo de algunos minutos con Rubén. Entre los dos, llevaban el escritorio que el joven tenía en su antigua habitación. Lo subieron por las escaleras y lo colocaron de igual modo que estaba en la otra casa, frente a la ventana.

Elena no se dio cuenta de que había permanecido quieta en el recibidor de la casa todo el tiempo, hasta que Rubén volvió a bajar y se despidió de ella.

Al poco rato, llegó Natalia a buscar el resto de sus cosas y dejar libre, por fin, su habitación para trasladarse a casa de su novio.

—Hola, ¿qué tal todo? —saludó a Elena.

—¿Sabes que Santi me ha puesto condiciones para vivir conmigo? —espetó ella.

Su amiga comenzó a reírse.

—No me extraña, tendrá miedo de que te cueles en su cuarto alguna noche y lo violes.

—Ja, ja, muy graciosa —dijo Elena, haciendo una mueca.

Natalia se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Venga, tranquila, ¿qué condiciones son las que te ha puesto?

Elena se las contó mientras subían a la habitación de Natalia. Al llegar al piso superior, ella echó un vistazo al cuarto de Santi, pero la puerta estaba cerrada, así que no pudo verlo.

Mejor así. No podría oírlas chismorrear sobre él.

—A mí me parece algo muy normal —confesó Natalia—. Quiere mantener su privacidad. Y en cuanto al tema de Fabrizio...

—Ya le he dicho que no vendrá a esta casa.

—Bien.

Estuvieron un rato en silencio, empaquetando las pocas pertenencias que le quedaban a Natalia en aquella casa.

—Estarás supercontenta. Ya has conseguido lo que querías. Tener a Santi contigo —dijo su amiga.

—He conseguido una parte de lo que quería. —Elena la miró sonriendo y le pasó la última camiseta del cajón para que Natalia la metiese en la maleta—. Pero aún me falta más. Lo quiero todo con él y no descansaré hasta lograr

mi objetivo. Puede que, de momento, le dé una tregua, hasta que se acostumbre a vivir conmigo, pero ten por seguro que ese hombre acabará despertándose en mi cama, con mi cuerpo enredado en el suyo, todos y cada uno de los días que me quedan de vida.

—Eso si no se le hacen insoportables tantas atenciones por tu parte y acaba huyendo. —Natalia soltó una carcajada.

—Seré discreta, no te preocupes.

9

Ya hace una semana que vivo con Elena y, de momento, todo va bien. Ella está respetando las normas de convivencia que le comenté, y yo, sinceramente, se lo agradezco en el alma.

Estoy más tranquilo que cuando me vine a esta casa. Pero todavía me pongo rojo cuando la pillo mirándome.

Cuando ocurre esto, Elena siempre me sonrío y después hace algún comentario gracioso para que yo me ría. La verdad es que es una mujer muy divertida e inteligente. Me gusta estar con ella. Creo que, al final, ha sido una buena cosa vivir juntos.

Sin embargo, cuando veo su ropa interior que cuelga con mis calzoncillos después de hacer la colada, mientras se seca, no puedo dejar de imaginármela con esa lencería puesta. Y claro, me excito. Pero me obligo a bajarme la erección. No puedo ir por la casa con una tienda de campaña en los pantalones.

El hecho de que Elena tenga una colección primavera/verano compuesta por más de quince tangas, que los conté ayer mientras estaban todos colgaditos de cualquier forma en la cuerda de tender la ropa, no me lo pone fácil. Y los sujetadores... ya ni te cuento. Hay algunos que cubrir, lo que se dice cubrir, no lo hacen. ¡Seguro que va con los pechos medio al aire, por el amor de Dios! No sé para qué se los pone, si ir con eso y no llevar nada es lo mismo.

Pero seguro que ese tipo de lencería la usa cuando va a ver al italiano. Para excitarlo. Aunque supongo que a ese no le hace falta mucho para estar caliente. Con la fama de buenos amantes que tienen, siempre dispuestos...

De todas formas, Elena es de esas mujeres capaces de derretir el hielo con solo tocarlo. Cada vez que me la imagino con un conjunto de lencería de esos, me dan taquicardias.

Unos golpes sonaron en la puerta, interrumpiendo a Santi. Cerró de prisa el diario y lo guardó en el cajón con llave del escritorio.

Oyó la voz de Elena, amortiguada por la puerta cerrada, que lo llamaba.

Fue a abrirla y se la encontró sujetándose el vestido que llevaba puesto con las manos.

—¿Me cierras la cremallera? Es que no llego —le dijo, volviéndose para mostrarle la espalda.

Santi cogió el tirador de la cremallera con dos dedos temblorosos y tiró de él hacia arriba. Intentó no tocar esa nívea piel que lo tentaba, pero al final no pudo resistirlo más y apoyó la yema del dedo justo donde acababa el cierre.

Sintió el calor femenino traspasando su epidermis en aquel único punto en el que se tocaban sus cuerpos. Aquel pequeño roce hizo que la sangre en sus venas corriera excitada y recordó las últimas palabras que había escrito en su diario sobre lo que Elena era capaz de hacerle al hielo. Solo que, en esta ocasión, era él quien se estaba derritiendo.

Y no quería dejar de hacerlo, pero tuvo que retirar el dedo y dar por concluida su ayuda.

—Gracias. —Elena le sonrió por encima del hombro.

Se volvió hacia él y vio como las pupilas de Santi estaban algo más dilatadas de lo normal. Supuso que las suyas también, porque cuando había notado que la tocaba creyó morir de placer. Había sido una ínfima caricia de la yema de su dedo, pero con lo atraída que se sentía por Santi eso bastaba para prender un fuego entre sus piernas.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —le preguntó.

—Saldré un rato con Rubén, con la bicicleta, aprovechando que Natalia y tú os vais de tiendas.

—Menos mal que he conseguido que Natalia me acompañe. Desde que se fue a vivir con tu amigo apenas le veo el pelo.

—Es lógico. Están enamorados y quieren disfrutar de su tiempo juntos todo lo que puedan —dijo Santi.

«Pero claro, como tú no crees en el amor, ni en las relaciones serias, no puedes saber qué es eso. A ti solo te interesa el sexo», estuvo a punto de soltarle, pero se detuvo a tiempo.

—Bueno, pues esta tarde la que va a disfrutar de Natalia voy a ser yo.

Elena se volvió hacia la escalera y comenzó a bajar por ella mientras Santi la observaba desde el umbral de su habitación. Cuando la perdió de

vista, soltó el aire que estaba reteniendo en los pulmones y, con paso decidido, entró en su cuarto para cambiarse de ropa e irse con su amigo a hacer un poco de ejercicio.

—Me han llamado Carla y Amanda —la informó Natalia cuando se reunieron en la puerta del adosado—. Que al final sí que pueden venir las dos.

—¡Guay! Reunión de chicas para hablar de trapitos y de hombres —soltó Elena, contenta.

Comenzaron a caminar hacia el centro comercial situado a pocos metros.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal con el hombre de la casa? —quiso saber Natalia.

—Bien. Como ya te dije, le he dado una tregua, de momento. Pero me está costando mucho porque no estoy acostumbrada a reprimir mis ganas cuando tengo delante a un tío bueno como él.

—Tranquila, ya verás como lo consigues. Santi es muy vergonzoso, tienes que darle tiempo. Ahora que habéis empezado a vivir juntos puede que las cosas se aceleren, ya sabes. Pero en toda convivencia hay roces, así que ten cuidado, no te pases o lo perderás —le aconsejó su amiga.

Elena asintió a las palabras de Natalia. Tenía muy presente todo lo que esta le decía, aunque no hiciera falta, pues ella ya sabía cómo tratar a Santi para que no saliera espantado.

Llegaron al centro comercial y se encontraron con que sus amigas ya las esperaban en la puerta. Tras los saludos de rigor, se metieron dentro.

—¡Qué fuerte lo del robo, Elena! —comentó Carla—. Cuando me lo contó Natalia, no podía creerlo.

—La verdad es que sí, pero todo ha quedado en un susto. Gracias a Dios, ninguna de las dos estaba en casa en ese momento —replicó Elena.

—¿Qué se han llevado los ladrones? —preguntó Amanda.

—Lo que creíamos que se habían llevado al final ha aparecido. Y en caso de que no hubiera sido así, no nos importa, porque las cosas materiales pueden reponerse. Pero la inseguridad que te crea una situación como esta, ver invadida tu privacidad, no mola nada —contestó de nuevo Elena.

—Por cierto —intervino Natalia—, ¿le has preguntado a tu hermano cómo va la investigación? ¿Han descubierto algo sobre las huellas que tomaron en casa?

—Me ha dicho que todas las huellas se corresponden con las nuestras y las de Rubén y Santi. Así que cree que los ladrones usaron guantes para no dejar rastro —la informó Elena.

Llegaron a una zapatería que les gustaba y se metieron dentro mientras continuaban charlando.

—¿Y la casera qué te ha dicho? ¿Sigue con el rollo de no poner alarma? —quiso saber Carla.

—Ya no necesito alarma. Con Santi en casa, asunto arreglado —comentó Elena feliz y contenta.

—¡Jo! ¡Tienes una suerte increíble, tía! —dijo Amanda—. Estás viviendo con el chico que te gusta. Puedes verlo al despertar, al acostarte, todas las tardes, cuando sale de la ducha, mojado, con las gotas de agua resbalando por su piel...

Las otras tres empezaron a reírse al ver la cara de puro deseo de Amanda.

—Vale, no te pases que Santi es mío. Tengo que presentarte a Fabrizio un día de estos y si te gusta, todo tuyo —le advirtió Elena sin dejar de reír.

—¿Y cómo van las cosas? ¿Ya has conseguido algo con Santi? —Esta vez fue Carla quien habló.

—Las cosas van poco a poco. Mentiría si dijera que no tengo prisa, porque sí que la tengo, pero prefiero ir despacio. El premio lo merece.

Salieron de la zapatería y entraron en la tienda de al lado, que era de ropa.

—Tienes razón —apuntó Carla de nuevo—. Lo mejor es que os conozcáis poco a poco, porque no es lo mismo veros cuatro ratos fuera de casa que convivir. Surgen roces que pueden hacer que una relación se rompa si ninguno de los dos cede para arreglar las cosas.

—A mí me encantaría rozarme con alguien —soltó Amanda, que llevaba varios años sin tener ninguna relación.

Sus amigas soltaron una carcajada otra vez al oírla.

—No os riais, que es cierto. Estoy muy necesitada... —gimoteó—.

Como Elena se los lleva a todos, hasta a los buenos chicos como Santi. Ya podías dejarme a mí a tu vecino.

—Ni se te ocurra soñar con Santi —le advirtió muy seria—. ¿Tú has visto la cicatriz que lleva en la frente? Pues es mi sello personal. Lo marqué para que todas sepan que es mío.

Amanda levantó las manos en son de paz.

—Tranquila, Elena, que no me lo voy a ligar. Además, con lo tímido que es, me costaría mucho. Igual que te está costando a ti. O incluso más, porque yo no tengo el desparpajo que tienes tú. Ni soy tan sexy, ni...

—¡Mierda, mierda, mierda! —Oyeron a Natalia desde uno de los probadores donde se había metido mientras sus amigas charlaban.

Se dirigieron allí para ver qué le sucedía a su amiga.

Elena agarró la cortina y, evitando que se le viera nada a Natalia, metió la cabeza en el probador.

—¿Qué te pasa?

—¿No dijo Newton que todo lo que sube tiene que bajar? Pues estoy esperando a que se cumpla su puñetera ley. He subido de peso. Ahora a ver si bajo —dijo Natalia. Se volvió para mirar a su amiga y añadió—: No me cierran los pantalones.

—¿Has cogido la talla correcta? —preguntó Elena, evitando reírse.

—Lo que he cogido han sido unos cuantos kilos de más este verano. Rubén me ha inflado a chorizos, morcillas y panceta con tanta barbacoa —se quejó.

Elena comenzó a reírse, sin poder evitarlo ya, y Carla y Amanda, que desde fuera habían escuchado la conversación, también.

—No os riais, capullas.

—No te preocupes, Nat, ya los perderás —intentó calmarla Elena.

—Con un poco de dieta y ejercicio... —dijo Carla, desde fuera del probador.

—El otro día leí que cada vez que haces el amor puedes perder hasta seiscientas calorías —intervino Amanda, metiendo la cabeza por el otro lado de la cortina—. Depende de la actividad más o menos enérgica y de la posición en que lo hagas.

—Baja un poco la voz, que te van a oír desde los otros probadores —le

recomendó Carla.

Elena echó un vistazo para ver si había alguien. A los pocos segundos, volvió.

—Estamos solas en la tienda, a excepción de la dependienta. Continúa —le pidió a Amanda.

—Pues el artículo decía que, por ejemplo, la posición del perrito te permite perder doscientas setenta y cinco calorías, la del misionero unas doscientas cincuenta y, para las que prefieren estar arriba, doscientas. También hablaba sobre los preliminares, besos, caricias, etcétera, que te hacen perder menos, pero son igual de buenos —les explicó—. Y practicar quince minutos de sexo oral serían unas cien, más o menos. Si lo haces de pie, durante diez minutos, es con lo que llegas a las seiscientas.

—No me creo nada de lo que dice ese artículo —rebatía Natalia, quitándose el pantalón que se estaba probando—. Porque Rubén y yo follamos como locos, hacemos todo lo que has contado, y yo he cogido peso en lugar de perderlo.

—¿Tu novio aguanta diez minutos contigo en brazos empotrándote contra una pared? —preguntó Carla alucinada.

—Sí, Rubén es muy potente. No me puedo quejar. Aunque a veces es tierno; otras, saca a la bestia que tiene escondida en los pantalones y lo pasamos en grande. Pero lo de los quince minutos de sexo oral no, porque en cuanto me pasa la lengua por ahí abajo cuatro o cinco veces ya consigue que me corra —le contó Natalia, poniéndose de nuevo su ropa.

—¡Joder, qué suerte tienes! —exclamó Carla de nuevo—. Yo llevo varios años que con mi marido poco o nada. Desde que nació el pequeño Pablo siempre estoy cansada y, además, cada vez que lo intentamos hacer, no consigo excitarme demasiado, con lo cual me molesta y no disfruto. No sé si será cosa de la edad, que estoy a punto de cumplir los cuarenta. Vosotras, como sois mucho más jóvenes que yo, no lo entendéis. O quizá sea que tener tres niños me pasa factura. O la rutina, que nos aburre —dijo abatida.

Elena se acercó a Carla y le acarició un brazo.

—¿Has pensado usar un lubricante? Te iría bien uno de efecto calor.

—Sí, lo he pensado alguna vez, pero me da vergüenza comprarlo. ¿Qué pensará de mí la cajera o la farmacéutica?

—Que piense lo que le dé la gana —soltó Elena—. A ti te tiene que importar más pasar un buen rato en la cama con tu marido que el qué dirá la gente.

—Ya, pero...

—En cuanto salgamos de aquí nos metemos en el hipermercado y compramos uno para que lo pruebes. Si te da corte pagarlo tú, ya lo paso yo por caja y asunto arreglado.

—¿De verdad lo comprarías por mí?

—Claro, ya estoy acostumbrada a comprar ese tipo de cosas y otras más. Además, ¿para qué están las amigas si no?

—Muchísimas gracias, Elena —sonrió contenta Carla.

—También deberíais probar algunos juguetes sexuales para excitarte. O juegos de roles como la ejecutiva y el becario, o el profesor y la alumna, o la policía y el detenido... Cosas así. Interpretar un papel que os excite a ambos. También puedes leer novelas eróticas o ver alguna película porno.

Amanda, que las había estado escuchando en silencio, sacó una pequeña libreta de su bolso y un bolígrafo.

—¿Puedes repetir todo lo que has dicho de los roles sexuales? Que me lo apunto. Y también quiero un gel de esos que le vas a comprar a Carla, y dime el vibrador que tú usas.

—Vamos a comprar el lubricante y luego nos tomamos algo en una de las cafeterías. Entonces te lo contaré todo —dijo Elena riéndose.

10

—¿Qué tal con Elena? ¿Todo bien? ¿Está cumpliendo su palabra o te sigue acosando? —preguntó Rubén a Santi mientras hacían ejercicio con las bicicletas.

—De momento, bien —respondió Santi—. ¿Y tú con Natalia?

—¡Ah! Fantástico. Estoy muy contento de que se haya venido a vivir conmigo por fin. ¿Tú sabes lo que es tener a tu novia a mano, para hacerle el amor cuando quieras, y no tener que esperar, aguantándote las ganas, hasta el día que has quedado con ella?

«Pues no, no lo sé, porque como nunca he tenido una novia...», pensó Santi.

—Me alegro mucho por vosotros —dijo, sin embargo.

—De todas formas, no te creas que todo es de color de rosa. Ya hemos tenido algunos roces, pero los hemos solucionado a tiempo, antes de que la cosa llegara a más y nos enfadásemos de verdad —le contó su amigo—. La comunicación con tu pareja es muy importante. Te recomiendo que con Elena lo practiques.

—Elena no es mi pareja.

—Bueno, pero es tu compañera de piso, así que, para el caso, te va a servir igual. Mira, ya te ha funcionado con las condiciones que le pusiste. A partir de ahora, deja de lado tu timidez habitual y cualquier cosa que te moleste se la dices.

Santi asintió, pero no estaba muy seguro de que fuera a hacerlo.

—De momento todo va bien con ella. Mientras que no se salte ninguna de mis normas. Todavía alucino cuando pienso de dónde saqué valor para imponérselas, y me sorprende más aún de que ella las aceptase.

—Es que estaba deseando vivir contigo —le hizo ver Rubén—, y sabía que o acataba tus peticiones o no te ibas a su casa con ella.

—Ya.

—En cuanto al italiano, ¿lo ha llevado al chalet? —quiso saber su amigo.

—No, gracias a Dios. Sé que ha hablado con él un par de veces por

teléfono, pero no se han visto, que yo sepa.

—Claro, si ya te tiene a ti...

—Conmigo no hace lo que con él —rebatió Santi.

—Porque tú no quieres. Seguro que Elena está más que dispuesta a poner en práctica contigo el Kamasutra desde la primera página hasta la última.

—¿Qué tal tú en el colegio? —preguntó Santi, queriendo cambiar de tema.

—¿Cuándo te vas a lanzar con ella? —replicó Rubén, ignorándolo.

—Yo hoy he tenido que podar unos setos del parque...

Rubén paró la bicicleta e hizo que su amigo se detuviera también.

—No me cambies de tema, Santi. Ahora tienes la posibilidad de tener una relación con Elena. Aprovecha la oportunidad.

Santi se quedó mirándolo muy serio.

«Si fuera un hombre completo», pensó.

—No quiero hablar de eso ahora.

—¿Y cuándo vas a querer hablar de ese tema? Nunca quieres tocarlo. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—Déjalo. No lo entenderías.

Comenzó a pedalear otra vez ante la mirada de frustración de su amigo, que no comprendía por qué Santi no vencía su timidez de una vez por todas e intentaba seducir a la mujer que amaba.

Cuando Santi llegó a casa, Elena no estaba. Se duchó rápido y se preparó algo de cenar. Ella no le había comentado si cenaría en casa o por ahí con sus amigas, así que, para que no sobrara comida, se la hizo solo para él.

Cuando ya se iba a la cama, apareció Elena.

—Buenas noches. ¿Qué tal con Rubén? —le preguntó ella al verlo en la puerta de su habitación.

—Bien. —Se quedó un momento callado y luego, prosiguió—: ¿Has cenado?

—No. Hemos estado tomando algo en una de las cafeterías de Parquesur y ahora apenas tengo hambre. Me tomaré un yogur y me iré a la

cama. Estoy muerta. No te imaginas lo que cansa ir de tiendas. Tengo un dolor de pies horrible y la espalda...

Santi no entendió por qué Elena se quejaba si le encantaba ir de tiendas. Pero ¿quién comprendía a las mujeres?

—Por cierto, ayúdame con la cremallera del vestido, que yo no me la puedo bajar y como tú no me lo quites voy a tener que dormir con él puesto —le pidió ella, riéndose. Se dio la vuelta para quedar de espaldas a él, que enseguida se apresuró a cumplir los deseos de Elena.

Mientras la cremallera descendía por la espalda de Elena, Santi le rozaba con los nudillos la piel. Aunque intentó no hacerlo, pues aquello desataría una energía sexual dentro de él muy difícil de calmar, no lo consiguió. El vestido le quedaba muy ajustado y era prácticamente imposible no tocar a Elena.

Contuvo el aliento hasta que llegó al final y, entonces, lo dejó escapar con un sonoro suspiro. Sentía el pulso acelerado latiendo en sus sienes, casi provocándole dolor de cabeza.

Elena había notado esa caricia delicada, que le abrasaba la piel, controlando el impulso de volverse y devorarle la boca a Santi. Todavía era pronto, se dijo. Más adelante...

—Gracias. —Le sonrió por encima del hombro mientras se encaminaba a su habitación—. Que tengas dulces sueños.

«Seguro que sueño contigo, como la mitad de las noches desde que te conocí», se despidió él mentalmente.

La semana pasó en una agradable calma para Santi y Elena. Él cada vez estaba más tranquilo respecto a que ella intentase algo. Ya no se ponía tan rojo cuando la sorprendía mirándolo y, cada vez que hablaba con ella, su timidez no aparecía por ningún lado.

Santi se acostumbró a ver su ropa sucia mezclada con la de Elena en la lavadora, aunque todavía se quedaba absorto mirando su lencería cada vez que la sacaba del electrodoméstico para ponerla a secar.

Ella lo observaba sin que él lo supiera. A veces, metía varios conjuntos y picardías de más, solo para que Santi los tocara con sus manos, los viese y se la imaginara con ellos puestos. Luego, cuando la lavadora terminaba el ciclo,

Elena le pedía a Santi que colgase él la ropa. Ella se inventaba una excusa para no hacerlo y así a él no le quedaba más remedio que acceder.

Santi lo prefería, porque cada vez que Elena ponía a secar la ropa de cualquier manera se lo llevaban los demonios. ¿Es que no podía sacudirla y luego tenderla correctamente para que quedasen las menos arrugas posibles?

Ya se había dado cuenta de que la chica era un desastre para las tareas domésticas. Tenía el cuarto que parecía que había pasado un ciclón por allí. Dejaba ropa descuidadamente aquí y allá, y luego se quejaba de que no encontraba algo que quería ponerse. ¿Es que no podía ser más ordenada?

—¡Hola! ¡Ya estoy en casa! —gritó Elena nada más entrar por la puerta—. ¿Santi? ¿Dónde andas?

—Estoy aquí, en el salón. —Oyó que le contestaba.

Elena entró en la estancia y lo vio sentado en el sofá, mirando la tele. Tuvo que resistir el impulso de tirarse sobre él y comérselo a besos.

Santi la miró sonriendo. Ella estaba preciosa. Ese día se había puesto para ir a trabajar un pantalón oscuro, que le quedaba como un guante, y una camisa de flores. Pensó en qué llevaría debajo. ¿El conjunto rosa con ribetes blancos o el negro de encaje?

Se obligó a dejar de imaginar esas cosas, pues no quería que ella lo viera empalmado.

Elena dejó el bolso colgado en una silla, se sentó en el sofá y cogió el mando del televisor.

—¿Qué estás viendo? —Sin dejarle contestar, dijo—: Ah, un documental de naturaleza. Voy a ver si hay algo más entretenido.

Comenzó a cambiar los canales sin pedir permiso.

Santi cerró los ojos, armándose de paciencia. Era la quinta vez que lo hacía en las dos semanas que llevaban viviendo juntos. Nunca le había dicho nada; sin embargo, ahora, recordó las palabras de Rubén aquel día sobre la comunicación con la pareja y no pudo quedarse callado.

—Elena, lo estaba viendo yo —se quejó en voz baja.

—Ya, pero es que son un rollo. No sé cómo te pueden gustar.

—Bueno, pues me gustan. Deberías respetar que yo he llegado a casa primero y estaba viendo la tele antes que tú —le soltó educadamente.

Elena se giró hacia él y lo vio con el ceño fruncido.

—Venga, porfi, déjame ver otra cosa.

Santi la miró, perdiéndose en el verde de sus ojos igual que un campo en primavera, y suspiró.

—Está bien. Pon lo que quieras. De todas formas, me voy a ir a correr un rato.

Se levantó del sofá y Elena se quedó mirándole el apretado trasero que los pantalones de chándal le marcaban con tanta delicia. La boca se le hizo agua y se juró a sí misma que, si algún día tenía la oportunidad de verlo desnudo, le daría un buen mordisco en esa carne dura que la tentaba.

Se quedó unos minutos allí, medio atontada por las imágenes que su mente le ofrecía, hasta que oyó la puerta de la calle al cerrarse. Santi se había ido.

Entonces corrió escaleras arriba, entró en la habitación del joven y se tumbó en la cama, aspirando el olor que la colonia que usaba había dejado en la colcha. Durante varios minutos permaneció así, hasta que se levantó y se dirigió al escritorio. Observó el cajón cerrado con llave. ¿Qué secretos ocultaría allí Santi?

Se quitó una horquilla de las que llevaba prendida en el moño que se había hecho ese día para ir a trabajar y trató de abrir el cajón con ella, igual que había visto en las películas, pero no lo consiguió.

Frustrada, le dio una patada al mueble.

—Conseguiré saber qué narices guardas ahí dentro, Santi —murmuró para sí misma.

Se dio la vuelta y salió de la habitación dispuesta a darse una ducha.

Mientras preparaba la ropa que se pondría después, se le ocurrió una magnífica idea. Cogió su perfume y volvió a la habitación de su compañero.

Abrió el armario donde Santi tenía perfectamente ordenada la ropa y roció con su fragancia todas las prendas que allí había.

Después caminó hacia la mesita, al lado de la cama, y abrió el cajón de los slips. Hizo lo mismo que en el ropero.

Cuando salió de la habitación de Santi, una maléfica sonrisa cruzaba su rostro.

«Ahora olerá a mí siempre y todas las mujeres que se le acerquen sabrán que tiene dueña».

Santi llegó a casa cansado, jadeando y sudando, después de correr los seis kilómetros que tenía por costumbre. Con rapidez subió las escaleras y se dirigió a su habitación.

Al entrar, le golpeó un aroma nuevo. Parecía perfume de mujer. ¿Habría estado Elena en su habitación? Vio que la cama estaba un poco revuelta. La colcha no estaba perfectamente alineada como él la dejaba siempre.

¿Habrían entrado a robar otra vez? Pero todo estaba en su sitio, así que se dijo que tenía que haber sido Elena.

Respiró hondo para tranquilizarse. Ella había roto su pacto.

—Elena... —la llamó, pero no obtuvo respuesta.

Al pasar por delante del baño, la puerta se abrió de pronto y Elena salió envuelta en una toalla que le tapaba más bien poco, dejando escasos centímetros de su piel cubiertos. El pelo húmedo caía lacio por su espalda.

Santi se quedó paralizado y boquiabierto al verla. Su corazón galopó con la fuerza de un caballo de carreras desbocado y la respiración se le cortó de golpe.

Notó cómo se ponía del color de las amapolas y cómo la sangre corría encendida por sus venas. Un insoportable calor lo invadió y tuvo que luchar contra él para no arder por combustión espontánea.

—¿Me llamabas? —preguntó ella, como si fuera la cosa más normal del mundo salir así al pasillo y encontrarse a Santi mirándola embobado.

—No —consiguió decir él.

Elena lo miró de arriba abajo.

—Estás todo sudado. ¿Te quieres duchar? Yo casi he terminado. Solo me falta ponerme la crema y ya te dejo el baño libre.

—Sí.

Ella sonrió, sabiendo todo lo que pasaba por la mente de Santi. Cuando lo oyó llegar a casa, justo terminaba de secarse, y cuando él la llamó estuvo tentada de salir desnuda al pasillo, pero no quería que al pobre le diera un infarto, por lo que se cubrió con la toalla más pequeña que encontró.

La diosa que había dentro de ella dio palmas, contenta por haber logrado esa reacción en Santi. Lo había dejado hipnotizado con su belleza.

Aunque hubiera preferido que él la cogiera en volandas, la estampara

contra los azulejos del baño y se metiera en su interior de una certera estocada. Pero bueno, todo llegaría...

Regresó al baño y se sentó sobre la tapa del inodoro. Cogió la crema y comenzó a ponérsela en las piernas.

Santi no podía apartar sus ojos de aquellos firmes muslos que Elena estaba masajeando. Los dedos comenzaron a picarle por la necesidad de tocarlos, pero se obligó a salir del trance en el que estaba y resistir la tentación.

Agarró el pomo de la puerta para cerrarla.

—No lo hagas. —Oyó que le decía Elena—. Así se irá el vapor de la ducha.

Sin embargo, Santi no la obedeció y cerró igualmente.

Elena sonrió con malicia. La tregua se había terminado.

11

Estaban cenando en silencio, uno frente al otro, en la mesa de la cocina. Elena le lanzaba furtivas miradas a Santi, que él esquivaba hábilmente.

—¿Te apetece ver una película esta noche? —preguntó Elena para romper el hielo—. Te dejaré que la elijas tú como compensación por haberte fastidiado el documental de naturaleza.

—Estoy cansado. Me quiero acostar pronto —dijo él sin mirarla.

A Elena no le gustó su negativa.

—¿Estás enfadado conmigo por algo? —quiso saber.

—¿Yo? No. —Santi la miró perplejo.

—Es que estás más silencioso hoy que de costumbre.

—Estoy cansado, eso es todo. Además, sabes que no soy muy hablador —contestó, devolviendo su atención al plato.

Elenaladeó la cabeza y lo miró, estudiándolo.

—Debes de tener un mundo interior muy rico. Siempre estás pensativo. Hablas poco...

—Cuando tengo algo que decir, lo digo. Cuando no, no —replicó Santi volviendo a mirarla.

—¿Seguro que no estás enfadado conmigo? —insistió ella.

Santi dejó el tenedor en el plato y suspiró.

—Ya te he dicho que no.

Se levantó de la silla y abrió el lavavajillas. Metió el plato, el vaso y el tenedor dentro. Cuando lo cerró, se volvió hacia Elena, que lo miraba inquisitivamente.

—Aunque quizá sí tengo algo que comentarte —comenzó a hablar—. ¿Has entrado en mi habitación?

—¿Yo? —Elena puso cara de inocente—. Creo que... ¡Ah! Sí. He entrado para echar un poco de ambientador en el cuarto. He comprado uno nuevo y quería probar cómo olía. También he echado en el mío y en el baño —mintió.

Santi asintió a sus palabras. Por eso su habitación olía a perfume.

—¿No te gusta cómo huele? —quiso saber Elena.

—Sí, pero te dije que no entraras en mi cuarto.

—Lo he echado desde la puerta —se defendió ella, mintiendo de nuevo.

—Y entonces, ¿quién se ha sentado en la cama?

Elena lo miró, sabiéndose pillada.

—¿La cama? Mmm... ¿Yo? Habrá sido cuando he recogido la ropa del tendedero y te he dejado varios slips en tu mesita.

«Me cago en la mar, este tío es más obseso del control y del orden que el Grey. La próxima vez debería tener más cuidado», pensó Elena.

Santi la miró sin creerse sus palabras. Básicamente porque, cuando él había llegado de trabajar a las cuatro de la tarde, había recogido la ropa del tendedero, la había planchado y la había guardado. La que había recogido de Elena se la había dejado encima de una silla en el comedor. Y aún seguía allí.

—No vuelvas a entrar en mi habitación para nada.

Dicho esto, salió de la cocina, dejando a Elena sola.

Cuando subía las escaleras hacia el piso superior, la oyó decir:

—¿Ves como si estabas enfadado por algo? Si es que tengo una intuición... Debería echar una primitiva, a ver si me toca.

Elena salió de la cocina cuando él ya estaba en lo alto de las escaleras.

—La próxima vez te tiraré los calzoncillos desde la puerta. Para un favor que te hago...

Santi se metió en su cuarto y cerró la puerta. Elena era un poco mentirosa, pero era una mentirosa a la que adoraba a pesar de que se hubiera saltado sus normas. No sabía qué narices habría hecho en su cuarto, aparte de rociar la estancia con el nuevo ambientador. Le gustaba ese perfume.

Aunque, oliéndolo bien, ¿no era igual que la colonia que usaba ella?

¿Había entrado Elena en su cuarto solo para dejar allí su aroma?

¿Por qué?

Quizá porque estaba más loca de lo que él creía.

Se desvistió y se puso el pantalón y la camiseta que usaba para dormir. Ya estaban en octubre y se notaba que la temperatura era más baja que hacía un mes. Salió de la habitación, fue al baño para lavarse los dientes y, al regresar, echó un vistazo al piso de abajo.

Vio a Elena subiendo las escaleras despacio. Con cada paso que ella

daba impulsaba un poco más los latidos de su corazón.

En ese momento, ella miró hacia arriba y sus ojos conectaron.

—¿Ya se te ha pasado el enfado? —quiso saber ella.

Santi respiró profundamente.

—Buenas noches —dijo, y se metió en su habitación.

Al día siguiente, cuando Santi volvió de trabajar, se encontró con una nota de Elena en el recibidor de la casa.

Siento mucho haber entrado en tu habitación ayer. Perdóname.

Cerró los ojos, con la nota en la mano, y suspiró. Se daba cuenta de que sus silencios podían causar malentendidos entre Elena y él. Pero es que él era una persona poco habladora. ¡Le gustaba el silencio! ¡Adoraba la tranquilidad!

Todo lo contrario que Elena, que hablaba por los codos, era ruidosa y ponía la música demasiado alta.

En eso se parecía a su amigo Rubén, siempre con la música a tope. Él se había acostumbrado a escucharla así, aunque, cuando estaba solo, prefería ponerla más baja de lo normal, como de fondo, o no poner nada de música. El silencio no le molestaba y, la mayor parte del tiempo, lo agradecía.

Se daba cuenta de que Elena y él eran tan diferentes... a pesar de que Natalia le había dicho que compartían gustos. Obviamente, no era así. Supuso que la novia de su amigo había contado eso para ayudar a Elena, y que él se decidiese a vivir con ella.

Bueno, ahora eso daba igual. Santi podía amoldarse a cualquier situación.

Sin embargo, no soportaba que entrasen en su cuarto y le revolviesen sus cosas.

Elena era tan desordenada...

Debía conseguir que cambiase un poco, más que nada para convivir mejor. No le gustaba ver la ropa de ella, los bolsos, zapatos y demás en cualquier sitio de la casa. Y, sin embargo, cada vez que se encontraba con algo suyo por ahí desperdigado no podía evitar sonreír al recordarla.

Como en ese momento, en el que vio que la ropa de ella que él había

planchado aún permanecía sobre la silla del salón, donde la había dejado para que ella la cogiese y la colocara en el armario.

¿Y si la subía al cuarto de Elena y se la dejaba sobre la cama? Porque estaba seguro de que esa ropa podría estar ahí, olvidada, hasta Navidad o hasta que Elena necesitase algo de lo que había en aquel montón.

Pero se dijo que no podía hacer eso. Si a él no le gustaba que entrasen en su habitación, ¿qué derecho tenía a entrar en la de su compañera?

Al final decidió que, cuando ella regresara del trabajo, le recordaría que su ropa continuaba en la silla.

Elena llegó a las siete, como siempre. Gracias a Dios que era viernes y podría descansar el fin de semana.

Fabrizio la había llamado para quedar con ella porque al día siguiente volvía a Roma y quería despedirse hasta la siguiente vez que estuviese en Madrid, pero Elena se negó. No tenía ganas de estar con él, aunque su cuerpo reclamaba sexo a gritos.

Sin embargo, tenía planeado un fin de semana muy activo con Santi.

Dejó el bolso sobre un montón de ropa que había en una silla y se quitó la chaqueta que llevaba. La tiró encima del sofá al tiempo que llamaba a Santi para saber si estaba en la casa.

No obtuvo respuesta.

Era el primer día que llegaba a casa después del trabajo y él no estaba. Aquello le produjo una sensación de tristeza y de abandono que no le gustó nada.

Estuvo tentada de llamarlo al móvil, sin embargo, no lo hizo. ¿Y si él continuaba enfadado por lo del día anterior? ¿Habría visto su nota de disculpa? Volvió a donde se la había dejado, pero allí ya no estaba, por lo que dedujo que sí la había cogido. ¿Qué habría pensado al verla? ¿La perdonaría? Y la cuestión que no se había quitado en todo el día de la cabeza: ¿Por qué no le había dicho a Santi la razón verdadera por la que había entrado en su habitación?

«Pues porque se dará cuenta de que realmente estás loca y saldrá huyendo. Pensará que eres como esas fanes que acosan a los cantantes o los actores», le dijo la voz de su conciencia.

Por un lado, Elena se sentía mal por haberle mentido. Pero por otro, ¿no dicen que en el amor y en la guerra todo vale? Ella estaba enamorada y desesperada por conseguirlo a partes iguales. ¿Qué importaba una pequeña mentira?

«Las relaciones basadas en mentiras nunca llegan a buen puerto. Tienes que ser sincera con él siempre a partir de ahora», la riñó de nuevo esa vocecilla interior.

«¡Cállate, coño! Que me estás amargando el día», replicó el demonio que habitaba en ella.

Sacudió la cabeza para no pensar más.

Lo mejor sería disculparse con él y aceptar que no podía continuar con mentiras. No quería que estas la alejaran de Santi si llegaba a descubrirlas.

Como si lo hubiera invocado con sus pensamientos, el joven entró por la puerta de la casa portando la bicicleta en sus manos.

—¡Hola! —saludó Elena realmente contenta de que por fin hubiese llegado.

—Hola.

Se quedaron unos segundos en silencio, observándose.

—¿Has visto mi nota?

Santi asintió con la cabeza al tiempo que cerraba la puerta. Pasó por delante de ella para dirigirse al jardín y dejar allí la bicicleta.

—De verdad que lo siento, Santi. No fue mi intención... —dijo Elena siguiéndolo— profanar tu habitación.

Él apoyó la bici contra la pared y, sin mirarla, regresó al interior de la casa.

—Tranquila. Me ha sentado mal, pero tampoco es algo tan grave como para odiarte eternamente —comentó, y Elena notó la sonrisa en su voz—. Con que no vuelvas a hacerlo me doy por satisfecho.

—Te lo prometo.

Santi llegó a la cocina, con Elena pisándole los talones, y se bebió un vaso de agua bien grande para aplacar su sed. Una pequeña gota quedó suspendida en el borde de su labio inferior, y Elena se quedó embobada mirándola, rezando para poder ser ella quien la recogiera con su boca.

El suspiro de deseo que se le escapó no pasó desapercibido para Santi,

que se ruborizó en el acto.

—Voy... voy... a ducharme.

Elena no contestó, pensando como estaba en que ya le gustaría a ella desnudarlo y meterse en la ducha con él. Enjabonar ese cuerpo masculino que Dios le había dado, deslizándolo sus manos por la caliente piel que Santi tenía, bajando por su abdomen y perdiéndose en el punto donde en ese momento ella sentía una humedad tremenda.

El calor comenzó a inundarla y una lujuriosa sensación de hambre sexual invadió sus venas.

Quiso correr tras él y cumplir todas sus fantasías más obscenas, pero sabía que, si hacía eso, espantaría al joven. Era una de sus condiciones, no intentar nada sexual.

Pero cada vez le resultaba más difícil...

Mientras Santi subía las escaleras y se dirigía al baño, intentaba calmar los acelerados latidos de su corazón. A ese paso, iba a fallecer de un infarto con solo treinta y un años. Los ojos de Elena eran como dos lenguas de fuego que le lamían la piel, abrasándolo, y habían conseguido ponerlo duro a la velocidad del rayo.

Cogió ropa de su habitación y se metió rápido en el baño, dispuesto a darse una ducha de agua bien fría, y si con eso no conseguía calmar el incendio que se había desatado en él, tendría que hacerse un trabajito manual de esos que no le gustaban nada porque lo obligaban a centrar la atención en su tara, pero que le satisfacían enormemente.

12

Cuando Santi salió del baño, vio que Elena estaba en su habitación, con la puerta abierta, como siempre, buscando algo debajo de la cama.

Se detuvo un momento a observarla y sonrió cuando la oyó maldecir por no encontrar lo que estaba buscando.

Ella levantó la vista y sus ojos se encontraron.

Santi tuvo la intención de apartarla, pero se obligó a ser fuerte y resistir con los ojos de Elena clavados en los suyos.

—¿Has visto mis zapatos rojos?

«¿Esos zapatos con los que te haría el amor, si pudiera, hasta caer desfallecido?», pensó Santi.

—No. No los he visto. Lo siento —contestó.

Elena se levantó del suelo, puso las manos a ambos lados de sus caderas y miró alrededor.

—¡Joder! Me los quería poner para salir a cenar —dijo con fastidio.

—¿Has quedado con tu amigo el italiano? —quiso saber Santi, y al instante se regañó. ¿A él qué narices le importaba?

Ella lo miró seria antes de responder. Cada vez que Santi nombraba a Fabrizio, se la llevaban los demonios. ¿Por qué tenía que recordárselo? ¿No se había dado cuenta todavía de que, desde que vivían juntos, no había vuelto a salir con él?

—No, no he quedado con Fabi. De hecho, me ha llamado para despedirse porque se va mañana a Roma y no volverá en una temporada.

Una calma exagerada se apropió del pecho de Santi al oír aquello. Iba a tener a Elena toda para él las próximas semanas. Sin embargo, ¿era la última noche que su amigo pasaba aquí y no había ido corriendo a despedirse de él? ¿Por qué? ¿Estaría saliendo con otro?

—Había pensado que podíamos salir tú y yo, como amigos —le aclaró Elena con rapidez—, a cenar, y si quieres podemos ir al cine también.

Ante la cara de extrañeza que puso Santi, ella se apresuró a añadir:

—Quiero compensarte por lo de ayer.

—Ya te he dicho que te perdonaba y que me vale con que no lo vuelvas a hacer.

Elena se acercó hasta la puerta donde él estaba parado, sin atreverse a entrar en la habitación femenina, con un andar tan sensual que hizo que a Santi la sangre comenzara a hervirle en las venas.

—Ya, pero... no sé, estaría bien que saliésemos una noche los dos en plan de amigos y... aunque digas que no es necesario, quiero compensarte por haber roto una de tus normas —insistió ella.

Santi tragó saliva mientras admiraba el cuerpo de Elena, cubierto por un pantalón vaquero ceñido y una blusa roja que le quedaba algo suelta. El pelo, recogido en un desenfadado moño, le daba un aire de despreocupación que a Santi le encantaba.

—Elena, estoy cansado. De verdad que no me apetece salir esta noche. Y deja de preocuparte por lo de ayer. Sé que no me has dicho la verdad. Entraste en mi cuarto por alguna razón, pero si no me la quieres decir, no te presionaré. Olvidemos lo sucedido y ya está.

Ella dudó antes de hablar. Plantada frente a él, podía oler claramente el maravilloso aroma del gel de baño que Santi usaba.

—Me da vergüenza decírtelo. Pensarás que estoy loca —reconoció.

Santi miró al suelo y esbozó una tierna sonrisa.

—Ya sé que estás loca —dijo, levantando de nuevos los ojos para centrarlos en los de ella.

—¿Sabes que me encanta cuando sonrías? —soltó Elena, perdida en la dulce mirada azul de su compañero de piso.

Él se ruborizó con el piropo y cambió el peso de una pierna a la otra, nervioso.

—Y también me encanta cuando te pones rojo como ahora. ¿Te pasa solo en la cara o también en otras partes del cuerpo? —quiso saber Elena, mirándolo de arriba abajo, escudriñando su chándal gris como si pudiera ver a través de la tela.

—¡Elena! —exclamó Santi, sonrojándose más aún.

Soltó una carcajada que fue como música para los oídos de ella—. ¿Ves como estás loca? —dijo sin parar de reír.

—Pero te gusta que lo esté, ¿a que sí?

Se miraron unos segundos más a los ojos, sin decir nada, sonriéndose.

Santi pensaba que si le hubieran dicho hace meses que se sentiría así de a gusto con ella, aun rojo como un tomate maduro, y hablando con una tranquilidad relativa, pues los nervios no lo abandonaban nunca del todo cuando estaba con Elena, no lo habría creído.

Y es que ella era capaz de dar la vuelta a las situaciones más complicadas y volverlas algo sencillo y fácil.

Por eso, entre otras cosas, adoraba vivir con Elena.

Por eso, entre otras cosas, estaba enamorado de ella.

—Bueno, pues ya que no vamos a salir a cenar, no buscaré más los zapatos rojos —dijo ella.

Se volvió y anduvo hacia la cama, donde una montaña de ropa le esperaba.

Santi pensó que serían todos los modelitos que se había probado antes de decidirse por el que llevaba.

—Si no fueras tan desordenada, encontrarías las cosas a la primera. Sabrías dónde están los zapatos y todo lo demás, y no te pasarías horas buscándolos —soltó, envalentonado por el buen clima que se acababa de crear entre ellos, observándola desde la puerta de la habitación—. Abajo, en el salón, todavía tienes la ropa que te planché ayer esperando que la guardes en el armario.

Elena empezó a rebuscar entre el montón hasta que sacó unos pantalones de yoga y una camiseta estampada.

—La verdad es que he tenido una suerte increíble contigo. ¡Me planchas la ropa y todo! Solo falta que me la subas aquí y me la coloques en el armario. —Lo miró sonriendo—. A mí no me importa si entras en mi cuarto, así que, a partir de ahora, en lugar de dejármela en el salón puedes traerla y meterla ahí dentro. —Señaló el mueble de madera clara.

—¿Te has creído que soy tu esclavo? —soltó anonadado.

—¿Quieres que haga una tortilla de patata para cenar? —le preguntó ella, ignorándolo.

Santi se sorprendió al oírla.

—¿Sabes hacerla?

—Claro. ¿Por qué no iba a saber? Sé cocinar desde los doce años. Siendo la pequeña de cuatro hermanos, tenía que ayudar a mi madre con las tareas de casa. Sé hacer de todo: limpiar, planchar, cocinar, coser...

—¿Y por qué aquí no das palo al agua? —quiso saber él.

—Pues porque soy una vaga. Creía que ya te habías dado cuenta — contestó riéndose—. Me he pasado la vida siendo la criada de mis hermanos, así que un día me juré a mí misma que no volvería a ser la esclava de nadie. Con el tiempo, cada vez me da más pereza hacer ciertas labores. Cuando vivía con Natalia, ella me obligaba a limpiar, pero como tú aún no has dicho nada...

—¡Claro! Porque es tu casa y soy yo el que ha venido a invadirte. No me parece justo que, encima, te diga lo que tienes que hacer y lo que no, con lo mayorcita que eres ya...

—Acabas de decirme que tengo que ser más ordenada.

—Sí, es cierto, porque no me gusta ver las cosas por ahí tiradas. No cuesta tanto tener la casa recogida y ordenada. Además, ya me estoy cansando de tener que limpiar siempre yo. A partir de ahora, nos repartiremos las tareas domésticas.

—Me pido hacer la compra —soltó ella rápido—. Eso se me da de lujo.

Elena se sentó en la cama, en medio de toda la ropa, y se quitó la blusa en un abrir y cerrar de ojos, pillando a Santi totalmente desprevenido.

Él se quedó sin respiración al verla con uno de esos sujetadores que lo traían por la calle de la amargura cada vez que los veía colgados en el tendedero, junto a sus slips, y se la imaginaba con ellos puestos.

Bien, pues su imaginación se había quedado corta. Muy corta.

Boquiabierto, se giró para no seguir mirándola embobado y agarró el pomo de la puerta para cerrarla.

—Santi, no te vayas, que estamos hablando y es de mala educación dejar a la otra persona con la palabra en la boca.

—Te estás desnudando —dijo él, mortificado, notando como su entrepierna demandaba caricias con impaciencia.

—¡Venga ya! No creo que sea la primera chica que ves en ropa interior. —Elena se deshizo del pantalón y, rápidamente, se puso el otro, junto con la camiseta—. Y ya te dije que para mí serías igual que Natalia. Delante de ella

yo me desnudaba sin pudor.

—Prefiero que en estas situaciones recuerdes que soy un hombre y no me trates como a tu amiga —comentó Santi, fuera de la habitación, con la puerta medio cerrada y de espaldas a ella.

Estaba muy nervioso, sin saber si marcharse de allí corriendo o continuar hablando con Elena, cuando ella abrió del todo la puerta y salió al pasillo, pasando por su lado.

—Ya estoy, ¿ves? No ha sido tan horripilante.

Comenzó a bajar las escaleras mientras él continuaba clavado en el sitio.

—Bueno, ¿hago una tortilla de patata o no?

—S... Sí... Sí...

Santi se obligó a seguirla hasta la cocina. No podía borrar de su mente la imagen que acababa de ver y supo que, esa noche y algunas más, le costaría mucho conciliar el sueño.

Elena sacó la tortilla de la sartén y la puso en un plato.

—Huele de maravilla —la elogió Santi.

—Quema —le advirtió ella al ver que Santi se disponía a partir un trozo.

Pero él, ansioso, no le hizo caso. Se llevó una porción a su plato y, con el tenedor, partió un trocito para metérselo en la boca.

—Sopla, si no, te abrasarás la lengua —le aconsejó Elena.

Santi juntó los labios y sopló unos segundos. Después introdujo la tortilla en su boca. Pero al instante la abrió de nuevo, como si le faltase aire y lo buscara desesperadamente.

Elena empezó a reírse al ver que se estaba quemando la lengua.

Con rapidez, se acercó a él, le cogió la cara entre las manos y sopló fuerte en su boca para apaciguar el malestar producido por la tortilla.

—¿Mejor?

—Sí, gracias —dijo Santi tragando.

—Mi padre me hacía eso de pequeña cuando me quemaba la lengua. Yo también era muy impaciente.

—Pues nunca lo había visto hacer. Ni he oído a nadie que lo haga, excepto tú ahora.

—Pues cuando quieras que te sople, ya sabes...

Se quedaron unos segundos en silencio, mirándose a los ojos. Elena aún tenía sus manos en la cara de Santi, sintiendo cómo la barba de tres días que él llevaba le raspaba en ellas, pero no le importó. También notaba la fuerza de su mandíbula y la calidez de su piel, y estaba tan cerca de sus labios...

Santi vio cómo ella tomaba aire y lo soltaba despacio, rozándole los labios con su aliento. Le hizo cosquillas, y esa sensación bajó hasta su estómago, haciendo que las mariposas que en él había revoloteasen nerviosas.

Sin darse cuenta, agarró a Elena por las caderas y la atrajo más hacia él. Necesitaba sentirla más cerca. Necesitaba besarla, pero no se atrevía.

Elena vio en los azules iris de su compañero su intención. La diosa que había en ella dio saltos de alegría. Sin embargo, ¿por qué no acertaba la distancia entre sus bocas de una maldita vez? Algo lo detenía.

Supo que tendría que ser ella, como las otras veces, quien diera el primer paso.

Pero si lo hacía, rompería otra de sus normas, la de no intentar seducirlo. ¿Y si a Santi le parecía mal que ella lo besara y por culpa de esto se iba de la casa?

Sin embargo, él parecía desearlo tanto como ella.

El sonido del móvil los sacó a ambos de su burbuja.

Santi se levantó de un salto y a punto estuvo de chocar con la frente de Elena, si no llega a ser porque ella también se retiró hacia atrás en ese momento.

—Es tu teléfono —dijo él.

Elena lo cogió y comprobó que era Natalia quien la llamaba. Maldijo interiormente a su amiga por interrumpirlos, pero puso una sonrisa en su cara y contestó.

—Hola. ¿Ya estáis en Burgos?

Escuchó lo que Natalia le decía y, tras despedirse de ella, colgó.

—Han llegado bien —informó a Santi, que estaba de pie, apoyado contra la encimera de la cocina.

Este asintió con un ligero movimiento.

—¿Por qué no has ido con ellos este fin de semana? —le preguntó Elena. Sabía que Santi aprovechaba algunos de los viajes que hacían Rubén y

Natalia para ir a visitar a su familia a su ciudad natal, pero desde que estaban viviendo juntos, no había vuelto a ir por allí.

Él se sentó de nuevo a la mesa y Elena hizo lo mismo.

—Ya los vi hace un mes —contestó, encogiéndose de hombros—. Sé que están bien.

—Eres un poco despegado, ¿no? Si yo tuviera a mi familia lejos, iría cada dos por tres a verlos.

Santi no dijo nada. Se limitó a cenar bajo la atenta mirada de Elena, que lo ponía nervioso. Ella intuyó que la relación del chico con su familia no debía ser muy buena.

—Cuéntame algo de ellos.

—¿De mi familia? —preguntó él, levantando los ojos del plato. Elena asintió—. ¿Por qué quieres saber cosas de mis padres y mi hermano?

—No sé, porque tú sabes cosas de mi familia y yo de la tuya no. Puede que provengas de la realeza y yo no me haya enterado. En ese caso, te haría una entrevista que fliparías. O puede que seas hijo de un asesino en serie, con lo cual el reportaje sería más alucinante aún.

Santi esbozó una pequeña sonrisa y sacudió la cabeza.

—Pues lo siento mucho, pero ni una cosa ni la otra. Mi familia es gente normal. Siento haberte *chafado* las entrevistas. Además, cuando nos conocimos ya te conté que soy de Burgos y cómo fue que me vine a vivir a Madrid. Rubén se había comprado la casa hacía poco y me pidió que viviera con él. Como yo estaba sin trabajo allí, me vine. Fin de la historia.

—Yo no te he preguntado por ti —dijo Elena, después de tragar un trozo de tortilla—, sino por tu familia. ¿A qué se dedican tus padres? ¿Y tu hermano? ¿Tienes sobrinos?

Santi la miró muy serio, meditando sus respuestas. Sus padres tenían un negocio que él, por su timidez, siempre había rechazado. Debía estar de cara al público, interactuando con la gente, y eso no se le daba nada bien. Era su hermano, más osado, audaz y emprendedor, quien los ayudaba. Además, nunca se había llevado bien con ellos porque lo consideraban un bicho raro debido a su defecto. Así que había huido a Madrid.

—No tengo sobrinos. Mi hermano se casó hace años, pero se divorció al poco tiempo. No llegaron a tener hijos —la informó.

—¿Qué más? ¿En qué trabajan tus padres?

—Tienen una frutería y mi hermano está con ellos.

—¿Cómo es posible que, si tus padres tienen un negocio, tú te vinieras a Madrid porque estabas desempleado? —quiso saber Elena.

—Porque soy incapaz de trabajar de cara al público. Ya conoces mi carácter introvertido. Lo intenté durante algunos años, pero fue un fracaso. El empleo que tengo ahora me gusta. No tengo que relacionarme con casi nadie, solo con los cuatro compañeros que están conmigo cada día haciendo labores de mantenimiento. Además, sabes que me gusta la jardinería y se me da bien arreglar cosas. Soy un manitas...

«Pues ya quisiera yo que tus manitas las pusieras sobre mí y me arreglaras algo que tengo entre las piernas que necesita tu ayuda desesperadamente...», estuvo a punto de soltar Elena. Pero gracias a Dios, se detuvo a tiempo.

—Pues cuando vaya a Burgos, iré a comprar a la frutería de tus padres —añadió, haciendo caso omiso del resto de lo que él había dicho.

—¿Vas a ir a Burgos? —preguntó Santi alarmado, con el tenedor a medio camino de su boca. El trozo de tortilla que había en él se le cayó, aterrizando por fortuna en el plato.

—Natalia dice que es una ciudad preciosa y, después de ver las fotos que me ha enseñado, tengo ganas de conocerla.

Santi la miraba boquiabierto. El pulso le latía en las sienas hasta casi crearle un dolor de cabeza. Elena no podía ir a Burgos. Bueno, sí podía, pero sería mejor que no tuviera contacto con su familia. Descubriría cosas que él no estaba dispuesto a confesar a nadie.

Y esas cosas la alejarían de su vida.

13

Terminaron de cenar mientras Elena parloteaba sobre su intención de visitar la ciudad cualquier fin de semana y Santi hacía verdaderos esfuerzos para no imaginársela danzando por allí. Ella era muy cabezota, y si decidía que iba a ir a un sitio o hacer cualquier cosa, siempre se salía con la suya.

—El domingo iré a comer con mi familia —le dijo, sacándola de sus pensamientos—. ¿Quieres venir? Así conoces a mis padres y a mis hermanos. Bueno, al mayor, Alfonso, el policía, ya lo conoces, pero a los otros no. Aunque te advierto que mis sobrinos son unos terremotos que no paran quietos ni un segundo y no se callan en ningún momento.

—Creo que... no..., gracias, pero no.

—¿Por qué no? ¿Te vas a quedar aquí solo todo el día?

—¿Qué hay de malo? —preguntó Santi, encogiéndose de hombros.

—Venga, porfiiii, ven conmigo. Quiero que los conozcas. Además, hay partido de fútbol y, como Rubén no está, no tienes a nadie que lo vea contigo.

Santi negó con la cabeza.

Elena puso un mohín infantil en su boca, que a él se le antojó adorable.

—Pues entonces yo tampoco iré.

—¿Por qué no vas a ir a comer con tu familia?

—Si tú no vienes, yo no voy —lo presionó ella.

—Elena, yo no pinto nada en una comida familiar tuya y... además... tú no necesitas que nadie te acompañe a los sitios.

—No quiero dejarte solo en esta casa tan grande.

Santi soltó una carcajada.

—¡Venga ya!

—No, venga ya tú. Mira, Santi, mis padres y mis hermanos saben que vivo con un tío desde hace unas semanas. Me imagino que estarán intranquilos y necesitarán saber que no eres un asesino en serie, ni un violador, ni un perturbado, ni nada de eso. Aunque mi hermano Alfonso ya les ha dado sus impresiones sobre ti, ellos estarán más tranquilos si te

conocen. Saben que no somos pareja, así que nadie planeará nuestra boda. ¿Qué hay de malo en que lleve a un amigo a comer a casa de mis padres?

—¿Qué opina tu familia de que vivas con un hombre que no es tu novio?

Elena se quedó un momento pensando.

—Tendrás que descubrirlo tú mismo, así que ven a comer el domingo y lo sabrás.

Santi inspiró hondo.

—Lo pensaré.

Al día siguiente, cuando Elena bajó a desayunar, se encontró con Santi metiendo ropa en la lavadora.

—Buenos días. ¿Ya estás de limpieza?

—Buenos días, Elena. Sí, ya estoy de limpieza. Toda mi ropa huele al ambientador ese que compraste nuevo y la voy a lavar para quitarle el olor.

—¿No te gusta? —preguntó ella mientras se servía un tazón de leche desnatada con cereales integrales.

—El aroma está bien, pero es... demasiado... floral para mí —contestó Santi, terminando de meter la ropa en el electrodoméstico.

—Pero si a ti te gustan las flores...

—Ya, pero es que este parece más bien un perfume de mujer y la gente va a pensar que uso colonia de tía.

«Es que es colonia de tía. Es mi colonia», pensó Elena.

—Por cierto, deberías lavar también la tuya. Hueles igual que el ambientador —añadió Santi.

Elena se giró para mirarlo.

—Pues a mí me gusta —soltó indignada.

Santi se encogió de hombros.

—Vale, pero en mi habitación no vuelvas a echar.

—Quizá debería ponerme yo de tu colonia, así no olería tanto a mujer.

Elena se sentó en la mesa con su tazón de cereales y empezó a comer. Santi echó el detergente en la lavadora, el suavizante, y cerró el cajetín. Después, la puso en marcha.

—A mí me gusta tu perfume, Elena, y me encanta que huelas a mujer,

pero no me gusta oler yo como una chica, ¿lo has entendido?

—¿Ya has desayunado? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí. Voy a continuar con la limpieza —dijo Santi, cogiendo la escoba para ponerse a barrer—. Te toca el baño de arriba. El de aquí abajo ya lo he limpiado yo —informó a Elena.

—¿El baño? ¿Por qué me dejas lo peor? —quiso saber ella, molesta.

—Limpiar el baño no es lo peor para ti. Hay cosas que te cuesta más hacer que eso.

—Ah, ¿sí? A ver, ¿cuáles son, listillo?

—Tener tu habitación recogida y ordenada —soltó él, sin mirarla, escondiendo una sonrisa.

—¿Otra vez vas a empezar con eso?

—¿Quieres que vaya mañana a comer a casa de tus padres contigo? —preguntó Santi sin dejar de barrer el suelo de la cocina.

—No me cambies de tema —dijo ella enfurruñada.

Santi alzó la vista y clavó sus azules ojos en los verdes de Elena.

—No estoy cambiando de tema. Si quieres que mañana vaya a comer contigo y tu familia, tendrás que limpiar el baño de arriba y recoger tu habitación. Guardar la ropa en el armario...

Elena abrió tanto la boca que Santi pensó que se le desencajaría la mandíbula.

—¿Eso es chantaje! —exclamó.

Santi se encogió de hombros en un gesto de indiferencia.

—Tú misma. Lo tomas o lo dejas.

—¿Dónde está ahora tu carácter vergonzoso?

—La confianza da asco, ¿a que sí? —se burló él.

Santi salió de la cocina en dirección al salón para continuar con su tarea y dejó a Elena rumiando una posible venganza mientras se terminaba el desayuno.

Elena salió al jardín, donde Santi estaba entretenido con sus bonsáis, después de haber terminado con las tareas domésticas.

Este, ajeno a la presencia de ella, tarareaba una canción.

Hoy le pido a mis sueños que te quiten la ropa...

Elena ya lo había oído cantar alguna vez. Le gustaba muchísimo la voz que tenía el joven burgalés. Se apoyó contra el marco de la puerta del jardín, sin hacer ruido, y se entretuvo escuchándolo.

Yo le pido a tu ángel de la guarda que comparta, que me dé valor y arrojo en la batalla, para ganarla...

Elena reconoció la canción, una de sus preferidas, *Tu jardín con enanitos*, de Melendi, y comenzó a tararearla en susurros al mismo tiempo que Santi.

...y aunque entiendo que tú serás siempre ese sueño que, quizás, nunca podré alcanzar...

En cuanto las palabras salieron de sus labios, Elena recordó que hubo un tiempo en que pensó que nunca podría tener a Santi. Jamás podría disfrutar de él como ella deseaba. En aquel momento del pasado, se había dado cuenta de que estaba enamorada de ese chico dulce y tímido, de mirada limpia y pura. Recordó como aquella vez la impotencia y la tristeza por no poder tenerlo la habían hecho llorar, adentrándose en la casa para que nadie la viera.

La situación ahora era casi igual. Entonces, Santi había estado en el patio de al lado con los bonsáis. En este momento, habían cambiado de casa y ahora él estaba en la suya. Pero Elena notó como los sentimientos de tristeza y angustia que tuvo entonces no la inundaban ahora, porque estaba convencida de que esta vez sí conseguiría al hombre con el que soñaba desde hacía tanto tiempo. Ahora sí iba a tener suerte y Santi y ella acabarían teniendo una relación.

Carraspeó para hacer notar su presencia y Santi dejó de cantar en el acto, volviéndose hacia donde había oído el ruido. El rubor tiñó sus mejillas de inmediato al saberse pillado *in fraganti*.

—Continúa, por favor. Tienes una voz muy bonita y me encanta escucharte —le pidió Elena, descendiendo las escaleras con el porte de una reina.

—¿Has terminado ya con tu parte de las tareas? —preguntó él, devolviendo la vista a sus bonsáis y respirando hondo para calmarse.

—Sí, ya he acabado.

—¿Has guardado la ropa en el armario?

—Sí, pesado —respondió Elena, recordando como había cogido las

prendas y las había metido en el armario sin orden ni concierto, esperando que a Santi no le diera por abrir la puerta, pues una montaña de ropa caería encima de él.

—Me encanta esa canción que estabas cantado. Continúa, por favor — volvió a rogarle ella.

—No me gusta tener público —dijo él, sin mirarla.

—Santi, venga, aquí solo estoy yo —insistió Elena.

—No.

Elena se acercó a él por detrás y le puso las manos sobre los hombros. Notó cómo los músculos de su espalda se contraían bajo su contacto y cómo el calor del cuerpo masculino traspasaba la sudadera que Santi llevaba, se impregnaba en las manos de ella y la inundaba con su calidez.

—Por favor —susurró, pegada a su oreja.

Un hormigueo de placer recorrió la espina dorsal de Santi al sentir el aliento de Elena rozándole la piel. Cuando notó que ella se pegaba más a su espalda y su trasero, creyó morir de deseo. Un fuego interno comenzó a expandirse por su pecho, bajando hasta sus ingles, haciendo que la energía sexual, que tan cuidadosamente mantenía a raya cuando estaba con Elena, amenazara con desbordarse.

Ella deslizó sus manos desde los hombros de Santi para abrazarlo, sintiendo el rítmico golpeteo de su corazón en ellas cuando le rodeó el pecho. Apoyó la cara en su espalda para escucharlo también.

—Te daré lo que quieras —dijo contra la tela de la sudadera que Santi llevaba, aspirando el maravilloso olor de su colonia.

—Yo también te daré lo que quieras si no me obligas a hacerlo —replicó él.

Y ese fue su error.

En cuanto Elena lo oyó, sonrió feliz.

—Ya sabes lo que quiero, Santi. Llevo más de un año esperándote.

Él se giró entre sus brazos y, cogiéndola por los hombros, la separó de su cuerpo.

—No puedo. Lo siento —murmuró, mirándola intensamente, como nunca antes lo había hecho.

Ella vio sus ojos embargados por la pena y le dolió en el alma.

Santi se separó de Elena y se dirigió hacia las escaleras para meterse en la casa.

—¿Qué te pasa, Santi? ¿De qué tienes miedo? —preguntó, yendo tras él—. ¿Por qué te conformas con ver el mundo tras un cristal y no participas en él? ¿Sabes todas las cosas buenas que te pierdes?

Ya en medio del salón, lo agarró del brazo para detenerlo y que la mirase a la cara.

—Conmigo lo pasarías muy bien. Te haría disfrutar muchísimo. ¿Por qué siempre me rechazas? Sé que te gusto, sé que me deseas...

—¿Quieres saber por qué? —dijo él casi gritándole, enfurecido por la lucha de sentimientos que había en su interior y por la insistencia de Elena en tener algo sexual con él—. ¡Porque yo nunca podré darte lo que buscas en un hombre! ¡Porque no seré capaz de satisfacerte y calmar tus ansias de sexo! ¡Porque no soy un hombre completo y tendría que volver a nacer para serlo! ¡Y eso no sucederá jamás! ¿Me oyes, Elena? ¡Nunca! Así que no me busques más, porque no puedo darte lo que quieres.

Elena lo miraba extasiada. Solo una vez en el pasado había visto a Santi perder los estribos y gritarle como estaba haciendo en ese momento. E igual que aquella vez, notó como se excitaba al ver el poder que había en él, ese que siempre estaba escondido y que ahora había salido a la luz.

Santi se soltó de malos modos del agarre de Elena y se dirigió a su habitación para calmarse.

Se sentía fatal por haberle gritado y, más tarde, cuando estuviera tranquilo, se disculparía. Se maldijo mil veces mientras sacaba su diario y comenzaba a escribir. Tendría que haberse controlado más. No podía tener esos arrebatos de cólera cada vez que ella intentase seducirlo.

¡Joder! ¡Y todo por no haber querido cantarle *Tu jardín con enanitos* a Elena!

Pero es que esa canción significaba mucho para él. Ahí estaban plasmados todos los sentimientos que tenía hacia ella, que querría confesarle y que nunca, jamás, en toda su vida, se atrevería a hacerlo. Ya lo intentó una vez y salió mal.

Estaba sacando todo lo que llevaba dentro, escribiéndolo en su diario, cuando la puerta se abrió de golpe y entró Elena, invadiendo su intimidad.

—Tú no sabes lo que yo busco en un hombre porque no tienes huevos a descubrirlo —lo acusó.

—Fuera de aquí —dijo él, con una voz tensa que indicaba que estaba controlándose.

Cerró el diario, para que ella no pudiera ver lo que había escrito, y lo guardó en el cajón, echando la llave.

—¿Tienes un diario? —preguntó Elena, aunque era obvio lo que acababa de ver—. ¿Prefieres escribir tus problemas en una hoja antes que contárselos a un psicólogo? ¿O a mí? ¿Por qué no hablamos? Podría ayudarte.

Elena se acercó a Santi, que se levantó de la silla en ese momento.

—Márchate —le pidió de nuevo él.

—Quiero saber qué coño te pasa. ¿Por qué rechazas la intimidad con las mujeres? ¿Por qué no tienes sexo? ¿Por qué no quieres tenerlo conmigo tampoco? ¿Y qué es eso de que no eres un hombre completo? Por favor, Santi... Quiero ayudarte, porque la excusa de que es por tu carácter tímido ya está muy gastada...

—Elena, no me busques... —dijo Santi, apretando los dientes para controlarse.

—¿Y qué pasa si lo hago? —Elena lo agarró de la sudadera para pegarse más a él, mientras Santi la observaba con los puños a ambos lados de su cuerpo, sin atreverse a tocarla—. Me vuelves loca y sabes que quiero tener algo contigo desde hace mucho tiempo. ¿Por qué no me cuentas qué te pasa y lo solucionamos juntos?

—Porque es algo que no tiene solución. Nací así y, por mucho que hablemos, todo seguirá igual. Así que vete y deja que me tranquilice, por favor.

—No.

—Joder, Elena...

—Cuéntamelo —le rogó ella, otra vez.

—Si lo hago, saldrás huyendo.

—¿Tan grave es?

—Ninguna mujer quiere estar con alguien que tiene una tara como la mía —dijo Santi, apesadumbrado, con toda la rabia que esa situación le

producía convirtiéndose en la profunda tristeza que siempre lo acompañaba.

—Sea lo que sea, estoy segura de que tiene arreglo —insistió, esperanzada al ver que él ya no la miraba con furia contenida.

—Elena, por favor... no me obligues...

Ella se alzó sobre las puntas de sus pies y se acercó a los labios de Santi para rozarlos con timidez.

—¿Por qué me buscas a mí, que no puedo darte lo que quieres, teniendo al italiano? —quiso saber él, sintiendo el calor de la boca de Elena en la comisura de la suya.

—Olvídate de Fabrizio. Ahora estoy contigo —murmuró ella.

—Hasta que él vuelva de Roma —replicó Santi.

Aquello fue un mazazo para Elena, que se separó bruscamente de él.

—¿Tú eres gilipollas? ¿No te has dado cuenta de que, desde que estoy contigo, no he vuelto a verlo? Ya te dije que ahora que tengo a un hombre en casa no necesito a otro.

—Pero yo no puedo darte lo que buscas y él sí —se defendió Santi, al verla tan molesta.

—¡Qué coño sabrás tú lo que yo busco en un hombre si no tienes el valor suficiente ni para darme un beso! ¡Maldita sea! ¡Podrías violarme si quisieras y yo estaría encantada! ¿Y sabes por qué? ¡Porque serías tú quien se aprovecharía de mi cuerpo como llevo tiempo deseando! ¡Tú y nadie más que tú!

Dicho esto, Elena salió enfadada de la habitación y se marchó a la suya, cerrando con un sonoro portazo.

Santi se quedó de pie, plantado en el medio del cuarto, pensando en sus palabras.

«Acaba de confesar que solo quiere sexo y nada más», pensó Santi, abatido por la discusión que acababan de tener.

14

Elena daba vueltas por su cuarto como si fuera un animal enjaulado. La rabia hervía en sus venas. ¿Qué demonios le pasaba a ese hombre? Había dicho que tenía una tara y que si ella, o cualquier otra mujer la descubriera, saldría huyendo. Debía averiguar qué le sucedía a Santi, y para eso iba a necesitar leer su diario. Quizá allí encontrase la solución. Pero ¿cómo abrir el cajón sin que él se diera cuenta? Porque no quería que supiera que ella había estado figoneando y se había enterado de todos sus secretos. El cabreo que cogería Santi sería descomunal. Así que tenía que actuar con sigilo.

Cuando bajó a la cocina para comer, Santi ya estaba allí.

En un tenso silencio, comieron.

No se hablaron en todo el día, cada uno ocupado con sus cosas, evitándose al mismo tiempo.

Si Elena entraba en el salón, Santi salía inmediatamente. Y si ella iba al jardín, él se escabullía de allí.

Al final, harta ya de esa situación, de estar en la casa con él cerca y no poder hacer nada, llamó a su amiga Amanda y quedaron para salir esa noche.

Cuando Santi volvió tras dar una vuelta con la bicicleta, se encontró con Elena arreglada y lista para irse de casa.

—No ceno aquí. He quedado. —Fue lo único que le dijo a Santi.

Salió por la puerta sin mirar atrás y él suspiró derrotado.

Pero, al instante, los celos lo atacaron por la espalda. ¿Con quién había quedado si Fabrizio estaba en Roma? ¿Habría llamado a algún otro amigo para que la dejara satisfecha ya que él no lo hacía? ¿O es que el italiano había vuelto antes de tiempo?

Boxeando con los celos, salió al jardín para dejar la bicicleta, y entonces oyó como la puerta de la vivienda se abría de nuevo.

Regresó al salón y vio a Elena que subía las escaleras, descalza, refunfuñando.

Ella advirtió su presencia y se giró para mirarlo.

—Se me ha roto un tacón y he venido a cambiarme los zapatos —le contó, enseñándole los que llevaba en la mano.

Santi no dijo nada. Solo la observó subir al piso superior y, tras un par de minutos, volver a bajar.

Quiso hablar con ella, disculparse por la discusión y rogarle encarecidamente que jamás volviera a sacar el tema, pero no tuvo valor. Elena se marchó de la casa y él se dijo que era mejor dejarlo correr.

—Aquel tío de allí no deja de mirarte —le comentó Amanda, gritándole al oído para que Elena la escuchara por encima de la atronadora música del pub en el que estaban.

—Ya me he dado cuenta, pero no me interesa —soltó Elena, con la voz pastosa por el alcohol ingerido esa noche con la finalidad de olvidar su dolor ante un nuevo rechazo de Santi.

—¿Es por Santi?

Elena asintió y notó cómo la cabeza le daba vueltas al hacer ese gesto.

—Creo que me voy a ir a casa. Ya estoy lo suficientemente borracha como para caer dormida en mi cama, sola, y... sola... sin Santi que me dé su calor... yo sola...

—Espérate a que se te pase un poco la borrachera. No estás en condiciones de conducir. Podrías tener un accidente —le recomendó Amanda.

—No, me quiero ir a casa ya —dijo obstinada Elena.

—No voy a dejar que conduzcas en este estado. Pediré un taxi y...

—No voy a dejar mi coche abandonado en mitad de Madrid —replicó Elena.

—Mira que eres cabezota, además de una inconsciente.

—Yo también te quiero, Amanda.

Ninguna de las dos se dio cuenta de que el chico que había estado mirando a Elena durante todo el tiempo que llevaban allí se les había acercado hasta que les habló.

—Hola, bellezas.

Elena lo miró de arriba abajo antes de contestar.

—¿Qué quieres? —soltó de sopetón.

—Invítaros a una copa —dijo sonriendo de manera lobuna.

—Pues va a ser que no, porque nos largamos a casa.

Hizo ademán de marcharse, pero el tipo la detuvo agarrándola de un brazo.

—¿Necesitáis que os acompañe?

—Lo que yo necesito en estos momentos, tú no me lo puedes dar —soltó molesta. Se giró hacia Amanda y le preguntó—. ¿Quieres follar con él?

Amanda abrió los ojos como platos ante la descarada pregunta de su amiga y negó con la cabeza.

—Pues andando. —Se volvió hacia el joven y añadió—: Lo siento, guapo, esta noche no es tu noche de suerte. Tendrás que buscarte a otras con las que divertirte.

Agarró a Amanda del brazo y salieron del pub con prisa.

—¡Joder! ¿Esa es tu manera de ligar? ¿Siendo una borde? —murmuró su amiga.

—No, mujer, esta no es mi manera de llevarme a un tío a la cama. Es que el único con el que me apetece follar está en mi casa, esperándome igual que Forrest Gump en la parada del autobús.

Nada más decir esto, rompió a llorar.

—¿A quién quiero engañar, Amanda? Santi no está esperándome. ¡Ojalá lo hiciera! ¡Ojalá volviese a casa ahora y me recibiera con los brazos abiertos! ¡Ojalá me llevase a su habitación y me hiciera el amor hasta que un nuevo día llegase!

Amanda la abrazó y se sentaron en un banco cercano.

—Pues sí que estás borracha, tía. Nunca te había visto así por un chico. ¿Tú llorando? Si me lo cuentan, no me lo creo.

—El amor es una mierda. Nunca te enamores.

Permanecieron un rato abrazadas, con Amanda intentando calmar a Elena, que no dejaba de llorar y maldecir su mala suerte con Santi.

—Son las tres de la madrugada, Elena. Deberíamos irnos a casa. Voy a pedir un taxi.

—No, vamos con mi coche —se negó ella, sorbiéndose los mocos.

—Ni hablar. Si te quieres matar tú, adelante, pero yo no me monto en el coche contigo conduciendo medio borracha.

—No va a pasarnos nada.

—¿Y si nos para la policía y nos hace una prueba de alcoholemia? Daríamos positivo las dos. A mí no sé si me harían algo, porque yo voy de copiloto, pero a ti, que eres quien conduce, te pondrían una buena multa, te quitarían puntos del carnet y puede que hasta te inmovilizasen el coche. Y eso por no hablar de los accidentes.

Elena se detuvo a pensar unos segundos en todo lo que su amiga decía. Tenía razón. No podía coger el coche en su estado.

—Lo mejor es llamar a un taxi —insistió Amanda.

—No pienso dejar mi coche aquí —dijo Elena cabezota.

—¿Y si llamas a Santi para que venga a buscarnos?

—Está enfadado conmigo, así que no creo que venga.

—Llámalo y salimos de dudas —rebatía Amanda.

Elena la miró entre la espesa niebla que poblaba su cabeza.

—No lo voy a llamar. Además, le daría un susto de muerte. Son más de las tres de la madrugada.

—Me apuesto lo que quieras a que, si lo llamas, viene.

—Toma —dijo Elena, tendiéndole su móvil a Amanda—. Si se cabrea, que sea contigo.

El sonido del móvil lo despertó. Sobresaltado, miró la pantalla y vio que era Elena.

—¿Qué pasa, Elena?

—Hola, Santi, soy Amanda.

—¿Amanda? —preguntó él extrañado—. ¿Le ha ocurrido algo a Elena?

Se incorporó en la cama, dispuesto a salir corriendo hacia donde estuviera su compañera de piso.

—No, tranquilo. Lo que pasa es que estamos las dos borrachas y Elena no puede coger su coche para irnos a casa. ¿Te importa venir a buscarnos?

—¿Por qué no me ha llamado Elena? ¿Seguro que está bien? —quiso saber él, preocupado.

—Bueno... te estoy llamando desde su móvil... Ella... Ella no quería llamarte y yo me he empeñado en hacerlo.

—Dile a Elena que se ponga, por favor.

Amanda le pasó el teléfono a Elena diciéndole que Santi quería hablar con ella.

—Ya sé que me dirás que por qué no cogemos un taxi, pero es que no quiero dejar mi coche aquí —soltó Elena antes de que Santi pudiese hablar.

Él respiró aliviado. Se le notaba la voz espesa por el alcohol y no pronunciaba correctamente algunas palabras, pero gracias a Dios parecía estar bien.

—Dime dónde estáis.

—¿Vas a venir? —preguntó Elena sorprendida.

—Me habéis llamado para eso, ¿no?

Elena miró a Amanda y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, indicándole que el chico acudiría en su rescate.

—Calle Huertas, en Madrid. A la altura del número sesenta y cinco, más o menos —contestó, después de enfocar la vista con bastante dificultad para ver dónde estaban.

Media hora después, Santi se bajó de un taxi en la calle que le había indicado Elena. Caminó unos pocos metros hasta que dio con las dos amigas, sentadas en un banco, esperándolo.

Cuando Elena lo vio, su corazón se aceleró de tal modo que creyó que le rompería la caja torácica. Pero al comprobar el rictus serio que había en su rostro, su ilusión se desinfló como si fuera un globo pinchado.

—Ya estoy aquí, chicas —dijo a modo de saludo. Miró a una y a otra, y sacudió la cabeza negando—. Vámonos, venga.

Las dos se levantaron y comenzaron a caminar hacia donde Elena tenía aparcado el coche, con Santi siguiéndolas. El trayecto lo hicieron en silencio. Cuando llegaron al automóvil, Elena le dio las llaves a Santi para que condujera. Amanda montó en la parte trasera y le indicó la dirección de su casa.

Minutos más tarde, tras dejar a Amanda frente al portal donde vivía, Santi puso rumbo al chalet que compartían.

—¿Haces esto muy a menudo? —quiso saber él—. Lo de emborracharte y llamar a algún amigo para que vaya a rescatarte.

—Yo no quería llamarte. Ha sido idea de Amanda —soltó ella, molesta.

—¿Cuánto has bebido?

—¿Importa?

—No deberías hacerlo. ¿No sabes divertirte sin emborracharte? —la riñó.

—¡Oye! ¿Te has creído que eres mi padre? ¡A mí no me vengas con el rollo de lo que puedo hacer y lo que no cuando salgo de fiesta con mis amigas! —espetó indignada.

—No me chilles, Elena —le pidió Santi, controlando las ganas de estrangularla. Encima de que había ido a buscarla en medio de la noche, ¿le montaba un numerito? ¡Lo que le faltaba para rematar ese asqueroso día!

—¿Y qué pasa si lo hago? —continuó ella, a voz en grito.

Santi pegó un frenazo y detuvo el coche.

—Pasa que, si continúas gritándome, te bajarás del coche y te irás a casa andando. ¿Te ha quedado claro?

Elena comprobó, por el frío acerado de sus ojos, que su amenaza no era en vano. Se cruzó de brazos y giró la cabeza para mirar por la ventanilla.

Santi reanudó la marcha.

—¿Has estado llorando? —quiso saber él.

Como Elena no le contestó, Santi insistió.

—Se nota que has llorado. Tienes churretones de rímel hasta la barbilla.

—Es una nueva forma de maquillarme —soltó ella con desdén.

Él escondió una sonrisa por su comentario.

—Dime por qué has llorado. ¿Te ha pasado algo? —volvió a preguntar.

—Tú eres lo que me ha pasado —murmuró Elena, dejando a Santi pensativo.

Un tenso silencio se cernió sobre ellos hasta que llegaron al adosado.

Cuando entraron en la casa, subieron las escaleras para ir al piso de arriba, donde estaban las habitaciones. Antes de que Elena desapareciera en la suya, lo miró por encima del hombro.

—Lamento haberte molestado para que fueras a buscarme. Muchas gracias por hacerlo.

—Buenas noches —se despidió él.

Cuando Santi se tumbó en su cama, no podía dormir. ¿Por qué le habría dicho ella «Tú eres lo que me pasa»? ¿Solo porque no podía tener sexo con ella y la rechazaba siempre que Elena lo intentaba? ¿Eso era?

Se levantó de nuevo y sacó el diario para escribir sus pensamientos y sus dudas en él. ¡Cómo le gustaría darle a Elena lo que le pedía! Pero, como ya le había dicho en la discusión de esa mañana, si se mostraba tal como era, ella saldría huyendo. ¿Quién iba a querer estar con un hombre defectuoso?

Sin embargo, estaba cansado de luchar contra sus sentimientos. Contra lo que sentía por Elena. Ella tenía mucha experiencia en el sexo. Quizá hubiera estado con alguien como él; con la cantidad de amantes que había tenido, era posible. Pero ¿y si no había tenido contacto con hombres incompletos? ¿Le resultaría a ella gracioso, se avergonzaría de él por su tara o no le daría importancia siempre que aquello funcionase y le diera placer?

Pero él no quería ser uno más en su lista de amantes. Estaba enamorado de ella y deseaba ser alguien único y especial. Para iniciarse en las relaciones, Elena estaba muy bien, sería una buenísima profesora. Sin embargo, aun venciendo todos los problemas físicos, Santi sabía que cuando ella pusiera fin a la relación, él se quedaría tocado y jamás volvería a estar con otra mujer. Su corazón pertenecía a Elena.

¿Qué hago, Diario? ¿Me lanzo a la aventura o me quedo como estoy?

15

Unos golpes en la puerta despertaron a Elena. La voz de Santi sonaba al otro lado, llamándola.

—¿Qué quieres? —gritó y, al hacerlo, un terrible dolor le traspasó el cráneo.

Se agarró la cabeza con las dos manos y gimió.

Santi le hablaba a través de la puerta cerrada, pero ella no entendía nada de lo que decía. Se levantó a duras penas y caminó hasta la puerta, que abrió al llegar.

—¿Qué pasa?

—Es hora de que te levantes, dormilona, o llegaremos tarde a casa de tus padres.

Ella lo miró muy seria. Seguro que lo había oído mal por culpa de la resaca.

—Perdona, ¿has dicho «llegaremos»? ¿Es que tú también vas a venir?

—¿No quieres que vaya? —preguntó él, confundido.

—Sí, pero después de nuestra discusión de ayer pensé que no vendrías.

—Limpiaste el baño y colocaste tu ropa en el armario, ¿verdad? Pues ahora me toca a mí cumplir mi parte del trato.

Elena abrió la boca entre sorprendida y contenta. Pero la volvió a cerrar cuando otro latigazo de dolor le atravesó la cabeza, taladrándosela.

—Te traeré un paracetamol —dijo él al ver el gesto que había hecho—. Mientras, ve duchándote.

Minutos después, cuando Elena ya estaba duchada y vestida, Santi regresó. Se apoyó en el marco de la puerta y la observó moviéndose por la habitación, buscando algo.

—¿Qué has perdido ahora? —preguntó.

—Unos zapatos. No recuerdo dónde los puse cuando ordené ayer la habitación. Para que veas que, aun teniéndolo todo colocado, soy incapaz de encontrar las cosas.

Santi sacudió la cabeza. Elena era un caso aparte.

—A lo mejor estos que te traigo te los puedes poner —comentó sonriendo y mostrándole los zapatos que el día anterior se habían roto.

Elena se acercó a él y cogió los zapatos.

—¿Me has arreglado el tacón? —preguntó sorprendida, admirando el buen trabajo que había hecho Santi.

Levantó su vista hasta los azules iris de su compañero y exclamó:

—¡Gracias!

—De nada. Ya te dije que se me da bien arreglar cosas.

Se miraron sonriendo unos instantes hasta que Santi apartó la mirada cohibido.

—Te daría un beso como agradecimiento, pero no quiero molestarte. Sé que no te gustan las muestras de cariño.

Elena se dio la vuelta para caminar hacia la cama y se sentó para ponerse los zapatos que él le había arreglado. Cuando estuvo lista, se levantó de nuevo y fue hacia la salida.

Santi la miraba, debatiéndose entre lo que deseaba hacer y lo que era más conveniente que hiciera.

Cuando ella pasó por su lado, él la agarró de la mano.

—Quiero que me lo agradezcas con ese beso que has dicho —susurró Santi, con la mirada fija en sus manos unidas.

Elena, sorprendida por el valor que había tenido él pidiéndole un beso, lo miró.

—¿Estás seguro?

Santi levantó la vista para mirarla a los ojos.

—Bésame, Elena, por favor.

«Antes de que me arrepienta de lo que te estoy pidiendo», estuvo a punto de decirle.

Ella se acercó despacio a sus labios, como si le estuviera dando tiempo a retractarse. Al ver que él no se movía, e incluso cerraba los ojos y entreabría la boca para recibirla, algo dentro de ella se agitó feliz.

Unió sus labios a los de Santi en un pequeño beso que acabó enseguida, pues tuvo miedo de profundizarlo y que él se arrepintiera o la rechazara como había hecho otras veces debido a su ímpetu.

Santi sintió la boca de Elena contra la suya como si fuera el aleteo de

una mariposa. Demasiado delicado, demasiado fugaz. Cuando ella se retiró, él estuvo a punto de gritar de frustración. Deseaba que ese beso hubiera durado más. Para una vez que se atrevía a pedírselo...

—Tenemos que irnos ya. —Oyó que ella le decía.

Abrió los ojos y se la encontró mirándolo con cautela. Esbozó una sonrisa y Elena le correspondió de igual manera.

Aparcaron el coche de Elena frente al portal de sus padres, justo detrás de una grúa. Al bajarse del auto, el conductor del otro vehículo empezó a gesticular de malos modos, dirigiéndose a ellos.

—¡Oiga, señorita! ¡No puede estacionar ahí el coche!

—Ah, ¿no? ¿Por qué? No hay ninguna señal que me lo prohíba — contestó Elena, mirando a todos lados con la mano en la puerta del conductor, que aún no había tenido tiempo de cerrar.

El señor se les acercó más. Santi ya estaba en la acera, esperando a Elena y observando la reacción de esta frente al hombre que la increpaba.

—¿No sabe que no se puede aparcar detrás de una grúa? Debe guardar al menos tres metros y medio de distancia —la informó el conductor con un aire autoritario que a ella no le gustó nada en absoluto.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Usted? —quiso saber la periodista, encarándose con el energúmeno que le estaba gritando.

—¡No! ¡Eso le dice el Reglamento de Circulación, rubita!

Al escuchar el apelativo con el que se había dirigido a ella, le dieron ganas de arrearle un guantazo, pero se contuvo. Cerró el coche y puso cara de pena.

—¡Vaya por Dios! Me parece que cuando explicaron eso en la autoescuela fue el día que hice *pellas*.

Y con toda su chulería, se volvió hacia Santi, que se había quedado blanco al oír su respuesta. Dio media vuelta para caminar hasta la acera, lo agarró del brazo y se metieron en el portal, mientras el conductor de la grúa despotricaba contra ellos, incapaz de creerse la desfachatez y el morro de aquella jovencita.

—Pero ¿cómo le contestas eso al hombre? —murmuró Santi, entrando en el portal.

—¿Tú sabías lo de los tres metros y medio?

—No.

—Pues anda y que le den. Si me hubiese hablado de buenas maneras, igual le habría hecho caso. Pero de la forma en que me gritaba, no señor. Que se joda.

Santi no dijo nada más y subieron al piso de los padres de Elena mientras pensaba el valor que tenía ella de contestarle así a alguien que la estaba increpando. Cualquiera día le iban a soltar un tortazo. Claro que tampoco temía por ella. Sabía defenderse con uñas, dientes y palabras, como en este caso.

—Bueno, pues esta es mi familia. Mis padres, Alfonso y María Isabel; mi hermano mayor, Alfonso, como mi padre, que ya lo conoces; y mis otros hermanos, Chema, Óscar y Juanjo.

Elena le iba presentando a su familia mientras Santi estrechaba manos, aguantando el tipo como un campeón a pesar de los nervios.

—Mis cuñadas; Lourdes, la mujer de Alfonso; Esther, la de mi hermano Chema; y Nuria, la de Óscar. Juanjo todavía está soltero. Y estos son mis sobrinos; David y Óscar, los de Alfonso; y Sergio, el de Óscar y Nuria. Chema y Esther no tienen hijos.

Tras saludar a todos, Santi ya no recordaba la mitad de los nombres, ni quién era la esposa de quién, ni los hijos. Pero se dijo que ya los iría conociendo, y seguro que cuando acabara la tarde podría por lo menos relacionar a algunos de ellos con los otros.

—Bueno, muchachote, vente con nosotros a ver la Fórmula Uno mientras las mujeres terminan con sus quehaceres en la cocina —le dijo Alfonso padre, palmeándole el hombro—. ¡Niña! ¡Tráele una cerveza a tu amigo! —gritó para que Elena, que ya estaba en la cocina, lo oyera.

—No es necesario... Yo puedo ir a buscarla... —murmuró Santi, nervioso.

—Que no, hombre. Siéntate. Si a la niña —contestó, refiriéndose a Elena— no le cuesta nada y, además, ya está acostumbrada.

Santi se sentó en el sofá de tres plazas que había frente al televisor y recordó lo que Elena le había contado sobre que había sido la criada de su

padre y sus hermanos durante toda su vida. Quería ir a ayudarla, pero le daba vergüenza pasearse por aquella casa como si fuera la suya y hacer y deshacer a su antojo.

En la cocina, las cuñadas y la madre de Elena cuchicheaban con ella.

—Vaya chico más guapo.

—¡Jo! Tú sí que sabes elegir.

—¿Y cuánto hace que vivís juntos? —quiso saber su madre.

—Solo somos amigos, nada más, así que no os hagáis ilusiones de ningún tipo —les aclaró Elena.

—Ahora se les llama así, ¿no? Amigos —dijo María Isabel, su mamá.

—Parece muy tímido.

—Lo es —afirmó Elena—. Así que no os paséis. No quiero que lo espantéis.

—Pero, entonces, ¿tienes algún interés amoroso en él? —preguntó su madre.

Elena puso los ojos en blanco y suspiró.

—Solo es un amigo. Vivimos juntos, pero no revueltos. Cada uno duerme en su habitación. Compartimos las tareas de la casa, los gastos y nada más —informó a las mujeres.

—Parece un buen chico. No me importaría que este fuera el definitivo, niña —dijo María Isabel.

—Creo que te están llamando —comentó una de sus cuñadas al oír al cabeza de familia pidiendo una cerveza a gritos desde el comedor.

—Joder, estoy harta de ser la criada —refunfuñó Elena.

—Toma, llévale la cerveza a tu novio.

—Que no es mi novio.

Agarró el botellín que le entregaba su madre y abandonó la cocina.

Después de comer y tomar el café, comenzó el partido de fútbol, que vieron todos juntos.

Elena comprobó que Santi, poco a poco, se iba relajando y parecía estar a gusto con su familia. Incluso reía los chistes de sus hermanos, y eso que algunos eran bastante malos. Sin embargo, como era costumbre en él, habló poco.

Cuando dieron el descanso, Alfonso, el hermano policía de Elena, se

retiró con ella a una habitación para hablar con discreción.

—Al final te has salido con la tuya y lo tienes viviendo en tu casa. ¿Estás contenta?

—Sí, mucho.

—¿Y cuándo se lo vas a decir?

—¿Decirle qué? —replicó ella.

—Ya sabes a lo que me refiero. Lo estás engañando. No es justo.

—Vale, lo he engañado, pero no se lo pienso decir. No es necesario que lo sepa. Las únicas personas que conocen lo que pasó en realidad somos tú, yo y mi amigo Fabrizio. Y nadie va a decir nada, ¿verdad? —Elena miró a su hermano arqueando una ceja.

—¿Tu amiga Natalia tampoco lo sabe? —preguntó el policía, extrañado, pues sabía que las dos amigas se lo contaban absolutamente todo.

Elena negó con la cabeza.

—Reza para que Santi no descubra lo que has hecho porque te va a mandar a la mierda *ipso facto*. Me cae bien ese chico, se nota que es buena persona. No se merece algo así. Y en cuanto a Natalia, supongo que también se enfadará contigo.

—En el amor y en la guerra todo vale, ¿nunca lo has oído?

—El fin no siempre justifica los medios, Elena.

—¿Me guardarás el secreto? —le pidió.

Alfonso, su hermano, dudó unos segundos. Finalmente, asintió.

—¿Cuándo le he negado yo algo a la princesita de la casa?

Elena le dio un beso en la mejilla para agradecerle su discreción y regresaron al salón junto al resto de la familia.

16

De vuelta en casa, Santi y Elena prepararon la cena juntos. Sentados a la mesa de la cocina, uno frente a otro, conversaban sobre cómo había ido la visita a la familia de Elena.

—He estado muy nervioso casi todo el tiempo —le decía Santi—. Lo siento. Tus padres y tus hermanos habrán pensado que soy raro.

—No te preocupes. No han pensado eso. Ya les dije que eras muy tímido y que hablabas poco. Se acostumbrarán a tus silencios como he hecho yo.

—Contigo ya hablo más —rebatía él.

—Es cierto. A veces incluso me gritas todo cabreado —dijo Elena burlándose de él—. Pero la culpa es mía por pincharte. —Trató de arreglarlo al ver la cara de ofendido que había puesto Santi—. La verdad es que estás a punto de convertirte en un ángel, solo te falta tener alas y tocar el arpa. —Se rio.

Pero Santi continuaba mirándola serio.

—Después de todo lo que me aguantas, de mis cambios de humor, de mis sarcasmos, de mis enfados, de querer que hagas cosas que no están en tu naturaleza... De verdad, si sigues aquí, a mi lado, y no me has mandado ya a tomar viento, te has ganado el cielo, Santi.

—No eres tan mala —replicó él, esbozando una pequeña sonrisa—. Yo también tengo mi parte de culpa. Sé que no es fácil vivir conmigo.

Elena lo miró arqueando las cejas.

—A mí me resulta muy sencillo, Santi. Estoy contenta de que vivamos juntos. A pesar de los roces que hemos tenido, nos llevamos bien. La convivencia es buena.

—Sí, sobre todo ahora que ya no tienes la ropa por ahí tirada de cualquier manera y en cualquier sitio —se mofó, sacando a relucir ese sentido del humor que usaba muy pocas veces.

—No pienses que has ganado esa batalla. Mañana volveré a tenerlo todo hecho un desastre. Hasta que vuelvas a chantajearme con algo que yo quiera

y que tú no estés dispuesto a darme así como así.

Terminaron de cenar entre burlas de uno al otro, creando un ambiente agradable y relajado.

—¿Quieres que veamos una película? —preguntó Elena cuando los dos se hubieron lavado los dientes.

—Bien. ¿Cuál te apetece?

—No sé. Una cualquiera que pongan en la tele.

«Mientras esté contigo otro rato más antes de irme a dormir, no me importa lo que veamos», pensó ella, y él tuvo idéntico pensamiento.

Se sentaron en el sofá y comenzaron a cambiar de canal hasta que encontraron una que les interesó a los dos.

Al cabo de un rato, Elena se tumbó todo lo larga que era, ocupando el sofá al completo. Puso su cabeza sobre el regazo de él sin pedir permiso.

Santi la dejó hacer. Le gustaba sentirla cerca, y esa intimidad que se creaba cuando estaban juntos lo hacía soñar.

Pero tener su cara próxima a sus partes nobles también lo encendía de una manera escandalosa. Intentó por todos los medios no tener una erección, sin embargo, conforme pasaban los minutos aquello iba estando más duro.

Elena notó como algo presionaba contra su sien izquierda. Algo que en un principio estaba blando y que ahora se había endurecido. Sonrió para sus adentros sabiendo lo que le estaba pasando a Santi.

Intentando que pareciera un gesto casual e inocente, frotó la mejilla contra el pantalón de él, justo en el lugar idóneo. Oyó un gemido ahogado que salió del pecho masculino y, entonces, giró la cabeza para mirar a Santi.

Él la observaba hechizado. Sus ojos brillaban como si tuvieran mil luces en su interior.

Elena alzó una mano y le acarició la cicatriz de la frente, la marca que ella le había hecho.

—Lamento cuánto te he hecho sufrir desde que me conoces —le dijo mientras Santi cerraba los ojos, sintiendo esa delicada caricia que traspasaba su piel y lo abrasaba.

—Está todo olvidado —murmuró él.

—Eres tan bueno... Lo que te he dicho antes del ángel iba en serio. Eres mi ángel guardián, mi mejor compañía.

Santi abrió los ojos y Elena comprobó que los tenía encendidos por el deseo.

Recordó que esa mañana él le había pedido un beso. ¿Le pediría otro ahora? ¿Y tendría que ser ella quien diera el primer paso como siempre? ¿O no?

Se humedeció los labios con la lengua y Santi siguió fascinado el brillo de humedad que dejó en ellos.

Elena comenzó a alzarse sobre sus codos.

—Santi, yo... me gustaría mucho...

Se detuvo a pocos centímetros de su boca. Ya no podía levantarse más, a no ser que cambiara de postura y se sentara en el regazo de él.

Santi, al ver lo que ella trataba de hacer y con un deseo arrollador corriendo por sus venas, se armó de valor para acercar su boca a la de Elena y besarla. Con una mano le acarició la barbilla y de ahí fue hasta su nuca, cogiéndola y alzándola todavía más para unir sus labios. Con la otra mano, la rodeó por la espalda y la pegó a su pecho.

Cuando sus bocas se unieron, estallaron miles de fuegos artificiales.

Elena se sentó sobre el regazo de él para poder besarlo mejor. Puso sus manos a ambos lados del cuello masculino y profundizó el beso. Santi besaba de una manera dulce, tomándose su tiempo, saboreándola y acariciándole el interior de la boca con lentas pasadas de su lengua.

Ella se derretía con su forma de besar y cuando él comenzó a acariciar su pelo, bajando muy despacio por su espalda, dejando un rastro de fuego por donde sus dedos pasaban, Elena se retorció de placer, como un gatito bajo las caricias de su amo, que se estira y ronronea en busca de su afecto.

—Dios mío, me encantan tus besos, Santi. Lo haces tan bien... — susurró ella cuando se despegó de su boca un momento para tomar aliento.

—¿De verdad? —murmuró él, poco convencido.

—Podría pasarme el resto de mi vida pegada a tus labios, sintiendo tu calor, descubriendo el secreto que hay en tu boca, esa boca mágica que me tiene enganchada.

Él sonrió orgulloso. Al menos eso lo hacía bien y Elena estaba contenta. Su autoestima subió varios puntos.

Pero ¿qué pasaría si ella quería ir más allá?

—Elena, yo... sabes que no... no puedo darte más...

—Tranquilo, no te voy a presionar. De momento, me basta con tus besos, con tus caricias. Eso sí puedes concedérmelo, ¿verdad?

—Sí, eso sí.

—Pues entonces, sigue besándome —gimió Elena, antes de apoderarse de sus labios otra vez.

Mientras sus bocas estaban fusionadas, ella se movió para cambiar de postura y sentarse a horcajadas sobre él. Podía notar la virilidad de Santi presionando contra su zona íntima a través de los pantalones que ambos llevaban.

Un jadeo de placer escapó de los labios del joven cuando notó cómo Elena se restregaba contra su erección. El calor comenzó a inundarlo, volviendo locas sus terminaciones nerviosas, alterando sus sentidos.

Elena estaba tan encendida que no podía parar de frotarse contra Santi. Bajó con sus manos por el pecho masculino y le agarró la camiseta para quitársela.

Las alarmas saltaron en la mente de Santi.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él, con la respiración entrecortada, deteniéndola.

—Solo quiero verte, acariciarte, sentir el calor de tu piel sin que nada se interponga...

Él se debatía entre si dejarla hacer o no.

Ella vio la duda en sus ojos.

—Tranquilo. Te prometo que no iré más allá. Esta noche no sucederá nada. Solo nos besaremos, te tocaré y tú harás lo mismo conmigo. Por favor... —le rogó Elena con la voz más dulce y sensual que Santi había oído nunca.

Él asintió, dándole así permiso para quitarle la camiseta y hacer todo lo que ella le había contado.

Elena, feliz y excitada, desenvolvió el cuerpo masculino como si fuera un regalo la mañana de Navidad.

Cuando tuvo su torso desnudo, deslizó sus manos posesivas por él, empapándose de la calidez de la piel de Santi. Él gimió al notar aquellos dedos codiciosos acariciándolo y buscó la boca de Elena para seguir

besándola.

Pero ella quería más. Necesitaba más.

—Santi —le dijo entre beso y beso—. Hazme tú a mí lo mismo. Quítame la blusa, mírame, tócame y haz que me sienta deseada por ti.

—Yo ya te deseo sin necesidad de que estés desnuda —murmuró él contra la piel de su cuello, besándola, notando el pulso en aquel lugar donde latía con más fuerza.

—Por favor, Santi, haz lo que te pido... —gimió Elena, sintiendo cómo se abrasaba con sus besos.

Ella se despegó de él y lo miró expectante. Los dos tenían las pupilas dilatadas por la excitación, y sus respiraciones entrecortadas se mezclaban.

La película que habían estado viendo quedó completamente olvidada.

Santi bajó la mirada desde los verdes ojos de Elena hasta el primer botón de su blusa. Nervioso, se lamió los labios antes de comenzar a desabrochársela. Su corazón galopaba a un ritmo frenético y no podía hacer nada para evitarlo.

Con el segundo botón, apareció una porción de piel cremosa correspondiente a un pecho turgente, cubierto por un sujetador de encaje azul claro con ribetes blancos.

Él se detuvo un momento para admirar aquellos preciosos senos, imaginándose cómo serían sin el sostén.

—No te pares o arderé por combustión espontánea —susurró Elena, con la voz rota por el deseo.

Era insoportablemente excitante tener a Santi desnudándola, además de con la mirada, con las manos. Sentir las yemas de sus dedos sobre su cuerpo y cómo le iba quitando la blusa poco a poco, con una paciencia y lentitud que la hacían estar a punto de gritar de desesperación. Ella quería que Santi fuera más rápido, pero sabía que debía concederle tiempo, pues no estaba acostumbrado a esos menesteres.

Cuando llegó al tercer botón, Santi le abrió un poco más la camisa para poder ver bien la belleza que Elena poseía. Recorrió con sus ojos la nivea piel de la mujer que tenía sobre su regazo y notó como su pecho subía y bajaba con rapidez.

Desvió la vista hasta encontrarse con la mirada de Elena y la vio

completamente extasiada, con los labios entreabiertos, tentándolo a continuar el trabajo donde lo había dejado.

—Eres tan hermosa —logró decir él.

—No te imaginas lo mucho que me gusta que me digas cosas así.

Elena se acercó a sus labios y lo besó con ardor mientras Santi le desabrochaba el último botón.

Él comenzó a deslizar las mangas de la blusa por los brazos de ella, acariciándoselos con parsimonia. Se distanció un momento del cuerpo femenino para volver a admirar la belleza de sus formas y, de nuevo, quedó hechizado por la visión erótica que tenía frente a sí.

—Tócame —suplicó Elena con la voz temblorosa por el deseo.

Santi posó una mano sobre uno de los senos, notando su calor y suavidad a través de la fina tela de encaje. Ella inspiró hondo para que el pecho llenara más la mano grande y masculina.

Con cuidado de no apretar demasiado, la acarició, embobado con las reacciones que aquel delicado toque producía en Elena.

Ella cogió la otra mano de Santi y la colocó sobre el otro seno. Se inclinó hacia su cara y lo besó en la boca de una manera fugaz.

—Si me quitas el sujetador, será mejor para los dos.

Santi no podía creerse lo que estaban haciendo. Había soñado tantas veces con tener a Elena así, toda para él, que le costaba darse cuenta de que estaba sucediendo en realidad.

—Yo... no tengo experiencia... ya lo sabes —dijo mortificado.

—La imaginación es mejor que la experiencia, Santi. No lo olvides. Haz lo que tu cuerpo y tu mente te pidan en cada momento. No pienses. Solo siente.

Ella le cogió las manos y las llevó hasta su espalda, justo donde estaba el cierre del sostén. Él palpó con dedos temblorosos para encontrar los enganches que cerraban el sujetador. Comenzó a pelearse con ellos y gimió de frustración al no conseguir soltarlos.

—Soy un desastre, Elena —se quejó desesperado.

Ella sonrió con ternura.

—Tranquilo. Es un poco complicado si no estás acostumbrado. Pero lo conseguirás. No te rindas.

—No entiendo cómo puedes sentirte atraída por mí. Soy tímido, torpe, me falta experiencia y no tengo nada que ofrecerte —replicó, frustrado.

Elena le cogió la cara con las manos y le acarició el mentón con dulzura.

—Santi, eres como un Kinder Sorpresa. Lo bueno está en tu interior. ¿Y quién ha dicho que seas torpe? No todos los chicos consiguen desabrochar un sujetador a la primera. Además, besas de maravilla, así que para no tener experiencia lo haces genial. Debe ser algo innato en ti, como lo de arreglar cosas.

Hizo una pausa en la que se miraron a los ojos en silencio, notando cómo sus corazones comenzaban a calmarse.

Elena supo que esa noche no debía esperar nada más. No debía forzar las cosas.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —Sin dejar que él contestase, continuó hablando—: La capacidad que tienes para sonrojarte cuando te miro o te digo un piropo. Aunque ahora ya te vas acostumbrando y no sueles ponerte rojo como al principio, eso me llamó mucho la atención cuando te conocí. Hoy en día, los tíos son unos lobos y encontrar esa dulzura en uno es muy difícil. Yo la he hallado en ti. Por eso, entre otras muchas cosas, me gustas. Además de que eres mi ángel, ya te lo he dicho antes.

Santi, más tranquilo, y sabiendo que el momento de sexo había pasado, añadió:

—Si yo soy tu ángel, tú eres mí... —Dejó la frase en el aire para que ella la terminase porque no sabía lo que pasaba por la mente de Elena. ¿Su virgen para rendirle culto? ¿Su santa a la que adorar?

—Yo soy tu demonio.

—¿Me vas a bajar al infierno?

—Santi, no temas, el infierno puede ser divertido si estás con el demonio adecuado, y te juro que yo soy la idónea para ti —respondió Elena, con una juguetona sonrisa.

Él soltó una carcajada, totalmente relajado, y la abrazó.

Ella disfrutó de ese abrazo y de la complicidad que se había creado entre los dos esa noche. Aspiró el aroma de la piel masculina, sintiéndose feliz. Las cosas con Santi comenzaban a marchar tal y como ella quería.

17

Lo de anoche con Elena fue fantástico, aunque realmente solo fueron unos besos y algunas caricias. Ella me dijo que le gustaba lo que le hacía y a mí eso me dio fuerzas para continuar, hasta que el maldito cierre de su sostén me puso las cosas difíciles y me entró la vergüenza por mi inexperiencia. Eso me frustró mucho y la situación se enfrió. Pero estoy contento porque, lo poco que duró el momento de intimidad, ella disfrutó entre mis brazos, con mis besos...

Después, se bajó de mi regazo y me tendió la mano para que la acompañara hasta su habitación, donde nos despedimos con un pequeño beso que me dejó con ganas de más.

Me he pasado la noche rememorando todo lo sucedido con ella en el salón. Apenas he dormido, pues estaba completamente excitado y, al final, tuve que satisfacerme para que me bajara la erección.

Oí un jadeo procedente de la habitación de Elena. Supongo que también estaría aliviándose a su manera. Escucharla gemir hizo que me encendiera más y así fue como alcancé mi orgasmo.

Sería maravilloso tenerla bajo mi cuerpo y saber que sus jadeos de placer son gracias a mí. Mirarla a los ojos cuando ella se corra y ver su sonrisa feliz al quedar saciada.

Me muero de ganas de ser yo quien la haga gritar y quien le proporcione todos los espasmos que acompañan al clímax.

Sin embargo, no me atrevo a profundizar en el sexo. Tengo miedo de que a Elena le disguste lo que descubra de mí...

Por otro lado, no sé cómo comportarme con ella después de lo de anoche, porque no sé si para Elena significó lo mismo que para mí. Y tampoco hemos hablado nada de tener una relación, que por su parte sé que no quiere, pues ella solo busca sexo y yo no voy a poder cumplir como cualquier hombre normal.

Y aunque me confesara que está enamorada de mí y quiere algo serio, cosa altamente improbable, pero puestos a soñar... si ocurriera esa remota posibilidad, también lo tengo difícil, pues una relación implica sexo con todas sus consecuencias y no sé si voy a poder llegar hasta el final y darle lo que ella quiere.

Aunque ganas de intentarlo no me faltan, porque he soñado con Elena tantas veces, haciéndole el amor en mis fantasías, que cada vez que recuerdo sus besos y sus caricias, más quiero de ella...

Santi oyó que se abría la puerta de la vivienda y la voz de Elena llamándolo. Su corazón dio un brinco y comenzó a latir de forma violenta.

Ella había llegado. Ahora tenía que enfrentarse a la incertidumbre de no saber cómo comportarse después de lo que había pasado la noche anterior.

Guardó el diario, nervioso, y se dirigió a las escaleras.

Vio cómo Elena se quitaba el bolso y lo dejaba colgado del pomo de la puerta. Después, la chaqueta resbalaba por sus brazos y la ponía sobre el mueble del recibidor. El perchero, triste, esperaba a que ella lo usara, pero parecía que Elena no estaba dispuesta a hacerlo ningún día.

—¡Santi! —volvió a llamarlo—. ¡Ya estoy en casa!

Él continuó observándola desde su altura hasta que Elena levantó la vista y le sonrió.

—Hola, guapo —saludó con un ronroneo sensual.

Comenzó a subir los escalones con los ojos fijos en Santi.

Él estaba petrificado sin saber qué hacer o decir. Quiso encontrarse con ella a medio camino y besarla, pero prefirió ser cauto y esperar a ver cómo se desarrollaba todo.

El pulso martilleaba en sus sienes amenazándolo con un dolor de cabeza de dimensiones épicas. Con cada pisada de Elena en los escalones, Santi se obligaba a inspirar y espirar profundamente para calmarse.

Pero la escalera no era tan grande, y en unos pocos segundos ella estuvo a su lado.

—¿Qué tal el día? —preguntó Elena colgándose de su cuello y dándole un fugaz beso en los labios.

Ese gesto de ella lo tranquilizó del todo y le dio alas para abrazarla por la cintura y pegarla a su pecho.

—Mi día bien. ¿Y el tuyo? —quiso saber, perdiéndose en el aroma floral que emanaba de su piel, en sus ojos verdes que brillaban con alegría y en las mil sensaciones que despertaba en él tener su femenino cuerpo tan cerca.

—Estaba deseando llegar a casa. Te he echado de menos —confesó Elena y lo volvió a besar.

Al oírla, la autoestima de Santi se puso por las nubes. ¡Lo había echado de menos y estaba deseando llegar a casa para estar con él! No podía creerse su buena suerte.

—Cuéntame, ¿qué has hecho hoy después del trabajo? —preguntó Elena, separándose de él. Lo agarró de la mano y comenzaron a bajar las escaleras.

—Pues hoy no he salido a correr, ni tampoco con la bici. Me he quedado en casa durmiendo la siesta.

Entraron en el salón y ella se volvió para mirarlo interrogante.

—Anoche no dormí mucho y estaba cansado —le explicó él.

—¿Ha sido culpa mía? —quiso saber Elena, colgándose de su cuello y rozando con su boca la de él.

—Sí —contestó Santi con un susurro tembloroso.

—Y si no podías dormir, ¿por qué no viniste a buscarme? O haberme llamado. Hubiera ido a tu cuarto para darte calor, en caso de que tuvieras frío...

—Yo... no sabía si... podía...

—Tú puedes siempre. Cuando quieras, donde quieras, como quieras...

Elena unió sus labios a los de él y poseyó aquella boca de sabor adictivo. Bajó con sus manos por los brazos de Santi y un sonido ronco, gutural, escapó de la garganta masculina, quedando atrapado en el beso.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y llevó las manos hasta el trasero de él. Le dio tal apretón que Santi no pudo evitar dar un respingo y que la erección que comenzaba a nacer en su entrepierna chocase con el vientre de Elena.

—Joder, como me gusta que te pongas duro en cuanto te toco —murmuró ella, todavía pegada a sus labios.

Elena deslizó sus manos por las caderas de Santi hasta llegar a su virilidad, y él, al darse cuenta de lo que intentaba hacer, se separó bruscamente.

—No. Sabes que no puedo... No me busques.

—Tranquilo. Solo quería tocarte —contestó con los ojos encendidos de deseo.

—No me gusta que me toquen ahí.

—¿Por qué?

—Porque no.

Santi se dio la vuelta y salió del salón. Al cruzar el recibidor, vio el bolso

y la chaqueta de Elena dejada de cualquier manera allí. Bufó. ¿Es que no podía ponerlos en el perchero?

—Haz el favor de colgar eso en el perchero —dijo él, señalando el bolso y la chaqueta.

Elena hizo lo que le pedía y después lo siguió hasta la cocina.

—¿Por qué no me cuentas de una vez qué narices te pasa?

—Ya te lo dije el otro día. No estoy completo —dijo él sin mirarla. Cogió un vaso de un armario y comenzó a llenarlo de agua.

Elena lo abrazó por la espalda.

—Pues yo te veo muy entero, la verdad.

«Eso es porque no me has visto desnudo», dijo Santi interiormente.

Se bebió el agua de un trago y cuando terminó dejó el vaso sobre la encimera.

Elena continuaba pegada a su espalda, escuchando el latido de su corazón.

Santi se volvió entre sus brazos y ella apoyó el mentón en su pecho, mirándolo como si él fuera la razón por la que el sol salía cada mañana.

—Cuéntame qué te pasa, anda. No quiero que cada vez que te toque me rechaces. Me duele mucho, Santi.

—¿Qué va a pasar a partir de ahora con nosotros? Quiero decir, después de lo de anoche. ¿Vamos a seguir como dos compañeros de piso igual que hasta ahora o...? —preguntó con una valentía que no supo de dónde había salido.

—Así que quieres hablar —dijo Elena, separándose de él—. Bien. Pues hablemos, pero será en tu habitación, tumbados en tu cama, abrazados y... —recorrió con los ojos, y una provocadora sonrisa, el cuerpo de Santi cubierto por un chándal gris—, desgraciadamente, vestidos.

—¿En mi cuarto? ¿Por qué? ¿No podemos sentarnos aquí? —Señaló las sillas—. ¿O ir al salón?

—Porque si vamos a hablar de sentimientos, quiero estar en un ambiente íntimo. Aquí es demasiado frío, y el salón me trae muchos recuerdos de anoche. No estoy segura de aguantarme las ganas de repetirlo todo otra vez —le sonrió coqueta.

Santi la miró un tiempo que a Elena se le hizo eterno.

—Pero si lo prefieres, no hablamos y punto —lo presionó ella, empezando a perder la paciencia.

Se dio la vuelta y salió de la cocina, dejando a Santi pensativo.

Subió a su habitación y, sin cerrar la puerta, comenzó a cambiarse de ropa para estar más cómoda. Se quitó a patadas los zapatos, que cayeron desperdigados por el suelo. Después se deshizo de la falda de tubo negra que llevaba, dejándola a los pies de la cama. A esta le siguió el fino jersey de punto verde, que tiró en un rincón.

Descalza, pero con las medias de liga aún puestas y un bonito conjunto de lencería en tono esmeralda, buscó sus pantalones de yoga y la camiseta ancha que usaba para estar en casa.

Santi, que había subido a pedirle que no se enfadase por su reticencia a hablar en su cuarto, se quedó hechizado al verla así. Su erección se manifestó con más fuerza y el deseo lo arrastró como un tsunami.

Sintió el impulso de entrar en su cuarto, pegarse a ella y acariciar cada rincón de su cuerpo, pero Elena estaba molesta con él y quizá no se tomaría bien esas libertades.

Así que se quedó en la puerta, mirándola atontado.

Elena encontró, bajo un montón de ropa que había encima de una silla, lo que estaba buscando. Se sentó en la cama y se quitó una de las medias, deslizándola muy despacio por su pierna. El miembro de Santi dio un salto, apretándose contra el calzoncillo y el pantalón, reclamando atenciones.

Cuando Elena se iba a quitar la otra media, se mordió el labio inferior y contuvo una sonrisa.

Sabía que Santi estaba en el pasillo observándola. Lo había visto por el rabillo del ojo cuando había ido a sentarse otra vez en la cama.

—¿Estás disfrutando del espectáculo? —preguntó sin mirarlo.

Él dio un respingo al saberse pillado y tragó saliva ruidosamente. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que la garganta se le había resecaado.

—Pasa y siéntate —lo tentó ella—. Ponte cómodo —dijo, palmeando el colchón.

Santi inspiró hondo, armándose de valor, y entró en la habitación. Se acercó a ella y se arrodilló en el suelo, quedando entre sus piernas.

—¿Te ayudo? —quiso saber, cogiéndole la otra media y comenzando a bajársela por el muslo con dedos temblorosos.

Notaba el rubor tiñendo sus mejillas y se maldijo mil veces por su asquerosa vergüenza.

Elena lo agarró de la barbilla para que él la mirase a los ojos y se inclinó sobre su boca para reclamarla con un beso que rebosaba pasión.

Cuando Santi terminó de quitarle la media, le acarició las piernas con las manos, empapándose de su suavidad. Ella lo cogió de la nuca y profundizó el beso, gimiendo al notar cómo Santi abría su boca y la recompensaba con la danza sensual de su lengua.

Él le abrió más las piernas para colocarse mejor y poder agarrarla de la cintura. Acarició con las yemas de los dedos toda la espalda de Elena, despacio, alterando sus terminaciones nerviosas y haciendo que sus neuronas enloqueciesen.

—Santi... Deseo que me quites estas ganas de ti... —susurró Elena.

—¿Y qué pasará cuando te las haya quitado? ¿Qué ocurrirá cuando te hayas cansado de mí?

Ella se distanció de él unos centímetros para mirarlo sorprendida.

—Quiero que hablemos. —Santi echó un vistazo a su alrededor y comprobó el desastrado cuarto—. Si deseas hacerlo en mi habitación, primero tendrás que recoger todo esto. Y, por supuesto, deberás vestirme. Así estaré más tranquilo.

Santi salió de la habitación dejando a Elena a solas con sus pensamientos. Sus caricias aún le quemaban la piel y las dos preguntas que él le había hecho le escocían. ¿De verdad pensaba que se iba a cansar de estar con él? ¿En serio creía que cuando le hubiera quitado las ganas se iría a buscar a otro?

El sonido del móvil la sacó de sus cavilaciones. Al coger el teléfono, vio que tenía un whatsapp de Natalia.

Hola!!! Anoche no te llamé cuando llegamos de Burgos porque vinimos casi a las once y ya me pareció tarde. Qué tal el finde? Voy a tu casa un rato y nos contamos cositas?

Elena tecleó para responder a su amiga.

Hola! Menos mal que no viniste a mi casa a esa hora. Habrías muerto lentamente por haberme fastidiado mi rollo con Santi.

A los pocos segundos, le llegó otro mensaje.

¡No me digas que ya te has liado con él! ¡Por fin!



No te emociones. Solo fueron unos besos y tocamientos bastante puros. Ahora me está esperando para hablar sobre lo que pasó anoche, así que te dejo. Mañana hablamos.

Puso un emoticono de un beso, dio a enviar y cerró la aplicación de WhatsApp.

Con rapidez, recogió toda la ropa que había por la habitación. La amontonó encima de la cama y de allí la pasó al armario.

Se puso los pantalones de yoga y la camiseta ancha, y salió disparada hacia la habitación de Santi, al otro lado del pasillo.

Abrió la puerta sin llamar y lo encontró de pie, frente a la ventana, con la mirada perdida en la lejanía.

Al oír que la puerta se abría, Santi respiró profundamente y se volvió para encararse con ella.

—¿No sabes llamar antes de entrar?

Elena se quedó parada ante su arranque de mal genio.

—Perdón. Supuse que, como me estabas esperando, no era necesario tocar a la puerta.

—Siempre hay que pedir permiso para entrar en una habitación cuando hay alguien dentro.

—Santi, no me jodas. ¿A estas alturas de mi vida vas a enseñarme modales? —soltó ella molesta.

—Pues no te vendría mal, desde luego.

Elena apretó los dientes.

—Disculpe, caballero, ¿me da usted su permiso para entrar? —preguntó con retintín.

—Encima te burlas —le recriminó él.

—Mira, Santi, he venido para hablar contigo después de haber cumplido tus condiciones. Pero si no estás de humor, me largo. Cuando quieras hablar, me buscas.

Elena se dio la vuelta para salir de la habitación, pero Santi, que se acercó a ella en dos zancadas, se lo impidió agarrándola del brazo.

—Perdóname —dijo volviendo a ponerla frente a él—. Es que estoy nervioso.

—¿Por lo que vamos a hablar?

Él asintió con un movimiento de cabeza.

Ella se relajó, olvidándose de su enfado.

—Pues no lo estés.

Elena le acarició la poca barba que tenía y se alzó sobre las puntas de sus pies para darle un tímido beso en los labios.

—Ven. —Lo agarró de la mano y lo llevó hasta la cama, donde se sentó a esperar que Santi hiciese lo mismo—. ¿Qué te preocupa?

—Todo. Me preocupa todo. No tengo experiencia, no sé qué hacer... A veces desearía besarte, acariciarte o..., pero no sé cómo te lo vas a tomar. Estás acostumbrada a llevar la iniciativa y a lo mejor te sienta mal que sea yo quien lo haga. Aunque tampoco sabría cómo hacerlo... —soltó él, avergonzado, acomodándose a su lado.

—Yo te enseñaré. No me importa que no tengas experiencia. Pensándolo bien, es incluso bueno que no hayas estado con otras. Así no estarás malacostumbrado a los gustos de otra mujer. Aprenderás los míos y solo los míos. Seré tu maestra en el arte de la seducción, en el sexo... —dijo, tumbándose en la cama—. Ven aquí. A mi lado. Quiero estar abrazada a ti mientras hablamos de esto. Será más fácil.

Santi la obedeció y Elena se colocó prácticamente encima de su pecho, mirándolo a los ojos. Apoyó la cabeza en una mano y con el dedo índice le acarició la cicatriz de la frente.

—Esta marca que tienes aquí significa que eres mío. Te la hice para que todas sepan que tienes dueña —le confesó, y Santi agrandó los ojos, sorprendido—. Me gustas mucho y quiero tener algo contigo. ¿Recuerdas cuando me dijiste hace meses que tú no querías ser una moda pasajera para mí? ¿Como una prenda de ropa usada que cuando llega la temporada nueva hay que desechar? Yo tampoco lo quiero. No sé cuánto tiempo aguantarán vivas las mariposas que sentimos en el estómago, pero lo que sí sé es que debemos de amarnos mientras lo sintamos aquí, en nuestro corazón.

—¿Quieres tener una relación seria conmigo? ¿Estás segura? —preguntó él, alucinado por todo lo que Elena le confesaba. Ni en sus mejores sueños

habría pensado que ella pudiera estar enamorada de él.

Elena asintió, sonriéndole.

—Vaya, y yo que pensaba que eras como la canción esa de Maluma, la de Sin contrato, que solo me querías para un par de horas y cuando tuvieses a otro mejor me olvidarías.

Ella frunció el ceño.

—Pues sí que tienes buen concepto de mí —bufó indignada.

—Lo siento —se disculpó Santi con una tierna sonrisa.

—Bueno, a lo que íbamos —continuó Elena—. Siempre que te apetezca darme un beso, tocarme, lo que sea, puedes hacerlo. No te cortes, por favor. Es más, seguro que yo lo estaré deseando. Y dime cosas bonitas. Me gusta sentirme deseada y querida.

—De acuerdo —contestó el, tomando nota mentalmente.

Elena carraspeó antes de tocar el tema más peliagudo que había.

—En cuanto a hacer el amor...

Sintió cómo a Santi se le cortaba la respiración.

—Será cuando tú estés preparado. Pero me gustaría que me contaras qué problema, trauma o complejo tienes. Podríamos trabajar sobre él para que lo vayas superando. Si tienes que acudir a un psicólogo y necesitas que te acompañe...

—Elena, un psicólogo no va a hacer que vuelva a nacer y sea un hombre completo —dijo Santi, nervioso y rojo como un tomate maduro.

—¿Por qué siempre dices que no eres un hombre completo?

—Porque es cierto. Nací con un defecto, tara o como lo quieras llamar.

—Entonces es algo físico.

—Sí, pero ahora no quiero hablar de ello, por favor. No me presiones. Hablemos de nuestros sentimientos, no de nuestros cuerpos.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¡Uf! Menos mal. Ya pensaba que me ibas a decir que querías llegar virgen al matrimonio o algo así. Vale. Ahí va mi primer sentimiento: me vuelves loca. Y el segundo: quiero ser la primera y última mujer que conozca tu cuerpo. El tercero no te lo digo porque es algo demasiado sexual y podrías salir espantado.

Santi soltó una carcajada y abrazó a Elena con fuerza. Ella buscó su

boca para besarlo.

Después de un rato devorándose los labios, él habló de nuevo:

—Solo por curiosidad, dime el tercer sentimiento.

—No, que te vas a asustar.

—Venga...

—Está bien. Tú lo has querido. —Hizo una pausa para crear más expectación y luego comenzó a decir—: Quiero hacerte el amor todas las noches que me quedan de vida. Quiero hacerte todas las guarrerías que se me ocurran y que tú me pidas. Travesuras, maldades y un montón de cosas más. Quiero que me hagas de todo en cada rincón de la casa.

A medida que Elena soltaba por la boca todo lo que pasaba por su mente, el pene de Santi se fue hinchando, preso de la lujuria que se desataba en él imaginando lo que ella le proponía.

—Elena, para, por favor... —suplicó Santi, cerrando los ojos, sintiendo su miembro excitado a punto de reventar.

—Quiero que te aproveches de mí para satisfacerte porque yo también lo haré contigo. Y no quiero que me pidas permiso para hacer nada de lo que te acabo de decir —continuó ella, ignorando su petición—. Porque yo tampoco te lo pediré. Usaré tu cuerpo a mi antojo, y deseo que tú hagas lo mismo con el mío. Como si fuéramos dos animales en celo.

—Elena, basta ya...

—¿Por qué? ¿No te gusta lo que te digo? Porque parece que a una parte de ti le encanta —dijo frotando su pelvis contra la dureza que él tenía entre las piernas.

—Sí, me gusta, pero todavía es pronto. Vayamos despacio, por favor —murmuró Santi.

—No sé qué problema físico tienes, pero desde luego no tiene nada que ver con tu polla. Esa reacciona perfectamente a mis encantos.

—Sí que es verdad. Me pongo duro solo con olerte —confesó en un arranque de valentía que lo sorprendió.

Ella se detuvo, satisfecha por su confesión.

—Por hoy no te haré sufrir más. No quiero que rompas los calzoncillos ni el pantalón y me taladres el vientre con esa cosa dura que tienes entre las piernas. Ahora te toca a ti decirme lo que sientes.

Santi comenzó a enrojecer, pensando en todo lo que le gustaría decirle a Elena.

—Me gustas muchísimo y... te... te deseo... Entraste en mi vida sin pedir permiso... Me conquistaste con un beso y, desde entonces, ya no duermo pensando en ti, en tu cuerpo; eres como una obsesión, cada día que pasa quiero más de ti —soltó de carrerilla una vez que se armó de valor.

Elena creyó que le explotaría el corazón en el pecho al escucharlo. Santi correspondía a sus sentimientos. No sabía si ponerse a bailar como loca en mitad de la habitación para celebrarlo o abrir las ventanas y gritar a los cuatro vientos que Santi también estaba enamorado de ella.

Sin embargo, el rugido de su estómago hambriento fue lo que se escuchó.

Los dos se quedaron mirándose, perplejos, antes de romper a reír a carcajadas.

—Creo que esto de las confesiones me ha dado hambre.

—Es hora de hacer la cena —comentó él, mirando el reloj de su muñeca.

Ella se acercó a su boca y lo besó.

—Recuerda: búscame cuando quieras, donde quieras, para hacer todo lo que quieras...

18

—Hoy hago yo la cena —dijo ella, entrando en la cocina—. ¿Te apetecen unos huevos fritos con patatas?

—Vale, pero déjame ayudarte. No eres mi criada, ¿recuerdas?

—Bien. Pues tú pela las patatas mientras yo voy poniendo en el fuego la sartén.

Santi comenzó a hacer lo que ella le había dicho.

—Oye, Elena, te quería comentar una cosa sobre la visita a casa de tus padres el domingo.

Ella se colocó a su lado mientras vertía aceite en la sartén.

—Te escucho. Dime.

—Cuando tu padre te pidió la cerveza para mí, yo quise ir a la cocina a buscarla, pero él no me dejó.

—Tranquilo. Ya me lo imaginé.

—Me sentí mal por ti.

—No te preocupes. La próxima vez que vayamos a su casa, antes de que diga nada, te vas a la cocina y te la coges sin pedir permiso —le aconsejó Elena.

—Eso no lo voy a hacer. Sabes que no me gusta coger las cosas sin permiso y mucho menos si es en una casa ajena.

—Pues entonces tendrás que enfrentarte a mi padre y decirle que tú eres capaz de ir a buscar una cerveza. Que no necesitas que yo, ni ninguna otra mujer, te la sirva —replicó Elena, consciente de lo mucho que le costaría a Santi hacer algo así.

—Creo que prefiero la primera opción —soltó él, tras pensarlo unos segundos.

—Si te dicen algo, con que les contestes eso de «la confianza da asco», solucionado. Tienes que echarle morro a la situación, Santi. Si no, te comerán vivo.

Cuando el aceite estuvo caliente, comenzaron a freír las patatas.

Santi se entretuvo poniendo la mesa y Elena, a su vez, mirándolo cómo

deambulaba por la cocina cogiendo las cosas.

—Dame los huevos para irlos friendo, que dentro de poco las patatas estarán listas —comentó ella, notando que la otra sartén que había sacado ya tenía el aceite hirviendo.

Santi le pasó los alimentos que ella le había pedido y se volvió para coger el pan y llevarlo a la mesa.

De repente, un grito de dolor rompió el maravilloso ambiente que había en la cocina.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Santi alarmado.

—Que he metido los dedos en la sartén y me he quemado.

Abrió el grifo del agua fría y metió la mano bajo el chorro, sintiéndose aliviada al momento.

—¿Y cómo es que los has metido en el aceite? —quiso saber él.

—Me he despistado mirándote el culo —confesó ella.

Santi empezó a reírse y Elena lo miró ceñuda.

—Sí, eso, encima riéte de mí. Yo aquí, muriéndome de dolor por haberme quemado, y tú descojonándote vivo a mi costa.

—A ver, déjame verte los dedos —le pidió Santi, escondiendo su sonrisa.

Los observó unos segundos. Elena se había quemado todos los dedos de la mano izquierda, menos el pequeño. Los tenía muy enrojecidos y, en la yema de algunos, ya comenzaban a formársele ampollas.

—Deberíamos ir al hospital.

—No. No es tan grave y tampoco es la primera vez que sufro una quemadura de este tipo —se negó Elena—. ¿Ves? Esto me pasa por cocinar. Si no me acercase al fuego, no me habría quemado. A veces ser una vaga tiene sus beneficios.

Santi soltó otra carcajada.

—Voy a ir a buscar un poco de aloe vera. Gracias a Dios, tengo una planta en el patio. Ahora vuelvo —dijo, y salió rápido hacia allí.

Regresó al cabo de dos minutos.

Elena había apagado todas las sartenes y se había sentado en una silla a esperarlo.

Santi comenzó a aplicarle el aloe vera con delicadeza.

—¿Te hago daño?

—No, pero me duele bastante. Me arde la mano.

—Menos mal que no ha sido en la derecha.

—Esto me pasa por cocinar —se quejó ella de nuevo.

—Pensaba que te había pasado por mirarme el culo —se burló él.

—Si es que no se puede estar tan bueno... —suspiró Elena, y Santi sonrió.

—¿Te acuerdas de aquella temporada que te dio por ir a correr por las mañanas al parque donde yo estaba trabajando? —le preguntó él—. Me gustaba verte por allí, pero más de una vez estuve a punto de hacerme alguna herida por tu culpa. Cada vez que pasabas delante de mí, no podía evitar quedarme embobado mirándote el culo.

—Pues ya somos dos.

—Si es que no se puede estar tan buena... —la copió él.

—Oye, me encanta que te desmelenes y me digas esas cosas. Me subes el ego.

—Si yo te dijera lo que tú le haces a mi autoestima...

—¿Lo mismo que le hago a tu polla?

—¡Elena! —exclamó Santi, y soltó una carcajada, poniéndose rojo al instante.

—¿Qué? —se rio con él.

—Bueno, esto ya está. Te los vendaré y así los tendrás más protegidos.

Le colocó sobre los dedos unas gasas y después comenzó a vendárselos.

—Además de guapo y listo, de estar como un tren, de ser un manitas arregla todo y de excitarme con solo una mirada, también haces de enfermero. Menudo chollo que tengo contigo, tío bueno.

Santi se rio y, cuando terminó su tarea, se acercó a la boca de Elena para darle un fugaz beso.

—Vamos a cenar, que se nos pasa la hora.

Cenaron en un ambiente distendido mientras Santi se ocupaba de que Elena pudiera hacerlo correctamente, ya que solo podía usar una mano.

Cuando terminaron, él recogió todo y subió con ella al cuarto de baño para ayudarla a lavarse los dientes.

—¡Qué bien me cuidas! —exclamó Elena al ver cómo Santi ponía dentífrico en el cepillo de dientes y luego se lo daba a ella para que pudiese

asearse la boca.

Él no contestó, pero le dedicó una tierna sonrisa. Comenzó a lavarse también los dientes mientras se miraban en el espejo y se sonreían como dos tontos.

Cuando terminaron, Elena le pidió que la ayudara a bajarse el pantalón y el tanga para hacer sus necesidades.

—Creo que eso lo puedes conseguir tú sola —comentó Santi, ruborizándose al imaginar la escena.

—¿Con una mano?

—Sí. Primero tiras de un lado, luego del otro...

—¿Y para subírmelo? —quiso saber ella, fastidiada por su negativa.

—Pues igual —dijo Santi, dándose la vuelta para salir del baño.

—¡Jo! Pero es que así voy a tardar más —se quejó ella.

Santi se encogió de hombros, sin mirarla, y salió al pasillo.

—Como me haga pis encima, la culpa la tendrás tú. —Oyó que le decía Elena justo cuando cerraba la puerta para darle intimidad.

Se aguantó una carcajada y se marchó a su habitación para ponerse el pijama.

A los pocos minutos llegó Elena, que abrió la puerta sin llamar, y le dio a Santi tal susto que casi se le sale el corazón por la boca.

—Elena... toca a la puerta primero... —protestó él, poniéndose con rapidez la camiseta del pijama y dando gracias al cielo por llevar ya los pantalones puestos.

—Ah, sí, perdona. Es la falta de costumbre —se disculpó ella, pero para nada lamentaba lo que había hecho—. De todas formas, ahora que somos novios no veo necesario andar con estas tonterías de pedir permiso para entrar en tu habitación y todo eso.

Novios. Elena había dicho que eran novios. ¡Qué bien sonaba esa palabra en sus labios! Estuvo tentado de acercarse a ella, cogerla por la nuca y estamparle un beso en la boca. Pero se reprimió y prefirió tratar el tema de su intromisión.

—Para mí no es ninguna tontería. Así que te pido, por favor, que lo hagas —replicó él, mirándola muy serio.

—Vale. Lo intentaré. ¿Me ayudas? —preguntó, enseñándole su pijama

—. Es que me cuesta ponérmelo con la mano así.

Santi agachó la cabeza y escondió una sonrisa. ¡Qué morro tenía Elena! Con la excusa de los dedos quemados, ahora venía pidiéndole que la desnudara y la ayudase con el pijama.

—Puedes hacerlo tú solita. Estoy seguro. No te has meado encima en el baño, así que puedes quitarte la ropa perfectamente y ponerte el pijama.

La cogió por los hombros y le dio la vuelta para sacarla de la habitación.

—¿Y no puedo hacerlo aquí? ¿Delante de ti? Por si necesito... —se resistió ella.

—No.

—De acuerdo —aceptó Elena a regañadientes, y se marchó a su cuarto.

Santi cerró la puerta y se tumbó en la cama. Encendió el televisor y se dispuso a esperar que Elena regresara. Estaba seguro de que lo haría con cualquier otra excusa, alargando el momento de la despedida esa noche.

Varios minutos después, vio confirmadas sus sospechas.

—Oye, Santi, he pensado que...

Como siempre, entró en la habitación sin pedir permiso.

—Elena —la cortó él, incorporándose en la cama, quedando sentado con la espalda apoyada en el cabecero—. Sal y cierra la puerta. Después, tocas y preguntas si puedes pasar, y luego, si yo te doy permiso para entrar, entras, y si no, te vas a tu cuarto y te metes en la cama a dormir.

Ella se quedó sorprendida por esa orden. Sintió cómo se humedecía su tanga al escuchar la voz autoritaria de él.

Pero más se sorprendió Santi cuando vio que lo obedecía.

Cuando por fin Elena pudo acceder a la habitación, se acercó a la cama y se sentó a su lado.

—¿Qué estás viendo? —quiso saber, tumbándose con él en el colchón.

—¿Qué haces Elena?

—Mmmm... ¿ver la tele contigo?

—Si quieres que veamos la tele juntos, bajamos al salón —dijo él, comenzando a levantarse de la cama.

Ella lo detuvo.

—¿No podemos verla aquí? Es más cómodo. —Le hizo un mohín infantil, pero no convenció a Santi.

—¿No decías que en la habitación no se ve la televisión? —replicó él.

Ella tiró de su brazo y Santi se volvió a sentar en la cama.

—Es verdad. Por eso había pensado en apagarla y meternos mano un rato. —Sonrió coqueta, pestañeando al mismo tiempo.

—Elena... —rio Santi. Esa mujer era un caso aparte. No se daba por vencida nunca.

—Venga... Por favor... Necesito mimitos, que tengo la mano herida... —le soltó, poniendo cara de niña buena.

—¿Y cómo piensas meterme mano con los dedos así? —preguntó él, divertido. Se cruzó de brazos, en un intento de no tocarla y hacerla rabiar, y esperó su respuesta.

—Tengo la otra mano perfectamente —contestó Elena, arqueando las cejas.

Santi soltó una carcajada.

—Esta cama es muy pequeña. Ya lo has comprobado antes. Prácticamente tienes que ponerte encima de mí porque si no te caerías —le dijo.

—A mí no me importa ponerme encima de ti —respondió ella con una mirada lasciva—. Y no creo que a ti te moleste. Peso poco, estoy delgada, así que...

—No.

—También podemos ir a la antigua habitación de Natalia. La cama es más grande y...

—He dicho que no —replicó Santi, aguantándose la risa.

Elena se quedó pensativa unos segundos. ¿Cómo podría convencerlo? Lo mejor era ser directa y ya está.

—A ver, Santi, solo quiero estar contigo un rato. Que me beses y me abrases antes de pasarme la noche añorando tu calor y tu cuerpo, tu cercanía y todas las cosas que me haces sentir cuando estoy a tu lado —dijo mirándolo muy seria.

Santi se quedó observándola, pensativo, saboreando las palabras que ella había dicho, como si fueran un postre delicioso deshaciéndose en su boca.

A Elena el tiempo que él tardaba en contestar se le estaba haciendo eterno, por eso añadió:

—Te juro que no te voy a tocar la polla ni voy a intentar hacer el amor contigo.

Él cerró los ojos al escucharla. Lo mejor era que cada uno se marchase a su habitación, bueno, que se fuera ella a su cuarto, pues él ya estaba en el suyo.

Santi se daba cuenta de que cada vez le costaba más resistirse a Elena y temía lo que sucedería si se mostraba ante ella sin ningún pudor, como su madre lo trajo al mundo. Se moría de ganas de hacerle el amor, pero el miedo podía mucho más. Y la inexperiencia era un punto en su contra también.

Sin embargo, él deseaba de igual manera hacer lo que Elena le había dicho. Estar un rato juntos, besándose, acariciándose, sintiendo el calor de sus cuerpos...

—Está bien —suspiró Santi.

Le pasó un brazo por los hombros a Elena y se tumbaron sobre el colchón.

Ella sonrió feliz, sabiendo que había ganado esa batalla. Pero aún le quedaban muchas otras por librar.

—Pero a dormir a tu cama, ¿entendido? —soltó él.

—Sí, hijo, sí. No vaya a ser que te viole en mitad de la noche —resopló Elena, poniendo los ojos en blanco.

Se acercó a su boca y le dio un pequeño beso. Luego se arrebujo contra el caliente cuerpo de Santi y aspiró su aroma masculino, mezclado con la fragancia que él usaba.

—Me encanta tu colonia —susurró contra la camiseta que él llevaba.

—A mí la tuya también —contestó Santi, abrazándola más fuerte.

—Pues bien que has lavado la ropa para que no oliese a mí —replicó ella, sin darse cuenta de que acababa de delatarse.

—No, yo lavé la ropa para que no oliese al ambientador ese que habías comprado nuevo... —Santi se interrumpió, dándose cuenta de que sus sospechas sobre aquello eran ciertas—. Espera, ¿echaste tu perfume en mi armario para que la ropa me oliese a ti?

Ella lo miró, mordiéndose el labio inferior, sabiéndose pillada. ¿Cómo había tenido ese fallo?

Poco a poco, asintió con la cabeza.

Santi la contempló unos segundos, sorprendido por lo que Elena había hecho. Después, soltó una carcajada.

—Estás más loca de lo que pensaba. ¿Por qué quieres que mi ropa huelga a ti?

—Para que todas sepan que ya tienes una mujer en tu vida —dijo con sinceridad.

—¿A Fabrizio también se lo haces? —quiso saber él, alucinado por su comportamiento.

Elena frunció el ceño, disgustada. ¿Por qué narices se acordaba del italiano ahora?

—No. Me importa un pimiento si él huele a mí o no.

—¿Y por qué no te importa?

—Es obvio —soltó Elena, mirándolo confusa. ¿No se daba cuenta de por qué a ella no le importaba si su amigo italiano olía a mujer o no?

—Ilústrame, por favor —le pidió Santi, tomándole el pelo. Solo quería oír de sus labios otra vez que él era importante para ella. Al menos, más importante que el italiano.

Elena se incorporó y lo miró muy seria.

—Pues porque quien yo quiero que huelga a mí para que ninguna mujer intente quitármelo eres tú, no él. Tu molde se rompió porque solo te hicieron para mí, compréndelo. Y si viene alguna lagarta y te intenta alejar de mí... Solo estoy cuidando lo que es mío. Me da igual si Fabrizio se lía con otra. No estoy enamorada de él. Pero tú...

Se calló al ver cómo él aguantaba la risa.

—¡Santi!

—¿Qué?

—Me estás engañando para que te diga que estoy enamorada de ti y que eres más importante que mi amigo italiano —soltó al darse cuenta de sus intenciones.

Santi soltó una carcajada, asintiendo al mismo tiempo.

—¡Serás capullo! —exclamó ella, cerniéndose sobre él, haciéndole cosquillas.

—Es que es demasiado bueno para mi autoestima oírte decir esas cosas.

—¡Joder con el chico tímido y vergonzoso! Estás aprendiendo muy rápido.

—Para, por favor —suplicó Santi, entre risas, al ver que ella no dejaba de hacerle cosquillas.

—No quiero. Me has tomado el pelo y me las vas a pagar.

Entonces él le agarró la mano con la que ella lo estaba tocando y, con cuidado de no hacerle daño en la otra, la detuvo. Le pasó el otro brazo por la espalda, rodeándosela, y la atrajo hacia él para besarla.

Permanecieron así unos minutos, disfrutando de su intimidad, hasta que una canción comenzó a sonar en el canal de música que Santi tenía puesto en la televisión y al que no le habían hecho caso hasta ese momento.

Elena se alejó de sus labios y lo miró sonriente.

—Tu jardín con enanitos —dijo—. ¿Me la cantas?

—Pero si ya la estás escuchando...

—Por favor...

Elena cogió el mando que estaba sobre la mesita al lado de la cama y apagó el televisor. Después de dejarlo de nuevo en su sitio, se quedó mirando a Santi, expectante.

Él cerró los ojos, muerto de la vergüenza, pero comenzó a cantar.

—Hoy le pido a mis sueños, que te quiten la ropa...

—A quien se lo tienes que pedir es a mí, no a tus sueños —contestó ella.

Santi abrió los ojos al tiempo que se reía por su comentario.

—¿Quieres que te la cante o no? —le preguntó.

—Sí.

—Bueno, pues no me interrumpas. Me da muchísimo corte, y si empiezas a molestarme con tus comentarios, no te la cantaré.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —exclamó ella, haciendo el saludo militar mientras le sonreía—. Perdona. Sigue. No te interrumpiré. Lo prometo.

—Solo una cosa más...

—¿Cuál?

—No me mires. Si sé que me estás observando, no voy a poder...

Entonces, Elena se tumbó sobre el pecho de Santi y lo abrazó.

Y al mismo tiempo que ella notaba como el corazón de ese chico tímido, dulce y puro latía acompañando al suyo propio, él comenzó de nuevo a

cantar.

19

—Así que tienes una relación con Elena... —le dijo Rubén a Santi, al día siguiente.

Los dos amigos habían quedado para salir con las bicicletas y hacer un poco de ejercicio después del trabajo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Santi, sorprendido.

—Anoche Elena se lo dijo a Natalia, pero no sé los detalles. Supongo que hoy ella se los contará a mi novia y a las otras chicas. Han quedado a las siete en el centro comercial.

Santi meneó la cabeza, molesto. No le gustaba nada que Elena fuera por ahí contando sus intimidades.

—No te preocupes —le dijo Rubén al ver su gesto contrariado—. Es algo normal entre mujeres. Y con las ganas que tenía Elena de cazarte, estará deseando gritarlo a los cuatro vientos. Además, solo se lo va a contar a sus amigas. No va a publicarlo en la revista donde trabaja —intentó tranquilizarlo.

—Ya, pero no me gusta que hablen de mí.

—Pues vete acostumbrando. Yo estoy convencido de que Natalia le cuenta a Elena y a las otras todas las guarrerías que le digo al oído para excitarla mientras hacemos el amor. Y seguro que más de una postura también.

—Bueno, yo a Elena solo la he besado y poco más, así que no puede contar mucho sobre nosotros —contestó Santi, pensándolo bien—. Pero, aun así, no me gusta que vaya por ahí diciendo lo que hacemos o dejamos de hacer.

—Vale, y aparte de eso, ¿todo bien con ella? ¿Estás contento?

Santi esbozó una sonrisa mientras pedaleaba, recordando el poco tiempo pasado desde que había iniciado su relación con Elena.

—Sí, todo bien. Estoy... —dudó un momento, buscando la palabra idónea— feliz.

«Aunque ella es cabezota y caprichosa, y me saca de quicio que deje las

cosas por medio en lugar de tenerlo todo recogido y ordenado. Y que entre sin llamar a la puerta. Pero bueno, Elena es así, y si ella me acepta como soy, yo también debo aceptarla como es. Pero claro, Elena aún desconoce mi tara y... ¿qué pasará cuando se entere?», pensó Santi.

—Me alegro, amigo —respondió Rubén contento.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —le preguntaron sus amigas a la vez.

—Nada importante. Metí los dedos en el aceite por estar mirándole el culo a Santi.

—¡Ostras! —exclamaron también las tres a la vez mientras se sentaban en un bar del centro comercial y pedían unos refrescos al camarero, que les sirvió de inmediato.

—¿Te duele mucho? —preguntó Carla.

—No. Santi me puso enseguida aloe vera que tiene en una planta, en el jardín, y esta mañana yo me puse más siguiendo las indicaciones que me dejó escritas en un papel —les contó Elena, recordando como antes de salir de casa había visto una nota de él pegada en la puerta de la vivienda donde le preguntaba qué tal había pasado la noche, si le había molestado la mano y recomendándole que se pusiera aloe vera antes de marcharse a trabajar.

Ella contestó a su nota, informándolo de que había cumplido sus órdenes y comentándole que había pasado buena noche, pero habría sido mejor aún si hubiera estado entre sus brazos, en su cama...

Lamentaba no poder ver la cara de Santi al leer el papel, pero se la imaginaba a la perfección.

—Vamos a celebrar que Elena por fin, ¡sí, por fin!, ha conseguido liarse con Santi —soltó Natalia con alegría.

Las cuatro amigas levantaron sus refrescos y los chocaron entre sí, mientras se reían y le daban la enhorabuena a Elena.

—Gracias, chicas —dijo ella, mirándolas una por una.

—Bueno, y cuéntanos, ¿cómo fue? —quiso saber Amanda.

—Pues fue... muy bonito, tierno... Le dije que me gustaba, que quería algo con él; Santi me dijo más o menos lo mismo, y nos besamos.

—¿Y qué más? —insistió Amanda.

—Y nada más.

—¿No te lo tiraste? —gritó su amiga, como si fuera lo peor del mundo.

Elena y las otras le hicieron un gesto para que bajara la voz, pero con el ruido que había en el bar nadie la había oído.

—No, no me lo he tirado —respondió Elena.

Amanda abrió los ojos asombrada y se llevó una mano al pecho.

—¿Te has vuelto santa? ¡No puede ser! ¡Tú eres mi modelo! ¡Mi ejemplo! Yo quería una amiga pervertida que me llevase por el mal camino, porque llevo toda la vida en el bueno y es una mierda. Y ahora resulta que te has cambiado de bando.

Todas empezaron a reírse.

—No me he cambiado de bando, ni me he vuelto santa, ni todas esas tonterías que se te pasan por la cabeza —replicó Elena, divertida—. Es que Santi quiere que vayamos despacio y yo, aunque no estoy de acuerdo porque me gusta más el sexo que a un niño las chuches, respeto su decisión. Ya os he contado alguna vez que él es un poco...

—Raro que te cagas —la interrumpió Amanda.

—... especial —continuó Elena, ignorándola—. Tiene algún tipo de complejo que debemos solucionar primero. Lo fundamental ahora es subirle la autoestima y que se sienta seguro conmigo. Luego... —Se encogió de hombros—. Ya tendré tiempo para follármelo todas las noches.

—¿Y mientras tanto? —quiso saber Amanda, otra vez—. ¿Qué piensas hacer para... satisfacerte?

Natalia y Carla las escuchaban sin intervenir. Natalia, por llevar tantos años de amistad con Elena, conocía perfectamente los pensamientos de ella y sabía lo que le iba a contestar.

—A ver, Amanda, que no me la meta no significa que no disfrutemos del sexo juntos. Además de acariciarnos y besarnos, hay otras cosas, como el sexo oral. —Algo que todavía no habían probado, pero Elena no pensaba decírselo—. Y si no, siempre puedo recurrir a mis amigos a pilas.

Elena cogió su refresco y bebió un trago mientras esperaba la réplica de su amiga. Pero esta no llegó, por lo que supo que Amanda se había quedado conforme con la respuesta.

—Oye, y los juguetes esos sexuales, ¿cómo funcionan? —preguntó Carla.

—¿Qué tal te fue con el lubricante? —quiso saber Elena a su vez.

—Muy bien. La verdad es que estoy muy contenta, y todo gracias a ti.

Elena le sonrió e hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Pero quiero saber lo de los vibradores. Quizá me compre uno.

—¿Y qué vas a hacer con tu marido? ¿Echarle de la cama? —soltó Amanda riéndose.

—No hace falta —intervino Natalia—. Él puede mirar. No te imaginas lo cachondos que se ponen los hombres viendo a una mujer darse placer. Luego se lanzará a por ti. Te lo aseguro.

—Ya, si por eso lo quiero. Pero me da vergüenza comprarlo —admitió Carla.

—No te preocupes. Puedes pedirlo por internet y que te lo manden a casa —le explicó Elena.

Sacó su móvil del bolso y buscó la página donde ella había comprado alguna vez. Una totalmente fiable, segura y discreta llamada My sexual shop, de Valencia. Carla se sentó más cerca de Elena para elegir el modelo en cuestión mientras ella le explicaba algunos que había probado.

El tiempo se les pasó volando, como siempre que se está en buena compañía, y cuando quisieron darse cuenta era hora de que regresaran a casa.

Cuando Elena llegó a la suya, se encontró con que Santi había hecho ya la cena.

—¡Pero qué suerte he tenido contigo! —dijo Elena, colgándose de su cuello y dándole un beso abrasador.

—¿Qué tal con tus amigas? —preguntó él, rodeando su cintura con las manos.

—Bien.

—¿De qué habéis hablado?

—Pues de nuestras cosas —contestó ella, separándose de Santi y sentándose a la mesa para cenar—. ¡Sopa! Me encanta la sopa. ¿Qué hay de segundo plato?

—Merluza a la plancha.

Elena cogió la cuchara y comenzó a comer mientras Santi la observaba desde su silla.

—Entonces, habéis hablado de vuestras cosas —intentó retomar la conversación.

—Sí, ya sabes, ropa, accesorios, maquillaje, hombres, vibradores, lubricantes... todo eso.

Santi casi se atragantó al escuchar lo último.

Elena empezó a reírse al ver su cara sorprendida.

—¿Qué pasa? ¿Tú no hablas con Rubén sobre mujeres y demás?

—Sí, pero no de juguetes y todo eso.

—¿Sabes que tengo unos cuantos en mi habitación? —preguntó ella, observando todas las reacciones de la cara de Santi y disfrutando al ver cómo él se sonrojaba—. Cuando quieras te los enseño...

—No hace falta, de verdad.

—Incluso podemos probar algunos —lo tentó.

—¿Probar? ¿Conmigo? —quiso saber Santi, nervioso.

Elena volvió a reírse.

—No, hombre. Conmigo. Bueno, pero si quieres probar algún vibrador de los míos contigo, estoy dispuesta. Se me da bien eso de compartir —dijo, burlándose de él.

El rubor de Santi adquirió un tono aún más rojo que le llegó hasta las raíces del pelo.

Elena se apiadó del pobre chico. Se levantó de su silla y se acercó a él.

—¡Ay, señor! Yo tan Kamasutra y tú tan Biblia. —Se sentó en su regazo y, mirándolo a los ojos, lo tranquilizó—. Estaba bromeando. No te voy a hacer nada que tú no quieras. Pero a mí sí me gustaría que me hicieras cosas. —Lo besó fugazmente y regresó a su sitio, donde continuó comiendo como si no hubiesen hablado de nada de aquello.

Santi pensó que lo mejor era dejar el tema y hablar de otra cosa.

—¿Qué tal los dedos? ¿Te duelen? ¿Cómo has trabajado hoy?

—Bien. ¿Viste mi nota contestando a la tuya? —quiso saber ella.

—Sí, la vi. Me alegro de que me hicieras caso y te pusieras aloe vera antes de irte.

—También me he puesto antes de salir con mis amigas. Sobre lo otro que te comentaba en la nota, ¿has pensado en ello? ¿No te ha dado pena saber que habría pasado mejor noche en tu cama, contigo calentándome, que

en la mía, sola y fría?

Elena lo dijo como si estuvieran hablando sobre el tiempo que había hecho ese día. Santi se maravilló por la facilidad que tenía ella para tratar ese tema sin ponerse nerviosa ni avergonzarse.

—Elena, no empieces —la riñó con cariño.

—Alguna noche me tienes que haber oído cuando me masturbo con mis juguetes, porque soy bastante escandalosa cuando me corro. ¿No sientes la tentación de ir a mi cuarto?

—¡Elena! —exclamó él, y su cara se tiñó, otra vez, de un intenso color rojo.

—¡Santi! —se rio ella, divertida.

—¿Cómo puedes hablar con tanta tranquilidad de esas cosas en este momento? ¡Estamos cenando, por Dios!

—Pues yo no veo nada malo. Eres mi novio. Si no puedo hablar contigo de esto... Por cierto, ¿tú te masturbas?

—¡Elena! —volvió a gritar Santi, azorado.

—¿No sientes la necesidad de satisfacerte sexualmente? Si no follas, algo tendrás que hacer, ¿no? —preguntó, ignorando su mirada suplicante para que dejaran pasar ese tema.

—No me puedo creer que me esté pasando esto —murmuró Santi, sintiendo como la cara le ardía por la vergüenza.

—Contéstame y te dejaré en paz —le aconsejó Elena.

—No quiero hablar de eso.

Elena pensó unos segundos cómo llevarlo a su terreno.

—Vale, si no me quieres contar tus intimidades, lo respeto. ¿Podemos hablar de las mías?

—No.

—¿No quieres saber lo que hago en mi habitación cuando no hay un hombre disponible que me dé placer? —preguntó, fingiéndose sorprendida.

—Ya te oigo jadear y gemir cuando estás con tus juguetitos. No hace falta que me des más detalles —dijo él entre dientes, mortificado ante la insistencia de Elena en no dejar el tema.

Elena sonrió ampliamente. Había conseguido una parte de lo que pretendía.

—¡Dios! ¡Cómo me gusta escandalizarte! —soltó una carcajada.
Santi sacudió la cabeza a ambos lados. Esa mujer no tenía remedio.
Y lo peor de todo era que estaba completamente enamorado de ella.

20

—Santi, ¿qué te parece? ¿Voy bien así? —preguntó Elena, días después, entrando en la habitación del chico, como siempre, sin llamar.

Quería mostrarle el modelito que había elegido para salir esa noche. Natalia y ella habían quedado para ir a cenar y a bailar ese viernes. Rubén y Santi, a pesar de no tener ganas de juerga, las acompañarían, así tendrían una cita de parejas como siempre había deseado su amiga.

Como no tocó a la puerta, Santi no la esperaba y se llevó un buen susto.

—Elena, llama antes de entrar... —la riñó con cariño, subiéndose los pantalones.

—Me gustan esos calzoncillos —ronroneó ella, ignorándolo.

Agrandó los ojos al ver las dimensiones del miembro de su novio en reposo.

«Madre mía, si en estado natural es así, cuando se empalme tiene que ser la hostia», pensó Elena, recordando las veces que había podido rozar la erección de Santi con disimulo y deseando que llegara el día en que lo pudiese ver completamente desnudo, para admirarlo en todo su esplendor.

Caminó, adentrándose en la habitación, hasta situarse frente a él.

—Bueno, ¿qué? ¿Estoy bien? ¿Te gusto así? ¿O me cambio de ropa? —preguntó, dando una vuelta en torno a sí, para que Santi la pudiera contemplar por todos lados.

Llevaba un vestido de marca Desigual, con un escote vertiginoso, que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, marcando todas sus curvas.

—Estás muy guapa, como siempre —contestó él, subiéndose la cremallera del pantalón vaquero, haciendo un esfuerzo por no babear allí, delante de ella.

Elena frunció el ceño.

—¿Estoy como siempre? Entonces no estoy bien.

—Sí que estás bien.

—Pero has dicho que estoy como siempre —dijo Elena, con las manos a ambos lados de sus caderas.

—He dicho que siempre estás guapa.

—¿Solo guapa?

Él la miró de arriba abajo.

—Estás muy muy guapa —respondió, cogiendo su camisa azul y poniéndosela.

—Quizá este no es el vestido adecuado. Ahora vuelvo.

Y salió de la habitación antes de que Santi pudiera detenerla.

«¿Que no es el vestido adecuado? ¿Adecuado para qué? Si solo vamos a cenar con otra pareja de amigos. No asistimos a ninguna fiesta especial. ¿Qué más da lo que se ponga?», murmuraba Santi para sus adentros mientras se abrochaba los botones de la camisa.

Cuando estaba calzándose las zapatillas de tenis negras, apareció Elena otra vez. Se había puesto unos vaqueros ajustados con estrellas salpicadas en una de las piernas y un top negro, que conjuntaba con una americana del mismo tono.

—¿Mejor así? ¿O voy demasiado formal con la chaqueta?

Santi la observó unos segundos, sentado en la cama.

—También estás guapa. Te pongas lo que te pongas, te queda bien, Elena.

—¿Solo guapa?

Otra vez la misma pregunta de antes.

—Estás... muy bien. Guapa... —A Santi no se le ocurría otra palabra para definirla. Y es que le daba igual como Elena fuese vestida. Para él, siempre estaba espléndida. Incluso recién levantada, con el pijama puesto, el pelo enmarañado y legañas en los ojos. A Santi le gustaba de cualquier manera.

Elena frunció el ceño de nuevo. Dio media vuelta y salió de la habitación.

Santi terminó de atarse los cordones y fue tras ella.

—Por favor, no te cambies más veces o llegaremos tarde. Así estás genial.

«Y aún le falta maquillarse», pensó con horror, mirando el reloj, comprobando que faltaban solo cinco minutos para la hora a la que habían quedado con sus amigos.

—Además de guapa, estoy genial —dijo Elena mientras rebuscaba en la montaña de ropa que había sobre la cama—. ¿Alguna cosa más? —preguntó sin mirarlo.

—Ehhh...

—Me lo temía —respondió ella, al ver que él no añadía nada.

Encontró una falda negra y una camisa roja. Se lo colocó sobre lo que llevaba puesto, sujetándolo con las manos, y se miró en el espejo de cuerpo entero que tenía en un rincón del cuarto.

—¿Y ahora? ¿Me lo pongo y así te haces una idea mejor? —quiso saber, mirando a Santi por el reflejo del cristal.

—No, Elena, no te cambies más, por Dios. Que vamos a llegar tarde.

Santi se acercó a ella y le quitó las dos prendas de las manos.

—Siempre estás guapa. Da igual lo que lleves. A mí me gustas de todas las maneras.

—¿Solo guapa?

—¡Joder, Elena! —soltó Santi, apretando los dientes, cansado ya de tanta insistencia—. No sé qué quieres que te diga. Para mí, guapa es una palabra que te define muy bien. Estás... estás... —añadió, cogiéndola por la cintura y mirándola de arriba abajo.

—Espectacular —contestó ella por él.

—Sí, espectacular también.

—Sexy.

—Muy sexy. —Santi sonrió y la miró a los ojos.

—¿Me tirarías sobre la cama, me arrancarías la ropa y me harías el amor toda la noche?

—Si no fuésemos a llegar tarde, te haría todo eso y más —susurró él, pegando su frente a la de ella.

Elena sonrió feliz. Había conseguido escuchar precisamente lo que quería.

—Vale, pues entonces me quedo así vestida —murmuró, colgándose del cuello de su novio para darle un beso.

—¡Aleluya! —exclamó el joven, antes de unir su boca a la de ella.

A los pocos segundos, Santi rompió el beso de forma delicada y suave.

—¡Joooo! ¿Por qué te separas tan pronto? —se quejó Elena, haciendo

un mohín infantil con los labios.

—Porque vamos a llegar tarde y todavía tienes que maquillarte, peinarte...

Le dio un azotito en el culo y se distanció de ella para salir de la habitación.

Elena se quedó mirando cómo se alejaba el objeto de su deseo.

—¡Hey! Me ha gustado ese azotito en el trasero. Quizá deberías darme más —le comentó ella, seductora.

Santi no contestó. Sacudió la cabeza y una sonrisa nació en su cara, sonrisa que se esfumó en cuanto volvió a ver la montaña de ropa encima de la cama.

—¿Cuándo vas a recoger eso? —preguntó señalándola.

—Ahora no tengo tiempo. Debo maquillarme, peinarme...

Elena pasó por su lado como una exhalación camino del baño.

—Quizá luego, cuando volvamos —añadió.

—¿Y si volvemos a las cuatro de la mañana? ¿Te vas a poner a esa hora a colocar todo el armario? —quiso saber, yendo detrás de ella.

—No, hombre. Lo dejaría para mañana o para pasado... —

Santi puso los ojos en blanco—.

Porque cuando volvamos espero entretenerme en otras cosas hasta que el sueño me llegue —continuó Elena, lanzándole una juguetona mirada.

—Elena... no me busques...

—¿No te puedo buscar para jugar un rato? —preguntó inocente.

Él hizo un gesto con la mano, como queriendo decir que dejara estar ya el tema, y se marchó del baño.

Bajó al salón y le mandó un whatsapp a Rubén.

Vamos a llegar tarde. Lo siento.
Elena no está lista.

Tranquilo. Natalia tampoco. Se ha cambiado cinco veces de ropa y todavía no termina de decirse por un modelito.

Cinco veces??? Joder, y yo quejándome de Elena. La mía solo se ha cambiado dos.

A los pocos segundos le llegó otro whatsapp de Rubén.

Qué suerte!!!

No le habrás dicho que está guapa!!!???

Pues claro que se lo he dicho. Cómo no se lo voy a decir??? Si no lo hago, me mata!!!

Fue la respuesta de Rubén. Santi tecleó junto con emoticonos de burla, y le dio a «enviar»:

Habló el experto.

No sabes nada de mujeres, tío. 🙄

Santi pasó por alto esto último.

Tú dile que está para tirarla sobre la cama, arrancarle la ropa y hacerle el amor toda la noche, y verás como se queda con el modelito que lleve puesto.

Seguro???

Quiso saber su amigo, dudando.

Es lo que Elena me ha obligado a confesarle hace unos minutos y ha funcionado!!!!También que estaba espectacular y sexy, muy sexy.

No fastidies!!! Pero si ellas saben que están así siempre. Saben que nos pasaríamos el día y la noche entre sus piernas. También se lo tenemos que decir???

Pues, al parecer, sí.
También se lo tenemos que decir.

Minutos después, a Santi le llegó otro mensaje de su amigo.

Bingo!!! Ha funcionado!!!!



Te lo dije.

Joder, colega, te ha costado estar con una tía, pero hay que ver lo rápido que estás aprendiendo. Me vas a ganar, capullo.

Santi soltó una carcajada.

Si abro un consultorio sentimental, serás mi primer cliente.
Te haré descuento...

Respondió y, cambiando de tema radicalmente, escribió—:

Dónde vas a ver el partido mañana??
Quieres venir aquí??

Hecho.

—¡Maldita sea!

Santi oyó cómo Elena se quejaba en el piso superior y fue a ver qué le pasaba. Ella ya había salido del baño, perfectamente maquillada y peinada, y se encontraba en ese momento en su cuarto, de rodillas en el suelo, buscando algo bajo la cama.

—No encuentro mis zapatos rojos —dijo Elena, al advertir la presencia de Santi en el umbral de la habitación.

—Ponte otros —le aconsejó él.

—No. Esos me hacen unas piernas y un culo de infarto.

Santi no pudo evitar reírse ante su comentario.

—Si no fueras tan desordenada...

—No empieces —le advirtió ella, mirándolo con mala cara.

Él se acercó a ella y se agachó para ayudarla a buscar los dichosos zapatos. Tras varios minutos, desistieron.

—Toma. Ponte estos negros —dijo Santi, tendiéndole unos que había tirados en un rincón del cuarto—. Seguro que también te hacen unas piernas y un culo de infarto.

Elena se los colocó en los pies con desgana. Después cogió un bolso que tenía colgado en el pomo de la puerta y se lo puso en el hombro.

—Bueno, pues ya estoy —comentó sonriente.

«¡Por fin!», pensó Santi, a punto de saltar de alegría.

Pero se le pasó rápido, en cuanto miró el reloj para ver la hora que era.

—¡Qué bien! ¡Solo vamos a llegar media hora tarde a nuestra cita con Rubén y Natalia! —exclamó con sarcasmo.

—Tranquilo, seguro que Natalia todavía no está lista. Además, viven en la casa de al lado. No tenemos que ir muy lejos a buscarlos.

Abandonaron su chalet y se dirigieron al de los vecinos. Al llamar al timbre, Rubén les abrió.

—Elena, ¿qué tal los dedos? —preguntó su amigo.

No los llevaba vendados y, aunque todavía estaban enrojecidos, la piel ya no tenía ampollas.

—Mejorando gracias a los cuidados del doctor Santiago y su planta de aloe vera.

Los tres se rieron por el comentario.

—Me alegro. Natalia estará lista en dos minutos. Espero —los informó su amigo.

Santi se rio por lo bajo y Rubén se contagió de su sonrisa.

—Iré a ver —dijo Elena.

—De eso nada. Que entonces os ponéis a hablar y no salimos de casa nunca —comentó Rubén, cortándole el paso.

Elena lo miró ceñuda algunos segundos.

—Está bien —cedió ella.

Rubén los hizo pasar al salón, donde esperaron a la otra joven mientras charlaban sobre el partido de fútbol de la noche siguiente y acordaban que lo verían en casa de Santi y Elena, como ya habían comentado los chicos.

—¡Mis zapatos rojos! —exclamó de pronto Elena, levantándose del sofá de un salto—. ¿Por qué los tienes tú? —le preguntó a su amiga, cubriendo la distancia que las separaba.

—Me los diste en primavera, ¿no te acuerdas? Me los puse un día y me dijiste que me hacían unas piernas y un culo de infarto y que me los quedase, que tú te comprarías otros —le recordó Natalia.

—Ah, sí, es verdad. Bueno, pues ya me compraré otros.

—Ahora que se ha resuelto el misterio de los zapatos, ¿nos podemos ir ya? —preguntó Santi desde el sofá.

Llegaron a la plaza de la Cebada, en el centro de Madrid. Era la típica zona de bares y pubs donde la juventud solía ir a cenar y divertirse.

Buscaron un local que no estuviera muy concurrido a esas horas en la Cava Baja, una calle colindante, y, con algo de dificultad, encontraron uno a mitad de la calle. Nada más sentarse a una de las mesas, un amable y simpático camarero los atendió. Al poco rato, ya estaban comiendo lo que habían pedido.

—En el puente del Pilar iremos a Burgos de nuevo. ¿Vais a venir? —quiso saber Rubén.

—No —contestó Santi.

—A mí me gustaría —dijo Elena, y miró a Santi.

—No, no vamos a ir —recalcó este.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Hace casi dos meses que no ves a tu familia y a mí me encantaría conocer la ciudad. Natalia dice que es muy bonita.

Santi la miró intensamente. Elena no podía ir a Burgos porque descubriría cosas que no debía.

—¿O es porque llevamos saliendo poco tiempo y es demasiado pronto para que tu familia me conozca? —añadió ella.

—Cuando su familia te conozca, Elena, van a estar encantados contigo —intervino Rubén, pensando que los padres y el hermano de Santi se iban a

volver locos de alegría al saber que él tenía novia.

La familia de Santi siempre había pensado que él era un poco «rarito», y estaban deseando que llevase a una chica a casa, presentándola como novia formal, para quitarle esa etiqueta que le habían puesto prácticamente desde que nació. Rubén no sabía por qué sus padres y su hermano lo consideraban así, pues para él Santi era un chico normal y corriente, muy tímido y retraído, eso sí, pero, al fin y al cabo, un joven como cualquier otro.

—Es que... —Santi bajó la mirada avergonzado—. Es que... no... todavía no saben...

—¿Todavía no saben que estamos juntos? —preguntó Elena, intuyendo lo que Santi quería decir. Se sintió un poco molesta, pero entendió que, dado su carácter vergonzoso y con la poca confianza que debía tener con sus padres, a juzgar por algunos comentarios de él, Santi no les hubiera hablado de ella.

Él negó con la cabeza sin despegar los ojos del plato.

—¿Tampoco saben que vivís juntos? —quiso saber Natalia, a su lado.

—No.

Santi levantó la vista y observó a sus amigos y a su novia. Todos lo miraban serios, pero lo que más le dolió fue ver en los ojos de Elena una pizca de tristeza y desilusión.

—Sé que no es justo porque yo ya conozco a la familia de Elena, pero... —comenzó a decir.

—No pasa nada. —Elena lo cortó, sonriendo, pero él se dio cuenta de que ese gesto no le llegó a los ojos—. En casa lo hablaremos. Ahora hemos salido a divertirnos y eso es lo que vamos a hacer. Podíamos ir luego a un pub que han abierto nuevo en... —dijo cambiando el tema de conversación radicalmente.

Terminaron de cenar y se marcharon hacia el local que había comentado Elena. Las chicas iban delante de ellos, charlando muy animadas.

—¿Por qué no quieres llevar a Elena a Burgos? —preguntó Rubén, en voz baja para que ellas no lo oyesen.

—Ahora no quiero hablar de esto —respondió Santi.

—¿Va todo bien con ella?

—Claro. ¿Por qué no iban a ir las cosas bien con ella?

—Entonces, ¿por qué no quieres que vaya a Burgos? —insistió su amigo.

—He dicho que no quiero hablar de eso y, además, es algo que tenemos que decidir ella y yo, no tú.

—¿Has visto su cara de ilusión cuando he sacado el tema? —dijo Rubén, ignorándolo—. Está deseando ir. Deberías llevarla. Y qué mejor que la semana que viene, cuando vayamos Natalia y yo, así tendrá a su amiga, que la apoyará, y no se sentirá tan desvalida en una ciudad que no conoce y con gente que...

—¿Elena tiene pinta de sentirse desvalida alguna vez? —preguntó Santi sorprendido—. Pero si es como un ciclón. Tiene un carácter tan fuerte que arrasa todo a su paso.

—Razón de más para llevarla a Burgos. Tu familia va a flipar cuando la conozca, y nuestros amigos igual. Ella te complementa a la perfección —afirmó, intentando convencerlo.

—Bueno, dejemos el tema ya, ¿de acuerdo? Es algo que tenemos que discutir Elena y yo.

—Está bien, pero si cambias de opinión, podéis venir con nosotros en la furgoneta. Así hacemos el viaje juntos y ahorramos gasolina.

—Ya te diré algo.

—Además, también nos aseguramos de que lleguéis sanos y salvos, porque con la tendencia que tiene Elena a perderse aun llevando GPS, acabaríais en Málaga en vez de en Burgos —comentó jocosamente Rubén.

—Oye, no te pases, que estás hablando de mi novia —le advirtió Santi, de broma—. Además, el coche también lo podría conducir yo.

—¡Huy! ¿Me vas a pegar?

—Tienes suerte de que necesite las manos para trabajar, si no, te destrozaba la cara a golpes —se rio Santi.

—¿Para trabajarte a tu novia esta noche? —Rubén le dio un codazo—. ¿Te has fijado en cómo miran a nuestras chicas los tíos que se cruzan con ellas por la calle?

—Sí, ya me he dado cuenta de que algunos se giran para mirarles el culo.

—¿Te molesta?

Santi se encogió de hombros.

—No sé. Es la primera vez que salgo de fiesta por ahí con Elena y, la verdad, estoy más preocupado por que ella lo pase bien conmigo que por que un tío se la coma con los ojos. Lo que más me importa es que Elena se divierta esta noche. Además, ella es consciente, igual que Natalia, de las miradas de los hombres. Supongo que si están con nosotros en lugar de con otros, será por algo, ¿no?

—Muy buena respuesta, colega. Veo que vas ganando en confianza en ti mismo. Me alegro.

—Gracias. Voy poco a poco.

—Pues llevarla a Burgos te haría ganar mucha más —insistió Rubén con el viaje a la ciudad natal de ambos.

—Déjalo ya, pesado.

Cuando llegaron al pub, las chicas fueron al baño y los dejaron solos pidiendo la bebida en la barra.

—Con Santi bien, ¿no? —quiso saber Natalia.

—Sí, muy bien. —Elena soltó un suspiro de satisfacción.

—Ojalá vayáis a Burgos.

—Pues sí, pero bueno, ya lo convenceré —dijo Elena, mirándose en el espejo, retocándose el carmín de los labios.

—Supongo que te habrá molestado que sus padres no sepan nada de ti.

—Sí, pero sabiendo cómo es Santi... Necesita tiempo. Eso es todo. Y si no vamos a Burgos ahora en el Pilar con vosotros, ya iremos más adelante.

Continuaron unos minutos más acicalándose, a pesar de que estaban perfectas, y salieron del aseo para ir a buscar a sus chicos.

Cuando los localizaron, vieron algo que no les gustó nada.

Unas jóvenes trataban de ligar con ellos, aunque Rubén y Santi no les hacían mucho caso. Sobre todo Santi, que estaba rojo como un tomate, mirando en todas direcciones, buscándola a ella. La chica no se daba cuenta de que no quería conversación y continuaba charlando con él.

Elena se abrió paso entre la gente que llenaba el local, con Natalia siguiéndola, hasta que llegó a donde Santi se encontraba.

—Disculpa —le dijo a la desconocida, apartándola a un lado.

Acto seguido, agarró a Santi de la nuca y le estampó un beso en los labios que amenazó con dejar sin aire los pulmones de ambos.

Natalia hizo lo mismo con Rubén, y las jóvenes que intentaban ligar con ellos desaparecieron al ver que no iban a conseguir nada con esos chicos.

Elena se apretó más contra él mientras Santi la agarraba por la cintura.

—Voy a tener que ponerte un cartelito para que todas sepan que ya estás ocupado —susurró en su oído, una vez que el beso finalizó.

—O rociar mi ropa con tu perfume —soltó él contento, dándole gracias mentalmente por haberlo librado de aquella chica.

—¿Ves? Fue una idea buenísima. Al final me has dado la razón.

Santi se rio y ella lo volvió a besar.

21

El sábado amaneció lloviendo. Después de recoger un poco la casa, hicieron la compra en un hipermercado cercano a su domicilio. Comieron en la cocina, como siempre, y al acabar Elena se sentó en el sofá para ver la televisión.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, observando como Santi colocaba en medio del salón la tabla de planchar la ropa. Era una pregunta retórica, obviamente.

—Voy a practicar un poco de surf —comentó él, con ese humor que sacaba cada vez más a relucir gracias a la complicidad con Elena—. ¿A ti que te parece, cariño? —añadió, señalando el planchador.

—¡Es la primera vez que me llamas cariño! —exclamó Elena contenta.

Se levantó del sofá y lo abrazó para darle un beso.

—¡Vaya! Si sé que te iba a gustar tanto, te lo hubiera dicho antes —sonrió Santi, feliz por su muestra de alegría.

—Dímelo mucho mucho mucho —ronroneó ella, dándole otro beso.

Él la acercó más a su torso.

—No te pongas a planchar ahora —le pidió Elena en un murmullo, sin separarse de sus labios.

Santi la miró unos segundos. Después sacudió la cabeza afirmativamente.

—Me has convencido. Hagamos el vago esta tarde hasta que vengan Rubén y Natalia para ver el partido. Ya plancharé mañana.

—Eso de hacer el vago suena muy bien, pero prefiero dejarlo para otro día. Tengo una idea mejor —dijo Elena, quitándose el jersey de punto que llevaba en un abrir y cerrar de ojos.

Santi supo inmediatamente lo que ella pretendía.

—¿Sabes que me encanta este sujetador que llevas? —comentó, siguiéndole el juego.

Colocó sus manos encima de los senos de Elena, sintiendo todo el calor que desprendían, mirándolos goloso.

—Pues espero que te guste más lo que está tapando. Quítamelo.

—A ver si hoy tengo suerte, porque la última vez que lo intenté...

Subió los ojos hasta encontrarse con los de Elena, y la mirada de deseo que ella le lanzó le traspasó la piel. Se acercó para besarla y rodeó su cuerpo con los brazos, alcanzando el cierre del sujetador.

Pero el maldito se le resistió de nuevo.

Entonces pensó si la prenda se deslizaría fácilmente por los brazos de ella y comprobó con satisfacción que así era. Bajó los tirantes mientras la atormentaba con sus lentas caricias y ella suspiraba al ver que sus senos quedaban al descubierto, con el sostén en su cintura.

—Ya sabía yo que mi chico lo iba a conseguir. No hay nada mejor que tener imaginación —lo felicitó Elena al tiempo que Santi se quedaba embelesado, contemplando las curvas peligrosas de su cuerpo.

Lo agarró de una mano y lo llevó al sofá, donde hizo que Santi se sentara y luego ella se acomodó sobre su regazo a horcajadas.

—Esto me sobra —dijo, tirando de la sudadera roja que él llevaba.

Santi comprendió la orden implícita y se deshizo de su prenda de algodón con tranquilidad, pues sabía que no pasarían de ahí. Elena no lo forzaría a hacer nada que él no quisiera. Así se lo había prometido y, de momento, lo estaba cumpliendo.

Ella le tocó los delineados pectorales, absorbiendo su calor.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta tu cuerpo? —le preguntó a Santi—. Adoro tocarte, acariciarte, sentir tu piel en las yemas de mis dedos...

Él no contestó. Estaba relamiéndose ante la posibilidad de notar en su lengua el sabor de los pechos de Elena.

Poco a poco fue acercándose a sus senos. Hasta que atrapó uno con la boca y comenzó a fustigar el pezón con la lengua. Era tan apetitoso como un melocotón maduro.

Elena le acarició el cabello mientras él pasaba de uno a otro, intentando endurecer las dos puntas.

El olor de ella mezclado con la suavidad de su piel volvía loco a Santi, que intensificó las pasadas de su lengua por ambos pezones.

Ella se retorció encima de su regazo por el placer que él le estaba dando,

sin parar de gemir.

Al cabo de un rato, Santi consiguió tener la tierna cima de uno de ellos dura como un guijarro, pero el otro no sobresalía. Por más que succionaba y chupaba no había manera de que emergiera de su escondite.

Se cebó todavía más con ese pezón, hasta que Elena se dio cuenta de lo que pretendía y le contó algo que a Santi le sorprendió.

—Puedes estar toda la vida chupando que no conseguirás sacármelo. Lo tengo invertido. Eso quiere decir que el pezón está hacia adentro y por mucho que succiones no va a salir. Nací con él así —dijo sonriéndole—. Pero eso no quiere decir que no me excite cuando me tocas o juegas con tu lengua con él, porque siento placer y eso es lo más importante.

Santi la miró aliviado.

—Pensaba que no salía por mi falta de experiencia. Porque no te lo estaba haciendo bien.

—Pues no, guapo. No es por eso. Todo lo que haces me lo haces muy bien.

Él centró de nuevo su mirada en el pezón de Elena, estudiándolo.

—¿Has ido al médico para que te lo vea?

—¡Claro que he ido! —exclamó ella riéndose—. Fue él quien me explicó lo que me pasaba cuando terminé de desarrollarme y se lo comenté preocupada. Me dijo que el único problema que podría existir en el futuro sería cuando tuviese que dar de mamar a un bebé. Al tenerlo así, hay veces que la lactancia materna resulta muy complicada porque ni usando un sacaleches ni con pezoneras se consigue alimentar al niño. Pero bueno, habiendo biberones, asunto arreglado. Y no soy la única mujer a la que le sucede esto. Como yo, hay más. Algunas consiguen sacarlo, otras no. A mí me da igual si sale o se queda ahí dentro. Mientras yo sienta placer, no me importa.

¿Sacaleches? ¿Pezoneras? Santi no tenía ni idea de lo que eran aquellas dos cosas. Pero si Elena le decía que no había problema, que ella sentía placer igual, no iba a darle más vueltas al tema.

Volvió a darle un beso en los labios y desde allí fue bajando por toda su garganta, llenándola de pequeños y cálidos ósculos. Regresó a sus senos para adorarlos y mimarlos un rato más mientras Elena continuaba retorciéndose

bajo sus incendiarias caricias.

Notó cómo Santi se iba poniendo duro conforme el contoneo de las caderas femeninas se aceleraba en su regazo.

—Elena... —gimió él, preso de la energía sexual que intentaba mantener a raya.

—¿Quieres que paremos? —preguntó ella.

—No. Quiero seguir... Me gusta sentirte cuando te rozas contra mi polla, aunque no vayamos a acabar.

Al oírlo, ella se frotó con más ahínco.

—Podíamos hacerlo. Sé que no quieres que te vea desnudo por tu... defecto. Pero según estamos ahora, perfectamente, puedes sacártela del pantalón, yo me bajo el mío, nos acoplamos y listo. No te vería la polla y tú estarías más tranquilo.

—No, Elena. Lo siento. De momento, es mejor que sigamos así. Necesito ganar más confianza en mí mismo.

—Está bien —cedió ella, mirándolo a los ojos.

Continuaron besándose y acariciándose unos minutos más hasta que Elena cogió una de las manos de Santi y la metió por dentro de su pantalón de chándal.

—Estoy muy caliente. Necesito que me toques.

—¿Y cómo lo hago? —quiso saber él, deslizando los dedos por todo el largo de la hendidura húmeda de Elena. Le gustó comprobar que ella tenía el sexo totalmente depilado.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó ella al sentir el delicado roce—. Así... Justo así... Sigue un poco más y luego me metes un dedo o dos.

Él la contempló, pendiente de cada una de las reacciones que se producían en el cuerpo de la hermosa mujer que tenía sobre él, e hizo lo que ella le había pedido.

Cuando imaginó que Elena estaba al borde del éxtasis, aumentó la fricción para lanzarla de cabeza al orgasmo.

Ella notaba cómo Santi asaltaba sus sentidos con maestría. Cualquiera hubiera dicho que el hombre era un experto en la materia a juzgar por lo deprisa que la estaba llevando al clímax.

El calor la inundaba cada vez más rápido. Estaba ardiendo, quemándose

en una hoguera.

—¡Santi! ¡Sigue...! ¡Más, por favor, más! —gritó Elena, desesperada por rendirse al placer que se propagaba por sus venas.

Él la obedeció, preguntándose si no le haría daño con las embestidas de sus dedos y el roce de su mano en sus pliegues íntimos. Pero al parecer no era así. De lo contrario, Elena no le pediría que aumentara la velocidad, gritando como una loca, pidiéndole más.

Y, de repente, sucedió.

Elena explotó con un agónico gemido que resonó en los oídos de Santi y fue a parar directamente a la unión entre sus piernas, haciendo que su miembro viril palpitate pidiendo atenciones.

—Enseguida vuelvo —le dijo Santi, dejándola tumbada sobre el sofá.

Se levantó veloz y fue al baño, donde cerró la puerta con el pestillo, y, bajándose el pantalón junto con el slip, comenzó a deslizar su mano por el largo de su verga, dándose placer él mismo mientras por su cerebro surcaban las eróticas imágenes de lo que acababa de suceder en el sofá con Elena.

Esa noche, después de que sus amigos se hubieran marchado a su casa tras cenar con ellos viendo el partido de fútbol, Santi escribió en su diario:

Estoy feliz, muy feliz. He hecho disfrutar a Elena solo tocándola. Ella ha logrado tener un orgasmo gracias a mí. Me siento superorgulloso. Tengo una sensación en el pecho que no sé cómo explicar. Es ansiedad, mezclada con alegría, optimismo, excitación... Es como si miles de fuegos artificiales estuvieran ahí, a punto de explotar. Cada vez que recuerdo que he sido capaz de llevarla al clímax y cómo gritaba mi nombre, tengo que controlarme para no ponerme a saltar loco de alegría. Y pienso repetir; oh, sí, Diario. Voy a repetir esto con Elena, porque ver sus ojos brillando, como si tuviera miles de estrellas en ellos cuando llega al orgasmo, es lo mejor que me ha pasado en la vida.

También he descubierto algo de Elena que me ha hecho pensar en mi propia tara. Verás, Diario, ella tiene un pezón invertido. Me explicó lo que es con total naturalidad. No se sentía incómoda hablándome de ello, ni acomplejada por tenerlo así. La envidio, porque yo nunca podré hablar de mi defecto como si fuera lo más normal del mundo igual que hace Elena con su pezón invertido, ni tampoco considerarme un hombre completo a causa de esto. Sin embargo, me pregunto si a lo mejor tendría suerte y, si ella se

enterase de lo que me pasa, ¿me aceptaría tal como soy? Con la experiencia de su pezón, a lo mejor no me ve como un bicho raro. ¿O sí? No son cosas iguales, desde luego. Pero de momento es algo que no quiero averiguar. Tengo demasiado miedo a perderla todavía.

22

Santi bajó al piso inferior a la mañana siguiente y se encontró con Elena al entrar en la cocina. Ella estaba de espaldas, preparándose el desayuno. Llevaba puesto un pijama de algodón rosa e iba descalza. El pelo, recogido en un moño desenfadado, dejaba al descubierto su esbelto cuello.

Se acercó con sigilo para no delatar su presencia y la cogió por la cintura, acercando los labios a su nuca para rozarla con ellos.

Elena dio un pequeño brinco de sorpresa y sonrió.

—Buenos días, amor.

—Hola, cariño. ¿Sabes que es la primera vez que me llamas amor? —dijo Santi.

—Bueno, ayer tú me llamaste cariño, igual que ahora. Es justo que yo también te diga esas palabras. ¿O no te gusta escucharlas? —preguntó, girando un poco la cara para mirarlo.

—Me gusta, sí. Pero hay otras cosas que me gustan más —comentó Santi, metiendo las manos por dentro de la camiseta del pijama y subiéndolas hasta los senos de Elena, que encontró libres de sujetador.

—Mmm, a mí también —ronroneó ella, restregándose contra él.

Santi buscó su boca para besarla mientras no dejaba de acariciar la suave piel de su pecho.

—Me encanta que tomes la iniciativa, Santi. Me vuelves loca cuando te muestras desinhibido como ahora. Aunque también tengo que reconocer que me gusta pervertirte y escandalizarte —susurró, al tiempo que él la besaba en el cuello y el lóbulo de la oreja y continuaba con lentas caricias en sus senos.

—A mí me encanta que me perviertas y me escandalices...

La giró entre sus brazos. Metió la mano por dentro de su pantalón de pijama, apartó el tanga a un lado y comprobó lo mojada que estaba.

—Por Dios, ¿siempre estás así? ¿Preparada?

—Contigo sí. Siempre —respondió ella, acercándose a sus labios para besarlos.

—Vamos a repetir lo de ayer. Quiero ver tu cara cuando llegues al

orgasmo y escuchar otra vez cómo gritas mi nombre —le dijo, envalentonado después de lo ocurrido el día anterior.

Horas más tarde, Elena pensaba en lo feliz que se sentía. Había conseguido que, poco a poco, Santi se mostrase más decidido a la hora de hacer con ella ciertas cosas, como lo de esa mañana.

Y también otras que no tenían que ver con el sexo. Jamás pensó que una tarde de domingo, sentada en el sofá, comiendo palomitas y viendo una película, fuera tan entretenida. Se estaba divirtiendo mucho con Santi mientras comentaban el film elegido.

También habían dormido la siesta juntos, en el mismo sofá que ocupaban ahora. El sopor les venció y, cuando se despertaron, vieron que estaban los dos tumbados, apretujados para no caerse, abrazándose como si fueran un salvavidas en mitad del mar.

Estaba feliz, sí. Muy feliz.

—Bueno, pues se acabó la peli. ¿Qué te apetece hacer ahora? —le preguntó Santi.

—Y las palomitas también se han acabado —dijo ella, mostrándole el bol vacío—. ¿Qué quieres hacer tú?

—Voy a salir un rato al patio. Con todo lo que llovió ayer y esta mañana, mis plantas deben estar ahogándose. Menos mal que metí aquí dentro los bonsáis, si no, se me mueren los pobres.

—Abrígate. Supongo que habrá refrescado bastante y hará frío —le aconsejó ella.

—Me encanta que me cuides y te preocupes por mí —comentó él, dándole un pequeño beso en los labios antes de levantarse para ir a buscar una chaqueta.

—A mí también me gusta que lo hagas tú conmigo, aunque cada vez que me dices que tengo que recoger y ordenar la ropa me dan ganas de gritarte por pesado.

Santi soltó una carcajada al escucharla.

—¡Encima de que te has saltado todas las normas que te puse cuando me vine a vivir aquí contigo! —exclamó en mitad de las risas, caminando hacia la entrada de la estancia.

—Oye, todas no. Cuando te estás duchando, nunca entro en el baño — rebatió ella, mirándolo desde el sofá.

«Y Fabrizio no ha venido a casa, ni lo hará», estuvo a punto de soltarle, pero se detuvo a tiempo. No quería mezclar a su amigo italiano con lo que tenía con Santi, aunque gracias a él hubiera llegado a donde estaba.

—Pero entras en mi cuarto sin pedir permiso, tocas mis cosas... —Al llegar al umbral de la puerta, se volvió para mirarla—. Y has intentado seducirme. Bueno, mejor dicho, me has seducido.

Elena abrió los ojos como platos.

—¡Te quejarás! —Se levantó rápido del sofá y cruzó el salón para acercarse a él—. ¡Si te ha gustado! Además, ¿quién me ha atacado por la espalda esta mañana, ¿eh?

Santi soltó otra carcajada al verla tan indignada y subió a su habitación para coger una chaqueta antes de salir al patio.

Elena se quedó allí, parada a los pies de la escalera, sonriendo como una tonta mientras pensaba en lo rápido que aprendía su chico.

Cuando Santi bajó de nuevo, le dio un beso en los labios y salió al jardín. Ella lo siguió, pero se quedó en las escaleras que descendían, apoyada contra la barandilla de metal.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—¿Desde cuándo pides permiso antes de hacer o decir algo, Elena? —se burló de ella, mientras inspeccionaba las plantas que tenía en el patio.

Elena puso los ojos en blanco y decidió ignorar su pregunta.

—¿Te alegras de estar viviendo conmigo?

Él la miró, sonriendo ampliamente.

—Claro. Estoy muy contento de estar aquí, viviendo contigo, y, sobre todo, porque eres mi novia pudiendo ser la de cualquier otro. Que me hayas elegido a mí entre tanto tío que hay detrás de ti es un sueño hecho realidad.

—¿Podré ir a Burgos... —vio cómo el cuerpo de Santi se tensaba— algún día contigo?

Pasaron unos cuantos segundos antes de que Santi respondiese.

—Elena, no sé si es buena idea.

—¿Por qué?

Él soltó el aire de sus pulmones de golpe.

—Aún no estoy preparado para llevarte allí. Que conozcas a mi familia y mis amigos... —Sacudió la cabeza, negando—. Lo siento, pero no. De momento, no.

Al sentir su rechazo, una opresión se formó en el pecho de Elena.

—¿Te avergüenzas de mí? —quiso saber.

Santi la miró sorprendido.

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo piensas eso?

—Será porque no quieres que vaya a tu ciudad natal ni que me conozcan tus padres y tu hermano, ni tus amigos de allí —dijo con tristeza, encogiéndose de hombros.

Él se acercó veloz a Elena y le cogió el rostro con las manos, enmarcándose.

—Estoy muy orgulloso de ti, de estar contigo, de que seas mi novia en lugar de ser la novia de cualquier otro. Tú me has elegido a mí y eso me llena de alegría y satisfacción. Mi autoestima ha ganado mucho gracias a ti.

—Pues, al parecer, no lo suficiente, porque no le has hablado a tu familia de mí ni quieres que vaya a conocerlos.

Santi pegó su frente a la de ella al tiempo que la abrazaba.

—No lo entiendes, Elena. La relación con mis padres y mi hermano es... complicada. No me siento a gusto con ellos y no quiero que veas eso.

«Y que descubras cosas que es mejor tener guardadas», pensó Santi.

—Bueno, también podría ir allí y no conocerlos. Pasar el puente en la ciudad, salir contigo, con Rubén, Natalia, con tus amigos, y no ver a tus padres y tu hermano —dijo, intentando convencerlo—. Podría quedarme en un hotel. Seguro que encuentro alguno a buen precio.

Él sopesó esa posibilidad. Lo cierto era que le encantaría tener a Elena en Burgos y enseñarle todos sus preciosos rincones. Hablarle de cuando era pequeño, del parque al que solía ir a jugar, el instituto donde había estudiado, su lugar favorito de la ciudad, recorrer las calles con ella agarrada de su mano...

Elena se lo merecía y él no estaba siendo justo con ella. Bastantes cosas le ocultaba ya.

Se distanció de ella un poco, pero continuó abrazándola por la cintura y la miró a los ojos.

—Me da pena que vayas a mi ciudad y tengas que alojarte en un hotel. Hablaré con Rubén, a ver si te puedes quedar en su casa, aunque tendrás que compartir habitación con su hermana Alicia.

La cara de alegría que puso Elena al oírlo no tenía precio. Su pecho se hinchó orgulloso y una sonrisa feliz se extendió por sus labios.

—¡Gracias! —soltó, contenta, agarrándolo del cuello para estamparle un beso en la boca—. ¡Gracias!

Santi compartió con ella su risa y su entusiasmo, mientras rezaba para que todo saliera bien y Elena volviese a Madrid sin cruzarse con su hermano y, sobre todo, sin descubrir nada de lo que él ocultaba.

—Pero, espera... —dijo de pronto Elena—. No me puedo quedar en casa de Rubén y dormir en la habitación con su hermana. —Ante la cara de extrañeza que puso Santi, se apresuró a explicarle—: No es que me dé vergüenza dormir con una desconocida, pero recuerda que necesito tener una luz encendida y eso podría molestarla. Lo mejor es que me vaya a un hotel. Allí no incomodaré a nadie y además... tú y yo dispondríamos de un lugar donde tener... intimidad. —Acabó diciendo lentamente.

Santi asintió a todo lo que ella dijo. Tenía razón. No se había acordado de su miedo a la oscuridad. Y la posibilidad de tener una habitación de hotel, para estar con Elena cuando quisiera tocarla como había aprendido a hacer ese fin de semana, lo tentaba mucho.

—Bien. Coge el portátil y miramos hoteles. Te aconsejaré cuáles son los mejores en cuanto a relación calidad/precio. —Se quedó unos segundos pensando y luego añadió—: Pero yo no me podré quedar contigo, lo sabes, ¿verdad? Tendría que dar explicaciones a mi familia y es algo que no quiero hacer.

—Sí, tranquilo. Intentaré no secuestrarte para que pases las noches conmigo —contestó Elena con resignación—. Pero eso no te libraré de un revolcón ni de cumplir con tus obligaciones como novio —le advirtió, apuntándolo con un dedo.

Santi acercó su boca al dedo y le dio un pequeño mordisco en la yema.

—¡Auch! Ahora resulta que eres un caníbal —se quejó ella, riéndose.

—Es que no se puede estar tan buena...

23

El miércoles fueron a ver a los padres de Elena cuando ella volvió de trabajar en la revista.

Tras saludarse, Elena los informó de su viaje a Burgos con Santi, que realizarían al día siguiente.

—Estuve en la ciudad hace años —comentó su padre—, con una excursión del colegio donde daba clases hasta que me jubilé. Pasamos dos días muy buenos viendo toda la arquitectura de los edificios antiguos. Es una ciudad preciosa, muchacho.

—Gracias, Alfonso —respondió Santi.

—Niña, tráenos una cerveza y unos pistachos mientras hablamos —pidió Alfonso a Elena.

—Iré a ayudarla —dijo el joven burgalés, levantándose de la silla en la que estaba sentado.

—Pero no, chico, si ella puede sola.

—Ya lo sé. Pero es que quiero ayudarla —contestó Santi, notando cómo se ponía rojo como una amapola.

Elena sonrió, orgullosa por el paso que Santi había dado, y salió del salón en dirección a la cocina con su novio pisándole los talones. Aunque él había comentado la vez anterior que no se atrevería a hacer algo así, al final, sí que había tenido valor suficiente.

En cuanto traspasó la puerta de la cocina, se colgó del cuello de Santi.

—Lo has hecho muy bien, campeón —lo felicitó y le dio un beso.

—¿Segura? ¿No me odiará tu padre el resto de su vida por haberle llevado la contraria?

—¡No! —exclamó Elena, haciendo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto.

—Y tu madre, ¿qué habrá pensado de mí?

—De ti no sé, pero seguro que piensa que su hija ha sido más lista que ella, pues ha escogido a un hombre que no se avergüenza de hacer las tareas de casa, ni de ayudar a su novia con esas cosas.

—Bueno, ahora veremos si no se desata la Tercera Guerra Mundial cuando regresemos al salón, porque he dejado a Alfonso con la palabra en la boca... —dijo Santi, dudando.

Elena se despegó de él y abrió el armario donde guardaban los frutos secos.

—Tranquilo. Ya conoces el dicho: Perro ladrador, poco mordedor. No tengas miedo. Mi padre no se va a comer a nadie porque le lleve la contraria. —Llenó un cuenco con pistachos y otro más con patatas fritas a pesar de que estas no se las habían pedido, pero a ella le apetecía comerlas, y añadió—: Mírame a mí. La rebelde de la familia todavía sigue viva y coleando.

—Y dando más guerra que veinte juntas. —Sonrió Santi mientras sacaba cuatro cervezas de la nevera.

—¡Oye! Menos cachondeo, ¿eh? —lo riñó ella en broma.

Regresaron al salón con los padres de Elena entre risas y miradas llenas de complicidad.

—Dime, chico, ¿a qué se dedican tus padres? —preguntó Alfonso.

Santi se removió inquieto antes de contestar.

—Tienen una frutería.

—Su hermano trabaja con ellos —intervino Elena—. El negocio lo llevan entre los tres.

—¿Y por qué tú vives en Madrid en lugar de allí? —quiso saber Alfonso.

Santi abrió la boca para contestar, pero Elena se le adelantó.

—Se vino a Madrid porque tenía que conocerme, papá, ya sabes, el destino y todo eso.

Santi la miró de reojo y le agradeció con una sonrisa su ayuda.

—El otro día dijiste que trabajas en una empresa subcontratada por el Ayuntamiento de Leganés que se encarga del mantenimiento de parques y jardines —continuó Alfonso—. Supongo que entonces te gustará la jardinería.

—Sí, por eso elegí ese trabajo —contestó Santi.

—Y es un manitas. Sabe arreglar de todo —añadió Elena, contenta.

—Bueno, de todo todo, no. Pero sí es cierto que se me da bien arreglar cosas. El bricolaje me gusta, la jardinería también... —admitió Santi, sonrojándose.

—Ah, ¿sí? Pues quizá me puedas ayudar con algo —dijo Alfonso—. Verás, tengo un pequeño invernadero en la terraza para mis plantas, y necesita unos arreglos. O quizá tenga que cambiarlo por otro. ¿Me acompañas y me das tu opinión, muchacho?

—Por supuesto.

Se levantaron y se dirigieron hacia el balcón de la casa, mientras Elena y su madre continuaban en el salón.

—Me gusta este chico, hija —comentó María Isabel.

—Ya me lo dijiste el otro día, mamá. —Sonrió ella.

—A tu padre también le gusta y, además, comparten aficiones. El fútbol, la jardinería, el bricolaje... Se llevarán bien —afirmó la mujer—. ¿Queréis quedaros a cenar?

—Por mí, bien, pero le voy a preguntar a Santi. Ahora vuelvo.

Elena salió a la terraza, donde Alfonso y Santi mantenían una entretenida conversación.

—Yo creo que lo mejor es cambiarlo por otro. Este está demasiado deteriorado y no creo que aguante el invierno que está por llegar —le decía Santi al padre de ella.

—Tienes razón, chico. Voy a buscar un metro y tomamos las medidas para construir uno nuevo, ¿te parece?

Santi asintió y, al girarse, vio que Elena estaba en la puerta escuchándolos. Le sonrió y ella le devolvió el gesto. Su padre entró en la casa de nuevo, dejándolos solos.

—Mi madre quiere saber si nos quedaremos a cenar.

—Si tú quieres, por mí, bien —respondió el joven.

—¿Estás a gusto con mi padre, los dos solos aquí? ¿Quieres que me quede con vosotros para servirte de apoyo? —preguntó ella, acercándose a Santi. Lo cogió de una mano y lo miró a los ojos, esperando su respuesta.

—No es necesario que te quedes. Estoy bien con él. —Sonrió para tranquilizarla—. Pero gracias por preocuparte por mí. Ven... —La agarró por la cintura y se inclinó hacia delante para depositar un fugaz beso en sus labios de fresa.

En ese momento llegó Alfonso con el metro, y la pareja se separó. Elena se metió en la casa para ayudar a su madre con la cena, y los hombres se

quedaron en la terraza planeando cómo sería el nuevo invernadero que se iba a construir.

—¿Podrías venir alguna tarde para ayudarme con esto? Es que a ninguno de mis hijos les gusta el bricolaje y yo ya estoy un poco mayor para hacer estas cosas solo —le explicó Alfonso.

Santi se quedó paralizado por la sorpresa.

—Sí, claro, me encantaría —contestó cuando se hubo repuesto.

Alfonso le sonrió, palmeándole el hombro.

—Creo que nos llevaremos bien, Santi —dijo, llamándolo por su nombre por primera vez.

Dentro de la casa, las mujeres preparaban la cena.

—Y en Burgos, ¿dónde vas a dormir? ¿En casa de los padres de Santi? —quiso saber su madre.

—No, mamá. Me iré a dormir debajo de un puente. Creo que algunos son muy acogedores.

—Elena... —la regañó María Isabel.

—O a lo mejor paso las noches en un banco de algún parque. No sé. ¿A ti qué te parece, mamá? ¿Puente o banco? Aunque también podría dormir en un cajero automático —contestó Elena, como si lo pensara detenidamente.

Su madre sacudió la cabeza. Cuando Elena no quería contestar a algo se salía por la tangente con cualquier tontería.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

—Pues porque no es asunto tuyo, mamá. Voy a estar bien. No te preocupes.

—Pero vas a conocer a su familia, ¿verdad? Para eso hacéis el viaje. Como él ya nos conoce a nosotros...

Elena suspiró. No quería mentirle a su madre, pero tampoco podía decirle la verdad porque las preguntas seguirían y ella no estaba dispuesta a contestar ninguna, de momento.

—Mamá, no te preocupes, ¿vale? —volvió a decirle.

24

—¡Mierda, mierda, mierda! —se quejó Elena, en el baño, a la mañana siguiente.

Santi, que la oyó desde fuera, se acercó a la puerta cerrada para enterarse de lo que le pasaba.

—¿Qué ocurre?

—¡Que me ha bajado la regla! —gritó ella, enfadada.

—¿Y qué? —preguntó él sin comprender.

Elena cogió una caja de tampones del armario pequeño que tenían frente al inodoro, en el que guardaban esas cosas, además de toallas y el secador de pelo, sacó uno y se lo puso mientras no dejaba de maldecir.

Cuando terminó, se lavó las manos y salió del baño.

—Mira que hay días en todo un mes, pues me tiene que venir la regla justo cuando nos vamos de viaje. ¡Joder! —le soltó a Santi, pasando por su lado, camino de su habitación para terminar de vestirse.

Como él la vio un poco alterada, prefirió no comentar nada a pesar de que no entendía el porqué de su enfado. Ciertamente era que alguna vez había oído a sus amigos que cuando las mujeres estaban con el período les cambiaba el humor, algunas incluso la semana antes de tenerlo, pero aún no había descubierto esa faceta en Elena.

La siguió a su habitación y se quedó parado en el marco de la puerta, observándola.

Ella daba vueltas por el cuarto, buscando algo. Cuando lo encontró, Santi vio que eran unas cuantas braguitas blancas, de algodón.

—Pensé que solo tenías tangas —comentó él.

—Pues no. También tengo bragas normales, pero solo las uso cuando estoy con la regla.

Elena abrió la maleta y las metió dentro. Sacó un puñado de tangas y los arrojó sobre la cama.

—No los voy a usar, así que... —le dijo a Santi, por encima del hombro.

—¿Estás enfadada porque te ha venido el período? —preguntó, aunque

era obvio.

—¡Bingo!

—¿Qué tiene eso que ver? ¿Acaso te duele tanto que no puedes salir a la calle?

Elena se volvió para mirarlo.

—¡Cómo se nota que eres hombre! No es que me duelan los ovarios. Gracias a Dios no pertenezco al tanto por ciento de las mujeres que sufren dolores, pero me fastidia tener que estar pendiente de si me toca cambio de tampón o compresa o no. Y eso por no hablar del tema sexual, que queda relegado al olvido durante los cinco días que me dura la maldita regla. —Santi la escuchaba con atención—. Así que no vamos a poder hacer prácticamente nada en el hotel. Yo quería darme algún revolcón contigo, que me metieras mano como estos días... —Se acercó a él, mimosa, poniendo un mohín infantil—. Y no va a poder ser. Eso me jode más que nada.

Él la abrazó y la besó en la frente.

—Bueno, no te preocupes. Podemos esperar. El sexo no lo es todo en una relación de pareja. Nos podemos entretener de otras formas. Creía que ya lo sabías después del tiempo que llevamos juntos.

—Sí, pero ahora que tú estás lanzado...

—¿Crees que me voy a detener? ¿Piensas que se me van a quitar las ganas? Estás equivocada, cariño. —Le cogió la cara con las manos y clavó su mirada en los ojos verdes de Elena—. Y más después de ver lo mucho que te gusta todo lo que te hago, aunque de momento hayamos hecho pocas cosas. Cada vez tengo más ganas de ti.

—Eres un buen alumno. Aprendes rápido —lo piropeó ella.

—Eso es porque tengo a la mejor maestra —respondió él, antes de besarla.

El timbre de la casa sonó, indicando que Rubén y Natalia ya estaban listos, esperando para comenzar el viaje a Burgos.

Elena terminó rápido con su maleta mientras Santi bajaba a abrir la puerta a sus amigos.

Minutos después, todos se montaban en la furgoneta de Rubén e iniciaban el viaje a la ciudad natal de los chicos.

Cuando llegaron a Burgos, primero dejaron a Elena en su hotel. Santi se quedó con ella. No tenía prisa por ir a su casa.

—¿Qué te apetece ver primero? —quiso saber él.

—No sé. Lo que tú me quieras enseñar. ¿Qué hay por aquí cerca?

—Mira. —Santi se acercó a la ventana de la habitación y describió la cortina—. Aquello de allí en frente es el Arco de Santa María. No te quejarás de las preciosas vistas que tienes, ¿eh? Te busqué un hotel bien céntrico. —La miró unos segundos y ella sonrió—. Más allá está la Catedral y la Plaza Mayor. De momento, lo que podemos hacer es buscar un sitio para comer y luego pasamos la tarde haciendo turismo. Para cenar iremos al restaurante de Alicia, la hermana de Rubén. Natalia y él también cenarán allí con nosotros.

—¿Y cuándo vas a ir a ver a tus padres? —preguntó Elena, dándose la vuelta para acercarse a su maleta y abrirla.

—Esta noche.

—¿Esta noche? —Elena levantó la cabeza de golpe y lo miró.

—Tranquila. No es necesario que vaya antes. Si no te importa, puedo dejar mi bolsa de viaje aquí hasta entonces. Después de cenar, venimos, la recojo y me voy a casa a dormir.

Elena caminó hasta él y le acarició la cicatriz de la frente.

—¿Tan mala es la situación con tu familia? —preguntó con dulzura, deslizando la mano derecha por la mejilla de Santi.

—No te preocupes por eso.

—¿Qué tal si me lo cuentas?

—Elena —la cortó él—. He dicho que no. Así que deja tus habilidades de investigación periodística para cuando estés trabajando en la revista.

Ella dejó caer la mano y lo miró muy seria. Sus palabras le habían dolido.

—Solo quiero comprenderte mejor y ayudarte, si es que puedo hacerlo. Eres mi novio y se supone que una pareja tiene que compartir sus problemas, animarse y apoyarse el uno en el otro, además de tener sexo, salir de fiesta, irse de viaje juntos, reírse, etcétera.

—Perdona. No pretendía ser tan brusco en mi respuesta —se disculpó Santi. La cogió por la cintura y la atrajo hacia él nuevamente—. Es que quiero que estos días lo pases bien, que te lles un recuerdo bonito de la

ciudad y que volvamos a Madrid, a nuestra rutina, sin que la relación con mi familia enturbie nada de lo que estamos construyendo tú y yo.

Elena meditó algunos segundos su respuesta, pensando que cuando volvieran a casa tendría que esforzarse por conseguir abrir el dichoso cajón donde Santi guardaba sus secretos. Porque de una cosa estaba segura, él no quería confesarle qué demonios le ocurría, ni a nivel físico con su tara, ni a nivel social con su familia. Pero ella estaba dispuesta a averiguarlo a toda costa para ayudarlo y que desapareciera definitivamente ese halo de tristeza que había en su mirada casi todos los días.

—De acuerdo. Perdóname tú a mí por insistir —dijo, alzándose sobre las puntas de sus zapatillas para darle un pequeño beso en los labios.

—Vale. Venga, que se nos echa encima la hora de comer. ¿Prefieres ir de tapas o comer en un lugar elegante?

—Tapeo.

—Bien.

—Voy a cambiarme y nos vamos —le informó ella, separándose de su cuerpo.

—Pero si con esa ropa estás muy bien...

Elena se rio.

—No me refiero a cambiarme de ropa, sino a cambiarme el tampón.

Se dio la vuelta, cogió una caja de tampones y otra de salvaslips, y entró con ella al baño.

Santi se sentó en una silla que había en una esquina mientras esperaba que ella saliera del aseo.

—¡Santi! —Oyó que Elena lo llamaba.

—Dime. —Se levantó del asiento y se acercó rápido a la puerta del baño.

—Busca en mi maleta unas bragas y dámelas. Me he manchado estas de sangre.

Santi se quedó en un primer momento paralizado y sorprendido por la petición. Sin embargo, era lógico que Elena le pidiese eso, pues en las condiciones en que ella estaba necesitaba ayuda de alguien y allí el único que había era él. Reaccionó e hizo lo que Elena le solicitaba. Rebuscó en su maleta hasta que halló la prenda de algodón blanco y, con ella en la mano, se

dirigió a la puerta del aseo. La abrió lo justo para meter la mano, con las braguitas colgando de un dedo. No quería ver a Elena en esa situación. Se le antojaba demasiado íntima y embarazosa.

—Toma.

—Gracias. —Notó cómo Elena cogía la prenda de su dedo mientras hablaba—. Es que los dos primeros días del período sangro muchísimo y, a veces, me pasa como ahora, que ensucio las bragas. Cualquier día moriré desangrada por la hemorragia —exageró—. Es asqueroso, de verdad. Qué suerte tienes de ser hombre y no tener que pasar por esto. Recuérdame que estos días coma alimentos ricos en hierro, porque como sangro tanto me baja la ferritina y debo cuidarme.

Santi asintió, aunque ella no podía verlo. Regresó a su asiento y, de nuevo, esperó hasta que Elena salió del baño, lista para irse.

Ella guardó, en una bolsa que llevaba en la maleta para la ropa sucia, la prenda íntima. Cogió la cazadora de cuero negro y un fular para el cuello. Salieron de la habitación de hotel dispuestos a tapear por la ciudad y hacer turismo.

Cruzaron el puente del Arco de Santa María, donde se hicieron un par de fotos con el arco de fondo, y, tras pasar por debajo de este, se dirigieron hacia la Plaza Mayor de Burgos, donde se sacaron más fotos antes de continuar por una de las calles laterales y meterse en un bar.

—Déjame pedir a mí —le dijo Santi—. No te arrepentirás.

El camarero se acercó a tomarles nota y Santi lo informó de que querían dos copas de vino de Ribera de Arlanza y dos tapas, una para cada uno.

—Me encanta esta foto en la plaza con las torres de la catedral al fondo, por encima de los tejados. Además, salimos los dos muy bien —comentó Elena, mirándola en el móvil.

Levantó la vista justo cuando el camarero les servía las copas de vino y, al ver que Santi la miraba con una sonrisa en los labios, se acercó para darle un pico en ellos.

Continuó mirando las fotos que se habían hecho hasta entonces mientras les ponían delante lo que Santi había llamado cojonudos y cojonudas.

—¿Y esta tapa que lleva? —preguntó Elena, guardando el móvil en el

bolso.

—Es una de las más típicas de la ciudad. Como puedes ver, ambas tienen como base una rodaja de pan, sobre la que se añade un huevo frito de codorniz y tiras de pimiento picante. La diferencia está en que los cojonudos llevan, además, chorizo, y las cojonudas, morcilla. ¿Cuál quieres probar?

Después de esas primeras tapas vinieron más, hasta que Elena le comentó a Santi que ya estaba llena y era incapaz de ingerir nada más.

Salieron de allí y se dirigieron a la Catedral para admirar la belleza gótica de su fachada.

Toda la tarde se la pasaron haciendo turismo en el municipio. Elena estaba encantada. Era una de las ciudades más bonitas que había visto en su vida y, al tener muchas calles del centro peatonales, era muy fácil visitarla e ir de un monumento a otro.

Cenaron en el restaurante de la familia de Rubén, regentado por su hermana Alicia.

—¡Cómo me gusta la decoración! —exclamó Elena, contemplando el estilo años cincuenta del local.

—¿A que está súper bien? —dijo Natalia, orgullosa del negocio de su futura cuñada.

Alicia se les acercó, en un momento que tuvo libre, para saludar a Santi y conocer a Elena.

—Ya era hora de que se nos echara novia el niño —comentó, alegre por la situación que vivía el mejor amigo de su hermano. Santi era como de la familia y Alicia le tenía mucho cariño.

Él se sonrojó levemente y apartó la vista. Elena lo agarró de la mano por debajo de la mesa y le dio un apretón para infundirle ánimo, en caso de que lo necesitase.

—Me alegro de conocerte, Alicia. Natalia me ha hablado mucho de ti —le contó Elena.

—Espero que todo sea bueno. —Sonrió ella mirando a su cuñada.

—Sí, tranquila, todo bueno. —Natalia le devolvió la sonrisa con sinceridad.

Charlaron unos pocos minutos sobre varias cosas y después Alicia se despidió. Tenía que regresar a su puesto y continuar trabajando.

—Necesito ir al baño. ¿Dónde está? —preguntó Elena a Rubén.

Este le indicó el lugar y Natalia le dijo que ella la acompañaba, pues también necesitaba ir.

—¡Joder! Otras que me mancho —se quejó Elena.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Natalia desde el otro cubículo.

—Lo de siempre. Mi regla no se lleva bien con mis bragas. No sé si es que no le gusta el color blanco o qué, pero siempre acabo con ellas sucias por culpa de la sangre. Menos mal que me he traído unas de repuesto en el bolso, sabiendo ya lo que me pasa...

—Bueno, pues te las cambias y listo —contestó Natalia, saliendo del reducido espacio en el que se encontraba.

Minutos después, abandonaron el baño y, como los chicos ya habían pagado la cena, se marcharon tras despedirse de Alicia.

Rubén y Natalia acompañaron a Santi y a Elena hasta el hotel de esta última mientras daban un paseo, charlando animadamente.

En la puerta del alojamiento, quedaron para el día siguiente hacer turismo los cuatro juntos, aunque solo Elena era quien tenía que conocer la ciudad. Tras fijar la hora a la que comenzarían, la otra pareja se marchó.

Santi subió a la habitación para recoger su maleta e irse a casa de sus padres.

Pero nada más traspasar la puerta, Elena lo estampó contra la pared y empezó a comérselo a besos.

—¿No te puedo convencer para que te quedes conmigo? —preguntó ella, entre beso y beso.

—No.

—¡Joooo...! —se quejó como una niña pequeña.

Santi se rio.

—¡Pero si vivimos juntos! ¿No estás cansada ya de mí? —quiso saber él, burlándose.

—No. No lo estoy —contestó Elena, quitándole la cazadora a Santi y levantándole el jersey de punto que llevaba.

—¡Eh! ¡Para! ¿Qué haces? —soltó él, riéndose.

—Meterle mano a mi novio —respondió ella, continuando con lo que hacía.

—¿Sabes que eres muy pegajosa? —preguntó en broma.

—Eso te pasa por estar tan bueno y tenerme tan loca por ti —replicó Elena, sacándole el jersey por la cabeza.

Acto seguido, ella se quitó su cazadora de cuero y el suéter rosa que llevaba, quedándose ante Santi con un sujetador de satén color burdeos que combinaba encaje en los bordes.

Santi se quedó mirándola como si fuera el manjar más delicioso del mundo y la boca se le hizo agua ante la idea de lamer otra vez esos pezones dulces.

Elena se frotó contra su pelvis, notando que empezaba a endurecerse una parte muy masculina de él.

—Mmm, por aquí hay algo duro. ¿Será el móvil? —preguntó, juguetona.

—Me temo que no, cariño. Creo que eso es mi hombría.

—Pues tu hombría lleva demasiado tiempo escondida. Quizá sea hora de hacerle una visita.

—Elena... no... No me busques para eso. Lo sabes —contestó Santi, poniéndose serio de repente, intuyendo el peligro que se avecinaba.

Ella ignoró su comentario.

—Me muero de ganas de hacerte una mamada —susurró en el oído de Santi.

—Elena, no puede ser... —dijo él con un quejido, aguantando el deseo que sentía.

—¿Por tu complejo? —preguntó ella, retóricamente.

—Sí.

—¿Por qué no me dejas verte y comprobamos si la tara esa que dices que tienes es tan mala como supones? Estoy segura de que no será así.

—No. —Volvió a negarse Santi mientras ella descendía con sus manos por su pecho, camino de la cintura de sus pantalones, y lo besaba en la base de la garganta.

—Por favor...

—Elena, no insistas. —La cogió de las manos, que se habían acercado peligrosamente al lugar tan codiciado por ella, y la separó de él para mirarla a los ojos—. De la única manera que podrías hacerlo sería a oscuras y sin

tocarme. Y sabes que eso no puede ser por tu miedo a la oscuridad —dijo para hacerle perder la esperanza.

Ella lo miró también muy seria.

—Solo quiero darte placer. No creo que sea tan malo.

—No podrías tocarme ahí abajo. ¿Cómo ibas a hacerme una felación?

«Cómo se nota que no tienes experiencia», estuvo a punto de soltarle ella, pero se detuvo a tiempo. Si le decía eso, lo ofendería, y no quería que Santi se sintiera mal por ello.

—Hay otras maneras de hacerte una mamada sin tocarte con las manos, o de hacer el amor —dijo, sin embargo.

—Pero tampoco quiero que me veas. Habría que apagar la luz y con tu miedo... —Volvió a recordarle.

Elena pensó unos segundos. Sí, ella tenía miedo a la oscuridad y el muy capullo se estaba valiendo de su temor para protegerse a sí mismo y que Elena no consiguiera su objetivo.

—Puedo probar. Estoy dispuesta a superar mi miedo con tal de tenerte. Y tú deberías hacer lo mismo con tu complejo. Nos podemos ayudar mutuamente a vencer a nuestros demonios. Intentémoslo —dijo colgándose de su cuello de nuevo para darle un cariñoso beso.

Santi se puso rígido.

—No, Elena. No estoy preparado para enfrentarme a eso todavía. Necesito más tiempo.

Cogió las manos que ella había anclado a su cuerpo y se deshizo de Elena, alejándola de sí.

—Es hora de que me vaya.

—¿Sabes lo que me duele tu rechazo? —preguntó ella, molesta.

—Lo siento mucho. Sabes que no lo hago a propósito. No es mi intención herirte.

—Pues lo estás consiguiendo —lo acusó Elena.

Santi apartó la mirada de sus ojos dolidos.

Permanecieron unos segundos así. Ella mirándolo a él y Santi observando un punto indeterminado del suelo de la habitación.

—Lo siento. —Volvió a disculparse.

Se movió para salir del encierro que suponía estar entre la pared y el

cuerpo de su novia, y se agachó para coger del suelo el jersey que Elena le había quitado poco antes. Con rapidez, se lo puso e hizo igual con la cazadora. Después, se dirigió hacia la cama, donde su bolsa de viaje descansaba a los pies de esta. La agarró y se la echó al hombro.

—Mañana pasaré a buscarte después del desayuno.

Se acercó a ella para darle un último beso, pero esta le giró la cara para que no lograra su objetivo.

La observó unos instantes. El pecho de Elena subía y bajaba, agitado por la rabia, el dolor y el enfado que tenía. Con los puños apretados a ambos lados del cuerpo, con los nudillos blancos por el esfuerzo, se controlaba para no estamparle un bofetón a Santi y desahogarse con él por su negativa.

—Espero que duermas bien. Si me necesitas, llámame —se despidió Santi, con la mano ya en el pomo de la puerta.

—Te necesito ahora, pero te vas —soltó ella entre dientes.

Santi inspiró hondo y luego dejó salir el aire con fuerza. Pero no le contestó.

—Quizá debería llamar a otro... —dijo, con todo el veneno que le corroía las entrañas.

Él cerró los ojos un momento.

«Tranquilo. Solo lo dice para hacerte rabiar. No va a irse con nadie», se dijo a sí mismo.

—Hasta mañana. Que descanses —dijo Santi, abriendo los ojos y la puerta para salir.

Elena no se despidió. Se quedó un rato mirando la puerta cerrada después de que él se marchara. Con la rabia hirviéndole en las venas, se prometió que a la mínima oportunidad que tuviera averiguaría qué diablos le pasaba a su novio.

25

El día siguiente amaneció lluvioso, por lo que las dos parejas lo dedicaron a visitar los diversos museos que había repartidos por la ciudad.

Natalia notó que algo les sucedía a sus amigos y, en un momento que se quedó a solas con Elena, le preguntó qué ocurría.

Esta le contó la discusión de la noche anterior y su amiga le dio ánimos para que dejase de lado su malestar y disfrutase de la estancia a la ciudad.

—Conoces a Santi desde hace más de un año —le dijo Natalia—. Sabes que necesita tiempo para superar lo que sea que le pasa. No lo fuerces, no lo presiones. Te lo he dicho siempre, Ele. Con Santi hay que ir despacio.

—Estoy harta de ir despacio —se quejó Elena.

—Venga, olvídalo. Vamos a pasarlo bien estos días y cuando estéis en casa lo habláis tranquilamente. Os marcáis unas pautas a seguir y vais poco a poco. Además, esta noche vas a conocer a su grupo de amigos de aquí. Como sigas en este plan, van a pensar que eres una estúpida y que vaya mala suerte que ha tenido Santi con la primera novia que se echa. Así que deja ya esa actitud infantil porque...

Los chicos llegaron en ese momento, cortando su rapapolvo.

Santi notaba a Elena tan enfadada que no sabía qué hacer. Si intentaba darle un beso, Elena giraba la cara. Si intentaba hablar con ella, esta lo ignoraba. Se sentía fatal por rechazarla tantas veces, pero, aunque la deseaba cada día más, su miedo era mayor.

Elena no dejaba de darle vueltas al asunto y también a las palabras de Natalia. Quizás su amiga tenía razón. Se estaba comportando como una cría mimada y consentida que, si no consigue lo que quiere, monta una pataleta.

Así que decidió que lo mejor era dejar de lado su frustración y divertirse en ese viaje todo lo posible. Llevarse un buen recuerdo de Burgos y de sus días allí. Y, sobre todo, que los amigos de Santi la conocieran como realmente era: una chica amable, divertida y muy cariñosa con su novio.

Dejaron a Elena en su hotel para que se cambiara de ropa y el resto fueron a hacer lo mismo a sus casas.

Una hora después, Santi fue a recogerla.

—Siento mucho mi comportamiento de hoy —se disculpó Elena, cuando cerró la puerta de la habitación—. Es que tengo tantas ganas de...

—No te preocupes, cariño. Sé que para ti es difícil. No estás acostumbrada a ir poco a poco ni a estar con un chico como yo. Para mí también es duro, porque me muero por estar contigo, pero mi miedo siempre gana la batalla.

Elena se abrazó a él y Santi la rodeó con fuerza para pegarla a su torso.

—Tranquilo —susurró ella contra su jersey de rayas rojas, negras y blancas—. Esperaré. Cueste lo que cueste. Porque estoy segura de que algún día superarás tu complejo y lograremos disfrutar del sexo sin que nada se interponga. —Levantó la cara de su pecho y lo miró a los ojos—. Estaré aquí para ayudarte en lo que necesites. Te lo prometo.

—Gracias por tener paciencia conmigo —murmuró Santi antes de inclinarse sobre su boca para reclamarla con un fugaz beso—. Vamos. Nos esperan a las diez para cenar.

Le dio un pequeñísimo azote en el trasero y la miró de arriba abajo. Elena se había puesto un vestido negro, con un escote muy pronunciado y botas altas. Completaba el atuendo con un abrigo rojo y una pashmina del mismo color con estampados en tonos oscuros.

—¿Estoy guapa? —quiso saber ella.

—Estás para tirarte sobre la cama, arrancarte la ropa y hacerte el amor hasta el amanecer.

Ella se rio.

—Aprendes rápido.

—Ya te dije que tengo a la mejor maestra. —Le correspondió Santi con otra sonrisa.

Ella cogió su bolso, se lo colgó del hombro y ambos salieron de la habitación.

Poco después estaban frente a la puerta del local donde los amigos de Santi los esperaban para conocer a Elena y cenar todos juntos.

Él se detuvo y ella chocó con su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que no se decidía a entrar.

Santi tardó unos segundos en contestarle.

—Nada. Es solo que...

—Estás nervioso, ¿verdad? —intuyó ella.

Él la miró, sonriéndole y con las mejillas enrojecidas. Elena tuvo así la confirmación que esperaba.

—Vamos. Todo va a salir bien —lo animó.

Santi le soltó la mano para agarrar el tirador de la puerta del bar. Inspiró hondo y, cuando hubo abierto, la dejó pasar primero a ella.

Natalia, que no dejaba de mirar hacia la entrada, le hizo una señal en cuanto la vio.

Elena se acercó, con Santi siguiéndola, pero extrañada porque él no la tocaba. Ni siquiera le había vuelto a agarrar la mano tras habérsela soltado para abrir la puerta.

Pero no le dio más importancia y caminó hasta que llegó donde Natalia estaba.

Su amiga se puso en pie y le dio dos besos. Acto seguido, comenzó a presentarla a la gente allí reunida.

Santi saludó a sus amigos y se sentó en un hueco que encontró libre. Todos le felicitaron por tener novia.

Elena se sentó con las chicas, quedando así lejos de Santi y del resto de hombres.

—¿Por qué no me puedo sentar con Santi? ¿Y por qué tú estás lejos de Rubén? —cuchicheó al oído de Natalia.

—Así es como lo quieren en este grupo. Las mujeres juntas en un lado de la mesa y los hombres en el otro. No se mezclan —le explicó, encogiéndose de hombros.

—Pues menuda gilipollez.

—Calla, que te van a oír y vas a empezar con mal pie. Ya tendrás tiempo luego de estar con Santi. Por cierto, ¿habéis hecho ya las paces?

—Sí. Todo arreglado —contestó Elena.

Cenaron en un ambiente agradable. Las amigas de Santi eran simpáticas, pero demasiado cotillas. No pararon de preguntarle a Elena cómo había logrado conquistar al chico más tímido de todo Burgos. Esta contestó que el secreto de su éxito se iría con ella a la tumba, sonriéndoles con falsedad. Ni muerta les iba a contar nada a esas chismosas. Además, las

acababa de conocer. No entraban aún en la categoría de amigas, por mucho que fueran las de su novio.

Y para colmo, una tal Belén, sentada frente a ella, le soltó a bocajarro que ella era, de todo el grupo de chicas, la única que había tenido un escarceo con Santi. Al parecer, iban juntos al instituto y en una cena de fin de curso, en la que Santi bebió bastante alcohol, se enrollaron. Ella se lo llevó a su casa para hacer algo más íntimamente, aprovechando que sus padres no estaban ese fin de semana.

Elena se quedó sorprendida al escuchar la historia, aunque ya la conocía porque Rubén se la contó a Natalia hacía tiempo, y esta a ella. Sin embargo, la tal Belén había dejado caer que llegó con Santi hasta el final y, según Rubén y Natalia, Santi había recobrado la lucidez a tiempo de salir huyendo de allí antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse.

Elena se dio cuenta de que la chica estaba mintiendo para, supuso, darse importancia delante de sus amigas y que no supieran que Santi la había rechazado.

—Qué pena que tuvieras que emborracharlo para llevártelo a la cama, ¿no? —soltó Elena, con toda su mala leche. No le había gustado que esa chica mintiese respecto a Santi y, además, le parecía una falta de respeto hacia ella, su novia, comentar esas cosas, fueran ciertas o no—. Yo nunca he tenido que hacerlo con ningún hombre, y menos con Santi. Él está conmigo porque quiere, sin que nada enturbie sus facultades mentales. Además, esa historia ya la conocía con todo lujo de detalles. Pero bueno, supongo que cuando una es joven hace demasiadas tonterías por conseguir al chico que le gusta, aunque luego no llegue a nada con él —dijo, con los ojos clavados en Belén y el desafío de que lo negara delante de todas sus amigas impreso en ellos.

Como se le ocurriera rebatir las palabras de Elena, pensaba desenmascararla delante de todo el mundo. La chica pareció comprender la advertencia en la mirada de la madrileña y cambió de tema con rapidez.

En un par de ocasiones, Elena coincidió con los ojos de Santi, al otro lado de la larga mesa. Ella sonrió, pero él apartó la vista inmediatamente, como si le molestara. Así que, cuando terminaron de cenar y se marcharon del bar, Elena se acercó a él para caminar agarrada de su mano hasta llegar

al pub donde uno de los amigos había dicho que iban.

—¿Qué tal todo? ¿Estás bien? —preguntó Elena, enlazando sus dedos con los de él.

—Sí. ¿Y tú? —quiso saber Santi, soltándose inmediatamente.

Se distanció un poco de Elena y ella frunció el ceño.

—Yo bien. ¿Pasa algo, Santi?

—Nada. Vete con Natalia y las chicas. Habla con ellas un poco hasta que lleguemos al pub.

—Ya he hablado con tus amigas todo lo que tenía que hablar. —Estuvo a punto de contarle lo de su amiga Belén, pero prefirió no hacerlo. Lo mejor era olvidar el tema y punto—. Ahora quiero estar contigo —dijo, volviéndose a acercarse a él y cogiéndole de nuevo la mano.

—Elena, tendremos tiempo luego... —Y se soltó de ella.

Elena se quedó perpleja. ¿Qué narices le pasaba a Santi?

Iba a preguntarle cuando Natalia la llamó.

—Elena, ven un momento, por favor.

Ella se dirigió hacia donde estaba su amiga con las otras chicas, caminando delante de los hombres.

Santi se quedó mirando su marcha. Ardía en deseos de abrazarla, de besarla, pero con sus amigos allí presentes le daba demasiada vergüenza. Nunca había tenido una novia y ahora ¿qué pensarían ellos? ¿Se reirían si lo veían mostrarse cariñoso con Elena? Durante la cena había tenido que soportar, estoicamente y sin responder, a los comentarios sobre ella.

«Joder, Santi, has tardado en echarte novia, pero hay que ver qué chica más guapa has elegido», le dijo uno, palmeándole el hombro.

«¿Qué tal con ella? ¿Es buena donde tiene que serlo?», preguntó el salido del grupo. A punto estuvo de mandarlo a paseo, levantarse de la silla e irse de allí. Menos mal que Rubén intervino para llamarle la atención a sus amigos y que lo dejaran en paz.

Pero, de vez en cuando, tuvo que aguantar las risas y las coñas de sus colegas. Esperaba que, a Elena, las chicas no la hubieran incomodado. De todas formas, de haber sido así, Elena tenía más valor para mandarlas a la mierda del que tenía él.

Llegaron al pub justo cuando comenzaba de nuevo a llover.

Nada más entrar, Elena buscó a Santi entre los chicos y, cuando lo encontró, se quedó con él. Ya estaba harta de tanta tontería de los hombres por un lado y las mujeres por otro. Para disfrutar de una reunión de féminas ya tenía a sus amigas de Madrid. A Burgos había ido para estar con Santi, además de para conocer la ciudad.

Santi se puso rígido en cuanto sintió cómo los dedos de Elena se entrelazaban con los suyos. Hizo amago de soltarse, pero ella apretó más fuerte.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —le preguntó, irritada, pegándose a su cuerpo y, con la otra mano, acariciándole el cabello de la nuca. Cualquiera que los viese, pensaría que estaban cariñosamente hablando, pero lo cierto era que Elena echaba chispas por la actitud de Santi.

—¿Por qué no te vas a bailar con las demás y te lo pasas bien? —murmuró Santi en su oído, como si le estuviera diciendo cosas bonitas.

Elena sonrió, mirándolo a sus azules ojos.

—Porque ya estoy cansada de tus amigas y con la única persona que quiero divertirme es contigo.

Parecían una pareja idílica, enamorada, dedicándose arrumacos. Pero la voz de Elena denotaba su malestar.

—¿Qué te pasa, Santi? ¿Te avergüenzas de mí? —quiso saber, pegando los labios a su oreja, como si le estuviera confesando algún secreto que solo él podía saber.

Se colgó de su cuello con las dos manos y esperó su respuesta con la poca paciencia que le quedaba. Sin embargo, Santi no la agarró.

—No. ¿Por qué piensas eso? —preguntó él, aunque sabía que era por la actitud distante que estaba teniendo.

—Te noto un poco frío hoy. ¿Será por la lluvia y la bajada de temperaturas? —dijo Elena con sarcasmo—. Mírate, estás tan rígido que parece que te vayas a romper con solo acariciarte.

Santi soltó el aire que contenían sus pulmones con sonoridad.

—Lo siento, cariño. Es que estoy nervioso. Mis amigos nunca me han visto así...

—¿Ni siquiera con Belén? —soltó Elena, aunque se había prometido no hacerlo.

—¿Ya te han ido con el chisme? ¡Maldita sea!

—Tranquilo. Sé que no es cierto lo que tu amiga dice de vosotros dos. Abrázame mientras te lo cuento y sonrío, por favor, que parezca que estamos muy acaramelados.

Santi la cogió por la cintura y ella le contó al oído la conversación de la cena. Él sonrió de verdad, con ganas, cuando Elena le dijo lo que le había respondido a la otra chica. Ya sabía él que ella tenía valor suficiente para enviar a paseo a quien la incomodara.

—Pero ¿cómo sabes lo que ocurrió en realidad? —preguntó Santi.

—El año pasado, cuando nos conocimos y andábamos tonteando al mismo tiempo que Rubén y Natalia, ella le preguntó a Rubén por qué te mostrabas tan reacio a tener algo conmigo sabiendo que yo te gustaba. Rubén le comentó algo de una chica en el instituto, pero le dijo que sabía por ti que no había sucedido nada en absoluto. Natalia me lo contó, y yo creo tu historia. Sé que no sucedió nada. Y más después de conocerte como te conozco ahora.

—No sé si enfadarme con Rubén por su indiscreción o...

—No lo hagas. No te enfades con él. Con quien deberías estar molesto es con la gilipollas de Belén, que va por ahí pavoneándose de que ha hecho contigo algo que no es verdad.

—Bueno, creo que tú ya la has puesto en su sitio —dijo Santi sonriéndole.

—¡Ay, señor! Tenía que venir yo, tu dama de brillante armadura, a socorrerte y salvarte del peligro, con mi corcel blanco y mi espada reluciente —soltó ella de broma.

Los dos se rieron con una carcajada limpia y sonora que llamó la atención del grupo de amigos.

Elena notó que Santi, que se había relajado un poco, volvía a ponerse tenso al sentir las miradas de sus colegas.

—Si te beso ahora, ¿me vas a rechazar? —le preguntó ella.

—No —contestó él pasados unos segundos que se le hicieron eternos a Elena—. Pero mejor te beso yo. Tengo que ir perdiendo la vergüenza. Al fin y al cabo, eres mi salvadora —dijo acercándose a su boca poco a poco.

Dejó una mano en la cintura de Elena, aplastándola contra su cuerpo, y

con la otra la agarró por la nuca, enredando los dedos en los suaves mechones rubios de ella.

La besó despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, adorando los labios de fresa de Elena. Ella metió su lengua en la boca masculina, acariciando todos sus rincones, buscando su adictivo sabor y viéndose recompensada por él, mientras unos cuantos pares de ojos los miraban, atentos a las reacciones de sus cuerpos.

Elena se frotó contra su pelvis y, al notar la erección que nacía en los pantalones de Santi, puso fin al beso. No era cuestión de que su novio se empalmase allí, con todos sus amigos observándolos.

—Te estás poniendo duro —murmuró en su oído—, así que mejor lo dejamos por un rato. Voy a ir al baño mientras te baja eso de ahí. Cuando puedas caminar, pídemme algo de beber en la barra.

Le dio un pequeño beso en los labios y se distanció de él.

Pero Santi la agarró de nuevo y la pegó a su torso.

—Espera un momento —pidió y, tras colocarse la erección de forma que se le notara lo menos posible, dijo—: Ya te puedes ir, pero no tardes en volver.

Ella se dio la vuelta con una sonrisa en los labios y los ojos brillando de satisfacción.

Camino del baño, un tipo la interceptó. Era atractivo. Mucho, para ser sincera. Iba bien vestido, aunque peinado con demasiada gomina. Tenía unos ojos azules preciosos que le recordaron a los de Santi. Lástima que ella ya estuviera ocupada, enamorada hasta las trancas de su novio, porque de haber estado disponible se habría dado un buen revolcón con él. Sin embargo, había algo en ese hombre que no le gustaba, aunque no sabía decir qué.

—Guapa... ¿Dónde vas tan sola?

Elena lo esquivó, ignorándolo.

Pero el hombre no se dio por vencido.

—Nena, si necesitas compañía... —sugirió, agarrándola del brazo.

—No, gracias. Ya soy mayorcita para mear sola —dijo, soltándose de un tirón.

Se metió en el baño refunfuñando contra el desconocido. Hizo sus necesidades y se lavó las manos después.

Cuando salió del aseo, tuvo la mala suerte de encontrarse de nuevo con el joven esperándola.

—Aquí sigo, guapa.

—Pues ahí te vas a quedar —respondió Elena, de forma bastante borde.

Al pasar por delante de él, este le dio un apretón en el culo que hizo que ella pegase un pequeño brinco. Se giró bruscamente hacia el desconocido y clavó los ojos en él, asesinándolo con la mirada.

—Como me vuelvas a tocar, de la hostia que te doy, te empadrono en el cementerio —siseó con rabia contenida.

El hombre no se achantó.

—¡Qué agresiva! Pero no me importa. Me gustan así.

—Gilipollas —soltó Elena, dándose la vuelta para marcharse.

—Yo te daré lo que él no te da. —Oyó que le decía, pero lo ignoró y continuó su camino hasta donde estaba Santi.

Al llegar donde él, lo agarró de una mano, buscando la calidez de su piel para sentirse reconfortada después del encontronazo con el otro chico.

—Te he pedido un destornillador, como sé que te gusta el zumo de naranja y el vodka... —la informó Santi.

Elena se lo agradeció mientras pensaba que ojalá hubiera tenido esa herramienta a mano para clavársela al imbécil que la había molestado antes y después de ir al baño. Se sorprendió por sus instintos homicidas, pero se dijo que de alguna manera tenía que defenderse frente al ataque de depredadores como aquel joven.

—¿Te pasa algo? Te noto enfadada —comentó Santi.

—Nada, tranquilo, es que un idiota, que va tan repeinado con gomina que parece que lo haya lamido una vaca, me ha abordado cuando venía para acá y me ha puesto de mal humor, pero se me pasará enseguida, no te preocupes.

Bebió un sorbo de su cóctel y, al escuchar que comenzaba a sonar *Despacito*, de Luis Fonsi y Daddy Yankee, lo dejó sobre la barra.

—Me he pasado todo el verano bailando esta canción. Me encanta —dijo agarrándolo de las manos para hacerlo bailar con ella.

Pero Santi no se movió de donde estaba.

—¡Hay que ver qué hombre! Te mueves menos que un gato de escayola.

Baila conmigo, venga, por favor...

Santi soltó una carcajada por el comentario que Elena había hecho. Sabía que no era una burla sobre él, sino una manera de expresar algo que, por otro lado, era verdad.

—Sabes que bailo fatal —contestó.

—Pégate a mí y muévete a mi ritmo. Deja que yo te guíe.

Elena colocó las manos de Santi sobre su trasero. Quería sentirlo cerca. Necesitaba que la tocara sin pudor.

—Nos están mirando mis amigos. No quiero hacer el ridículo —le susurró en el oído a ella.

—No vas a hacer el ridículo. Al contrario, tus amigos se van a morir de envidia porque tienes a la tía más buena del local buscando tus atenciones, bailando solo para ti.

Santi sonrió al escucharla. Desde luego, la autoestima de Elena estaba fuera de toda categoría. Nunca había conocido a nadie con una confianza en sí misma tan grande.

—No quiero ser la envidia de nadie. Además, tengo otro motivo para no bailar contigo, cariño.

—¿Cuál? —preguntó ella, poniendo los ojos en blanco.

A saber qué se le habría ocurrido ahora a Santi para rechazarla.

Él se acercó más todavía a su oído. Al hablar, el roce de sus labios y el cálido aliento sobre la oreja femenina hicieron que a Elena la recorriera una energía sexual que fue a parar directamente a la parte baja de su vientre.

—Si te vuelves a frotar contra mí como antes de irte al baño, estoy seguro de que me correré en los pantalones.

¡Guau! Aquello era lo más escandaloso y atrevido que Santi le había dicho desde que se conocían.

Elena, sorprendida por sus palabras, cogió el vaso que Santi tenía en la mano y lo olió. Después, bebió un trago.

—No lleva alcohol —dijo, perpleja.

—Sabes que no bebo nunca, o casi nunca —contestó él.

—Pues hubiera jurado que lo que me acabas de decir es fruto del alcohol, que te ha soltado la lengua haciendo que te mostrases más desinhibido, porque, ¡madre mía!, es lo más fuerte que me has dicho desde

que estamos juntos, y ¿sabes qué? —Se colgó de su cuello y rozó sus labios con los de Santi—. Me encanta.

Se apoderó de su boca con ansia, con un hambre como no había sentido nunca, sin importarle estar rodeada de gente, y comenzó a bailar pegada a su cuerpo, obligándolo a seguir su ritmo.

—... que le enseñes a mi boca, tus lugares favoritos... —le cantó Elena cuando se distanció de sus adictivos labios—. Déjame sobrepasar tus zonas de peligro, hasta provocar tus gritos... —continuó ella hasta que Santi la volvió a besar, silenciando la letra de la canción que salía de sus labios.

Elena sintió unos golpecitos en el hombro y abandonó de mala gana la boca de Santi.

—Siento molestaros, pero nos vamos a otro pub. ¿Queréis venir? —los informó Natalia.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella a Santi.

Él miró a su alrededor. Algunos amigos ya habían salido del local y otros estaban poniéndose los abrigos para abandonar el recinto. La verdad era que no le apetecía continuar de fiesta con ellos, pero tampoco quería separarse de Elena tan pronto y dejarla en el hotel. La miró a los ojos y supo que ella pensaba lo mismo.

—Estamos cansados —contestó, hablando por los dos—. Acompañaré a Elena a su hotel y luego me iré a casa.

—Vale —dijo Natalia, y se dio la vuelta para irse, sabiendo que la pareja quería acabar la noche sola y lo que le había dicho Santi era una excusa—. Que durmáis bien, tortolitos —añadió riéndose.

26

—Natalia, te necesito —soltó Elena, al día siguiente, nada más que su amiga contestó al teléfono.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, alarmada.

—Me he quedado sin bragas de la regla y necesito comprarme unas cuantas. Solo me quedan limpias las que me acabo de poner.

Oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—¡Uf! ¡Qué alivio! Pensé que ibas a decirme que te habías quedado sin condones —se rio su amiga—, y sabes que yo no te puedo dejar porque me puse el DIU hace un par de meses y no tengo.

—Déjate de coñas, Nat, que esto es urgente.

—Vale, perdona. ¿A qué tienda quieres ir? Calzedonia, Hunkemöller...

—No, a esas no. Para la regla uso unas baratas, de mercadillo.

—Espera un momento. Voy a preguntarle a Rubén.

Escuchó la conversación que Natalia mantenía con su novio y respiró aliviada al oír que, justo ese día, había uno de ropa y demás piezas textiles en un lugar llamado El Plantío.

—Dile a Santi que te lleve. Él sabe dónde está —dijo Natalia.

—¿Te apetece venir conmigo? Será como ir de tiendas, pero sin centro comercial.

—¿Qué pasa? ¿No eres capaz de elegir unas bragas sin mí?

—Atontada —contestó Elena.

—Sí, venga, ahora se lo digo a Rubén y nos vemos allí. ¿A qué hora pasará a recogerte Santi?

—Dentro de quince minutos.

—Vale, pues cuando nosotros estemos en el mercadillo te llamo, a ver por dónde andáis —respondió—. Por cierto, ¿qué tal anoche con él? ¿Se quedó hasta muy tarde?

—No, se marchó a su casa sobre las dos y media. Cuando os fuisteis del pub, nosotros nos vinimos al hotel, pero no pudimos hacer gran cosa —le contó—. Recuerda que estoy con la regla, así que no pasamos de unos

cuantos besos y tocamientos bastante puros.

—Bueno, ya tendrás tiempo —rio Natalia—. Nos vemos luego —se despidió su amiga.

Cuando Santi fue al hotel y Elena le contó sus planes, no le gustaron nada.

—¿Por qué no te las compras en una tienda normal y corriente?

—Porque acabarán tan sucias que ni con lejía van a salir las manchas. Además, quien pone la lavadora en casa eres tú. ¿Quieres tocar mis bragas sucias de sangre?

—¡Cómo que con lejía no van a salir las manchas! ¡La lejía lo quita todo! —exclamó, sintiéndose acorralado al ver que Elena seguía en sus trece, dispuesta a ir al mercadillo.

—¡Pero bueno! ¿A ti qué más te da? Me las voy a comprar con mi dinero. Además, las voy a usar yo y para la regla quiero unas bragas baratas que luego no me duela tirar a la basura si se estropean.

—Te llevo a Zara. Allí venden ropa interior también, ¿no? —propuso Santi, intentando hacerla cambiar de opinión.

—Que quiero ir a un mercadillo. A ver si te enteras... —soltó Elena, perdiendo la paciencia.

—Pero ¿no es mejor que...?

—Mira, pesado, o me llevas tú al mercadillo o me cojo un taxi y me voy yo sola.

Elena se cruzó de brazos, molesta con él. ¿Por qué narices estaba Santi tan en contra de que ella se comprara las bragas en un sitio así? ¿A él qué más le daba? ¡Si quien tenía que usarlas era ella! ¡Por el amor de Dios! ¡Ni que perteneciera a la jet set!

Santi, sabiendo que no iba a lograr convencerla, accedió de mala gana, rezando para que no se cruzasen con nadie conocido allí.

—¡A un euro! ¡Todo a un euro! —gritaba un gitano en un puesto ambulante.

—No veas lo que me ha costado convencer a Santi para venir aquí. La madre que lo parió. Qué cabezota es el tío... —refunfuñaba Elena, colgada del brazo de Natalia, paseando por el mercadillo.

Los chicos iban varios metros por detrás de ellas.

—¿Cómo coño se te ha ocurrido decirle a Elena que viniésemos aquí? —le recriminaba Santi a Rubén—. ¿Tú sabes lo peligroso que es esto para mí? ¿Y si alguien me reconoce? ¿Y si Elena descubre la verdad?

—Perdona, tío, se me fue la pinza y no me acordé de lo tuyo —se disculpó Rubén—. Pero tranquilo, seguro que salimos de aquí sin que ella sepa nada.

—Sí, claro —masculló, enfadado.

—A ver, Santi, si caminamos detrás de las chicas, sin acercarnos, nadie sabrá la relación que te une a Elena, y en caso de que te reconozca alguien, como no estarás con ella, no tendrás que dar ninguna explicación.

Santi lo miró mal, pero asintió a su comentario, rezando para que ocurriera lo que su amigo decía.

—De todas formas —añadió Rubén—, si lo tuyo con Elena funciona y todo va bien, tendrás que hablarle algún día de tu familia. ¿O vas a estar el resto de tu vida huyendo de ellos? ¿Piensas ocultarle a Elena el negocio de tus padres y cómo era tu vida antes de irte a Madrid? Ella merece saberlo. Tú has conocido a su familia y...

—Sus padres han sido profesores los dos. Nada que ver con los míos —siseó, incómodo.

Pero Rubén tenía razón. No podía estar ocultándole a Elena el resto de su vida quiénes eran sus padres ni a qué se dedicaban.

Sin embargo, ese no era el momento de confesarlo.

Las chicas se detuvieron en un puesto de ropa interior, pijamas y batas.

—Me llevo estas cinco, señora —le dijo Elena a la mujer que estaba al otro lado atendiendo, después de haber elegido las que quería—. ¿Cuánto le debo?

—Mira qué pijamas más bonitos tengo, guapa, y calentitos. ¿Quieres uno? —preguntó la señora, intentando venderle algo más.

—No, gracias.

—Pero ahora que llega el frío te vendría bien uno de estos. Mira, bonita; toca toca, tienen felpa por dentro, excelente calidad...

—Lo siento, pero no, señora —volvió a negarse ella.

—¿Esas bragas te vas a llevar? No son nada sexis, nena. Pensé que

usarías una lencería más fina y exquisita.

Al oír ese comentario, Elena miró a su derecha y se encontró con el tipo del pub.

—¡Tú! ¿Me estás siguiendo? —preguntó, mosqueada por la coincidencia.

El joven se echó a reír.

—No, guapa. Has sido tú la que has venido hasta mí. ¿No pudiste olvidarme anoche y por eso me has buscado?

Elena lo ignoró.

—Señora, dígame cuánto tengo que pagarle.

—¿Seguro que no quieres un pijama? —Volvió ella a la carga.

—No, no quiero pijama. —Y para que la vendedora no insistiera más, añadió—: Duermo desnuda, y cuando tengo frío... —Buscó a Santi con la mirada. Lo encontró unos metros más atrás, totalmente clavado en el sitio, mirándola con los ojos saliéndosele de las órbitas—. Él es quien me calienta —acabó, señalándolo.

La mujer siguió la dirección que el dedo de Elena apuntaba y una sonrisa nació en su cara.

—¡Santiago! ¡Hijo! ¡Qué alegría que hayas venido a ayudarnos!

¿Hijo? ¿Esa mujer había llamado hijo a Santi? ¿Y le estaba diciendo que se alegraba de que fuera a ayudarlos?

Miró al burgalés otra vez y lo que vio confirmó sus sospechas.

Su novio tenía la cara descompuesta, como si estuviera muy enfermo. Rubén, a su lado, murmuraba algo para sus adentros.

Natalia observaba la escena alucinada, al tiempo que también ella iba atando cabos. Rubén no le había contado nunca nada sobre la familia de Santi ni ella había preguntado.

—Así que mi hermano es quien te calienta por las noches, ¿eh? —

Oyó que decía el engominado del pub.

Elena se giró hacia él.

—¿Sois hermanos? Y ella —señaló a la mujer—, ella es... ¿vuestra madre?

—Encantado de conocerte, cuñada —dijo el repeinado, tendiéndole una mano a Elena al tiempo que le guiñaba un ojo, socarrón.

Ella no aceptó la mano que el hermano de Santi le tendía. Miró hacia el otro lado, donde su novio continuaba petrificado. En sus ojos vio tal angustia y desasosiego que sintió el impulso de correr hacia él y abrazarlo. Sin embargo, caminó despacio hasta llegar a su lado.

—¿Es tu familia? —quiso saber Elena—. ¿De verdad?

Santi bajó los ojos al suelo, avergonzado. Ella vio como se ponía del color de las amapolas.

—Lo siento —murmuró tan bajo que Elena creyó que se lo había imaginado.

La madrileña inspiró hondo y se hizo cargo de la situación.

Se irguió en toda su altura y se dirigió a la mujer.

—Hola, me llamo Elena y soy la novia de su hijo Santi —dijo sonriéndole con amabilidad. Le tendió la mano, que la señora estrechó con firmeza—. Encantada de conocerla.

—Soy Remedios. —Le sonrió también—. No sabíamos que mi hijo tuviera novia. Santiago, ¿por qué no nos has dicho nada? ¡Con lo guapa que es!

La mujer miraba a Elena maravillada.

—Es que llevamos poco tiempo juntos, señora —respondió Elena.

—Reme, bonita, llámame Reme. ¡Tomás! —gritó de pronto, por encima de su hombro—. ¡Ven a conocer a la novia de Santiago! —Miró de nuevo a Elena y le aclaró—: Tomás es mi marido. Enseguida viene a conocerte, que está ahí dentro, en la furgoneta.

El hermano de Santi se acercó a ella y la agarró de los hombros para darle dos besos en las mejillas.

—Elena, qué nombre más bonito. Yo soy Arturo. —Y rozando la oreja femenina con su boca, susurró—: Y follo duro. Mucho mejor que mi hermano, te lo puedo demostrar cuando quieras.

Ella se distanció de él, sintiendo cómo la indignación y la rabia se adueñaban de su ser.

«Quítame las manos de encima, gilipollas, o te tragas los dientes», estuvo a punto de soltarle.

Movió los hombros para que él dejara de tocarla y dio un par de pasos hacia atrás.

En ese momento, apareció el padre de Santi y Remedios los presentó.

—Encantada, señor —dijo Elena, estrechándole la mano al hombre.

—Igualmente, guapa.

Tomás la evaluó con la mirada y, cuando decidió que era apta para su hijo, comentó:

—Santiago, tienes que traerla a casa a cenar esta noche.

—Sí, tráela —soltó Arturo, desnudándola con los ojos—. Así podremos conocerla mejor.

Elena rezó para que Santi se negara. No es que no quisiera conocer a sus padres, que no parecían malas personas. Es que el hecho de estar más tiempo con Arturo le ponía los pelos como escarpías. Ese joven la miraba como si fuera algo comestible y él fuese el depredador que se la iba a zampar. Elena conocía muy bien a los de su calaña y en otra época de su vida no le hubiera importado darse un revolcón con Arturo para pasarlo bien con un rato de sexo, pero ya no estaba en esa fase. Ahora quería alejarse de los tíos como él.

Observó a Santi por el rabillo del ojo. Su novio continuaba con la vista clavada en el suelo y más rojo que un tomate maduro.

—Yo... no sé... —comenzó a murmurar él.

—Muchas gracias por la invitación, pero Santi y yo tenemos que hablarlo primero. Ya les diremos algo.

Dejó las braguitas sobre un montón y se dio la vuelta para acercarse a su novio.

—Vámonos —le ordenó en voz baja, enlazando su brazo con el de él.

—Lo siento, yo... te lo explicaré... —susurró Santi, mortificado por la situación.

—Ahora no quiero ninguna explicación. Quiero comprarme unas bragas, pero en otro puesto. Me da vergüenza comprárselas a tus padres.

Tiró de él para que empezara a andar, con Rubén y Natalia siguiéndolos sin comentar nada de lo sucedido. Ya tendrían tiempo de hablarlo más tarde.

27

—Así que una frutería, ¿eh? —soltó Elena, al cabo de un rato—. Por eso estabas tan en contra de que fuera al mercadillo, para que no descubriera tu mentira.

Cuando se marcharon del puesto de la familia de Santi, buscaron otro para que ella se comprara lo que necesitaba y luego fueron al hotel, donde se encontraban en ese momento.

Rubén y Natalia los habían dejado en la puerta, sabiendo que tenían cosas que arreglar y necesitaban estar a solas.

Santi estaba sentado en la silla, con la mirada baja, avergonzado. Elena, frente a él y de pie, esperaba una explicación.

—Yo... lo siento...

—No te disculpes más, por favor. —Se puso en cuclillas para poder mirarlo a la cara. Colocó las manos en las rodillas de Santi para mantener el equilibrio y prosiguió—: Solo quiero saber por qué no me dijiste la verdad. ¿Qué hay de malo en que tus padres tengan un puesto ambulante en el mercado?

—Los tuyos han sido maestros —respondió Santi, elevando la mirada hasta los ojos de Elena—. No es lo mismo.

—Cierto. No es lo mismo. Pero ¿no te das cuenta de que a mí quien me importa eres tú? Me da igual la profesión que tengan tus padres o tu hermano.

—Entonces, ¿por qué me preguntaste por ellos?

—Porque quería saber más cosas de ti. Eres tan hermético a veces... Quería conocerte mejor. Que me contaras anécdotas de cuando eras pequeño, si tenías hermanos, sobrinos, etcétera. Vamos, lo normal. Tus gustos y aficiones ya los conozco, así que cuando te pregunté por tu familia solo intentaba conocer un poco más el entorno en el que te has criado. Igual que tú sabes en qué condiciones me he criado yo. Aunque las mías podían haberte hecho salir corriendo, porque mira en lo que me he convertido gracias a la educación de mis padres.

Santi la miró sin comprender.

—Una loca, desordenada, vaga... —Empezó a enumerar Elena.

—No estoy de acuerdo con eso. Tú eres maravillosa. Eres fuerte, decidida, valiente, tienes muchísima confianza en ti misma...

—Eso es que me ves con buenos ojos. —Elena sonrió y ese gesto se transmitió a la cara de Santi, que se relajó—. O es que estás muy ciego.

Se miraron unos segundos, en silencio, hasta que él habló de nuevo.

—¿Estás enfadada?

Elena lo pensó un tiempo.

—No. Entiendo que con lo tímido que eres y la poca seguridad que tienes en ti mismo me hayas ocultado esa parte de tu vida. Pero me duele que no confíes en mí, que hayas pensado que, si me decías que tu familia se dedica a la venta ambulante, yo te iba a ver de otra manera, o no iba a querer seguir contigo, o cualquier cosa que se te haya pasado por la cabeza que implique que lo nuestro se terminaría.

Se levantó del suelo y se sentó en su regazo, pasando los brazos por detrás del cuello de Santi.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que estoy enamorada de ti? Lo que te rodea es arbitrario. A mí quien me importa eres tú. Tú y solamente tú. El hombre atento, trabajador, sensible pero fuerte al mismo tiempo, y sexy, muy sexy, que me vuelve loca desde el primer día que lo conocí. Ese chico que me rechaza una y otra vez haciendo que mi deseo por él crezca. El tío al que le abrí la cabeza con una piedra un día que estaba enfadada y, a pesar de que debería haberse alejado de una loca como yo, aquí sigue, conmigo. Mira, Santi, no eres el primer hombre que pasa por mi vida, pero te puedo asegurar que eres mi historia más bonita, la mejor de todas.

Él la contempló, emocionado por sus palabras.

—¿Cómo puedes decir eso, Elena, si todavía hay muchas cosas que no sabes de mí?

—Pues cuéntamelas y así las sé.

Santi desvió la mirada. Recorrió con la vista el desastre de habitación que tenía ella, con ropa aquí y allá, dejada descuidadamente sobre la cama, encima de la maleta y de la mesa donde había un televisor apagado. Un par de sujetadores colgaban del pomo de la puerta del baño. Elena no era

perfecta. Él tampoco. Pero ella era quien le robaba el sueño por las noches y el aliento cada minuto del día. Quizás...

—Después de lo que me ha costado conseguirte —prosiguió Elena, al ver que él no contestaba—, de todo lo que he tenido que inventar para atraerte hacia mí...

«Espero que nunca descubras que te engañé para conseguir que viviésemos juntos, porque si no, te vas a enfadar mucho conmigo», pensó ella en ese momento, pero desechó la idea y continuó con lo que le decía a Santi.

—¿Cómo puedes pensar que te voy a abandonar por algo que haya ocurrido en tu pasado o por el defecto ese que dices que tienes? ¿O incluso porque tu familia no sea todo lo ideal que una chica espera? Santi... —Lo agarró de la barbilla para que él la mirase a los ojos—. Me has costado mucho trabajo como para tirar la toalla ahora y largarme. Así que, venga, empieza a hablar.

—Hay cosas demasiado humillantes —murmuró él, sosteniendo su mirada.

Elena comenzó a pensar que era posible que su novio hubiera sufrido malos tratos o abusos sexuales en su infancia. Se le hizo un nudo en el estómago y sintió náuseas ante esta posibilidad, pero, aun así, preguntó a bocajarro:

—¿Tus padres te pegaban? ¿Alguien abusó de ti, de alguna manera, cuando eras pequeño?

Santi abrió los ojos y la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—¡No! —exclamó—. Mis padres nunca me han puesto la mano encima, pero... para ellos soy un bicho raro. Mi tara... siempre se referían a ella como una desgracia.

Bajó los ojos, avergonzado.

—Y tú has terminado creyéndotelo a base de oírlo tantas veces a lo largo de los años —dijo Elena, compadeciéndose de él.

—No es que haya acabado creyéndolo. Es que es verdad. Además, mi carácter introvertido tampoco les gusta. No sirvo para socializar. Soy incapaz de trabajar en el negocio familiar. Suerte que tienen a mi hermano. Arturo siempre ha sido el niño bonito, el simpático, el divertido...

«Arturo, “yo follo duro”, menudo gilipollas», se dijo Elena a sí misma.

—Pues perdona que te lo diga —lo cortó ella—, pero a mí tu hermano me ha parecido un idiota. No me ha caído nada bien. Va tan repeinado que parece que lo haya lamido una vaca.

—Debes ser la primera mujer que no se siente atraída por él.

—¿Por un chulo que se cree Dios?

Elena se acomodó mejor sobre las rodillas de Santi mientras él la sujetaba por la cintura. Estuvo a punto de contarle lo sucedido en el pub la noche anterior con su hermano y el comentario que este le había hecho en el mercadillo. Pero prefirió callarse. Sabía que eso le iba a doler y no deseaba que Santi sufriera.

—Pues la población femenina de aquí debe estar ciega. Yo te prefiero a ti mil veces antes que a él. Con todas tus virtudes y los defectos que tengas, sean cuales sean —añadió Elena.

Lo besó con dulzura y se recostó sobre él, apoyando la cabeza en la curva que unía el hombro con la garganta. Aspiró el aroma de su piel y soltó un suspiro de felicidad.

Santi acariciaba el largo y rubio cabello de la madrileña con lentas pasadas, empapándose de su suavidad.

—¿Por qué te ha caído mal mi hermano? Si lo acabas de conocer y no has hablado con él apenas.

—Me quedaría así para siempre. Entre tus brazos —susurró ella.

No estaba dispuesta a estropear ese bonito momento hablando del imbécil de Arturo.

—Yo también. Pero no has contestado a mi pregunta.

—Bueno, la mayoría de las veces tú tampoco contestas a las mías, así que...

—No es lo mismo. Tú preguntas cosas demasiado...

—Ahora que estamos tranquilos y relajados —lo cortó ella—, que sabes que no voy a salir corriendo ni te voy a abandonar, cuéntame cuál es tu defecto. Necesito saberlo para poder ayudarte, para apoyarte, para...

—No, Elena.

Ella levantó la cabeza e hizo un mohín.

—Por favor...

Santi movió la suya de un lado a otro, negándose.

—Vamos a ver —continuó ella insistiendo—. No es un tema de impotencia porque es obvio que se te pone dura al mínimo roce...

—Elena, déjalo estar —le pidió Santi.

—¿Podría ser eyaculación precoz? ¿O es que alguna vez tuviste un gatillazo y eso te ha acomplejado?

—¡No! —exclamó él.

—Entonces dime qué te pasa, porque estoy dándole vueltas al tema y...

Santi quería contárselo, confesarse con ella, pero era tan humillante para él lo que le ocurría, y lo que le había sucedido en el pasado con aquella prostituta, que no se atrevía.

Además, ¿qué pensaría Elena si descubría que él había estado con una mujer que vende su cuerpo?

El móvil de Santi interrumpió sus pensamientos y la conversación que mantenían.

Bajó a Elena de su regazo y se levantó de la silla para ir a cogerlo. Se acercó hasta su abrigo y rebuscó en el bolsillo.

Al mirar la pantalla, torció el gesto.

—Dime, Arturo.

—¿Estás con tu novia? —quiso saber su hermano.

—No te importa —masculló Santi entre dientes.

Miró a Elena, que se había quedado sentada en la silla, ocupando el lugar donde él había estado antes, y le hizo un gesto para que permaneciera allí quieta al ver que ella se levantaba para acercarse.

—No entiendo cómo has conseguido a una tía tan buena con lo soso que eres. —Oyó que le decía Arturo.

Santi apretó el teléfono contra su oreja tan fuerte que Elena creyó que lo rompería o se traspasaría la cabeza con él. ¿Qué demonios le estaría diciendo el chulo de su hermano?

—¿Qué quieres, Arturo?

—¿Ya te la has tirado? Apuesto a que no. Estoy seguro de que ni siquiera te ha visto desnudo y no sabe nada de tu defecto. ¿Sabes lo que pasará cuando lo sepa? Que te dejará, porque ¿quién va a quererte así? Se reirá de ti, igual que si estuviera en un circo ante un ser de feria. Igual que te pasó con aquella puta. ¿Recuerdas lo mucho que nos reímos? Fue muy

divertido.

—Para mí no fue nada divertido —soltó Santi, con todos los recuerdos volviendo a él para destrozarlo.

Elena se levantó de la silla al ver que la conversación con Arturo estaba trastornando a su novio. En la cara de Santi había tal dolor que no pudo quedarse quieta en la silla y quiso arrebatarse el teléfono para cantarle las cuarenta al indeseable de su hermano ella misma.

—Deberías pasarme a tu novia. Yo le daré lo que tú no puedes darle. Ya se lo dije anoche en el pub, cuando le toqué el culo a la salida del baño, y esta mañana se lo he recordado en el mercadillo. Déjamela un par de horas y te la devolveré bien satisfecha.

—No te acerques a ella —siseó Santi, con la rabia hirviendo en sus venas.

¿Así que Elena había conocido a Arturo la noche antes y no le había dicho nada? ¿Él la había manoseado y ella se había callado? ¿Y qué sería lo que Arturo le había dicho en el mercado a su novia?

Su hermano comenzó a hablar de nuevo, pero Santi cortó la comunicación.

Miró a Elena fijamente. Ella estaba a solo un metro de él, con la mano extendida a punto de arrebatarse el teléfono.

—¿Qué pasó anoche con Arturo?

Elena se sorprendió al oírlo.

—Nada.

Bajó la mano.

—Pues eso no es lo que me ha dicho él.

Ella emitió un suspiro cansado. Era una tontería negarlo, así que le contaría lo sucedido.

—¿Recuerdas que cuando volví del baño venía mosqueada por culpa de un tipo?

Santi asintió muy serio.

—Pues era él. Me tocó el culo y a punto estuve de darle una hostia. Me enfrenté a él, sin saber quién era, y cuando esta mañana he descubierto que se trataba de tu hermano casi me da algo.

—¿Mi hermano te ha tocado el culo? —preguntó Santi, anonadado,

aunque no entendía por qué se extrañaba. Eso era típico de Arturo y él lo sabía—. ¿Y qué te ha dicho antes, en el puesto de mis padres?

—Ya te he contado que me ha caído mal. Es un gilipollas.

Elena se acercó más a él y lo agarró de la cintura.

—Quiero saber qué te ha dicho mi hermano —le ordenó.

—¿Sabes que estás muy sexy cuando te pones así de serio? Haces que me excite muchísimo —dijo sensualmente.

—Elena, no me cambies de tema. ¿Qué te ha dicho Arturo antes? —Volvió a exigirle.

Ella bufó. No iba a lograr distraerlo.

—Que follaba duro y que, cuando quisiera, me lo demostraba —soltó deprisa—. Ya te he dicho que es un imbécil. ¿Entiendes ahora por qué me cae mal sin apenas conocerlo? Y me da igual si es tu hermano o el vecino del quinto. Es un idiota.

Santi se puso rojo, pero no de vergüenza o mortificación. Se puso rojo de rabia, de furia, de ganas de estamparle a su hermano un puñetazo en la boca y que se tragara todos los dientes. Sentía la necesidad de estropear su bonita cara y que ninguna mujer volviera a fijarse en él jamás.

Sin embargo, sabía que no iba a hacer nada de eso.

Por otro lado, estaba orgulloso de Elena. Ella había rechazado a Arturo. Era una chica lista, muy lista.

—Y ahora que yo te he contado esto, quiero saber qué narices te ha dicho que te ha afectado tanto. No veas la cara que has puesto después de oír lo que él...

—¿Por qué no me contaste antes esto? —la interrumpió Santi.

—No quería que sufrieras y, además, ya lo había resuelto yo.

—¿Seguro que lo has resuelto?

—¿Quieres comprobarlo? —lo retó—. Vayamos a cenar a tu casa esta noche.

Él la miró intensamente.

—Sabía que era mejor que no vinieses a Burgos. Al final ha sucedido lo que me temía. Has conocido a mi hermano. Has descubierto que te mentí sobre el negocio familiar...

—Santi, dime qué te ha dicho Arturo por teléfono.

Su novio se giró para salir de entre sus brazos. Caminó por la habitación algunos segundos, meditando su respuesta.

Elena permaneció en el sitio, con las manos en jarras, esperando.

—Lo que me ha dicho no es nada nuevo. Solo me ha recordado la verdad.

—Cuéntamelo y yo decidiré si es cierto o no.

Santi inspiró hondo. Después, detuvo su andar y enfrentó la mirada de Elena. Pero no pudo sostenerla mucho tiempo, así que bajó los ojos avergonzado.

—Me ha recordado mi defecto y mi incapacidad para satisfacer sexualmente a una mujer. Para tener relaciones completas con una chica. Pero tú eso ya lo sabes. Lo estás viviendo cada día desde que estás conmigo.

—Voy a destrozar a tu hermano.

Santi levantó la cabeza de golpe al escuchar la voz gélida de Elena. La miró a los ojos y lo que vio lo dejó helado. Su novia estaba poseída por la ira. Los puños, fuertemente apretados en los costados, y el gesto de su cara era de una profunda rabia.

—No, no vas a hacer nada, Elena. Compréndelo, es mi hermano —dijo Santi, tratando de convencerla para que dejase las cosas como estaban.

—¡Me importa un bledo que sea tu hermano! ¡No me puedo creer que consientas su actitud y la manera en que te trata! —exclamó ella, indignada.

—Lo que no voy a consentir es que tú vayas a defenderme como si yo fuera un niño pequeño. ¿No te das cuenta de que entonces aumentarían sus burlas hacia mí?

Santi la cogió por los hombros y la miró fijamente, rezando para que ella comprendiese la situación.

—Además —añadió—, llevo toda mi vida aguantando sus bromas y sus desprecios. Ya estoy acostumbrado.

—¿Que ya estás acostumbrado? —repitió Elena, que no salía de su asombro—. Por eso vienes a Burgos lo menos posible, ¿verdad? Para no soportar estas cosas. Pero piensa que, si le plantaras cara a tu hermano, todo esto se acabaría. De lo contrario, estará pisoteándote el resto de tu vida.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me lie a puñetazos con él? ¡Es mi hermano!

—Deja que yo me enfrente a Arturo. A mí no me importa darle una patada en los huevos y meterle por el culo el diccionario con todas las palabras que usa para herirte —le pidió Elena, intentando arreglar aquella asquerosa situación que su novio vivía cada vez que iba a ver a su familia.

Santi negó con la cabeza.

—Elena, todo lo que me ha dicho es cierto. ¿Por qué voy a negar lo evidente?

—Dios mío... No me lo puedo creer... —murmuró ella—. Me da mucha rabia tu pasividad, ¿sabes? No esperaba que fueses así.

—Siento decepcionarte.

Santi bajó los ojos al suelo, mortificado, y dejó caer las manos que mantenía en los hombros de Elena. Se dio la vuelta y caminó de nuevo hasta la silla, donde se sentó, sin levantar la vista de sus zapatillas.

A Elena le dolía verlo así. No entendía por qué no solucionaba la situación de una vez por todas. ¡Con lo fácil que era! Solo tenía que plantarle cara a su hermano y mandarlo a tomar viento.

Se acercó a Santi y se puso de rodillas, entre sus piernas. Con los dedos, le cogió la barbilla para que la mirase a la cara.

—No estoy decepcionada —le sonrió para tranquilizarlo—. Es solo que no creía que dejarías que alguien te avasallara. Tienes que hacerte respetar más. Sé que eres tímido, retraído, vergonzoso..., pero esto no es motivo para que dejes que la gente a tu alrededor haga contigo lo que quiera. ¿Recuerdas cuando te enfrentaste a mí a la salida del centro de salud el día que te hice la cicatriz en la frente? Me dejaste flipada. Había tanta fuerza en ti... Y sé que esa fortaleza está ahí, escondida en alguna parte. Solo tienes que sacarla para defenderte. Nadie va a pensar mal de ti porque lo hagas. Estás en tu derecho. ¿Y todas las veces que me has hecho chantaje para que yo hiciera algo que tú querías? Eres muy inteligente, Santi. Usa esto de aquí —le tocó la frente, indicándole el cerebro— para algo más que para mortificarte por tu defecto. Defecto que, por otro lado, no creo que sea para tanto.

—Elena, gracias por animarme e intentar darme más valor del que tengo, pero si tú supieras lo que me pasa... —Dejó la frase en el aire y suspiró profundamente.

Elena estuvo a punto de pedirle que le contara su complejo, como tantas

otras veces. Sin embargo, decidió que no lo haría. Prefería recorrer otro camino. El de subirle la autoestima a su novio.

—Yo lo que sé es que cuando me besas, cuando me tocas y cuando me miras, enciendes un fuego en mí difícil de controlar. Sé que lo poco que hemos hecho hasta ahora, sexualmente hablando, me ha dejado satisfecha. Sé que quiero más. Más de ti. Pero todo llegará. Dicen que lo bueno se hace esperar y estoy segura de que, en nuestro caso, así va a ser. Arturo no tiene razón. Tú eres bueno, fuerte y caliente, como el café —dijo para hacerle sonreír, y lo consiguió. Santi le dedicó una tierna y dulce sonrisa que a Elena le llenó el alma de amor.

—Qué haría yo sin ti —susurró el joven, acariciándole la mejilla a la madrileña, mientras pensaba la suerte que tenía de contar con ella en su vida.

—Aburrirte mogollón —soltó Elena.

Él amplió su sonrisa al escucharla.

Elena se alzó un poco para llegar hasta sus labios y reclamarlos con un delicado beso.

Santi la abrazó y la pegó a su torso. Hundió la nariz en su cabello rubio y aspiró el inconfundible aroma de ella, sintiéndose reconfortado.

Mentalmente confesó: «Te quiero, Elena».

28

Comieron en el hotel y por la tarde se dedicaron a pasear bajo la lluvia que caía en la ciudad. Abrazados y enamorados, con un paraguas protegiéndolos, recorrieron las calles hasta que se hizo la hora de cenar.

Después, Santi acompañó a Elena a su alojamiento y se quedó con ella hasta bien entrada la madrugada.

Al día siguiente regresaban a Madrid. Pero antes de marcharse de Burgos, Santi quiso hacer algo importante para él y que sabía que también era importante para Elena.

—Vamos a ir a comer a mi casa. Con mis padres y mi hermano —le dijo cuando la recogió en el hotel.

Elena abrió la boca tanto por la inesperada sorpresa que casi se le desencaja la mandíbula.

—He estado pensando toda la noche en nuestra conversación de ayer y creo que lo mejor es que enfrente la situación con toda la valentía que pueda. Tengo que pararle los pies a Arturo. De lo contrario, llegará un momento en que no podré venir a mi ciudad por miedo o por vergüenza, y, con sinceridad, ya estoy harto de esos dos sentimientos —añadió Santi.

Lo que no le dijo a Elena fue que también lo hacía para que ella se sintiera orgullosa de él. Además, se lo debía. Después de haberle mentido, era lo mínimo que podía hacer. Resolver una parte de su vida para poder continuar adelante con ella.

Había decidido que, a partir de ese momento, iba a ser más valiente. Elena lo había ayudado mucho con su autoestima, aunque todavía quedaba camino por recorrer, pero paso a paso lo conseguiría.

Ella lo abrazó al escucharlo y lo llenó de besos.

—Lo vas a hacer muy bien —lo animó—. Ya lo verás.

Agarró su mano con fuerza, transmitiéndole confianza, y juntos salieron del hotel en dirección a casa de la familia de Santi.

Cuando llegaron, el inconfundible aroma de un buen cocido los golpeó en la nariz.

A Elena se le hizo la boca agua y miró a Santi, que en ese momento se guardaba las llaves de su casa en el bolsillo del pantalón.

—Madre mía, con lo que me gustan a mí los garbanzos con chorizo, tocino, morcilla... —susurró en la oreja de su novio.

—Mi madre hace un cocido que te mueres de gusto. Vamos.

Tiró de la mano de ella y recorrieron el pasillo hasta llegar a la cocina.

—Hola, mamá.

Remedios se giró al oírlo. Llevaba puesto un chándal y, sobre este, un delantal con estampado de flores.

—Santiago, hijo, cómo me alegro de que hayáis venido.

La mujer se acercó a Elena sonriéndole y le dio dos besos en las mejillas. Después hizo lo mismo con su hijo.

—Ayer os marchasteis tan rápido del mercadillo que no tuve tiempo de hablar con tu chica. Te llamas Elena, ¿verdad?

—Sí, señora —contestó ella.

—Reme, llámame Reme, bonita.

Elena asintió.

—Tu padre y Arturo llegarán en cualquier momento —prosiguió, mirando a Santi—. Sentaos. ¿Queréis picar algo mientras los esperamos?

—¿Necesita que la ayude, Reme? —preguntó Elena, educadamente.

—No, bonita, no es necesario. La mesa ya está puesta. Solo falta añadir tu cubierto. No sabía que ibas a venir —confesó con un poco de vergüenza.

—Ni yo —soltó la madrileña en voz baja.

Santi, que había estado en silencio todo el tiempo, intervino:

—Mamá, mientras esperamos a que vengan papá y Arturo, le voy a enseñar a Elena la casa.

No le había soltado la mano en todo el tiempo que habían estado en la cocina, así que, con un ligero tirón, se la llevó de allí.

La casa era sencilla, con pocos adornos en el salón y las habitaciones. Tenía solo dos cuartos, el de Tomás y Remedios y el de Arturo y Santi, un baño y la cocina.

—¿Dónde guardan tus padres toda la ropa del mercadillo? —preguntó curiosa Elena.

—Tienen un pequeño local en los bajos del edificio —respondió él,

entrando en la habitación que compartía con su hermano.

Elena se quedó parada en medio del cuarto, mirándolo todo. Supuso que la parte que estaba llena de fotos de Arturo era la suya. ¡Qué hombre más egocéntrico, por Dios! No había ni un milímetro de pared en la que el hermano de Santi no estuviera retratado.

En el otro lado de la estancia no había nada. Una simple cama, con la colcha azul, un armario y, al lado de este, la bolsa de viaje de Santi.

—Este es tu lado del cuarto, por lo que veo —comentó Elena—. ¿Tu hermano también es un obseso del orden como tú?

—Sí, eso es en lo único que nos parecemos. Por lo demás, somos completamente distintos.

—Gracias a Dios. —Le sonrió ella—. Cuéntame cosas de Arturo, así sabré por dónde cogerlo.

—¿Qué quieres saber?

—No sé... Lo normal, supongo.

—A ver... Es cinco años mayor que yo, está divorciado y... no sé, Elena.

—¿Por qué se divorció? ¿Y quién tomó la decisión, él o ella?

—Mi excuñada. Lo pilló con una tía en la cama. Una... una...

—¿Una qué?

Santi estaba pensando que ya había hablado demasiado de su hermano, pero Elena lo miraba con la pregunta en los ojos.

—Una prostituta —murmuró tan bajo que ella pensó que se lo había imaginado.

Su novia abrió la boca para decir algo; sin embargo, la volvió a cerrar.

Caminó hacia la otra cama que había, la de Arturo, y se sentó sobre ella. Después se tumbó, ante la atónita mirada de Santi.

—Ven —le ordenó.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Probar la cama de Arturo «yo follo duro». Si es tan maniático como tú, le joderá que se la revuelva —confesó Elena, ampliando su sonrisa—. Ven, ayúdame.

Santi se acercó a ella, pensando que era una pequeña venganza. Muy infantil, eso sí, pero, al fin y al cabo, también era una manera de resarcirse

con él.

Elena lo agarró de la mano y tiró de él para que se tumbara encima.

—Mi madre está en casa —le recordó Santi.

—Me gustan las emociones fuertes y el peligro, ¿no te has dado cuenta ya? —se burló ella.

—Estás loca.

—Pero te gusta que lo esté. Bésame.

Unieron sus bocas justo en el momento en que se abría la puerta de entrada de la vivienda. Oyeron pisadas que recorrían el pasillo y las voces de Tomás y Arturo saludando a Remedios; cómo esta los informaba de que Santiago había llevado a su novia a casa y se quedaban a comer con ellos. Arturo preguntó dónde estaban en ese momento y su madre le comentó que viendo la casa. El hermano mayor de Santi salió al pasillo de nuevo y se encaminó hacia su habitación.

—No se te ocurra moverte —le ordenó Elena a Santi, rodeándole las caderas con sus piernas.

Volvió a unir sus labios con los del joven y se demoró en el beso que se estaban dando hasta que Arturo los interrumpió.

—¿Qué hacéis en mi cama? —preguntó molesto.

Elena giró la cara, con una gran sonrisa en los labios, y lo miró de arriba abajo.

—Yo creo que está muy claro. Estamos besándonos, metiéndonos mano... todo eso que hacen las parejas, ya sabes.

—Pues iros a la otra —dijo, señalando la de Santi.

—Estamos probando si esta es resistente. Como ayer me dijiste que follabas duro, queremos saber si aguanta bien para comprarnos una —replicó Elena.

Santi, rojo de vergüenza, se aguantaba la risa. Su novia era la leche, la hostia, tenía un desparpajo y una seguridad que ya quisiera para él.

Su hermano los miró, enfadado.

—Santiago, dile a tu novia que tenga mucho cuidadito con las bromas que hace.

—¿Por qué? ¿No te gustan? Pensaba que te divertía mucho reírte de la gente —le soltó Santi, en un arranque de valentía.

—Si quieres, empiezo a reírme de ti. Seguro que a Elena le encantará —amenazó Arturo.

Ella sintió cómo todo el cuerpo de Santi estaba en tensión, encima del suyo.

—¡Chicos! ¡A comer! —Oyeron que los llamaba Remedios.

Santi se levantó enseguida y se recolocó la ropa mientras Elena se alzaba de la cama. Arturo continuaba mirándolos con una socarrona sonrisa en los labios, pensando que esa batalla la había ganado.

—Arreglad la cama antes de iros —le dijo a la pareja con un tono autoritario que a Elena no le gustó nada.

Abrió la boca para contestarle, pero Santi se le adelantó.

—Es tu cama. Hazlo tú.

Y antes de que su hermano pudiera reaccionar, salió de allí con Elena rápidamente.

—Muy bien —murmuró ella, caminando a su lado por el pasillo.

Le dio un apretón en la mano y se acercó para besarlo en la mejilla.

—No creas que no me ha costado decirle eso —respondió él en voz baja.

—Pero lo has hecho. Por algo se empieza.

Cuando entraron en la cocina, Elena saludó a Tomás. Reme le indicó cuál era su sitio en la mesa. Se sentaron y esperaron hasta que llegó Arturo con cara de perro.

Sometieron a Elena a un tercer grado digno de una comisaría, preguntándole por su familia, sus estudios, su trabajo, qué le había parecido Burgos y si pensaba volver.

—Claro, la próxima vez que Santi venga, si puedo, lo acompañaré.

—Sí, no vaya a ser que tenga algún problema y no estés tú para solucionárselo —se mofó Arturo.

Elena lo miró con mala cara. Santi lo ignoró.

—Arturo... —Su madre lo riñó con los ojos y el rictus serio de su boca.

Pero él no se dio por aludido.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —quiso saber su hermano.

—¿Viviendo juntos o desde cuándo comenzó nuestra relación? —preguntó Elena a su vez.

Vio como Arturo agrandaba los ojos sorprendido.

—¿Estáis viviendo juntos? —preguntó Tomás.

—Desde hace algunas semanas —respondió Santi, colorado.

—¡Vaya sorpresa! Nos enteramos ayer de que tienes novia y resulta que ya vivís juntos —dijo Reme.

—Pero no se preocupe, señora, que lo trato muy bien —intervino Elena, cogiendo de un brazo a Santi, sentado a su lado, y acariciándole la mejilla—. Además, su hijo es una excelente persona, bueno, inteligente, divertido, con un gran corazón..., pero todo esto ya lo saben ustedes. No hace falta que yo se lo diga.

Elena miró a Santi como solo una mujer enamorada mira a su amante. Con un deseo intenso y un gran amor reflejados en los ojos.

Aquello acicateó a Arturo para pinchar a su hermano un poco más.

—¿Lo tratas muy bien o lo manejas muy bien a tu antojo? Porque todos sabemos lo soso que es mi hermano, sin decisión alguna. Estoy seguro de que eres tú quien lleva los pantalones en casa.

—¡Arturo! —volvió a reñirlo Remedios—. Deja ya de meterte con Santiago, que no estáis en el patio del colegio.

Elena lo calcinó con la mirada. Si estuvieran solos, ya le habría soltado dos bofetones y se habría quedado tan pancha. Santi aguantaba estoico, como siempre. Pero una rabia interior bullía en él. Una indignación que no podía soportar más tiempo.

—Tranquila, mamá. Algunos maduramos con el tiempo. Otros —miró a su hermano— se creen que aún están en el instituto, ¿verdad, Arturito?

—Hijos —intervino Tomás—, comamos en calma, por favor. Sin peleas, ni discusiones. —Se giró hacia Elena—. Perdona los modales de mi familia, guapa.

—No pasa nada, señor. Estoy acostumbrada. Mis comidas familiares también son así, lanzándose pullas unos a otros, ¿verdad, Santi?

Él asintió, sin dejar de mirar a su hermano.

—¿Ya conoces a su familia, hijo? —preguntó Remedios.

—Sí, la conocí hace tiempo —respondió Santi.

Continuaron comiendo sin más altercados y cuando acabaron se despidieron de ellos. Habían quedado en la puerta del hotel de Elena con

Rubén y Natalia para marcharse hacia Madrid.

—Voy un momento al baño —informó la madrileña a su novio.

—Yo voy a coger mi bolsa. No tardes.

Al doblar el recodo que hacía el pasillo, Elena se encontró con Arturo, que salía del aseo.

Él, al verla y darse cuenta de que estaba sola, la agarró de un brazo y la metió en el baño.

—Suéltame —le ordenó Elena entre dientes, mirándolo molesta.

—¿Y si no quiero? —preguntó Arturo, cerniéndose sobre ella y acorralándola entre el lavabo y su cuerpo.

—Te daré un rodillazo en los huevos y dejarás de ser Arturo «yo follo duro».

Al oírla, él metió el pie en medio, obligándola a abrir las piernas para que quedasen una a cada lado de las suyas y Elena no pudiera hacer lo que le había dicho.

Ella levantó las manos para arañarlo, pero Arturo fue más rápido y la detuvo, cogiéndole las muñecas.

—Ahora ya no me puedes hacer nada. —Le sonrió y a Elena le dieron ganas de borrarle esa estúpida sonrisa a base de mordiscos—. No te imaginas lo duro que me pone tener así, tan vulnerable, a una tigresa como tú.

—Suéltame o gritaré —le advirtió, retorciéndose para librarse de su acoso.

—¿Mi hermano también te doma así? —prosiguió Arturo, ignorándola—. Yo creo que no. Santiago es demasiado retraído para hacerte esto. Apuesto a que todavía no habéis follado.

—Nosotros no follamos. Hacemos el amor, algo que tú no sabrías hacer —le espetó Elena con rabia.

—Cuando quieras te demuestro que sí sé hacerlo, gatita salvaje.

—Ya, claro, por eso perdiste a tu mujer. Porque lo sabes hacer muy bien. ¿O no? Tú lo sabes hacer con prostitutas, con mujeres que fingen cuando llegan al orgasmo porque para eso les has pagado, pero ¿qué ocurre cuando te enfrentas a una mujer normal? ¿También sabes hacer que se corra mientras grita tu nombre? Al menos Santi sí lo hace conmigo, y después de probarlo a él, sinceramente, no necesito a otro. Tu hermano me deja tan

saciada, tan satisfecha, que no creo que ningún hombre lo supere.

Arturo la escuchó mirándola con intensidad. La socarrona sonrisa no se borró de su boca, pero Elena vio en sus ojos que le había dado donde más dolía.

—Como tú podría encontrar a cualquiera; sin embargo, Santi es único y eso es muy difícil de encontrar, así que me quedo con él —añadió para rematar la jugada—. Y ahora, te recomiendo que me dejes y salgas o te meo encima.

—No te creo. No creo ni una palabra de lo que has dicho. Santiago y tú no habéis follado nunca. Su desgracia se lo impide —siseó cabreado.

—Ah, sí, el defecto que tiene en la polla. Bueno, para mí no es ninguna tara, como él insiste en llamarlo. Me da muchísimo placer y eso es lo único que me importa.

Arturo la miró, dudando de sus palabras. ¿De verdad había visto a su hermano desnudo? ¿Y no le molestaba que fuera así?

—Mientes.

—Me importa una mierda si me crees o no —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Se mantuvieron la mirada unos segundos más, hasta que Arturo habló de nuevo.

—Va a resultar que eres tan rarita como él. ¿Te van los hombres defectuosos? ¿Acaso tú también lo estás?

—Aquí el único hombre defectuoso que yo veo eres tú. Tienes una tara mental que no puedes con ella, majete.

Al escuchar la burla, Arturo apretó más su cuerpo contra el lavabo.

—No te pases ni un pelo —siseó.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a violar aquí? ¿En el baño de tu casa? Te recuerdo que me pondré a gritar como una loca y todos vendrán a ver qué pasa. No me puedes tapar la boca con las manos, puesto que las tienes ocupadas agarrándome.

—¿Sabes lo bueno de ir de putas? Que aprendes muchas técnicas, algunas duras, realmente duras... —La miró con el desafío en los ojos y añadió—: Santiago debería habértelo dicho. A él lo desvirgó una prostituta de la mejor manera, y todos fuimos testigos. Si vieras cómo lloraba mientras

nosotros nos reíamos. ¡Cómo disfruté del espectáculo!

Arturo no pudo decir nada más porque Elena le dio tal cabezazo en la boca que lo hizo recular, soltándola.

—Eres un hijo de puta.

Abrió la puerta del baño y se encontró con Santi al otro lado, esperándola.

Cuando su novio se dio cuenta de que Elena estaba con Arturo en el baño, su rostro se llenó de dolor y rabia.

—Vámonos —le pidió Elena.

Pero Santi no dejaba de mirar a su hermano, que se tapaba con las manos la boca.

Observó cómo, por entre los dedos, corría un hilillo de sangre y desvió los ojos hasta su novia.

Esta tenía una rojez en la frente, como si se hubiese dado un golpe contra algo.

Enseguida ató cabos. Elena había agredido a Arturo para, supuso, librarse de su acoso.

—Tu novia es una puta —logró decir Arturo, mirándose las manos, sucias de sangre.

Santi caminó hacia él con decisión y lo agarró de la pechera del forro polar que llevaba.

—Si vuelves a tocarla, te mato —dijo clavando sus ojos en los de su hermano.

—¿Tú? —Arturo se rio y Santi comprobó que le faltaba un diente.

—¿Sabes que estás muy guapo mellado? Esta noche vas a causar furor entre las nenas cada vez que abras la boca —se burló de él.

Lo soltó y Arturo se dio la vuelta para mirarse, horrorizado, en el espejo.

Santi agarró a Elena de una mano y se alejaron de allí.

—¿Estás bien? Tienes en la frente...

—Tranquilo, amor. Estoy perfectamente —contestó ella sonriéndole, muy orgullosa de que Santi se hubiera enfrentado a su hermano y no se hubiera dejado avasallar como otras veces.

Pasaron por el salón, donde sus padres veían la tele.

—Ya nos vamos.

—¿Qué te ha pasado, bonita? —quiso saber Remedios.

—Al abrir la puerta del baño me he chocado con Arturo, que estaba dentro. Pero no es nada, señora. La peor parte se la ha llevado su hijo, que se ha dado con la puerta en la boca y se le ha saltado un diente —mintió Elena, levantando la voz para que el hermano de Santi oyera la conversación desde el aseo.

Reme abrió los ojos como platos y Tomás, a su lado, también.

—¡Ay, Dios mío! Mi pobre Arturo. —La mujer salió corriendo en dirección al baño para ver a su hijo mayor.

Mientras Tomás le daba unos hielos envueltos en un paño a Elena para bajar la hinchazón, escucharon como el hermano de Santi contaba exactamente lo mismo que la madrileña le había dicho a Remedios.

Mirándose de reojo, se sonrieron el uno al otro. Arturo no se había atrevido a confesar la verdad, que una mujer lo había agredido. Eso no era nada bueno para su ego.

Arturo cruzó el pasillo, con su madre detrás preocupada. Al pasar por el salón, les dirigió una mirada resentida, pero no dijo nada. Se marchó de la casa directo al hospital para que lo curasen. Elena sabía que el diente lo había perdido definitivamente, pero no le importó. Se lo tenía merecido. Y, de todas formas, siempre podía ir a un dentista para que le arreglaran la boca.

29

Cuando se subieron al ascensor para bajar a la calle, Santi se apoyó en la pared y cerró los ojos. Todavía estaba cogido de la mano de Elena, que lo notaba temblar. Ella lo abrazó para transmitirle tranquilidad.

—No me creo lo que ha pasado ahí dentro —murmuró Santi, con la cara escondida en el pelo de su novia—. No es posible que yo le haya dicho a mi hermano todo lo que le he dicho y siga vivo. En otro tiempo, Arturo me habría dado una paliza, pero ahora...

—Ahora estoy yo para ir repartiendo cabezazos por ahí. Joder, qué duros tiene los dientes tu hermano... —soltó Elena, tocándose la frente. Un pequeño chichón comenzaba a formársele.

Santi enmarcó su rostro con las manos y la observó.

—¿De verdad estás bien? ¿Te duele?

—Un poco, pero se me pasará. En cuanto lleguemos al hotel y retire de consigna mi maleta, me tomaré un ibuprofeno y listo.

Llegaron al bajo y las puertas del ascensor se abrieron. Elena hizo amago de salir, pero Santi no se movió. Con las manos aún enmarcando el rostro de ella y los ojos fijos en los suyos, la retuvo.

—Lamento la escena del baño con mi hermano —se disculpó, aunque no era él quien debía hacerlo.

—No te preocupes. En realidad, no ha llegado a tocarme ni nada de eso —lo tranquilizó—. Más bien lo he tocado yo a él —soltó riéndose—. Solo hemos intercambiado unas cuantas palabras, con lo que me ha demostrado que es todavía más imbécil de lo que yo creía.

—Aun así, lo siento, Elena.

Salieron del ascensor mientras la madrileña le contestaba:

—Bah... He sabido defenderme de él y no creo que me vuelva a molestar. Pero lo mejor ha sido cuando tú le has plantado cara. Estoy segura de que, a partir de ahora, te mirará con otros ojos. Hoy ha visto que no eres el niño pequeño, desvalido y cobarde que él cree. Ya verás como te respeta más de ahora en adelante.

Ella le sonrió, al tiempo que abría la puerta para acceder a la calle.

—¿Puedo saber qué te ha dicho para que le hayas soltado un cabezazo? —preguntó Santi, con curiosidad.

Elena pensó con rapidez. ¿Le contaba lo de la prostituta? No se había terminado de creer del todo esa historia. Arturo bien podría habérsela inventado para hacerles daño. Podía preguntarle a Santi por eso y salir de dudas, pero si fuera cierto, a su novio le iba a doler muchísimo que ella lo supiera. Aquello lo avergonzaría al igual que su defecto, fuera el que fuera.

Así que, a pesar de que la curiosidad la mataba, decidió no confesar.

—Más o menos lo que te dijo a ti por teléfono. Que no eras capaz de complacerme y todas esas gilipolleces.

—¿Nada más? —quiso saber Santi, caminando a su lado, con la bolsa de viaje en una mano y agarrando a Elena con la otra.

—Sí, que me acostara con él. Pero yo le dije que no, entonces me arrinconó contra el lavabo y yo, como me vi sin escapatoria, le di el cabezazo.

—Me alegro de que no te haya hecho nada —soltó Santi con un suspiro aliviado—. Que no haya conseguido lo que pretendía. ¿Qué pensaba? ¿Follar contigo en el baño, con todos en la casa? ¡Está loco!

Permanecieron unos segundos en silencio.

—Oye, pues eso de hacerlo en el baño con gente en casa tiene su morbo —dijo Elena, sonriendo—. ¿Quieres que lo probemos alguna vez?

Santi se quedó mirándola con los ojos como platos.

—Me parece que el golpe en la frente ha afectado a tu capacidad para razonar con coherencia. —Sacudió la cabeza a un lado y al otro, incrédulo.

—Pues a mí me gustaría —contestó Elena—. Tiene que molar mogollón.

—Seguro que sí —comentó con sarcasmo Santi—. Debe molar mogollón que todos en la casa oigan tus gemidos y tus jadeos. Como tú no eres nada escandalosa...

Santi había escuchado a Elena todas las veces que ella se había masturbado con sus juguetes, además de comprobarlo de primera mano con lo poco que habían hecho en el terreno sexual. Ella no era para nada silenciosa. No quería ni pensar en la situación que le proponía. Cuando salieran del baño, todo el mundo los miraría, sabrían lo que habían hecho...

¡Qué vergüenza, por Dios!

—Siempre podrías acallar mis gemidos y jadeos besándome en la boca —dijo para convencerlo.

—Estás para que te encierren en un manicomio y tiren la llave al mar.

—Pensaba que estaba para arrancarme la ropa y hacerme el amor hasta el amanecer.

—Te ha faltado lo de tirarte en la cama —le recordó Santi.

—Hombre, si estamos en el baño, allí cama no hay, pero en la ducha...

Elena se quedó pensativa, recreando todas las fantasías que podría llevar a cabo en un aseo con Santi.

—Anda, déjalo ya, cabecita loca...

—Joder, menudo chichón tienes. ¿Qué te ha pasado? —quiso saber Natalia cuando los recogieron en la puerta del hotel de Elena.

—Que no miraba por dónde iba y me he chocado con una farola —respondió ella, mirando de reojo a Santi.

No quiso decirle la verdad a su amiga, para guardar el suceso ocurrido en casa de la familia de su novio en la más estricta intimidad. Sabía que Santi se lo agradecería.

—Pues la habrás dejado doblada, porque vaya leche te has tenido que pegar.

—Ya te digo. La he destrozado —replicó Elena, recordando a Arturo con la boca ensangrentada y sin un diente.

Mientras regresaban a Madrid, Santi pensaba en todo lo ocurrido esos días en Burgos. Se había enfrentado a varias situaciones no deseadas y había salido airoso de ellas gracias al valor que Elena le insuflaba. Su autoestima había subido varios grados, pero él sabía que todavía quedaba trabajo por hacer.

30

Al día siguiente, cuando Elena llegó de trabajar se encontró con Santi, que salía en ese momento con la bicicleta.

—¿Te vas? —le preguntó.

—Sí. Voy a hacer un poco de ejercicio, ya que estos días pasados no he hecho ni pizca, y cuando vine del trabajo a las cuatro fui a casa de tu padre para ayudarlo con el invernadero.

Ella se colgó de su cuello y le dio un beso en los labios.

—No tardes mucho, guapetón.

—En una hora vuelvo. ¿Cómo llevas el chichón? ¿Te duele? —quiso saber, mirándole la frente a Elena a pesar de que no se le notaba nada, pues ella se había maquillado tan bien que no había ni rastro de marca alguna.

—Solo cuando me toco, pero tranquilo, sobreviviré.

—Te he comprado en la farmacia una pomada para los golpes. Es en stick. La he dejado en el baño de arriba. Póntela.

—Ay, pero ¡qué bien me cuidas! —Elena le dio un beso en los labios—. Qué haría yo sin ti —susurró al terminar el beso.

—Aburrirte mogollón —rio Santi, recordando la vez en que ella le había dicho lo mismo.

En cuanto salió por la puerta con la bicicleta, Elena corrió escaleras arriba. Se metió en la habitación del chico y fue directa hacia el escritorio.

El cajón donde él guardaba su diario estaba como siempre, cerrado con llave. Aun así, Elena tiró de él, sin éxito. Debía leer ese maldito diario para obtener información y saber si lo de la prostituta que había comentado Arturo era cierto o no. Con la costumbre que tenía su novio de anotar en el cuaderno sus pensamientos, sus vivencias, etcétera, lo lógico era que eso también lo hubiera escrito. Además, le vendría bien para descubrir de una vez por todas cuál era la tara que, según Santi, tenía. Así podría ayudarlo a superar lo que fuera que le ocurriese y vencer su complejo.

Fue al baño, a buscar una horquilla para intentar abrir el cajón.

Cuando regresó a la habitación, probó varias veces, pero no hubo

forma.

Desesperada y de mal humor por no conseguir su propósito, llamó a su hermano Alfonso.

—¡Hola!

—Hola, enana. ¿Qué te pasa?

—Necesito que me digas cómo abrir un cajón que está cerrado con llave —le pidió ella.

—¿Has perdido la llave? ¡Pero si tú nunca pierdes nada! —se mofó de Elena.

—Venga, déjate de bromitas y dime cómo lo abro. Me corre prisa.

—¿Qué hay en él? —quiso saber Alfonso.

—¿A ti qué te importa? —respondió Elena, de rodillas en el suelo frente al escritorio de Santi.

—Si no me dices lo que guardas ahí, no te ayudaré.

Elena estuvo a punto de soltarle que lo tenía lleno de vibradores y necesitaba aliviarse con alguno. Si hubiera sido una de sus amigas, se lo habría dicho y se habría quedado tan tranquila. Pero claro, a su hermano no le podía soltar esas cosas. Así que optó por decir parte de la verdad.

—Vale. Hay un diario.

—¿Desde cuándo escribes un diario? —preguntó Alfonso sorprendido.

—¿Desde cuándo eres tan cotilla?

—Elena...

—Alfonsito...

Tras unos segundos de tenso silencio, su hermano habló de nuevo.

—No sé por qué me da en la nariz que el cajón que quieres abrir no es tuyo. ¿Qué pasa? ¿Que ahora te has metido a delincuente? Te recuerdo que soy policía.

—¿Y qué pasa? ¿Me vas a detener por intentar abrir un cajón cerrado con una llave que no tengo cuando estoy en mi propia casa? ¡Maldita sea, Alfonso! Dime cómo puñetas se abre el puto cajón de una vez —bufó Elena, harta ya del interrogatorio y nerviosa porque su hermano había dado en el clavo.

—Me parece que no te voy a decir nada. No quiero ser cómplice de tus actos delictivos. Mancharían mi historial —continuó burlándose de ella—.

Más vale que te dejes de juegucitos y, si quieres leer ese diario, suponiendo que sea verdad que existe...

—¡Pues claro que existe! ¡No me lo estoy inventando! —exclamó Elena molesta porque Alfonso no la estaba ayudando.

—¿Y de quién es, si puede saberse? Porque tú no has tenido una cosa de esas en tu vida. ¿No será de Santi? —Y sin dejarle contestar, añadió—: Elena, no metas más la pata con ese chico. Si el supuesto diario es suyo, y lo lees sin su permiso, se enfadará contigo cuando se entere. ¿Quieres que vuestra relación se rompa por violar su intimidad de esa manera? Te recuerdo que ya lo has engañado...

Elena colgó el teléfono. No quería escuchar más a su hermano, que parecía la voz de su conciencia y la recriminaba por sus maldades.

Pero el móvil comenzó a sonar otra vez.

Al mirar la pantalla, comprobó que no era Alfonso quien llamaba.

—*Ciao, bella.*

—¡Fabrizio! —exclamó contenta al oír la voz de su amigo italiano.

—*¿Come sta? ¿Tutto bene?*

—Sí, todo bien. Y tú, ¿qué tal? ¿Estás en Madrid?

—Sí.

—¿No me llamarás para follar? Estoy... Tengo una relación seria con Santi y no quiero...

Oyó al otro lado la risa de Fabrizio.

—No, *bella*, no. Te llamo para verte *e prendere un caffè, parlar un po' con te*, pero no para follar. Ya sé que estás ocupada con Santi.

—¿Sabes que hablas español mejor que la última vez que te vi?

—*Vero.* He estado practicando, *ma devo ancora* aprender más.

—Oye, pues me alegro, de verdad. ¿Cuándo te viene bien quedar? Entre semana no va a poder ser, porque mañana me voy de viaje a Canarias para hacer un reportaje para la revista y hasta el viernes no volveré. Si quieres podemos quedar el sábado o el domingo. Pero te advierto que Santi vendrá conmigo.

—*Va bene.* No me importa que *il tuo ragazzo* venga contigo.

—Estoy pensando que sería mejor si llevase también a una amiga —comentó acordándose de pronto de Amanda—. Así no será tan incómoda la

situación para Santi.

—De acuerdo.

—Vale, te volveré a llamar cuando haya hablado con mi novio y con mi amiga, y te digo el lugar y la hora a la que quedamos.

—*Va bene.*

—Oye, antes de despedirnos, ¿tú sabes cómo abrir un cajón cerrado con llave cuando no tienes la llave?

31

¿Pero es que nadie a su alrededor tenía alma de delincuente?

Elena estaba frustrada. La poca ayuda que había solicitado para abrir el cajón donde Santi guardaba su diario no le había servido de nada. A pesar de esto, Fabrizio le había dado una pequeña pista de cómo conseguir la información.

Miró el reloj y comprobó que solo faltaban veinte minutos para que su novio volviera a casa. ¡Maldita sea!

Corrió a su habitación para encender el portátil y buscar en YouTube, como le había dicho el italiano, algún tutorial donde explicaran cómo abrir cerraduras.

«Joder, si es que lo que no se encuentre en la red...», se dijo a sí misma, viendo que había varios tutoriales con ese tipo de información.

Tras visionar tres de ellos, tuvo una idea clara de cómo debía hacerlo. Lo malo era que en ese momento ya no tenía tiempo de probar.

Oyó como Santi llegaba a casa y apagó el ordenador. Salió de su habitación para ver el perfil de su novio, que desapareció en el salón mientras ella bajaba las escaleras.

Santi dejó la bicicleta en el patio, como siempre, y regresó al interior de la casa.

—Me voy a duchar, que estoy todo sudado —le dijo a Elena, al verla en mitad del salón.

—Tengo que hablar contigo.

Santi se detuvo y esperó.

—Mañana me voy a Canarias. Tengo que hacer un reportaje sobre el Instituto de Astrofísica que hay allí, para la revista, y hasta el viernes no volveré.

—¡Qué susto! Pensé que había ocurrido algo malo.

—Vamos a estar tres días sin vernos. Yo creo que eso ya es bastante malo —refunfuñó ella.

Santi escondió una sonrisa y pasó por su lado para dirigirse a las

escaleras.

—Bah... No te preocupes. Seguro que se pasa rápido el tiempo. Además, los dos vamos a estar trabajando, así que ni nos vamos a dar cuenta —dijo, encogiéndose de hombros.

Elena subió los escalones tras él, meditando sobre si decirle en ese momento que había quedado con Fabrizio o dejarlo para cuando volviese de Canarias. A su novio no le iba a gustar nada la idea de que viera al italiano y podía molestarse si ella insistía. No quería marcharse a las islas con Santi enfadado con ella, por lo que decidió que se lo contaría a la vuelta.

—Bueno, lo mejor de todo será —Elena volvió a hablar, siguiendo a Santi al interior de su cuarto— que cuando venga de Canarias ya habré terminado con el período. —Se sentó en la cama de su novio y sonrió—. Así que ya sabes lo que te toca, macizorro.

Santi sonrió al escucharla mientras cogía del armario un chándal para ponerse después de la ducha. Se giró hacia ella y, al verla sentada en la cama, frunció el ceño.

Le hizo un gesto para que se levantara del colchón, pero Elena lo ignoró.

—He estado pensando en tu... vamos a llamarlo «particularidad», y creo que, en mi ausencia, deberías barajar las siguientes opciones: uno, me atas a la cama y así podemos hacer el amor sin tocarte. Prometo no mirarte más abajo de la cintura. Me va a costar, eso sí, pero lo puedo intentar. Como tampoco quieres que te vea...

Santi sacudió la cabeza, negando.

—Elena, no me...

—Dos —continuó ella sin escucharlo—, lo hacemos por detrás. Me pongo a cuatro patas y listo.

—Elena...

—Tres, lo hacemos de lado, ya sabes, la postura de la «cucharita». Cuatro...

—¡Elena! —gritó para que ella se callara de una vez.

La periodista dio un respingo al oír su voz y se quedó en silencio.

Santi cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Tras unos segundos, volvió a mirarla. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo. Meneó la

cabeza y salió del cuarto.

Elena se quedó pensando que, al menos, le había dado tiempo a soltar unas cuantas posturas en las que ella no vería el defecto que tanto acomplejaba a Santi y tampoco era necesario tocarle el pene. Rezó para que, en su ausencia, él meditara sobre eso y se decidiera por fin. Cada vez aguantaba menos el deseo que sentía por el burgalés y necesitaba, desesperadamente, hacer el amor con su novio.

«Bueno, no insistiré más. No quiero irme a Canarias con Santi enfadado conmigo», se dijo a sí misma, abandonando el tema.

Elena se despertó a la mañana siguiente y miró el reloj. Las ocho y cuarenta minutos. Su vuelo a las islas salía a las doce de la mañana, pero tenía que estar en el aeropuerto con su equipaje de mano, como mínimo, una hora antes para embarcar. Calculó el tiempo del que disponía. Debía ducharse, vestirse, desayunar, terminar de hacer la maleta, llamar al taxi que la llevaría a Barajas...

Podía haber ido en su coche al aeropuerto, pero no quiso llevárselo por varios motivos. Santi podría necesitarlo en su ausencia, aunque él estaba acostumbrado a ir a todos lados con la bicicleta o en transporte público. Elena prefería que su automóvil se quedara donde estaba, aparcado frente a su chalet. Así estaría más tranquila que si lo dejaba en el parking del aeropuerto. Y dada su costumbre de perderse aun llevando GPS, no quería arriesgarse a llegar tarde y que el avión despegara sin ella dentro. No era la primera vez que le sucedía eso y, además, los accesos a Barajas se le antojaban un tanto complicados.

Así que nada más levantarse llamó al servicio de taxis y pidió uno para las diez y media de la mañana.

Cogió un clip de metal y se fue directa a la habitación de Santi. Con el móvil en una mano, buscó en YouTube uno de los tutoriales sobre cómo abrir un cajón cerrado con llave. Lo vio de nuevo y, cuando tuvo claro cómo actuar, comenzó.

A los pocos segundos, la cerradura cedió con un pequeño clic y Elena comprobó que el cajón estaba abierto.

Se levantó del suelo, donde se había arrodillado para cometer su

fechoría, y empezó a dar saltos de alegría.

—¡Por fin! ¡Sí! ¡Sí! —gritó contenta, al tiempo que aplaudía.

De nuevo, se agachó frente al cajón y lo terminó de abrir.

Ahí estaba. El diario de Santi.

O, mejor dicho, los diarios de Santi.

Porque había más de uno.

Inspiró hondo, sabiendo que estaba profanando el lugar sagrado donde su novio guardaba todos sus secretos.

¿Debía continuar? ¿O era mejor olvidarlo todo y cerrar el cajón?

Pero si reculaba, no podría saber qué narices le pasaba a Santi ni cómo ayudarlo.

¿Y si Santi descubría lo que había hecho?

Si tenía cuidado, su chico jamás se enteraría.

Agarró el primer diario. El que estaba sobre todos los demás y que parecía el más reciente.

Con curiosidad, pasó la portada y comenzó a leer la página uno.

Hoy hace un año que Elena me besó por primera vez y, aunque han pasado doce meses y muchas cosas en este tiempo, volvería atrás solo para sentir el contacto de sus cálidos y suaves labios contra los míos de nuevo por unos segundos.

Emitió un tembloroso suspiro enamorado. Ahí estaban plasmados todos los sentimientos de Santi hacia ella. Su corazón aleteó feliz. La sangre corrió en sus venas, calentándola entera. Continuó leyendo y comprobando, poco a poco, cómo la autoestima de su novio iba ganando la batalla.

Supo de sus dudas respecto a tener una relación con ella, de su preocupación por no tener experiencia sexual y el tormento por su miedo a perderla si Elena descubría su tara. Mencionaba algo con una prostituta y a una chica del instituto, que ya sabía ella que se trataba de Belén, aunque no entendió por qué Santi no se refería a su amiga por su nombre. Supuso que no la consideraba importante y por eso la llamaba de aquella manera.

Pero en ningún sitio ponía qué era lo que le pasaba a Santi.

Escuchó la alarma del móvil que se había puesto para que no se le pasara el tiempo y maldijo porque tenía que dejar de investigar en el pasado de su novio.

¿Y si se llevaba alguno de los otros diarios y continuaba leyendo en el avión?

No. No podía hacerlo. Con lo maniático del orden que era Santi, se daría cuenta enseguida de que le faltaba uno.

Así que se despidió de los cuadernos, prometiendo volver a verlos a la mínima oportunidad. Ahora que ya sabía cómo abrir el cajón sin dejar ni rastro, nada le impediría conocer los secretos de su novio.

32

Elena no está en casa y la echo terriblemente de menos. Por motivos laborales, la han enviado a Canarias. Debe hacer un reportaje para la revista sobre el Instituto de Astrofísica que hay allí. Se marchó hace dos días, pero mañana ya vuelve.

Me pidió que viajara con ella, pero no he podido hacerlo. No me daban días libres en el trabajo. Así que espero ansioso su regreso.

La casa no es igual sin ella, sin su ropa dejada de cualquier manera en algún rincón o colgada del pomo de las puertas. Añoro entrar al baño y encontrarme en el bidé algo de su lencería. Poner la lavadora y meter alguna prenda que haya estado en contacto con su piel.

Le pedí, antes de irse, que recogiera todo y lo dejara ordenado. Ahora me arrepiento, porque si hubiera prendas olvidadas aquí y allá, sería como si Elena estuviera en casa y yo no la extrañaría tanto.

El chalet parece un jardín sin flores ahora que ella no está. Los espejos ya no sonrían porque no tienen el reflejo de su preciosa cara.

Los días que han transcurrido desde que se marchó han pasado lentos, desesperadamente lentos, igual que si fueran una condena.

Y aunque he hablado con ella todas las noches, no es lo mismo que tenerla a mi lado. Me he acostumbrado tanto a sus ocurrencias, a su sonrisa, a que me mire como si me fuera a comer, a que saque temas sexuales en cualquier momento y me haga ruborizarme, a que me escandalice con sus preguntas, aunque a la mitad ni le conteste.

Me he dado cuenta de que la necesito en mi vida, en mi día a día. Ella hace que me sienta vivo. Vivo y feliz.

Nunca pensé que sentiría esto tan grande por nadie y, menos aún, que alguien lo sentiría por mí.

Sigo teniendo miedo de que ella descubra cómo soy y no le guste mi tara. Sin embargo, antes me horrorizaba que Elena saliera huyendo. Ahora, ya no tengo tan claro que se alejase de mi lado. Es posible que me acepte como soy. Es posible que no le importe mi defecto.

Pero yo sigo sin sentirme cómodo con mi desnudez. Cada vez que me miro al espejo y veo eso...

Hace poco más de un mes que comenzamos nuestra relación. El tiempo se ha pasado volando y ella ha aguantado estoicamente mis reticencias sexuales. Sé que no es justo para Elena, y me muero de ganas, cada vez más, de hacerle el amor. De tocarla como un hombre debe tocar a una mujer. De darle el placer que me pide con su mirada, con sus caricias, con sus besos...

El teléfono lo interrumpió. Al mirar la pantalla comprobó que era su adorada Elena. Una sonrisa se extendió por su cara mientras contestaba.

—¡Hola! —exclamó contento.

—Hola, guapo. ¿Qué tal todo por ahí?

—Bien. ¿A qué hora llegas mañana?

—Sobre las cinco y media. Te noto ansioso. ¿Me has echado de menos?
—preguntó Elena.

—Mucho —confesó Santi con un largo suspiro.

Elena, al otro lado de la línea, estuvo a punto de dar un salto de alegría.

—Si solo me he ido dos días y hemos hablado todas las noches por teléfono.

—Dos días, mañana tres... Una eternidad.

—Vaya, creo que tendré que irme de casa más a menudo.

—Ni lo sueñes —respondió Santi, molesto.

—Era broma.

—Eso espero. ¿Cómo llevas el chichón de la frente?

—Bien. He comenzado el día siendo una zombi, pues lo tenía verde, y voy a terminar la jornada siendo una princesa. Se me está poniendo azul, lo que quiere decir que tengo sangre real —le contó riéndose.

Santi también se rio pensando que Elena estaba como una verdadera cabra. Cerró el diario y lo guardó. Ella, al oír el ruido del cajón, preguntó qué estaba haciendo, aunque se lo imaginaba.

—Estaba escribiendo en mi diario, pero ahora ya lo he guardado.

—¿Y qué le contabas a tu amiguito? ¿Le hablas de mí? ¿Está mi nombre escrito en tu diario? —se interesó, sabiendo la respuesta.

Él dudó antes de contestar.

—Tu nombre está escrito muchas veces en mi diario.

—¿Podré leer algún día lo que has escrito sobre mí?

—¡No! —gritó él.

Elena no podía leer su diario porque descubriría sus secretos más íntimos e inconfesables y... su defecto, lo que pasó con la prostituta... No. Elena jamás debía saber qué cosas le contaba a ese cuaderno.

—Bueno, tranquilo, no hace falta que grites —contestó Elena, pensando que, de todas formas, lo descubriría ahora que sabía cómo abrir el cajón.

—Perdóname, es que...

—¿Qué vas a hacer esta noche? —quiso saber Elena, cambiando de tema.

—Veré alguna película hasta que me quede dormido.

—¿Solo?

—Pues claro que solo. Tú no estás —respondió él.

—¿Y la vas a ver en tu cuarto?

—Sí.

—No me gusta eso. Ya te dije hace tiempo que a la cama se va a dos cosas y ninguna de ellas es ver la televisión.

Santi se rio al recordar lo que Elena le dijo el primer día que se trasladó a su casa.

Se levantó de la silla y fue a tumbarse en la cama.

—¿Sabes lo que me gustaría hacerte? —Oyó que ella le preguntaba.

—¿Qué?

Elena dudó unos segundos.

—Bueno, no te lo digo.

—¿Por qué?

—Porque estoy pensando que para qué decírtelo si te lo puedo hacer. Así que mañana, más te vale estar prep...

Y en ese momento, la comunicación se cortó.

—¿Elena? ¡Elena!

Santi se despegó el teléfono de la oreja y miró la pantalla sorprendido.

Pues sí, se había cortado. Buscó en el registro de llamadas el número de Elena y pulsó para llamarla él.

Pero le salió una voz pregrabada que le indicaba que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡Mierda! —soltó enfadado.

Intentó hablar con ella dos veces, sin éxito, hasta que al final se dio por vencido.

Respiró profundamente para tranquilizarse y se repitió que en unas horas la vería. Elena regresaba al día siguiente y la tendría todo el fin de semana para él solo.

Tenía que ser paciente.

Encendió el televisor y buscó alguna película que le interesara. Pero no halló ninguna.

Malhumorado, apagó la tele. Dio un par de puñetazos en la almohada para ahuecarla y posó la cabeza en ella. Con las manos por detrás de su nuca, se recreó en todos los instantes vividos con Elena.

Pero el sueño no llegaba. Se resistía.

De nuevo, se levantó para ir a la cocina y beber un vaso de agua. A veces eso lo ayudaba a calmarse, pero él sabía que solo había una cosa que lo tranquilizaría esa noche.

Tener a Elena de vuelta en casa.

Justo cuando pisó el primer escalón para ir al piso inferior, sintió que alguien andaba en la puerta. El corazón se le aceleró, al borde del colapso, pensando que estaban entrando a robar.

Con rapidez descendió los escalones y empujó la puerta para que, quien fuera que estaba al otro lado intentando invadir su hogar, no lo lograra.

—¡Estoy llamando a la policía! —gritó, aunque no era cierto, pues el móvil estaba arriba, en su habitación. Pero creyó que así evitaría que los ladrones entrasen.

—Pide que manden a los agentes más buenorros de la comisaría.

33

Santi casi se cae de culo al oír la voz de Elena al otro lado de la puerta.

Abrió de sopetón y se la encontró con la llave en una mano y la maleta de ruedas en la otra.

Antes de que Elena pudiera decir algo más, se abalanzó sobre ella, la cogió por la cintura con una mano y por la nuca con la otra, y le estampó un beso cargado de deseo y pasión en aquellos labios que tanto había añorado.

—¡Madre mía! Si llego a saber que iba a tener este recibimiento, hubiese adelantado el vuelo más todavía —dijo Elena cuando se separaron para tomar aliento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Santi.

—¿Ahora me lo preguntas? —Ella se rio—. ¿Después del pedazo de beso que me has dado? ¡Joder, Santi! Casi me meo en las bragas del gusto.

Santi soltó una carcajada y entraron en la casa.

—Me voy a ir de viaje más a menudo, si luego me vas a recibir así...

—No te dejaré. Estos días sin ti han sido una tortura —replicó él, sin soltarla. La ciñó más a su pecho y la volvió a besar.

—¿Dónde está el chico tímido y vergonzoso que dejé aquí al principio de la semana? —quiso saber ella, juguetona.

—Ha sido sustituido por otro un poco más... osado —murmuró Santi, rozando su nariz con la de Elena en un tierno gesto de cariño.

—Me gusta este nuevo —susurró ella, apretándose más contra él.

—¿Cómo es que has regresado antes?

—Quería estar contigo. Te echaba de menos, así que adelanté el viaje.

—Me alegro muchísimo de que estés aquí —confesó, dándole otro beso.

—Ya lo veo, ya —dijo ella, divertida.

—Pero me has engañado antes, cuando hemos hablado por teléfono.

—Quería darte una sorpresa —se disculpó ella, poniendo cara de niña buena.

—Pues me ha encantado, aunque me he dado un buen susto al notar que alguien intentaba entrar en casa.

—Lo siento. —Elena le dedicó una sonrisa maravillosa—. No era mi intención.

Continuaban en mitad del recibidor, abrazados, negándose a despegarse del cuerpo del otro, mirándose a los ojos mientras hablaban, como si solo existieran ellos dos en el mundo y no importase nada más.

—¿Has cenado? —preguntó Santi.

—Sí, en el avión.

—¿Estás cansada?

—No mucho —respondió Elena, meneando la cabeza.

Santi se acercó a su boca y, de nuevo, la reclamó con otro beso.

—Dios, cómo he echado de menos tus labios —susurró Santi, rozándole la boca a Elena con la suya, haciendo que las pulsaciones de los dos se disparasen descontroladas.

—Santi... —suspiró Elena, perdida en la pasión de ese beso lento.

Él la cogió por el trasero y la levantó, haciendo que ella rodeara con las piernas sus caderas. Se dio la vuelta y subió los escalones para regresar a su habitación.

Cuando llegaron a la cama de Santi, él la bajó de su cuerpo y se separó un poco de ella. Comenzó a desabrocharle el abrigo mientras Elena se dejaba hacer.

¡Pues sí que la había echado de menos!

Se deshizo del abrigo y agarró el fino jersey de punto que ella llevaba para quitárselo también.

Cuando la tuvo con el sujetador se detuvo un momento, admirando su bonito escote. Lo acarició con lentitud y delicadeza, y sintió como Elena temblaba igual que una hoja bajo sus dedos.

La suavidad de su piel lo incitó a querer sentir más, así que en un abrir y cerrar de ojos Santi se deshizo de la camiseta de su pijama. Se acercó de nuevo a Elena y la apretó contra sí, besándola.

Ella acarició con las manos su espalda, notando cómo los músculos se contraían bajo su contacto. Santi estaba caliente y sus dedos absorbieron todo ese calor, que se extendió por los brazos hasta llegar al centro de su pecho y, de allí, a un punto en medio de sus piernas.

Al notar la erección de Santi, se frotó contra esta y el hombre exhaló un

gemido de placer que murió en la boca de ella.

Su novio no dejaba de tocarla y besarla. Elena estaba feliz, pues el arranque de valentía que había tenido él era algo especial. Se preguntó si le duraría mucho y hasta dónde estaba dispuesto Santi a llegar.

«Ojalá me haga el amor esta noche. Ojalá haya pensado en todo lo que le dije sobre las posiciones y se haya decidido por alguna de ellas», rezó Elena.

Poco a poco, Santi la tumbó en su cama y se cernió sobre el cuerpo femenino.

Comenzó a recorrer la garganta de su chica con pequeños besos, sintiendo el sabor de su piel en la lengua, degustándola como si fuera el mejor postre. Bajó hasta el valle de sus senos y, atrevido, posó la boca sobre uno de sus pezones. Por encima de la tela de encaje, fustigó con la lengua la tierna cima hasta que la endureció. Buscó a su compañera para hacerle lo mismo, aun sabiendo que no lograría sacarla de su escondite, pero a Elena le daba placer de todas formas y eso era lo más importante para él, así que continuó.

—Santi... —lo llamó Elena.

La miró a los ojos y vio que los tenía encendidos por el deseo. Ella lo observaba hambrienta y él supo que le estaba pidiendo más.

Regresó a su boca y la devoró despacio.

La madrileña le acariciaba el espeso cabello, el mentón cubierto por una barba de varios días, la fuerte garganta, la amplia espalda, deleitándose con ese hombre que había nacido para ser suyo.

—Santi, te quiero —susurró contra sus labios.

Él sintió que iba a explotar de felicidad al escucharla.

—Yo también, Elena, yo también.

Abandonó la boca femenina y viajó por todo el pecho de la periodista, deteniéndose a cada poco para besar la tersa piel de ella, hasta que llegó al ombligo. Lo mordisqueó, haciendo que Elena se retorciera de placer, entre risas.

—¡Me haces cosquillas!

Él la miró unos segundos sonriendo.

Después, su visión regresó a la cintura y se centró en los leggings que ella llevaba puestos. Recorrió con las manos sus piernas hasta llegar a los pies y se

dio cuenta de que Elena todavía tenía los zapatos. Se los quitó y se sentó a horcajadas sobre su pelvis.

—¿Puedo? —preguntó, tirando de la cinturilla de la prenda.

—¿Me estás preguntando si me puedes quitar los leggings? ¡Maldita sea, Santi! ¡Puedes hacer conmigo lo que quieras! —exclamó completamente excitada.

Él soltó una carcajada ronca que resonó en los oídos de Elena. Era uno de los sonidos más maravillosos que ella podía escuchar. Había otros también, pero esos llegarían más adelante.

—Eres preciosa —dijo, mientras le sacaba los pantaloncillos por las piernas.

Cuando la tuvo solo con la lencería, se paró un momento a observarla. Elena era la viva imagen del pecado y la lujuria. Con el pelo rubio desparramado sobre la almohada; su cuerpo retorciéndose de deseo; su mirada lasciva, incitándolo a tomar su feminidad; el labio que se mordía excitada, apremiándolo a continuar...

Sin darse cuenta, se tocó su virilidad por encima del pantalón. Elena siguió el recorrido de esa mano masculina, arriba y abajo, deslizándose por el falo del hombre. Agrandó los ojos, entusiasmada, creyendo que él estaba preparado y dispuesto a hacerla suya después de tanto tiempo esperando.

Alargó la mano y la posó sobre la de Santi, siguiendo el camino que esta hacía en su hombría. Él apartó la suya y la dejó hacer. Cerró los ojos y se concentró en el hormigueo que la mano femenina le producía por encima de la tela.

Elena se movió de debajo de él para llegar mejor y poder tocarlo más. Sacó las piernas, que continuaban atrapadas por las de Santi, y se puso de rodillas sobre el colchón al mismo tiempo que él.

Lo miró a la cara y contempló su bello rostro. Con los ojos cerrados y totalmente vulnerable, Santi parecía un ángel recién caído del cielo. Y ella era el diablo que iba a seducirlo.

Se acercó a él y lo besó con dulzura.

—Gracias por dejar que te toque —susurró Elena junto a su oído, sabiendo el gran paso que estaba dando.

Entonces él le agarró la mano y abrió los ojos.

Ella pensó que la detendría, pero Santi la sorprendió colando la mano femenina dentro del pantalón.

Elena comenzó a tocarlo por encima del calzoncillo, maravillándose de su erección grande y caliente.

—Joder, qué duro estás... —dijo sin parar de frotar su mano contra la tela de algodón.

Santi gemía con cada caricia. El placer propagándose ardiente y exigente por sus venas.

—Me muero por verte desnudo. Por metérmela en la boca y saborearte. Por subirme encima de ti y cabalgarte —continuó Elena, pensando que así lo excitaba más.

Pero, de pronto, él se retiró, como si lo hubiera quemado con sus caricias.

—¡No! Para, Elena, para.

Ella se quedó asombrada mirándolo.

—Lo siento —se disculpó—. Yo te he visto tan entregado que...

—No es culpa tuya. —Sacudió la cabeza, cerró los ojos un momento suspirando derrotado y, cuando los volvió a abrir, añadió—: Pensé que podría, pero no puedo. He intentado dejarme llevar como tú dijiste, sentir, solo sentir... Sin embargo, no...

Elena puso sus dedos en los labios de Santi para hacerlo callar.

—No pasa nada. Puedo esperar un poco más.

Sonrió, pero ese gesto no llegó a sus ojos y Santi supo que su nuevo rechazo le había dolido. Además, en su voz notó la tristeza por el paso atrás que acababa de dar él; por las ilusiones que se había hecho ella esa noche y que se acababan de truncar con su negativa.

—Lo siento, Elena. Te juro que yo quiero hacerlo contigo, quiero que me toques, que me des placer y dártelo yo a ti, pero... —Se mordió los labios frustrado—. ¡Joder! ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

Se levantó de la cama, enfadado consigo mismo, y se puso a deambular por la habitación como un animal enjaulado.

Elena respiró hondo, diciéndose que el momento había pasado y era mejor dejar a Santi solo para que se tranquilizase. Todavía no estaba preparado. Quizá si esperaba un poco más...

—¿A dónde vas? —preguntó Santi, viendo cómo ella recogía su ropa del suelo junto con los zapatos.

«Eres un imbécil, tío, un puto imbécil. Cobarde de mierda. Sé valiente, enfréntate a tu defecto para superarlo de una puñetera vez y haz feliz a Elena. No dejes que se vaya sin satisfacerla», se decía Santi mientras ella se dirigía hacia la puerta.

—Es mejor que me vaya a mi cuarto y lo dejemos estar —le dijo Elena.

Él la agarró del brazo, deteniéndola.

—No te vayas —le suplicó, pegándose a su espalda.

La cogió por la cintura y la giró para dejarla de cara a él.

—No quiero que te vayas —volvió a decir mirándola a los ojos y viendo como la madrileña contenía las lágrimas—. Joder, Elena, lo siento. —Pegó su frente a la de ella y la abrazó tan fuerte que sintió su corazón latiendo contra su pecho.

—No estás preparado aún y yo te prometí que no te forzaría —murmuró Elena contra su piel, aspirando el inconfundible aroma masculino de Santi, aguantándose las ganas de llorar por la frustración que le producía aquella situación.

Santi le quitó de las manos todo lo que había cogido y lo tiró en un rincón del cuarto.

—Puede que yo no esté listo aún, pero tú estás más que preparada desde hace mucho. No es justo que hayas adelantado el viaje para estar conmigo y tengas que irte a tu habitación a usar tus juguetes para complacerte, teniéndome a mí aquí —replicó él.

Ella lo miró asombrada.

—¿Estás seguro? —preguntó, con una mezcla de sorpresa y alegría.

Él asintió y Elena se sentó en la cama de nuevo.

—Dime qué más formas hay de darte placer sin llegar a la penetración y cómo tengo que hacerlo.

—Hasta ahora todo lo que has hecho conmigo lo has hecho perfectamente bien —comenzó Elena. Santi se colocó a su lado mientras ella hablaba—. Una vez te dije que la imaginación es más importante que la experiencia. ¿Qué te imaginas haciéndome ahora?

Él la miró de arriba abajo y tragó saliva.

—Quiero verte completamente desnuda —confesó, ruborizándose.

—Pues desnúdame. Juega conmigo a que soy tu perdición, tu juguete, ese que cualquier hombre quisiera tener, pero solo tienes tú. Tócame con avaricia, dime cosas al oído para hacerme entrar en calor, recorre con tus besos mis lugares favoritos, haz que me sienta querida y deseada...

—No sé cuáles son tus lugares favoritos.

Elena se acercó a su oído y susurró:

—Cualquier beso que tú me des, da igual donde sea, me enloquece. Pero, sobre todo, me encantaría que me besaras aquí. —Le cogió la mano a Santi y se la colocó sobre su pubis.

Él contuvo la respiración un segundo y después expulsó el aire con fuerza.

Las palabras de Elena estaban calentándolo más que la llama de cualquier fuego. Pero se dijo que ella no tenía que encender su hoguera, sino al revés. Además, Elena había adelantado su regreso para estar con él esa noche. No podía defraudarla.

—Imagina que soy tu helado preferido y que hace mucho mucho mucho que no me comes —dijo ella con voz sensual.

—Te voy a devorar —amenazó dulcemente Santi, cerniéndose sobre ella, obligándola a pegar la espalda en el colchón.

Le dio un beso en los labios y bajó por su garganta, llenándola de pequeños ósculos, hasta llegar a sus pechos. Pero no se detuvo en ellos. Le quitó el sujetador y lo tiró a un lado. Después, siguió viajando por el vientre femenino hasta que llegó al pubis.

Con los dedos picándole por el anhelo de desnudarla, le quitó el tanga, deslizándolo despacio por sus muslos, adorando la suavidad de su piel.

Se quedó embobado unos segundos contemplando su rasurado sexo, imaginándose cómo sería su sabor.

Elena abrió las piernas, invitándolo a tomarla con la boca, y Santi se agachó para recompensarla.

Aspiró el aroma de su piel y este le saturó los sentidos, manipulándoselos a su antojo.

Sacó la lengua y la pasó por todo el largo de su hendidura, recogiendo la humedad que ella tenía entre las piernas, deleitándose con el sabor.

—Qué rica estás, Elena —murmuró contra sus pliegues femeninos.

Santi le dio un segundo lametón y un tercero.

—Sigue, lo haces tan bien —gimió ella.

Y era cierto. Elena no se lo decía solo por complacerlo o subirle la autoestima. Con cada pasada de su lengua estaba llevándola al límite del placer, y si no continuaba, se volvería loca.

Santi continuó lamiendo y succionando el pequeño botón que encontró entre las piernas de su novia. A pesar de ser inexperto no era tonto, y supo que aquello era el famoso clítoris que tanto placer daba a las mujeres. Así que se afanó por arrastrar a Elena al mayor orgasmo que hubiera tenido nunca.

Ella gritó, en medio del placer incontrolable que sentía, con las manos ancladas a la cabeza de Santi hasta que quedó saciada.

Él, a pesar de escuchar su largo gemido, continuó lamiendo los pliegues femeninos.

—Santi, para, me vas a matar... —susurró Elena, tirándole de los castaños mechones para levantar su cabeza de entre sus piernas.

—Me gusta tu sabor —confesó, con la barba impregnada por los fluidos de la mujer—. Quiero más —dijo como un niño goloso que se está comiendo un dulce.

—Pues de momento no puede ser. Tengo que recuperarme un poco. Ha sido muy intenso —contestó Elena, con el pulso latiendo a mil y la respiración errática.

Él la contempló, grabando en sus retinas la imagen de Elena con las mejillas ruborizadas y los ojos llenos de dicha por el orgasmo que acababa de darle.

Se dio cuenta en ese momento de que mataría por verla así todos y cada uno de los días que le quedaban de vida.

La abrazó y la besó en los labios. Elena probó de su boca el sabor de su sexo excitado.

—Me alegro mucho de haberlo hecho bien. Estaba nervioso y no sabía... Pero me he dejado llevar por mi instinto, como me dijiste una vez, y estoy orgulloso de haberte hecho disfrutar —confesó Santi, pasados unos segundos.

—Mañana lo repetimos —prometió ella, sonriendo feliz.

La erección que tenía Santi en sus pantalones le dolía enormemente. Deseaba ir al baño para satisfacerse, pero no quería abandonar a Elena en aquellos momentos tan íntimos y felices.

Se movió para colocársela mejor y, al hacerlo, un jadeo salió de sus labios.

—No sabes cómo me gustaría aliviarte —murmuró Elena.

—A mí también me gustaría que lo hicieras, pero de momento no puede ser. Enseguida vuelvo —dijo él, levantándose de la cama.

Salió de la habitación y fue al baño.

Elena se quedó en la cama, desmadejada. Tuvo la intención de ir tras él y observar cómo se daba placer, pero sabía que no debía hacerlo. Esa noche habían dado un gran paso. No lo iba a estropear ahora con sus ansias por verlo desnudo y tocarlo.

Se arrebujó en las sábanas revueltas, testigos mudos de la pasión desatada entre los dos amantes, y, con el olor de los cuerpos excitados penetrando en su nariz, cayó en el sopor que se adueñaba de ella tras el intenso clímax, que la había dejado exhausta.

Cuando Santi regresó del baño minutos después, sin rastro ya de su erección, con los dientes y la cara recién lavados para eliminar los fluidos corporales de la madrileña, se encontró con Elena dormida en su cama, aferrándose a la almohada igual que si fuera el cuerpo de un amante.

La contempló unos segundos, empapándose de su belleza natural y sintiéndose dichoso por lo que había logrado esa noche.

Se tumbó con ella, que ni se inmutó al sentir unos brazos rodeándola y pegándola a un torso cálido. Le hubiera gustado apagar la luz de la mesita, pero sabía que si Elena se despertaba en medio de la noche, se pegaría un susto tremendo. Así que la dejó encendida.

—Te quiero, Elena —susurró con los labios pegados a la frente de ella.

34

El sonido del despertador alertó a Santi y a Elena.

—Sigue durmiendo. Aún te queda una hora para levantarte e irte a trabajar —susurró él.

—Mmmm... —Fue la respuesta de ella.

Santi salió de la cama y se dirigió al baño.

Rememorando la apoteósica noche que había tenido con su chica, se lavó la cara y, al mirarse en el espejo, pensó si a Elena no le causaría molestia el roce de su barba al practicar sexo oral como había sucedido varias horas antes.

Decidió que se afeitaría. Él siempre se levantaba con tiempo suficiente por si le surgía algún imprevisto, así que le sobraban varios minutos para hacerlo.

Cuando tenía la cara llena de espuma de afeitar, entró Elena en el baño.

Santi se quedó paralizado al verla.

Iba totalmente desnuda.

—Buenos días —comentó Elena somnolienta.

Se abrazó a su espalda y apoyó en ella la mejilla.

—Da gusto tocarte, siempre estás tan calentito.

—Y más que me estoy poniendo al verte así, desnuda —respondió Santi —. ¿Lo haces a propósito para provocarme?

Elena sonrió contra su piel y depositó un pequeño beso en ella.

—Te juro que no. Es que no encuentro el tanga.

—Siempre perdiéndolo todo —murmuró Santi, sacudiendo la cabeza.

—Te recuerdo que anoche fuiste tú quien me lo quitó. A saber dónde lo pondrías, don Ordenado.

—Luego te ayudo a buscarlo, cuando termine de afeitarme —se ofreció él, sintiendo el efímero caminar del dedo de Elena dibujando un corazón en su espalda.

—¿Por qué te estás afeitando? —preguntó ella, alzándose sobre las puntas de sus pies para poder mirarlo a través del espejo, donde se encontró

con sus azules iris.

—Para no lastimarte cuando... cuando te haga lo de... anoche. Seguro que raspo.

—Te ha gustado, ¿eh?

Elena sonrió como si acabaran de darle un premio.

Santi asintió con la cabeza y comenzó a rasurarse la cara con la maquinilla.

—Cuando quieras lo repetimos —dijo Elena—. Y no hace falta que me lo pidas ni que esperes a que yo te lo pida a ti. Estoy a tu disposición por completo, ya lo sabes. Úsame, disfrútame, aprovéchate de mí. Porque será lo mismo que yo haré contigo.

Depositó otro beso en su espalda y lo dejó para ir a preparar el desayuno.

Santi siguió, por el espejo, su salida con los ojos, que se quedaron fijos en el trasero desnudo de Elena hasta que ella desapareció de su vista.

Suspiró profundamente.

Había pasado la noche con Elena. Abrazado a ella. Sintiendo su tibio cuerpo contra el suyo y cómo su corazón latía al compás del femenino.

No le había costado mucho conciliar el sueño, pues la descarga de energía sexual que había tenido en el baño contribuyó a que el sopor le venciera en pocos minutos.

Ahora se sentía exultante. Si hace unos meses le hubieran dicho que dormiría junto a Elena después de practicar un poco de sexo, no se lo habría creído.

Cuando bajó a la cocina, Elena desayunaba sentada a la mesa, vestida con un pijama.

—Perdóname por no esperarte. Estoy famélica. El buen sexo siempre me da hambre. —Le sonrió.

—Buen sexo... Me alegro de haberte hecho disfrutar tanto como para que califiques lo de anoche de esa manera.

Santi se sirvió un café con varias galletas y se sentó frente a ella.

—Espérate a que hagamos el amor y lo calificaré como apoteósico, espléndido y salvaje.

—¿Cómo puedes saber que será así? —preguntó Santi preocupado—.

Quizá no cumpla tus expectativas.

—Después del intenso orgasmo de anoche, estoy segura de que va a ser así. Creí que me iba a morir de lo fuerte que lo sentía. Y después de ver que no querías parar, que me dijiste que querías más, que te gustaba mi sabor... pues lo que pienso es que, cuando lo hagamos, te vas a volver tan adicto al sexo como lo soy yo.

Santi la miraba sonriendo mientras comía una galleta.

—Pero adicto al sexo conmigo, ¿eh? Con ninguna otra —le advirtió.

—Puedes estar tranquila. No le atraigo a ninguna otra mujer y, aunque lo hiciera, no tienen ninguna posibilidad conmigo. Sabes que soy demasiado tímido y no me atrevería.

—¡Vaya! —soltó Elena con una fingida mueca de fastidio—. ¡Yo que pensé que me ibas a decir que te he echado a perder para el resto de las mujeres!

Santi dejó la galleta en el plato y se rio.

—Eso también lo has hecho —le dijo.

Elena se deleitó los oídos con su respuesta y su risa varonil, orgullosa de que Santi fuera solo suyo.

—Por cierto, no he encontrado tu tanga.

—Da igual. Ya aparecerá. ¿Qué tienes que hacer hoy en el trabajo? —preguntó ella, cambiando de tema.

—Podar unos árboles.

—Yo hoy no tengo que ir a la revista.

—¿Y eso por qué?

—Porque, en teoría, sigo en Canarias y hasta las cinco y media de la tarde no vuelvo a Madrid.

—¿Vas a faltar al trabajo? —preguntó Santi, antes de darle un sorbo a su café.

Elena notó el reproche en su voz.

—Siempre hay una primera vez para todo —contestó, sonriéndole con cara angelical.

—No me parece bien.

—Ya lo sé. Pero es mi trabajo. ¿Me meto yo en el tuyo? ¿En si tienes que ir o no, o en lo que debes hacer en él o no?

—Elena, no está la cosa como para que vayas faltando al trabajo y te pillen. Podrías acabar en la calle —replicó él, dejando la taza en el platillo.

Ella lo miró muy seria.

—Cuando me quemé los dedos no falté a la revista. Creo que, porque hoy me quede en casa cuando en teoría tendría que estar volando a Madrid, no va a pasar nada. Además, así aprovecharé el tiempo para repasar toda la información e ir preparando el reportaje. Así que sí voy a trabajar, pero aquí.

—De acuerdo —concluyó Santi, no muy convencido.

Terminaron de desayunar y recogieron juntos. Después de lavarse los dientes, Santi le dio un beso a Elena y se despidió de ella hasta las cuatro de la tarde, que volvería a casa.

Ella se metió en la ducha y, cuando terminó de asearse, se vistió con ropa cómoda.

Entró en la habitación de Santi y, como la otra vez, manipuló la cerradura del cajón de los diarios para abrirlo.

Había una frase escrita por su novio en el primer cuaderno que leyó que no dejaba de dar vueltas en su mente:

«No todas las orugas se convierten en mariposas».

Elena no estaba de acuerdo con eso. Siempre se podía cambiar. Solo tenía que intentarlo.

Santi ya no era una oruga. Todavía habitaba en su capullo de crisálida, sí, pero este tenía los días contados. Su novio iba a salir del cascarón tarde o temprano y ella estaría a su lado para ver la metamorfosis operada en él.

Elena estaba absorta en la lectura del segundo diario de Santi cuando su móvil comenzó a sonar con la melodía de Tu jardín con enanitos.

Supo al instante que era su chico quien llamaba.

—Hola, guapo —contestó con una sonrisa, poniendo voz sensual.

—¿Has encontrado el tanga? Porque creo que yo sí.

Elena comenzó a reírse a carcajadas.

—¡Mierda, Elena! ¿Cómo se te ocurre metérmelo en el bolsillo del anorak? ¿Sabes la vergüenza que he pasado cuando uno de mis compañeros me ha dicho que llevaba lencería colgando del bolsillo? ¡No te rías! ¡Estas bromitas no me gustan nada!

—Yo no he sido —mintió ella, sin parar de reír.

—¿Que tú no has sido? ¡La madre que...!

—¿No será que lo guardaste tú anoche ahí, cuando me lo quitaste, para recordarme hoy en el trabajo?

—¡Elena! —exclamó él indignado.

—¡Santi!

Tras unos segundos de silencio, en los que Elena se imaginó que Santi estaba respirando profundamente para calmarse a juzgar por el ruido que oía al otro lado de la línea, su chico habló de nuevo con la voz algo más controlada.

—¿Cuándo lo has metido ahí? Esta mañana, ¿verdad?

—Sí —reconoció ella, sonriendo feliz.

—Por favor, no vuelvas a hacerme estas cosas. He pasado muchísima vergüenza y lo que me queda todavía, porque ahora mis compañeros no dejan de preguntarme si anoche *mojé* y quieren que les dé detalles.

—Pues diles que sí y se acabó. Cuéntales que dejaste a tu novia completamente satisfecha, saciada y feliz.

—Pero es que yo no tengo que decir ni que sí ni que no. A nadie le interesa mi vida sexual —replicó Santi.

—A mí sí —contestó, pensando en los diarios y los secretos que en ellos había.

—¡Ay, Elena! ¡No sé qué voy a hacer contigo!

—Pues a mí se me ocurren unas cuantas cosas.

—Seguro que ninguna es buena.

—Pues sí. Todas son buenas, muuuuuyyyy buenas —respondió Elena, juguetona.

—Mira, te voy a dejar, que tengo que seguir currando. El tanga te lo devolveré luego, cuando llegue a casa.

—Te lo puedes quedar de recuerdo. Tengo más.

Oyó el bufido de Santi al otro lado del teléfono y soltó una carcajada.

—Hasta luego, Elena —se despidió él, serio.

—No tardes mucho en venir, guapetón. Recuerda que estoy aquí, esperándote con las piernas abiertas.

—¡Elena! —se quejó Santi.

Esa mujer no tenía remedio. Estaba loca de atar.

—Quería decir con los brazos abiertos, con los brazos... Qué despiste el mío —soltó ella, riéndose otra vez.

Y le colgó el teléfono porque pensó que ya lo había martirizado bastante de momento.

Estaba esperando esa llamada desde que le había metido el tanga en el bolsillo del anorak, cuando él la había abrazado para darle un beso antes de irse de casa.

Con una feliz sonrisa tras la conversación con Santi, siguió leyendo el segundo diario que, de momento, no le estaba resultando nada interesante. Se remontaba a un par de años antes.

Se había dado cuenta de que Santi no escribía diariamente. A veces, incluso pasaba semanas o meses sin hacerlo. Solo cuando le ocurría algo verdaderamente significativo o cuando tenía la necesidad de plasmar sus sentimientos, pensamientos e inquietudes era cuando ponía algunos párrafos en él.

Se alegraba de comprobar que, desde que la había conocido a ella, las anotaciones eran más asiduas y casi todas la tenían de protagonista.

Cerró ese cuaderno y cogió el tercero. Tras hojearlo un poco y ver las fechas en que había sido escrito, lo descartó.

Debía buscar en los diarios de los años de adolescencia, así que fue pasando uno tras otro hasta que encontró uno, con las tapas bastante viejas, de su temporada en el instituto.

Justo cuando abrió el libro, su estómago empezó a hacer ruidos y Elena se dio cuenta de que tenía hambre. Miró su reloj y comprobó que ya eran las dos del mediodía. Había estado toda la mañana absorta en la lectura, investigando el pasado de Santi.

Se colocó el cuaderno bajo el brazo y fue a la cocina para prepararse algo de comer. Quería algo rápido y sencillo, que no le llevase mucho tiempo hacer ni comer, pues deseaba continuar con la lectura sin que nada se la demorase.

Optó por una ensalada y una pechuga de pollo.

Se sentó a comer cuando lo tuvo todo listo y siguió con el libro. Pero al poco tiempo lo dejó. Allí, Santi contaba sus sentimientos hacia Belén y a

Elena le estaban entrando unos celos enormes mientras leía aquellas hojas, a pesar de que ya sabía toda la historia y cómo había terminado.

Así que decidió subir a cambiar de diario.

35

Santi llegó a casa cansado tras la jornada laboral, pero contento porque el jefe les había dejado salir una hora antes por haber terminado rápido la tarea para ese día.

Nada más abrir la puerta, llamó a Elena.

—Mierda... —murmuró ella para sí misma al oírlo, arrodillada en el suelo de la habitación de su novio, con el cajón abierto y el diario que había estado leyendo en la mano.

Rápidamente lo metió entre los otros libros, sin percatarse de si lo había colocado en el puesto que debía ocupar, y cerró el cajón todo lo lento que pudo para no hacer ruido. Se levantó justo cuando Santi volvía a llamarla.

Su voz sonaba más cerca. Seguro que estaría subiendo las escaleras para ir a su cuarto y ¡la iba a pillar en él!

«Piensa, Elena, piensa», se dijo.

Con la vista buscó algo que pudiera servirle de excusa para estar allí.

¿El ordenador portátil? Quizá podría decirle que al suyo se le había terminado la batería y... No. Santi le preguntaría por qué no lo cargaba en vez de coger su portátil. Esa excusa no le valía.

Y tampoco que había entrado para coger prestado algo de ropa. Si fuera la habitación de una chica, podría pasar, pero en la de un chico...

—¿Qué haces aquí? —Oyó que le preguntaba él, desde la puerta, con tono de reproche.

A Elena se le cortó la respiración un segundo. Después se giró hacia él.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No deberías estar trabajando? —Miró su reloj—. Aún falta una hora para que vengas a casa.

—Hemos terminado pronto y el jefe nos ha dejado marchar antes —contestó Santi entrando en su habitación—. ¿Y bien? ¿Por qué estás en mi cuarto?

Elena se acercó a él y lo besó en los labios mientras lo abrazaba.

—Te echaba de menos y había venido para ponerme un poco de tu colonia. Así, oliendo a ti, parece que estás conmigo —mintió, esperando que

él la creyese.

—Me la vas a gastar. —Sonrió Santi contra el pelo de Elena. Aspiró su aroma y prosiguió—: Pero no hueles a mi colonia. —Frunció el ceño.

—Es que aún no me ha dado tiempo de echarme.

Elena se deshizo de su abrazo y caminó hasta la mesilla, al lado de la cama, donde él tenía el frasco.

—Bueno, pero ahora que ya estoy aquí no necesitas ponerte mi colonia, así que... —La cogió por la cintura y la atrajo hacia él de nuevo, pegándola a su cuerpo—. Fuera de mi cuarto, señorita. —Le dio un beso en la nuca y la giró para mirarla a la cara—. Me voy a duchar y luego bajaré a comer. ¿Tú has terminado ya? He visto los restos al pasar por la cocina.

—Me falta solo el postre, aunque pensándolo bien... ¿Has dicho que te vas a duchar? Quizá podría comerte a ti —comentó, sensual, metiendo las manos por debajo del forro polar que Santi llevaba para tocar su piel caliente.

Él la detuvo justo cuando llegaba a sus pectorales.

—Estás castigada sin postre.

—¿Por qué?

—¿En serio me lo preguntas?

Santi se sacó del bolsillo el tanga y se lo puso en la mano a ella.

Elena soltó una carcajada.

—¡Pero si no ha sido para tanto!

—¿Que no ha sido para tanto? —preguntó él, indignado—. Tú no sabes lo que he tenido que soportar toda la mañana. Mis compañeros querían saber quién es la chica con la que estoy, si estás buena, cómo eres en la cama...

—Les habrás dicho que sí, ¿verdad? —lo cortó Elena.

—Yo no voy por ahí contando mis intimidades a nadie —replicó, entre dientes.

—Hombre, por decirles que sí estoy buena y que follo como un demonio tampoco va a pasar nada.

—¡Elena!

Ella soltó otra carcajada y se dirigió hacia la puerta.

—Venga, te dejaré para que te duches y te pongas ropa cómoda. Voy a terminar de comer.

Bajó las escaleras con un alivio inmenso en el cuerpo. Su novio no había

descubierto qué hacía ella en su habitación.

Santi se acercó a la silla del escritorio y se sentó en ella para desatarse los cordones de las botas que usaba para trabajar.

Al agacharse, vio un clip metálico debajo de la mesa, pero no tenía su forma habitual, sino que el trozo del final estaba enderezado y acababa en punta. ¿Qué hacía aquello allí? No era suyo, de eso estaba seguro. Lo cogió y lo dejó sobre el escritorio. Le preguntaría a Elena si le pertenecía después de ducharse.

Mientras Elena recogía su parte de la mesa le daba gracias a Dios por que Santi no hubiese indagado más en qué hacía ella en su cuarto y hubiese creído su mentira. Aunque le dolía engañarlo, era por una buena causa.

«Pues ya llevas unas cuantas mentiras, maja», se rió a sí misma.

Del piso superior procedían los ruidos que hacía Santi al ducharse. El agua cayendo, chocando con el suelo...

Elena se imaginó cómo resbalaba sobre la piel de su chico, caliente y perfecta. Recordó la suavidad de sus pectorales sin vello, cómo se contraían los duros músculos cuando ella los tocaba, su sabor cuando pasaba la lengua por ellos...

Sintió que la humedad comenzaba a extenderse por sus pliegues femeninos y apretó los muslos.

Ojalá pudiera meterse en la ducha con Santi.

Ojalá pudiera...

El ruido cesó, pero Elena continuó divagando.

¿Y si subía y entraba en el baño? Sabía que Santi se enfadaría, pero descubriría de una vez por todas cuál era el gran secreto de su novio. Qué defecto físico lo tenía tan acomplexado.

Sin embargo, no se atrevía a quebrantar su principal regla, la de verlo desnudo. Si lo presionaba, podría romperse su relación. Y ahora que todo iba tan bien... Ahora que él parecía más dispuesto a dejarse llevar, poco a poco.

Ensimismada en sus cavilaciones, no se dio cuenta de que Santi estaba a su lado hasta que este le habló.

—¿En qué planeta estás?

Elena parpadeó para salir de sus pensamientos.

—En el mismo que tú —contestó.

—Pues estarías en China por lo menos, porque llevo un rato aquí y ni te has enterado.

El microondas pitó al acabar de calentar la comida del burgalés. Sacó el táper y vertió las lentejas en un plato.

—¿Había lentejas para comer? —preguntó Elena cuando vio su comida—. ¿Por qué no me lo has dicho antes de irte a trabajar?

—No me acordé. Y además no esperaba comer hoy contigo. Solo hice para mí. Pero si te has quedado con hambre, puedo...

—No, déjalo.

—¿En qué pensabas que estabas tan distraída? ¿Algo del reportaje? —Se interesó Santi, comenzando a comer.

Elena negó con la cabeza. Le lanzó una mirada juguetona y, con una sonrisa traviesa, se levantó de su silla para acercarse a él.

Apoyó el trasero en el trozo de mesa que quedaba libre a su lado y le acarició el pelo mientras Santi masticaba la comida.

—Estaba soñando con colarme en el baño y verte desnudo. Bañarme contigo. Hacer el amor en la ducha. Pero sé que eso no es posible, de momento. Por eso soñaba... Simplemente soñaba.

Santi se quedó mirándola largo rato. Apartó el plato y, cogiéndola por las caderas, la sentó en sus rodillas.

Apoyó su frente en la de ella y cerró los ojos.

—No quiero que te conformes solo con soñar. Quiero que estés a mi lado para cumplir esos sueños juntos. —Abrió los ojos y la miró—. Cada vez me voy sintiendo más valiente contigo y lo de anoche fue un gran paso para mí. Me tocaste y... me gustó. Me gustó mucho, Elena. Creo que si seguimos así, en poco tiempo, conseguiré vencer mi miedo.

—¿Has pensado en lo que te comenté antes de irme? Las posturas en las que podríamos hacer el amor sin que yo te viera los genitales ni...

—No —dijo Santi, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Bueno, sí, he pensado en ello, pero no quiero hacerlo así. Será mi primera vez y deseo mirarte a los ojos. Quiero que me abrases, que me rodees con tus piernas y me ayudes a hundirme en ti. Ya sabes que no tengo experiencia y seguro que me pongo nervioso.

«Pero Arturo me dijo que habías perdido la virginidad con una prostituta, entonces, ¿cómo es posible que digas que será tu primera vez? Además, en tu diario mencionas algo con una mujer de ese tipo, aunque no dices qué fue lo que pasó exactamente», estuvo a punto de soltarle.

—Será como tú quieras y cuando tú quieras —susurró Elena, sin embargo, acercándose a su boca para reclamarla con un beso lento.

El sonido del móvil los interrumpió. Se separaron de mala gana y ella fue a contestar.

Santi continuó comiendo mientras pensaba en la conversación que acababan de mantener. Sí, estaba dispuesto a hacerle el amor a Elena. Solo esperaba que ella no saliese corriendo cuando lo viera desnudo.

36

—Hay algo que tengo que contarte —dijo Elena cuando regresó a la cocina, después de hablar por teléfono en su habitación.

Santi ya estaba terminando de comer.

—Me ha llamado mi amigo Fabrizio...

Vio que el cuerpo de Santi se ponía tenso y se detenía unos segundos. Tras esa pequeña pausa, se metió en la boca la última cucharada como si no la hubiera escuchado.

—Para quedar el fin de semana y tomar un café. He pensado que podíamos ir los dos juntos.

—Ni hablar. —Se negó Santi, frunciendo el ceño disgustado.

—Sabía que dirías eso.

—Le habrás dicho que no, ¿verdad?

—Pues... no. —Elena vio cómo Santi abría la boca para quejarse, pero continuó hablando sin darle opción a réplica—. Vamos a ver, cariño, ¿qué hay de malo en quedar con un amigo mío? Simplemente, lo que tenemos que hacer es ir a tomar un café con él y charlar un rato. No creo que sea pedirte mucho. Y mira, para que la situación resulte lo menos incómoda para ti, porque ya sé lo que estás pensando sobre que ha sido mi amante, etcétera, le voy a decir a Amanda que se venga con nosotros, así lo conoce ella también, que sé que tiene ganas.

—No. Me niego —respondió Santi, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Elena se agachó para ponerse a su altura y lo miró con carita de niña buena.

—Venga, porfiii... No tengas miedo. Fabrizio sabe que estoy contigo y que tiene que respetar nuestra relación. No supone ninguna amenaza para ti. Y estará Amanda. Ella lo va a entretener en cuanto lo vea. A Fabi le gustan mucho las pelirrojas, ya me entiendes —dijo, guiñándole un ojo.

—Me da igual. No pienso ir a tomar café con tu amigo. —Volvió a negarse.

—Entonces, tendrá que venir a casa. ¿Cómo andamos de café? ¿Hay que comprar?

Al oírla, Santi dio un respingo en la silla y se alzó.

—¿Cómo? ¡No puede venir a casa! ¡Es una de mis normas! ¡Ya has roto todas las demás! ¡Al menos esta podías mantenerla! —exclamó indignado.

—No te sulfures, guapetón —le pidió ella, levantándose también de donde había estado agachada—. No me he saltado todas tus normas.

—Joder, Elena.

—Anda, venga... Que no te va a comer. En todo caso, soy yo la que te comería. —Le guiñó un ojo nuevamente—. Estoy deseando pegarte un buen mordisco en ese culo apretadito que tienes. —Le dio tal pellizco en el trasero que Santi saltó.

—Pero si yo no tengo nada de que hablar con él ni...

—Pues habláis de fútbol, que eso os gusta a los dos; aunque de todas formas ya te digo que, si viene Amanda, estará muy entretenido ligándosela.

Como Santi no contestó, Elena prosiguió.

—Tendré la casa recogida, mi cuarto ordenado...

—¿Sabes que estos días que no has estado he llegado a echar de menos encontrarme tus cosas por ahí tiradas? Entrar al baño y ver algo de tu lencería olvidada en el bidé, un sujetador colgando de alguna puerta...

—¡No me digas! —exclamó Elena contenta—. A ver si ahora resulta que don Ordenado y Limpio está perdiendo facultades. Si ya lo dice el refrán: Quién va con un cojo, al año, cojo y medio.

—No te confundas. —Santi le sonrió—. No voy a volverme como tú.

Ahora que su novio volvía a sonreír, Elena supo que era el momento de dar la puntilla final.

—Bueno, que nos desviamos del tema, he quedado con Fabrizio mañana sábado a las cuatro de la tarde. Voy a llamar a Amanda para que no haga planes con nadie.

—No he dicho que sí —soltó Santi, de nuevo indignado.

Pero Elena, con el móvil en la mano, marcó el número de su amiga sin escucharlo.

Le comentó los planes para el día siguiente mientras se sentaba en una silla y observaba a Santi poniendo el lavavajillas a funcionar. Apretaba los

botones de una manera que parecía que quería traspasarlos.

—Oye, que el aparato nos tiene que durar todavía mucho tiempo —dijo al acabar la conversación con Amanda—. No veas tú lo caro que está el kilo de lavavajillas.

—Menos bromitas, Elena.

Santi seguía enfurruñado.

—Venga, no te enfades. Además, te he traído un regalo de Canarias. Y no son plátanos —soltó, riéndose.

Se levantó de la silla y se acercó a Santi. Le pasó los brazos por debajo de las axilas y se pegó a él.

—¿Cuántas veces tengo que recordarte... —le susurró al oído— que tú eres el único que me hace mojar las bragas con solo una mirada? El único que quiero que me caliente por las noches. Al único que quiero en mi vida a partir de ahora y para siempre. ¿Cuándo te vas a enterar de que estoy enamorada de ti y que el resto de hombres no me importan? Yo solo te veo a ti.

Su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja a Santi y logró erizarle todo el vello del cuerpo. Aquella sensación lo recorrió como una descarga eléctrica, llegando a alojarse en el mismo centro de sus piernas, haciendo que su pene se hinchara.

Elena tenía razón. No debería temer el encuentro con Fabrizio porque ella lo quería a él. Solo a él. Tenía que ser más fuerte, tener más confianza en sí mismo y en su novia. Todo iba a salir bien.

Además, si Amanda los acompañaba... Elena había dicho que a su amigo le gustaban las pelirrojas, y la chica era bastante bonita. Poseía unos atributos que harían babear al italiano, de eso estaba seguro.

—Está bien —soltó por fin con una especie de bufido.

Elena sonrió de oreja a oreja y lo besó contenta.

—Ya verás. Lo vamos a pasar genial.

—Bueno, no te entusiasmes. En cuanto nos tomemos el café, dejamos a Amanda con tu amigo y nos vamos.

Elena puso los ojos en blanco y se distanció de él.

—Sí, hijo, sí, no vaya a ser que te guste Fabrizio y me pidas quedar con él todos los días —comentó con ironía.

Santi ignoró su respuesta.

—Has dicho que me has traído un regalo de Canarias. —Cambió de tema.

—Lo tengo arriba, en mi cuarto. Ven.

Lo cogió de la mano y tiró de él para subir las escaleras.

Cuando entraron en la habitación de Elena, esta lo empujó para que se sentara en la cama. Después, comenzó a rebuscar en su maleta, que todavía no había deshecho, hasta que encontró el presente.

—Estoy segura de que te va a encantar —dijo dándoselo.

Santi lo observó un rato, tratando de adivinar qué era, aunque por la forma no tenía que pensar mucho.

—Me has comprado un libro —afirmó mientras rompía el papel de regalo en el que venía envuelto.

—No.

—Pues tiene forma de libro.

—No es un libro. Bueno, sí lo es. Pero no es el tipo de libro que tú piensas —le aclaró.

Santi terminó de desenvolverlo y se quedó unos instantes mirando las letras doradas grabadas sobre el fondo de cuero negro y los corazones entrelazados.

—Es un diario —dijo Elena, como si no fuera obvio—. Como sé que te gusta escribir en ellos, pensé que cuando acabes el que tienes ahora...

—Con mi nombre —la cortó su novio, acariciando las letras que lo componían con delicadeza—. Es... es muy bonito. Muchas gracias.

Colocó el cuaderno sobre sus rodillas y giró medio cuerpo para abrazar a su chica, al tiempo que le daba un beso en los labios.

—Así podrás escribir en él nuestra historia de amor —continuó ella, cuando el beso acabó—. Pero no hables mal de mí, ¿eh?

Santi se rio.

—Tranquila. ¿Cómo voy a hablar mal de mi demonio particular? ¿De la mujer que me está pervirtiendo desde que la conocí? No. No podría hablar mal de ti —se burló.

37

Cuando Santi fue a su habitación para guardar el regalo de Elena, reparó en el clip que había encontrado y que había dejado sobre el escritorio.

Guardó el diario nuevo en su sitio, cerró con la llave que siempre llevaba prendida del llavero con el resto de las llaves y cogió el clip.

—Oye, Elena, me he encontrado esto debajo del escritorio de mi cuarto —comentó, enseñándoselo, cuando regresó a la habitación de su chica.

Elena, al ver el clip, se quedó lívida. La respiración se le cortó y el corazón se paró de golpe. ¡La había pillado!

«Mierda, mierda, mierda, ¿cómo se me ha podido olvidar el puto clip en su habitación?», se dio de tortas mentalmente.

Pero al contemplar la cara de Santi no vio enfado alguno. ¿Sabría lo que ella había hecho en su ausencia y no le importaba? ¿O no sospechaba nada en absoluto?

—Debe ser tuyo porque yo de estas cosas no uso —continuó hablando él.

—Sí, gracias —contestó ella, cogiéndolo—. Se me habrá caído alguna vez de las que me has desnudado en tu habitación con esas manos maravillosas que tienes...

Santi sonrió por el piropo. Se dio la vuelta para salir del cuarto de Elena.

—Voy a regar mis plantas y mis bonsáis con mis preciosas manos —dijo por encima del hombro.

—Yo tengo que deshacer la maleta.

—Vale. Estaré abajo.

Cuando él se marchó, Elena soltó de golpe todo el aire que retenía en sus pulmones. Había estado a punto de descubrir su fechoría, pero, gracias al cielo, no lo había hecho. Cerró los ojos y se tumbó en la cama, relajándose.

«Debes tener más cuidado la próxima vez, Elena. No siempre va a estar la suerte de tu lado», le dijo la voz de su conciencia.

Cuando Elena hubo deshecho su maleta, cogió la ropa sucia y bajó al

piso inferior para dejarla en el cesto, al lado de la lavadora. Después, se dirigió al salón y de allí al patio. Se apoyó contra el marco de la puerta corredera y observó a Santi cuidando con mimo de sus plantas.

Lo escuchó cantar y sonrió. Comenzó a tararear ella también la misma canción y, poco a poco, fue bajando los peldaños hasta pisar el jardín. Se acercó despacio a él y lo abrazó por la espalda, posando su cabeza en ella.

En un primer momento, Santi, al sentir la presencia de Elena, se detuvo. Dejó de cantar y de regar las plantas, pero pasados unos pocos segundos retomó lo que estaba haciendo.

—Yo también quiero ser tu guerra todas las noches y tu tregua cada mañana —susurró Elena contra la sudadera azul de Santi al acabar este de cantar—. Tus silencios, tus gritos y el mar donde puedas ahogar todos tus males. La escoba que barra de tu vida la tristeza...

Santi dejó la regadera sobre la repisa donde estaban las plantas y se volvió hacia Elena entre sus brazos.

—Ya eres todo eso y más, mucho más —dijo al tiempo que se inclinaba sobre sus labios para acariciarlos con su boca.

Elena lo agarró de la pechera y tiró de él mientras sus labios seguían fusionados. Comenzó a andar hacia atrás, mirando de reojo por donde iban, hasta llegar al primer escalón.

—Santi, te deseo ahora.

Él la miró con los ojos nublados también por el deseo y, antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que su chico hacía, se encontró en los brazos del burgalés que la sostenían como si fuera una novia recién casada.

—Yo también, cariño.

Entraron en el salón y lo cruzaron. Santi subió cargando con ella por las escaleras hasta la habitación de Elena. Una vez allí, la dejó en el suelo sobre sus pies. Se desnudaron poco a poco mientras no dejaban de besarse y recorrer la piel que iban descubriendo con abrasadoras caricias.

Cuando Elena estuvo completamente desnuda, a Santi solo le quedaba el pantalón, que nunca se quitaba en presencia de ella.

Por eso, como su novia sabía que no iba a pasar de ahí, regresó con sus manos a los pectorales masculinos, empapándose de todo su calor.

—Santi... —suspiró.

No hizo falta decirle nada más. La mirada de deseo que ella le lanzó atravesó la piel de su hombre y lo calentó por completo.

Él notaba cómo sus dedos codiciosos encendían la sangre en sus venas y un exquisito fuego se apoderó de todo su ser.

Sin hablar, cogió las manos de Elena y las llevó hasta la cintura de su pantalón, que comenzó a bajar. Ella agrandó los ojos al darse cuenta de lo que hacían sus dedos con ayuda de los de Santi.

—¿Estás seguro? —murmuró, sin poder creerse que él le permitiera verlo solo con el slip.

Santi asintió con la cabeza, al tiempo que se sentaba en la cama para terminar de quitarse el pantalón. Cuando se hubo deshecho de la prenda, se tumbó en el colchón.

Elena se quedó mirando el contorno de la erección de su novio que se intuía grande y caliente bajo el calzoncillo.

—Puedes tocarme —le permitió el hombre.

Ella se sentó en la cama, a su lado, y con delicadeza posó una mano sobre el miembro. Tuvo que resistir el impulso de arrancarle el slip y verlo en todo su esplendor, pero se dijo que lo conseguiría con el tiempo.

—Elena... —jadeó Santi con voz ronca al sentir su caricia.

Entonces ella se colocó a horcajadas sobre su pelvis y manoseó la tela de la prenda interior. Recorrió el largo y duro falo varias veces de arriba abajo con la mano, deleitándose con su grosor y magnitud.

Cada vez se fue hinchando y creciendo más, hasta que la punta asomó tímidamente por encima del elástico del slip.

Elena se relamió al verla. Esa corona rosada, que parecía una ciruela madura, la tentaba escandalosamente. La boca se le hizo agua.

Miró a Santi a los ojos y este le devolvió una mirada cargada de hambre y lujuria.

—Cómo me gustaría...

Pero no pudo acabar. Santi la agarró de los brazos y tiró de ella para tumbarla sobre su pecho y besarla.

Recorrió la boca de Elena con maestría, asaltando todos sus sentidos, sin dejar un solo rincón por acariciar con su húmeda lengua.

Con las manos, la cogió por las caderas y se la colocó mejor sobre su

dureza.

Elena, al notar contra sus desnudos pliegues femeninos el glande de Santi, exhaló un largo y tembloroso gemido de placer.

—Puedo sentirte —susurró, pegada a los labios de su chico.

—Yo también te siento.

—Si no tuvieras el slip, sería mucho mejor —dijo Elena, moviéndose sobre el falo de Santi para mejorar la sensación.

—Me lo imagino, pero aún no.

El roce del sexo mojado de Elena contra el de Santi los estaba llevando a los dos a la locura. Ella se apoyó con las palmas de las manos en el pecho de su novio mientras no dejaban de mirarse a los ojos y él recorría con incendiarias caricias sus muslos.

El ruido de la fricción de los cuerpos resonaba en sus oídos y el olor del sexo compartido comenzó a extenderse por la habitación.

—Ohhh... Dios... —gimió Elena, notando cómo el éxtasis se apoderaba de ella.

—Estoy muy caliente. Creo que...

Santi no pudo continuar porque todas sus neuronas se colapsaron al aumentar Elena su contoneo sobre él.

—Ya casi estoy —jadeó ella.

Al verla tan entregada, con las pupilas dilatadas y buscando con ahínco su liberación, Santi la agarró de las caderas para frotar mejor contra su sexo su propia erección.

—Ahhhhh —gritó Elena, al tiempo que la semilla de su novio se derramaba sobre el vientre de este.

Santi la observó sin creerse lo que acaba de suceder.

Ella permanecía con la cabeza y el cuerpo arqueados hacia atrás, clavándole las uñas en los pectorales y los muslos firmemente aferrados a cada lado de las caderas masculinas. Con el sexo pegado al suyo y los fluidos corporales entre los dos.

Elena agachó la cabeza y se acomodó sobre el pecho de Santi, abrazándolo.

—Qué bueno, por Dios —murmuró, dándole un beso en la garganta a su novio.

Santi permanecía estático, intentando controlar los acelerados latidos de su corazón y recuperar su respiración normal. En su mente, repasaba todos los momentos desde que ella se había acercado a él en el patio y lo había abrazado hasta ese instante, donde casi habían hecho el amor.

—Abrázame —le pidió Elena.

Él la rodeó con los brazos, ciñéndola más a su cuerpo.

—Dime que no ha sido un sueño —susurró contra el pelo de Elena.

—Si esto te ha parecido un sueño, verás cuando hagamos el amor de verdad.

Ella apoyó la barbilla en sus pectorales y lo miró sonriente.

—No me lo puedo creer —dijo Santi.

—Pues créetelo. Además, tenemos una prueba muy pringosa y real pegada a nuestros vientres.

Santi cerró los ojos mortificado.

—Lamento haberte ensuciado.

—No lo hagas. —Elena le acarició con un dedo la cicatriz de la frente y él abrió de nuevo los ojos para mirarla con adoración—. Me gusta saber que te has corrido gracias a mí. Me siento orgullosa de haberlo conseguido.

Lo besó en los labios y se recostó sobre él con un suspiro de satisfacción.

—Tendremos que limpiarnos.

—Luego, Santi, luego. Ahora estate quietecito y disfruta del momento.

Al cabo de unos minutos, los dos se habían quedado tan relajados tras la explosión del clímax que terminaron durmiéndose en la misma posición en la que estaban.

Elena aprovechó que Santi se estaba duchando, quitándose los restos de la pasión desatada entre los dos, para colarse en su cuarto. Ella se había limpiado minutos antes y ahora le tocaba a él. Sabía que tenía poco tiempo y que era arriesgado hacerlo con Santi en casa, pero no podía dejar de pensar en sus palabras sobre la primera vez que hiciera el amor.

Abrió el cajón con el clip en cinco segundos, alegrándose de ir cogiendo presteza en su fechoría. Buscó entre los diarios hasta que encontró el último que había leído y del que le quedaban pocas páginas por ver.

Arrodillada en el suelo y escuchando los ruidos de la ducha, pasó las hojas ávida de la información que buscaba.

Pero no halló nada interesante.

Así que cogió el diario más viejo de todos, el que estaba al fondo del cajón.

Sin embargo, no esperaba que este tuviese un pequeño candado.

«Debe de haber algo muy importante aquí», se dijo Elena, mientras el corazón le palpitaba con rapidez ante la certeza de un gran hallazgo.

Cogió el clip y hurgó en la diminuta cerradura.

Nada más lograr abrirla, oyó que el agua de la ducha cesaba y Santi corría la mampara para salir y secarse.

Tenía como mucho tres minutos antes de que él abandonara el cuarto de baño y la pillara.

Con el alma en vilo, pasó la primera página y leyó la fecha. Hizo cálculos rápidamente y concluyó que, cuando se había escrito, Santi rondaba los doce o trece años. Apenas era un adolescente que había dejado atrás su infancia hacía poco.

Se debatió algunos segundos entre colocar el libro en su sitio, y esperar una nueva oportunidad para seguir leyéndolo, o llevárselo consigo. Pero si lo cogía prestado, Santi se daría cuenta de que faltaba y no quería arriesgarse a que descubriera que había estado leyendo sus intimidades. Así que lo devolvió a su lugar. Cerró el cajón de los diarios y se guardó el clip en el bolsillo del

pantalón.

Al fin tenía lo que había buscado durante tanto tiempo. El diario más importante de todos. El que contaba los secretos más oscuros de su novio.

Santi no dejaba de preguntarse si Elena había notado su defecto cuando unió su zona íntima a su pene. Con cada roce del sexo de ella en su miembro, el slip se le bajaba un poco, dejando que asomara buena parte de su virilidad. Pero luego la prenda volvía a subir hasta cubrirlo. Así de arrugado había quedado el calzoncillo con tanto contoneo de las caderas de Elena sobre él. Arrugado y sucio por los fluidos de los dos.

Sonrió feliz recordando lo sucedido mientras se secaba tras la ducha.

Cuando estuvo vestido, salió del baño y se encontró con ella, que bajaba las escaleras.

—Voy a preparar la cena —lo informó la periodista.

—¿Ya es la hora de cenar? —preguntó Santi asombrado, mirando el reloj que se estaba poniendo en la muñeca—. Se nos ha pasado la tarde volando.

—Claro, es lo que tiene estar jugando y luego echarnos una siesta de hora y cuarto.

—Esta noche nos costará dormir, porque echarnos la siesta a las siete de la tarde...

Santi bajó las escaleras tras Elena mientras hablaban.

—Si nos cuesta dormir, sé perfectamente en qué podemos entretenernos y cómo hacer que nos llegue el sueño —replicó, mirándolo de reojo, con una sonrisa traviesa.

Él soltó una carcajada y la agarró de la cintura cuando llegaron al final de las escaleras.

—Ven aquí, mi demonio personal —dijo antes de darle un beso, recordando aquello que Elena le comentó una vez sobre que el infierno podía ser muy divertido si estaba con el demonio adecuado. Ella era la adecuada para él. De eso no tenía ninguna duda.

Cuando entraron en la cocina se pusieron juntos a preparar la cena en un agradable y cómodo silencio.

Pero Santi no dejaba de hacerse preguntas, que solo obtendrían

respuesta si las comentaba con Elena.

—Oye, cielo... —comenzó él—, cuando... cuando tenías tu sexo en contacto con mis partes... —Notó cómo el rubor se adueñaba de sus mejillas. ¡Vaya! Hacía mucho que eso no le ocurría. Sería que lo que iba a decirle le daba vergüenza. Aun así, continuó—: ¿Has notado algo?

—¿Que si he notado algo? ¡Claro que he notado algo! —Elena empezó a reírse—. He notado que la tienes grande, dura y con un grosor excelente. He sentido que me excitaba muchísimo, a pesar de no estar piel con piel. Por cierto... —lo miró de reojo—, tu slip habrá quedado hecho una birria.

—Bueno, no te preocupes por el calzoncillo ahora.

Santi se giró de medio lado y apoyó la cadera en el borde de la encimera de granito. Agarró a Elena de la cintura y la colocó en la misma posición que estaba él.

—Quiero saber si... si has notado algo... raro.

Ella frunció el ceño. Sabía lo que él quería decir, pero se negaba a darse por enterada. Quería que Santi superase esa barrera y hablase de su defecto con normalidad, fuera lo que fuese que le pasaba.

—Algo raro... ¿como qué?

—Pues ya sabes... algo como...

«Joder, ¡qué difícil es esto!», se lamentó Santi.

—Nada. Déjalo —resopló finalmente.

Elena puso los ojos en blanco. No se había atrevido.

Con rapidez, agarró a Santi del pene, pillándolo desprevenido. Este dio un respingo, pero no pudo soltarse de su agarre.

—Mira, guapetón, lo que siento al tocarte es lo que te he dicho antes. La tienes grande y, cuando no está en reposo como ahora, adquiere unas dimensiones aún mayores, una dureza como la de una piedra y un grosor que estoy segura me llenará por completo. Así que, simplemente con el tacto, ya puedo decir que no te pasa nada raro. Me da igual el defecto físico que tengas. Pero estoy segura de que no tendrá importancia, por mucha que le des tú. Lo más importante de todo es que funciona correctamente. Y eso a mí me vale. ¿Entendido?

Le soltó la entrepierna y continuó haciendo la cena como si aquello no hubiera sucedido, dejando a Santi perplejo. Aunque no entendía por qué se

asombraba. Elena era así. Él lo sabía.

Pero, mientras cenaban después, no podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido.

Ella lo había tocado y no había notado nada raro. ¿O si lo había hecho, pero no quería decírselo?

«Vamos, tío, suéltalo. Además, Elena tiene un pezón invertido y lo lleva con naturalidad. Quizá si se lo cuentas, haga como con lo suyo y lo acepte sin más».

Sin embargo, continuó en silencio, sin atreverse a confesar cuál era su tara.

39

Elena se despertó de madrugada. Los brazos de Santi la rodeaban y le daban su calor. Le encantaba estar entre ellos. Se sentía segura, protegida y amada. Por eso le costó tanto decidirse a salir de aquella cárcel maravillosa. Pero tenía que aprovechar el tiempo ahora que su chico dormía plácidamente.

Despacio, se quitó de encima uno de los brazos de su novio y, sigilosamente, se levantó de la cama. Cogió el batín de seda para cubrir su desnudez y no pasar frío, y salió de la habitación. Pero antes de cerrar la puerta, echó un último vistazo a ese hombre que había deseado desde el primer día en que lo vio.

A la tenue luz de la lamparita que siempre tenía encendida, Elena repasó el contorno de sus fibrosos pectorales, de su liso vientre y de sus fuertes piernas. Santi únicamente llevaba puesto un slip, y en él se intuía la poderosa verga que ella se moría por probar.

Perfectamente podía haber levantado un poquito el elástico y haber echado una ojeada a su zona íntima, pero se dijo que si Santi la pillaba haciendo eso, se lo tomaría mal, y no quería discutir con él.

Prefería descubrirlo de otra manera. Así que cerró la puerta a su espalda con cuidado de no hacer ruido y se dirigió hacia la otra habitación, rezando por que él no se despertara antes de tiempo y viera lo que ella iba a hacer.

Estaba muy mal y Elena lo sabía. Leer los diarios de Santi era una traición, pero no podía evitarlo. Quería ayudarlo a superar su complejo y, ya que él no le confesaba cuál era, ella tendría que investigar y descubrirlo.

Luego ya se inventaría algo para que él superase aquello y poder hacer el amor por fin como cualquier pareja de novios.

Se arrodilló frente al cajón y sacó del bolsillo de la bata el clip. Manipuló la cerradura y en pocos segundos esta cedió. Elena cogió el último diario, resguardado al final de todo, bajo los demás.

Lo abrió y comenzó a leer.

Hoy cumpla trece años y Arturo, que ya tiene dieciocho, me va a llevar

con sus amigos a un sitio para celebrarlo. Dice que tengo que hacerme un hombre ya y que sabe cuál es la manera perfecta para conseguirlo. No me ha dicho qué sitio es al que me va a llevar, pero tampoco me importa mucho. Si estoy con mi hermano, sé que nada malo me pasará. Aunque nuestra relación no es del todo buena, confío en él. Sé que voy a tener que soportar toda la tarde sus burlas, pero ya estoy acostumbrado. De todas formas, por mucho que Arturo se ría de mí, es mi hermano mayor y un ejemplo para mí. Tengo que intentar cambiar y ser más como él. Papá y mamá estarán orgullosos de mí si lo consigo y ya no tendrán tan en cuenta que me falta un huevo y que no estoy completo...

Elena se detuvo unos segundos.

¿Ese era el gran complejo de Santi? ¿Su gran secreto? ¿Su tara, su defecto?

A su novio le faltaba un testículo.

Releyó la frase de nuevo para asegurarse de que lo había entendido bien.

Pues sí. Eso era lo que le pasaba a Santi. Eso y el machaque psicológico al que le habían sometido desde pequeño con el rollo de que era un bicho raro, como él le había comentado alguna vez. Todo había influido para que su «tara», como insistía en llamarla, dominase su vida y le impidiese tener relaciones sexuales completas con una mujer.

Se quedó pensando varios minutos, con el diario abierto en las manos, sentada en el suelo frente al escritorio.

¿Qué importaba que Santi careciese de un testículo si todo funcionaba correctamente? Él tenía erecciones, era capaz de eyacular... No sabía si podría tener descendencia, debía buscar información sobre esto si es que a Santi le preocupaba o hablar con un médico el día que quisieran tener hijos, pero hasta que llegase ese día a ella no le importaba que a su novio le faltase una parte de su anatomía o no.

Era como lo de su pezón invertido. No influía para nada en tener relaciones satisfactorias y placenteras. Para ella era algo natural que les pasaba a muchas chicas. Claro que su familia no la había machacado con que no era una persona normal debido a eso y no le habían creado ningún complejo por ello.

¡Pobre Santi! La ignorancia de sus padres, la poca educación recibida, la falta de conocimientos y de información, las burlas de Arturo... A Elena no le extrañaba que todo esto influyera negativamente en su novio.

Por eso él había comentado muchas veces que no estaba completo y que, si ella lo viera desnudo, saldría corriendo para no volver más.

Bien. Pues iba a demostrarle que se equivocaba. Su amor era más fuerte que cualquier complejo, que cualquier defecto físico.

Pero sabía que no podía confesarle que había descubierto su secreto leyendo ese diario. Había violado la intimidad de su hombre y eso era muy grave. Tendría que apañárselas para que Santi se mostrara desnudo ante ella y hacer como que lo descubría en ese instante.

Devolvió sus ojos al párrafo leído y, al ver el nombre de Arturo, recordó lo sucedido en el baño de su casa y sus palabras sobre que Santi había perdido su virginidad con una prostituta. ¿Allí era a donde lo había llevado ese día que contaba en el diario? ¿Esa era su forma de celebrar el cumpleaños de un niño de trece años? Y no de un niño cualquiera, sino de su propio hermano. De su hermano pequeño.

¡Por Dios! ¿Cómo había podido Arturo ser tan imbécil? ¿Es que no le podía haber regalado un juguete como a cualquier otro niño? No. Se lo había llevado de putas para que lo desvirgaran. Para Santi debía haber sido una experiencia traumática, se imaginó Elena. El estómago se le revolvió al pensar en su tímido y tierno hombre enfrentándose a esa situación siendo tan solo un adolescente.

La misma rabia que sentía cada vez que se acordaba de Arturo se apoderó de ella otra vez. Si lo tuviera delante, le daría de hostias. Pero bueno, ya se había vengado de él con el cabezazo y la posterior pérdida del diente. Sonrió para sí. Se lo tenía merecido por gilipollas.

Decidió no seguir leyendo. Los momentos horribles que tuvo que vivir Santi con aquella mujer, su hermano y los amigos no eran plato de buen gusto para nadie, y ella prefería no saber más. Ya había descubierto cuál era el defecto de su novio para así poder ayudarlo. Con eso bastaba. No quería hurgar más en la herida.

De repente, Elena oyó como la puerta de su cuarto se abría y Santi la llamaba.

¡Mierda! ¡Iba a pillarla!

Con rapidez, guardó el diario en el cajón, bajo algunos de los libros escritos, y lo cerró intentando hacer el mínimo ruido.

—Elena...

La voz de Santi se escuchaba más cerca. Seguramente estaba cruzando el pasillo en dirección a su habitación porque habría visto la luz en él.

Con el corazón latiendo como un caballo desbocado, se guardó el clip en el bolsillo de la bata y se tumbó sobre la cama. Se abrió la prenda para que él la viera desnuda al entrar y cegarla con la visión de su magnífico cuerpo llamándolo para unirse a ella.

Santi llegó y, al verla así, se detuvo unos momentos hipnotizado.

Elena se acariciaba los pechos mientras no dejaba de mirarlo parado en el umbral.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Santi cuando se recuperó de la sorpresa.

—Quiero que me des placer en tu cama. En la mía ya lo he tenido —susurró ella, bajando por su vientre hasta llegar al pubis.

Abrió las piernas y le mostró a Santi su sexo desnudo, expuesto y preparado para recibir sus atenciones.

Él sonrió juguetón y la miró con el deseo bailando en sus pupilas.

—¿Por qué no me has despertado cuando lo has hecho tú? —quiso saber, caminando hacia ella con lentitud.

Se sentó en el borde de la cama al llegar y comenzó a acariciarla.

—Porque la espera a veces es tan deliciosa... Hace que te excites más, deseando que llegue el momento ansiado. —Jadeó y se arqueó al sentir las masculinas manos sobre su cuerpo, en un viaje tortuoso por su piel, incendiándola hasta llegar a su vulva.

Santi se tumbó de medio lado, con un codo en el colchón y sosteniendo la cabeza con la palma de su mano. Estudió todas las reacciones de la hermosa mujer que tenía frente a sí mientras introducía un dedo entre sus pliegues íntimos y acariciaba con él esa erógena zona.

Elena gimió de placer y cerró los ojos.

Sintió los labios de Santi sobre los suyos, cálidos, que buscaban su lengua para danzar juntas. Después de un rato, él bajó por su mandíbula, su

garganta, regándola de pequeños besos, hasta su pecho. Se entretuvo unos minutos en los pezones, jugando con ellos hasta endurecer al que siempre se ponía erecto, sin olvidar al perezoso que nunca quería salir de su escondite.

Continuó dejando un rastro de fuego por donde sus labios pasaban hasta llegar al ombligo de Elena, donde dio tiernos mordiscos que le erizaron la piel. Jadeó complacida cuando Santi le introdujo el dedo en su sexo y comenzó a entrar y salir de él.

Santi notaba cómo se iba poniendo duro viéndola a ella excitada y disfrutando de todo lo que él le hacía. Adoraba jugar con el cuerpo de Elena y lo receptiva que siempre estaba. Empaparse de la suavidad de su piel, embriagarse con su olor, escuchar el ronroneo de Elena cada vez que la acariciaba, sus jadeos de placer cuando tocaba su sexo y le pasaba la lengua o los dedos por él.

—Te voy a comer entera —susurró contra su vulva, haciendo que Elena temblase como una hoja al notar su aliento en esa parte de su feminidad.

Santi comenzó a lamer toda la hendidura de su chica, a jugar con su botón para aproximarla al clímax. Cuando notó que esta contraía los músculos de la vagina, aumentó la fricción de su dedo en ella. Sabía que cuando Elena hacía eso era porque estaba muy cerca de liberarse y culminar. Así que se afanó por darle el mejor orgasmo de su vida, sin dejar de acariciar con su húmeda lengua el clítoris hasta que oyó el grito de placer que le indicó que Elena estaba saciada.

Ella quedó exhausta sobre la cama tras la explosión de endorfinas sufrida y, cuando Santi se cernió sobre su cuerpo, todavía besándola, consiguió a duras penas abrazarlo.

—¿Ha sido tan bueno como los otros? —preguntó él, acariciándole la nariz con la punta de la suya en un tierno gesto de cariño.

—Sí —suspiró Elena, tratando de recuperar el aire que les faltaba a sus pulmones—. Cada vez... cada vez lo haces mejor... —dijo, mirándolo a los ojos y sonriendo.

Santi le lanzó una sonrisa triunfal y se posicionó mejor entre las piernas de ella.

—¡Uf! ¡Qué durísimo estás! ¿Hacemos algo para aliviarte? —Lo miró juguetona y traviesa, incitándolo.

Él comenzó a moverse entre sus muslos, a frotarse y sentir la humedad de su chica empapándole el slip.

—Tranquila. Ya me apaño yo. Tú relájate y descansa.

—Si continúas así, volveré a excitarme. El roce es tan maravilloso y yo tengo el clítoris tan sensible ahora...

—Acabas de tener un orgasmo —dijo Santi asombrado—. ¿Serías capaz de tener otro tan pronto?

Elena asintió sin dejar de sonreír.

Y Santi se esforzó para que ella lo consiguiera de nuevo y liberarse él al mismo tiempo.

40

—Se está convirtiendo en una costumbre esto de casi hacer el amor, de arrugarme y ensuciar me el slip.

—Pues quítatelo y así ni lo arrugas ni lo ensucias —le aconsejó Elena—. Y en vez de decir que casi hacemos el amor, podríamos decir bien orgullosos que por fin lo hemos hecho de verdad.

—¿Te quieres limpiar tú primero? —preguntó Santi, ignorando su comentario.

Se despegó de ella y observó los fluidos repartidos por su vientre y el de Elena.

—No. Creo que me voy a quedar un ratito más aquí, sintiendo tu caliente espermatozoos en la piel. Míralo, parece leche condensada y me está dando unas ideas para el día que te pueda ver desnudo y hacerte todo lo que yo quiera...

—Voy a ducharme —soltó él, sin hacer caso de lo que decía.

La volvió a besar en los labios antes de levantarse de la cama y coger otro calzoncillo de la mesita de al lado.

—¿Y si nos duchamos juntos? —preguntó de pronto Elena—. Así ahorramos agua.

Santi le sonrió y le revolvió el pelo.

—No... todavía. —

Ante el mohín que hizo Elena, añadió—:

Pero ya falta poco.

Se levantó del colchón antes de que ella pudiera objetar algo más y salió de la habitación.

Elena cerró los ojos y suspiró. No la había pillado por poco y había conseguido distraerlo y que él no preguntara más, ni se enfadase porque ella estuviera en su cuarto.

Santi era demasiado bueno para ella. No se lo merecía.

Sí, sí se merecía un chico así. Quién no se merecía una chica como ella era él. Lo había engañado, había leído sus diarios, violando así su intimidad.

Pero todo lo había hecho por amor y para ayudarlo con su complejo.

Así que, aunque pensó que podría haber hecho las cosas de otra manera, sin subterfugios, a pesar de no estar contenta del todo con su forma de proceder, sí se alegraba de sus logros y de lo conseguido hasta ahora con Santi.

—Hola, Fabrizio. ¿Qué tal todo? —saludó Santi.

Habían quedado en una cafetería situada en la Plaza de Oriente que tenía unas vistas preciosas del Palacio Real y sus jardines.

Los hombres se estrecharon las manos, Fabrizio le dio dos besos a Elena, y se sentaron en una mesa a esperar que llegase Amanda.

Mientras su novia relataba al italiano su viaje a Canarias y el próximo reportaje que publicaría la revista en la que trabajaba, Santi comprobó que, en ningún momento, Fabrizio miraba a Elena con deseo. Lo suyo era agua pasada, así que se relajó bastante. El examante de su novia ya no suponía ninguna amenaza.

Cuando Elena terminó de contarle a su amigo los pormenores del viaje y del artículo, este le preguntó educadamente a Santi por su trabajo. El burgalés le explicó con pocas palabras en qué consistía y, por cortesía más que porque le interesara saberlo, le preguntó a Fabrizio por el suyo.

—*La mía* empresa abrió hace más de un año una *filiale qui, a Madrid*, y me han nombrado *supervisore dell'area spagnola*. Somos fabricantes de calzado —contestó el italiano, mezclando como siempre su idioma con el castellano.

—Hablas muy bien nuestra lengua —lo alabó Santi.

—*Grazie*. Pero debo seguir practicando *per parlare meglio*.

En ese momento llegó Amanda y toda la atención del italiano se centró en ella. No era para menos. La pelirroja amiga de su novia iba ataviada con un vestido de punto que se pegaba a su cuerpo, marcando todas sus formas, y con un escote en V por donde se veía la redondez de sus grandes pechos, mostrando lo justo para hacer que Fabrizio babeara.

—Ostras, tía, está buenísimo —murmuró Amanda en el oído de Elena al saludarla con un beso en la mejilla, refiriéndose al hombre extranjero—. Espero ligármelo y pasar un buen rato con él.

Elena le guiñó un ojo con complicidad.

Hubo un cambio importante en el italiano, que pasó a estar en modo depredador. Verlo en acción le hizo gracia a Santi al principio. Era muy zalamero, y con ese acento, que también a él le gustaba, debía reconocerlo, era lógico que embaucase a más de una. Pensó que observándolo quizá aprendería algo. Pero después de comprobar que Fabrizio no le quitaba los ojos de encima a las tetas de Amanda, comenzó a sentirse incómodo.

No comprendía cómo el italiano llevaba diez minutos mirándole los senos a Amanda mientras ella le hablaba y la mujer no se sentía ofendida. Al contrario, parecía encantada de la vida por haber captado la atención de Fabrizio con su gran talla de pecho.

—Cuando quieras nos vamos —le susurró Elena al oído.

—¿Estás segura de que es conveniente dejar a Amanda sola con él? —preguntó en voz baja para que no lo oyeran los otros dos.

Elena soltó una risita.

—Mi amiga estará en buenas manos, tranquilo. Él la tratará bien y la hará disfrutar mucho si decide acompañarlo a su hotel.

—Pero es que lleva diez minutos mirándole el pecho como si se lo fuera a comer —murmuró Santi.

—¿Y qué? Es un hombre, Santi, por el amor de Dios, no un animal en celo —cuchicheó, mirando de reojo a la otra pareja que, sentada frente a ellos, parecía ajena al mundo que los rodeaba.

—Yo también soy un hombre y no me he quedado mirándole las tetas como un niño que se relame frente a una piruleta.

Elena puso los ojos en blanco. Santi a veces era tan... recto, tan cuadriculado.

—Venga, vámonos, así les daremos intimidad para que hagan lo que tengan que hacer —dijo ella.

Se levantó del asiento en el que estaba y carraspeó para llamar la atención de sus amigos.

—Nosotros nos marchamos ya —comentó, poniéndose la cazadora de cuero negro.

A Fabrizio le costó desviar la mirada de los senos de Amanda hacia los ojos de Elena. Santi, al verlo, sacudió la cabeza.

—*Va bene.* —Se alzó para despedirse de ella con un beso en la mejilla y

de Santi con un apretón de manos—. Estoy muy contento *che tutto* vaya bien entre vosotros y que no me guardes rencor por ayudar a Elena con lo del robo —dijo mirando a Santi.

Elena se puso blanca cuando lo escuchó decir aquello.

—¿Perdona? —Santi creyó que lo había entendido mal, pero no, lo había dicho en castellano, con todas sus letras—. ¿Qué quieres decir con que ayudaste a Elena con lo del robo?

Fabrizio miró a la madrileña, sabiendo que había metido la pata. Al parecer, ella no le había contado la verdad a su novio.

—Nos veremos *un altro giorno, si? Arrivederci* —se despidió, ignorando a Santi.

Amanda también les dio un par de besos y quedaron en llamarse en esa semana. Elena le guiñó un ojo y su amiga hizo el gesto de abanicarse con la mano y suspiró.

—Bueno, ya estás más tranquilo, ¿no? —comentó ella una vez que estuvieron en la calle—. Has visto que Fabrizio es un buen tío, que no ha saltado sobre mí al verme, que ha respetado que eres mi novio y no ha intentado ligar conmigo.

—Sobre ti no ha saltado, pero dudo que tarde mucho en hacerlo sobre Amanda ahora que no estamos nosotros. ¿Estás segura de que no corre ningún peligro?

—Corre el peligro de que él cumpla sus fantasías más obscenas y perversas —se rio Elena.

Enlazó su brazo con el de él y le susurró al oído:

—Y ahora, espero que tú hagas lo mismo conmigo. Estoy deseando llegar a casa.

—¿Qué ha querido decir tu amigo con eso del robo? ¿En qué te ayudó, si puede saberse? Porque los únicos que esa noche os prestamos auxilio a Natalia y a ti fuimos Rubén y yo. Bueno, y tu hermano Alfonso.

—Bah... No te preocupes por eso ahora. Además, ya pasó todo y no ha vuelto a suceder —replicó Elena, rezando para que Santi dejase de preguntar.

—Ahora que lo pienso detenidamente, ¿cómo es posible que la casera se negara a poner una alarma en el chalet?

—Porque no era necesario. No se llevaron nada, solo revolvieron un poco las cosas, y no causaron ningún destrozo. Además, ahora hay un hombre en casa para protegerme —respondió, abrazándose más a él.

Permanecieron unos minutos en silencio mientras andaban hacia el parking público donde habían dejado el coche de Elena.

—Yo puedo instalar la alarma de seguridad en el chalet si quieres. Y, en caso de mudarnos, podría quitarla y llevárnosla a donde fuéramos —insistió de nuevo.

—¿Sabes lo que me apetece hacer ahora? —le dijo Elena, mirándolo de reojo—. Llegar a casa y que me hagas todas esas cosas que has aprendido y que haces tan bien. Me muero por tener una sesión de sexo explosivo contigo, guapetón.

Se puso delante de Santi, impidiéndole continuar la marcha, y agarrándolo por el mentón devoró su boca, prometiéndole una noche muy larga y placentera.

Nada más cerrar la puerta del chalet, Elena estampó a Santi contra ella. Lo besó con hambre, con avaricia, y él le correspondió de igual forma.

Agarrándola del trasero, la subió a sus caderas y, con ella bien anclada a su anatomía, inició el ascenso hasta la habitación de Elena.

Ella le quitó la cazadora, seguida del jersey que llevaba, cuando traspasaron el umbral de su cuarto. No miró dónde cayó. Tampoco le importaba mucho.

Santi se sentó en la cama, con su novia a horcajadas. Le sacó el vestido morado por la cabeza, y la respiración se le cortó al ver que debajo de esa prenda llevaba uno de los sujetadores que más de cabeza lo traían.

El sostén elevaba los pechos de Elena, los unía para hacerle un escote más sugerente, y llegaba a cubrir solo hasta la mitad de las mamas, con lo que sus pezones quedaban al aire.

Al vérselos libres, Santi se relamió, lanzándose a por ellos como un sediento haría con un oasis en mitad del desierto. Los degustó a placer mientras su novia se retorció sobre su regazo y emitía pequeños gemidos que iban a parar a la entrepierna de él, endureciéndola y haciendo que desease clavarse en ese sexo que se frotaba contra el suyo.

Tumbó a Elena sobre el colchón y le quitó el tanga, despacio, acariciando sus muslos, sus tobillos y sus pies, haciendo que el deseo y la excitación aumentaran en ella.

—Qué preciosa eres —murmuró.

Con una mirada abrasadora, Santi recorrió el cuerpo de su novia hasta encontrarse con los ojos de ella, presos de una lascivia y una lujuria imposibles de ignorar.

La piel de Elena tenía un tono sonrosado y su pecho subía y bajaba al compás de la agitación sexual que ella sentía en esos momentos.

Y, en aquel instante, Santi notó la urgencia de unirse a Elena de una vez por todas y acabar con la tortura que ella sufría cada vez que rechazaba culminar la sesión de sexo tomándola completamente.

Se puso de pie al lado de la cama, sin dejar de acariciarla con la mirada, y comenzó a desabrocharse el pantalón.

—¿Te ayudo? —Se ofreció Elena.

—No, cariño. Tú disfruta del espectáculo. —Le sonrió él.

Cuando se sacó el vaquero, lo echó a un lado, en el suelo.

Elena abrió las piernas para recibirlo, pensando que no se quitaría más ropa, como siempre.

—Elena, yo... hay... hay algo que quiero... —titubeó Santi, con los dedos en el elástico de su slip. Cerró los ojos, inspiró profundamente para serenarse y, cuando los abrió, continuó hablando—: Vamos a hacer el amor. Te lo juro. De hoy no pasa. Pero antes de que lo hagamos quiero confesarte mi complejo. Y que me veas desnudo por primera vez. Si luego no quieres seguir... —Tragó saliva ruidosamente—. Después de que conozcas mi defecto y haberlo visto... lo comprenderé... Entiendo que ninguna mujer desea para sí a un hombre que no está completo. Y sería injusto acostarme contigo sin que lo supieras...

Elena, que se había incorporado mientras él hablaba hasta quedar sentada en medio de la cama, lo escuchaba atentamente.

«¿Quieres dejarte de tanto rollo y quitarte el calzoncillo ya? De lo contrario, te juro que te lo arranco a mordiscos. Además, ya sé que te falta un testículo y no me importa. Te sigo queriendo igual», estuvo a punto de soltar con la misma delicadeza que unas bragas de esparto, pero si le decía eso,

tendría que confesarle cómo lo había descubierto y Santi se enfadaría.

—No quisiera que te sintieras engañada —añadió él.

—No me importa qué defecto físico tengas, Santi. Te deseo y te quiero tal como eres. No tengas miedo. No voy a salir corriendo. —Le dedicó una sonrisa dulce, alentándolo a continuar.

Santi inspiró hondo y luego expulsó el aire de sus pulmones lentamente.

—Mi... tara... es... es que... que me falta un testículo —confesó al tiempo que se bajaba los calzoncillos para que Elena lo viera desnudo.

Por un instante, el pudor y la vergüenza se apoderaron de él. Notó cómo se ponía rojo hasta las raíces del pelo y sintió el impulso de taparse, pero se obligó a ser fuerte y resistir con las manos a ambos lados del cuerpo erguido.

Elena se quedó boquiabierta. ¡Se había atrevido! ¡Había tenido el valor de confesar! Tuvo ganas de ponerse a aplaudir y dar saltos como una niña pequeña cuando le entregan los regalos la mañana de Navidad. Sin embargo, no lo hizo.

—Di algo, por favor —susurró Santi, mortificado.

Elena se pasó la lengua por los labios, recorriendo todo su cuerpo con ojos codiciosos, al tiempo que la humedad entre sus piernas crecía. Ante ella tenía a un hombre con un cuerpo perfecto, mejor que el David, de Miguel Ángel. E iba a ser suyo. Centró la vista en su miembro erecto algunos segundos, deseando que la clavara al colchón con él, y alargó la mano para abrir un cajón de la mesita, del que sacó un preservativo.

—Quiero que me hagas el amor ahora mismo.

Santi la miró asombrado. ¿No le importaba lo que acababa de confesarle? ¿No sentía reparos en tener sexo con un hombre que no estaba completo?

—¿Me has visto bien, Elena? Me falta un testículo —dijo como si ella no lo hubiera oído la primera vez o no hubiera comprobado ya su deformidad.

—¿Y qué? —Lo miró a los ojos—. Funciona correctamente y eso es lo importante. —De nuevo, devolvió la mirada a su sexo—. ¿Te lo pongo yo o haces los honores tú? —Le tendió el condón.

Santi reculó. Dio un par de pasos hacia atrás, distanciándose de ella. Abrió la boca para hablar, pero Elena no lo dejó.

—Santi, me enamoré de ti hace mucho y a día de hoy puedo decir

convencida que te quiero con toda mi alma. Te amo tanto que me duele si no te tengo cerca. Para mí eres el hombre perfecto porque eres cariñoso, divertido, inteligente y estás buenísimo. Lo tienes todo. Todo lo que yo busco en un hombre. Una sonrisa tuya basta para alegrarme el día. Me enciendes con solo una mirada, mi piel llora cuando no siente el contacto con la tuya, mi boca reclama el sabor de tus besos a cada instante y mi sexo... —se levantó de la cama y se acercó a él despacio. Posó las manos en sus pectorales, absorbiendo todo el calor que estos desprendían— pide a gritos unirse al tuyo. No te echas atrás ahora, después de todo el camino recorrido. No seas cobarde. Sé que tú sientes lo mismo que yo. Así que vamos a llegar hasta el final juntos. Toma fuerte mi mano y te enseñaré a volar.

—Elena, yo...

Santi no podía creerse que ella no hubiera salido corriendo ya como si la casa estuviera en llamas. Estaba atónito. Y más asombrado se quedó cuando su novia se arrodilló frente a él y le agarró el pene.

—¿Qué... qué haces?

—Adorarte, que es lo que te mereces y lo que yo llevo tanto tiempo deseando.

Cuando vio los dedos en torno a su miembro, que trataban con mimo esa parte de su anatomía, sus ojos no pudieron apartarse de allí. Y cuando comprobó cómo Elena abría la boca y le lamía la punta rosada, creyó morir de placer.

Se aferró al rubio cabello de su novia mientras el calor húmedo de su lengua recorría su erección y su boca lo succionaba como si quisiera exprimirlo al máximo.

Elena se ayudaba con las manos para darle placer y conseguir que todas sus neuronas se esfumasen. No deseaba que ningún pensamiento coherente cruzase la mente de Santi, por miedo a que se arrepintiera del paso tan grande que había dado.

—Oh, Dios... —jadeó Santi, notando cómo la boca y los dedos de Elena lo estaban llevando muy cerca del orgasmo.

Cuando ella la sintió palpitar contra su lengua, supo que no duraría mucho en alcanzarlo. Así que se detuvo.

Cogió el condón, que había dejado en el suelo al arrodillarse, y rasgó

con los dientes el envoltorio. Con pericia se lo puso rápidamente y se levantó satisfecha.

—Vamos. —Lo cogió de la mano y anduvo los tres pasos que la separaban de la cama—. Hazme el amor, Santi.

Se tumbó en el colchón, con las piernas abiertas, preparada para recibirlo.

Él la siguió, colocándose entre sus muslos. Se agarró el pene con una mano para guiarlo hacia la entrada del cuerpo femenino, pero antes de introducirse en él contempló embelesado a esa mujer que se le entregaba dócilmente. Su vulva, roja e hinchada por la excitación, lo tentaba a unirse a ella de una vez por todas. Recorrió con sus ojos el hermoso cuerpo de Elena. Su belleza era un eco de la perfección de Dios.

—Santi, te deseo —gimió ella, apremiándolo.

—Ya voy, cielo.

La penetró despacio, pues el momento era importante para él; para los dos, en realidad, y quería recrearse. Sintió, en cada centímetro de su pene, el calor del sexo de Elena, que lo envolvía igual que un guante hecho a medida y lo abrigaba con su suavidad. Jamás olvidaría aquellas primeras sensaciones.

Cuando la colmó, se inclinó sobre su boca, pegando su pecho al de ella, notando cómo su corazón latía acelerado. Elena le echó los brazos al cuello y, agarrándolo por la nuca para terminar con la distancia que había entre sus labios, lo besó con todo el amor, el deseo y la ternura que ese magnífico hombre se merecía.

Santi comenzó a entrar y salir de su cuerpo, maravillándose de lo que estaban haciendo. De cómo se acoplaban a la perfección, como si fueran las piezas de un puzle, que casan unas con otras. Sentía que un calor exquisito se apoderaba de él. Un fuego que no quería detener en ninguna circunstancia. El infierno que se había desatado entre los muslos de Elena y los suyos con cada roce, con cada fricción, amenazaba con devorarlo, y todo ese frenesí sexual lo estaba volviendo loco.

La habitación entera vibraba con la pasión de los dos amantes. Los jadeos, los gemidos, las palabras de amor resonaban en los oídos de uno y del otro. El olor a cuerpos sudorosos, mezclado con la esencia más primitiva de ellos, embotó sus sentidos.

—Te quiero, Santi.

—Te amo, Elena —confesó, mirándola a los ojos, que le brillaban como si tuvieran mil luces en su interior.

Ella le rodeó las caderas con las piernas para sentirlo más unido y que al chocar con su nudo de nervios la empujara hacia el clímax, que ya comenzaba a invadirla.

Santi aceleró el ritmo de sus embestidas, próximo también a su liberación. Continuó bombeando en el interior de Elena hasta que notó el placer propagándose ardiente y exigente por sus venas, aniquilando su sentido común y el de ella.

Con un agónico y satisfecho suspiro, se desplomó sobre el pecho de Elena, que yacía desmadejada sobre la cama tras haber recibido la intensa descarga sexual.

Pasados unos segundos, se movió hacia un lado para no aplastarla con su peso, pero la arrastró con él. No quería dejar de sentir el cuerpo de Elena en contacto con el suyo.

Permanecieron abrazados lo que a él le pareció una eternidad, mientras en su mente las preguntas se sucedían una tras otra. ¿Lo habría hecho bien? ¿Habría disfrutado ella? ¿O estaría comparándolo con sus otros amantes? En una escala de uno a diez, ¿qué grado de satisfacción le había proporcionado?

—Sé que sonará típico —comenzó a decir Santi para resolver las dudas que tenía—, pero creo que ha estado bien, ¿no?

Elena se apoyó con un codo en la cama y lo miró intensamente.

Él tuvo miedo de que le confesara que no había disfrutado y que aquel encuentro tan esperado no la había dejado satisfecha.

—Ha sido maravilloso —dijo sonriéndole como si él fuera la razón por la que el sol salía cada mañana.

—¿De verdad? —preguntó escéptico.

Ella, a modo de respuesta, lo besó apasionadamente mientras la otra mano descendía por sus abdominales hasta llegar a sus ingles.

—Estoy deseando hacerlo de nuevo. —Miró hacia abajo, a los genitales de Santi, y le quitó el condón—. Cuando te recuperes un poco. —Sonrió, devolviéndole la mirada.

—Dios mío, no me lo puedo creer. Acabamos de hacer el amor y ya me

estás pidiendo más. O lo he hecho muy bien o me falta mucha práctica y quieres que lo hagamos para que mejore.

—Ha sido tan estupendo que por eso quiero repetir.

Elena se movió un poco para dejar el preservativo sobre la mesita.

Santi la abrazó y la pegó a su pecho.

—Te quiero.

Ella lo besó despacio.

—Yo también —susurró contra sus labios.

41

Por fin he hecho el amor con Elena. Menos mal que he sido valiente y he llegado hasta el final, porque si no, aún estaría más virgen que María. Tener sexo completo con ella ha sido fantástico, fascinante, increíble, maravilloso... No hay suficientes palabras para describir cómo me ha hecho sentir. Es la chica más buena, dulce y cariñosa que podía haber encontrado en mi vida. No le ha importado mi defecto. ¡Nada en absoluto! Después de recuperarnos un poco, ella me miró de nuevo y me dijo que apenas se notaba que me faltaba un testículo. Examinó mis genitales, a pesar de que yo me moría de vergüenza, y su sentencia fue firme: tener un huevo o dos no es relevante para dar un placer inmenso.

Me alegro de que mi primera vez haya sido con Elena. La mujer de mi vida ha cerrado por fin la herida que llevaba en mi alma.

¡Qué bonito es el amor cuando encuentras a la persona idónea! Porque el amor es la melodía que suena en la piel de Elena y he aprendido a tocarla sin leer la partitura. Ella es la que mantiene mi mundo girando, con sus risas, con sus besos, con sus miradas...

Mi única meta en la vida, ahora mismo, es amanecer junto a Elena todos y cada uno de los días que me quedan. Provocarla, calentarla para desatar el fuego en su cintura y hacer que suba la temperatura para unirnos de nuevo.

Tengo tantas ganas de hacerla feliz.

Tantos proyectos con ella...

Una vida no será suficiente para amarla. Necesito otra. Otras. Así que le pido a Dios que, en mis próximas vidas, me una siempre a Elena para seguir adorándola eternamente.

Unos golpes sonaron en la puerta y Elena asomó la cabeza por ella al abrirla.

—¿Puedo pasar? —preguntó—. Bueno, si estás ocupado vuelvo luego —dijo al verlo con el diario en el escritorio y el bolígrafo en la mano.

—Entra. Solo estaba escribiendo un poco. —Cerró el libro.

—¿Contándole intimidades? —quiso saber ella, caminando muy sugerente hasta sentarse en las rodillas de su chico.

—Sí.

—¿Y salgo bien parada?

—Por supuesto —confesó él, cogiéndola por la cintura para acomodarla mejor en su regazo.

—¿Puedo leer algo de lo que has puesto? Solo unas líneas, por favor. El párrafo que tú elijas.

Santi se mordió el labio inferior mientras decidía.

—Me da vergüenza —contestó.

—¿No será que has puesto algo malo de mí y no quieres que me entere? —lo coaccionó ella.

Santi sonrió, reconociendo su treta.

—Está bien. —La miró a los ojos y, sin abrir el diario, le resumió algo de lo que acababa de escribir—: Mi única meta es amanecer junto a Elena cada día. Es calentarla, provocarla para desatar el fuego en su cintura y hacerle otra vez el amor.

—¿Esas cosas has puesto en el diario?

—Esas y más.

—Vaya... a este paso escribirás una novela erótica.

Santi soltó una carcajada y la besó.

—Anda —le dio un pequeño azote en el culo para que se levantara—, vamos a cenar, que ya es la hora.

—¿Quieres que haga una tortilla de patata? —preguntó Elena y, mirándolo pícaro, añadió—: Así podré soplarte otra vez en la boca cuando te quemes.

—Como si necesitaras excusas para hacer conmigo lo que quieres. —Sacudió la cabeza a ambos lados.

—Pues se me está ocurriendo una idea para el postre que tiene mucho que ver con cierta parte de tu anatomía y el bote de leche condensada que hay en la nevera —dijo Elena, centrando su atención en la entrepierna de Santi.

Santi la agarró por la cintura y la pegó a su pecho.

—A mí también me gusta la leche condensada. Quizá juegue contigo y

ciertas partes de tu cuerpo que me vuelven loco.

—Deseándolo estoy. —Elena se mordió el labio, incitándolo.

—Pero primero cenemos. Tienes que recuperar fuerzas para la noche que te voy a dar.

Ella suspiró, enamorada y feliz.

—Ahora que has empezado, que te has soltado, no quiero que pares —susurró.

—Tranquila. —Santi sonrió, mirándola con el deseo bailando en sus iris azules—. No pienso parar. Voy a cumplir cada una de tus fantasías... y de las mías.

El domingo fueron a comer a casa de los padres de Elena.

Santi cada vez se encontraba más a gusto con los componentes de aquella gran familia. Los hermanos de su chica lo trataban con camaradería, como a uno más, y Alfonso padre, como a un hijo. Los lazos se habían estrechado entre suegro y yerno gracias a las aficiones en común y el tiempo compartido.

Ya no se ponía nervioso ni rojo cuando alguien le dirigía la palabra, ni titubeaba al hablar. Pero aún le costaba darle un beso a Elena delante de ellos, a pesar de que veía como sus cuñados tenían muestras de cariño con sus esposas y a su alrededor se lo tomaban con normalidad.

Estaban comiendo, disfrutando de una agradable charla, cuando de repente Santi notó una mano en su muslo que ascendía peligrosamente hacia su ingle. Miró a Elena de reojo y esta sonrió ladina.

Con disimulo, Santi bajó sus dedos hasta aquella mano atrevida y los atrapó para detener su avance justo cuando ya se posaba sobre su virilidad.

Con un carraspeo y un movimiento negativo de cabeza, le indicó a Elena que no continuase.

Pero ella no le hizo caso y, a pesar del agarre de su novio, siguió acariciándole esa parte de su anatomía mientras, a su lado, uno de los hermanos de Elena le comentaba las mejores jugadas del partido de la noche anterior.

—Qué golazo, tío. ¿No lo viste?

—No pude. Estuve muy entretenido —respondió Santi, recordando

cómo le había hecho a Elena el amor por segunda vez.

Los dedos de ella seguían hurgando en la cremallera de su pantalón. No sería capaz de abrírsele y, delante de todos, hacerle un trabajito, ¿verdad? No. Elena no era tan osada...

Desechó el pensamiento en cuanto notó su mano introduciéndose en el pantalón por la estrechez de la cremallera que había bajado. La miró boquiabierto. No era posible. Estaba soñando. Aquello no podía estar ocurriendo en realidad.

Elena manoseó el miembro de Santi, que comenzaba a hincharse dentro del slip, mientras charlaba con una de sus cuñadas sobre modelitos y maquillaje.

Intentó detenerla presionando su mano contra la de ella, pero fue inútil.

—Elena, para, por favor —susurró en su oído—. Estamos rodeados de personas, personas que son tu familia —dijo entre dientes.

—¿No querías cumplir todas mis fantasías? Pues esta es una de ellas. Y tengo otra. Pero deberías meterte debajo de la mesa y acercar tu boca a mi...

—Santi. —Oyó que lo llamaba Alfonso hijo.

Gracias a Dios que todos estaban ocupados con sus conversaciones, de lo contrario habrían visto el respingo que dio Santi al escuchar su nombre y cómo le daba un manotazo a Elena para que se estuviera quieta.

—¿Sí?

Alfonso los miró a ambos. Estaba seguro de lo que ocurría debajo de la mesa. A su hermana le dirigió una mirada reprobatoria y, cuando centró de nuevo su atención en el burgalés, sus ojos se llenaron de compasión. La que le había caído encima a Santi con Elena, pensó, apiadándose del chico.

—Me han regalado varias entradas de fútbol para ver el derbi Madrid-Barça. ¿Te apetecería venir? Iré con algunos compañeros y con Juanjo. — Señaló a su hermano.

—Eh... Sí, sí, por supuesto. Me encantará ir con vosotros. —Sonrió con gratitud, aliviado porque Elena ya no lo tocaba. Con disimulo, se subió la cremallera del vaquero.

¡Mujer insensata! ¿Cómo se le ocurría...?

En ese momento, ella se levantó y lo tocó en el hombro.

—Acompáñame un momento a la cocina —dijo—. ¿Alguien necesita

algo de beber, comer o lo que sea?

Todos negaron y Elena agarró con fuerza la mano de Santi para que la siguiera.

—¿Estás loca? —le preguntó él, una vez que traspasaron la puerta de la cocina—. Tu hermano ha debido darse cuenta por las miradas que nos ha echado. ¿Cómo se te ocurre?

Elena cortó su regañina con un beso abrasador. Lo acorraló entre la encimera y su cuerpo, metiendo sus manos por debajo del jersey de cuello alto que Santi llevaba puesto.

—Elena, mira que te gusta jugar con fuego. Como nos pillen... —murmuró, sintiendo los labios de su novia sobre la piel de su garganta, arañándolo con los dientes justo en el punto donde latía la vena más importante.

—Shhh, calla.

Oyeron un carraspeo y Santi se quedó inmóvil. Elena también se detuvo, maldiciendo interiormente a quien osaba interrumpirlos.

—Por favor, que no tenéis quince años. ¿No podéis esperar a llegar a vuestra casa? —Alfonso hijo los riñó.

—¿Qué quieres? —preguntó Elena de malos modos.

—Hablar con tu chico. A solas —dijo, señalándole la puerta para que se marchara.

—¿Sobre qué? —Elena se cruzó de brazos.

—Sobre el terremoto que es mi hermana pequeña y el cuidado que debe tener con ella.

—Alfonso, yo te juro que... —comenzó a decir Santi, pero su cuñado lo hizo callar levantando una mano.

—Elena, vete. Quiero tener una charla con tu novio, de hombre a hombre.

Santi tragó saliva ruidosamente. Alfonso le iba a leer la cartilla sobre Elena igual que un padre haría con el novio de turno de su hija.

—A Santi no tienes que decirle nada que no sepa ya. Me cuida estupendamente. No hace falta que le des instrucciones sobre lo que puede hacer conmigo o no.

—O te vas por tu propio pie o te echo de la cocina —la amenazó su

hermano.

Elena miró a Santi.

—Tranquila. Sabré defenderme —le dijo, sonriendo nervioso.

—No te pases ni un pelo con él —le advirtió a su hermano antes de abandonar la cocina.

Cuando los dos hombres se quedaron a solas, Alfonso comenzó a hablar, mirando intensamente a Santi.

—¿Vas en serio con ella?

—Sí. Muy en serio.

—Bien. Mira, Santi, eres un buen tío y me caes muy bien, por eso quiero pedirte que tengas cuidado con ella.

—Ya te he dicho que voy en serio. No es ningún pasatiempo y no pienso hacerle daño de ninguna forma —comentó Santi, ofendido.

Alfonso lo miró muy serio.

—No me estás entendiendo, chaval. Lo que quiero decirte es que tú debes tener cuidado con mi hermana. Se nota que estás enamorado de ella y no me gustaría que te hiciera daño.

—¿Hacerme daño a mí? ¿Elena? —preguntó Santi, atónito.

Alfonso asintió con la cabeza.

—Aunque no te lo creas, mi hermana es capaz de recurrir a... trampas o trucos, como los quieras llamar, para conseguir lo que se propone. Solo quiero que no te pillen desprevenidos y estés atento para no hacer algo que no quieres hacer.

Santi abrió los ojos como platos, asombrado.

—¿Perdona?

—Elena es una manipuladora. Siempre consigue lo que quiere, siempre se sale con la suya —continuó Alfonso—. Por eso te advierto. Ya te he dicho que me caes bien y no quiero que juegue contigo.

—Alfonso, no me gusta nada lo que estás insinuando. Elena es maravillosa —lo cortó él.

—A mí tampoco me gusta decirte esto, pero ten cuidado con ella.

—Tu hermana es la mejor persona que conozco. Tiene sus defectos, como todos. —«Como yo», pensó—. Pero también tiene muchísimas cosas buenas.

—Ya lo sé, y no estoy diciendo lo contrario. Es solo que quizá hay una parte de ella que no conoces todavía y es mi deber prevenirte.

—Bien. —Santi se cruzó de brazos, molesto—. Pues ya me has prevenido. ¿Algo más?

—No te enfades. Solo quiero ayudarte.

—Vale, pero creo que no era necesario que me hicieras un análisis tan nefasto de la personalidad de Elena. La conozco muy bien. Créeme. Vivo con ella.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿qué pensarías si te dijera que el robo en su casa fue una treta para conseguir que te fueras a vivir con ella? No fue real. Todo se lo inventó con ayuda de su amigo Fabrizio.

42

Santi no daba crédito. Por más que pensaba una y otra vez, le parecía inverosímil lo que Alfonso le había contado. No podía ser. Elena no haría eso. ¿O sí?

—Estás muy callado. ¿Qué te ha dicho mi hermano para perturbarte tanto? Cuando has vuelto de la cocina, traías una cara...

Acababan de llegar a su casa y Santi, tras quitarse la cazadora y colgarla en el perchero, se dirigió al sofá para sentarse allí.

Se pasó las manos por el pelo varias veces, pensativo. ¿Lo dejaba correr o hablaba con ella sobre eso? Por un lado, no quería que nada enturbiase la relación tan buena que tenía con Elena, pero, por otra parte, necesitaba saber qué había de cierto en las palabras de Alfonso.

Recordó también lo que le había dicho Fabrizio al despedirse el día anterior:

«Me alegro de que no me guardes rencor por ayudar a Elena con lo del robo».

Ahora cobraban sentido esas palabras. Cuando le había preguntado a Elena por eso, ella se había desviado del tema, como hacía siempre que no quería contestar a algo, y él no le había dado mayor importancia, pero ahora...

—Oye, Elena, si te preguntara algo, ¿me responderías con total sinceridad?

—Claro —dijo ella, sentándose a su lado en el sofá.

—Bien. Porque quiero saber qué pasó exactamente con lo del robo aquí, en esta casa.

—Pero si ya lo sabes. —Sonrió, nerviosa. ¿Por qué sacaba ahora ese tema otra vez?

—No. No lo sé. Sé lo que nos has contado a todos, pero me ha llegado cierta información sobre eso y no me cuadra con lo que yo creía saber.

Elena se puso seria y lo miró indignada.

—¿Me estás llamando mentirosa?

—No. Pero me han dicho que puedes llegar a ser algo... manipuladora cuando se trata de conseguir lo que quieres —la acusó.

—Alfonso.

Santi asintió.

—¿De eso habéis hablado? —preguntó ella, molesta—. ¿Y tú lo has creído?

—Elena, no juegues conmigo, por favor. Quiero saber la verdad.

Ella se alzó y comenzó a pasear nerviosa por el salón bajo la atenta mirada de Santi.

Iba a matar a su hermano por confesarle toda la verdad. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que ser Alfonso tan recto, tan honorable, tan...?

—No estoy enfadado. Bueno, no mucho. Creo que sé por qué lo hiciste. —Oyó a Santi decirle—. Solo quiero que me lo confirmes y, si es cierto, que me prometas que nunca más harás algo así. No me gusta que me engañen.

Elena se detuvo frente a él.

—Si mi hermano ya te lo ha contado todo, ¿para qué quieres que yo te lo repita?

—Porque quiero escuchar la verdad de tus labios. Quiero saber tu versión.

Ella bajó los ojos, avergonzada por lo que había hecho.

—Prométeme que no me dejarás. Que seguirás viviendo conmigo como hasta ahora. Que nuestra relación no se va a romper por este engaño que inventé para conseguirte —le suplicó, sentándose a su lado.

Santi la cogió de una mano y le acarició el dorso con lentitud.

—Prometido.

Elena inspiró hondo, preparándose para confesar.

—Estaba desesperada. Llevo enamorada de ti más de un año y no veía la forma de conseguirte. Eres tan hermético que cuesta mucho entrar en tu vida. —Lo miró a los ojos—. Y todas las veces que me habías rechazado... Cada vez que yo avanzaba, tú retrocedías, y así me era muy difícil tener algo contigo. Así que cuando Rubén y Natalia decidieron irse a vivir juntos, yo tuve la esperanza de que tú te vinieras conmigo, pero te negaste. En esos días, vi a Fabrizio y él se dio cuenta... —Elena no quiso decirle cómo el italiano había descubierto que estaba enamorada de Santi. Tampoco era necesario

que supiera que, cada vez que se acostaba con el otro, gritaba su nombre, y que a Fabrizio no le gustaba nada que hiciera eso— de lo que yo sentía por ti. Le conté mis anhelos y él me dio la idea del robo.

Santi detuvo el movimiento de su pulgar en el dorso de la mano de Elena. La miraba expectante, queriendo saber más detalles.

—Así que ese día que había quedado con mis amigas, antes de marcharme, dejé la llave bajo el felpudo para que Fabrizio la pudiera coger, entrara en la casa y lo revoliera todo. Dejé abierta la cancela del patio y la puerta corredera para que pareciera que los ladrones habían entrado por ahí. Así, en caso de que Natalia acudiese a casa antes que yo...

—Se encontraría con todo el percal y sería más creíble su versión porque ella sí que se asustaría de verdad pensando en lo que había ocurrido —la cortó Santi, enfadándose. ¿Así que todo lo que Alfonso le había dicho era cierto?—. Elena, ¿te das cuenta de lo que has hecho? ¡Has simulado un delito! ¡Eso está penado por la ley! El lío en el que te podías haber metido si no llegas a tener un hermano policía que te cubriera las espaldas. Alfonso también podría sufrir las consecuencias de esto...

Se levantó del sofá y se acercó al gran ventanal del salón.

—¿La casera lo sabe?

—No. Nunca la llamé para contarle lo del supuesto robo. No lo sabe nadie, excepto Alfonso, Fabi y ahora tú —dijo en voz baja—. Mi hermano sabía que algo no cuadraba y, antes de hacer el papeleo en comisaría, habló conmigo. Le conté toda la verdad.

—Por eso estabas tan empeñada en no poner alarma —comentó Santi, más para él que para ella, pero aun así Elena lo escuchó.

Se acercó a él y lo abrazó por la espalda.

—Perdóname, yo solo quería tenerte conmigo.

—¿Y todas las lágrimas que derramaste aquella noche? ¿Eran ciertas? Cuando fuiste a mi habitación...

—Tuve que fingir —reconoció avergonzada.

Santi se deshizo de su abrazo con hastío.

—Te habrás reído mucho a mi costa. El tonto de Santi ha caído en tu trampa. Bravo, Elena. —Dio un par de palmadas—. Deberías cambiar de profesión. Como actriz vales mucho. Igual te daban un Goya.

—¡No! ¡No lo hice para reírme de ti! —exclamó nerviosa porque, de repente, él había levantado un muro de hielo entre los dos y la miraba con furia contenida por su engaño—. ¡Lo hice porque te quiero! ¡Porque estaba desesperada por estar contigo y tener una relación!

Él la miró con intensidad.

—¿Y ha valido la pena?

Elena parpadeó perpleja.

—Claro. Por supuesto que ha valido la pena —confesó, agarrando a Santi del jersey y acercándose más a él—. Todos y cada uno de los días que han pasado desde entonces han valido la pena, porque he conseguido a un hombre maravilloso, bueno, intelig...

—¿Volverías a hacerlo? —la interrumpió.

Elena lo pensó detenidamente. ¿Que si volvería a actuar así? ¿Volvería a simular un robo para lograr que Santi accediese a vivir con ella?

—Sí. Lo haría de nuevo. Si el fin es conseguir tu amor, haría mil cosas. Lucharía por ti hasta el último segundo de mi vida.

Santi sacudió la cabeza. Se desprendió de su agarre y la rodeó para marcharse del salón.

—Mi amor ya lo tenías desde el primer día que te conocí —confesó, caminando hacia la salida—. No era necesaria toda esta pantomima.

—¿Y cómo si no habría conseguido todo lo que tenemos ahora? —quiso saber Elena, siguiéndolo—. Eres muy difícil, Santi.

—Y tú muy impaciente —contestó, mirándola por encima del hombro cuando comenzaba a subir las escaleras—. Además de una mentirosa y manipuladora.

Elena se quedó parada a los pies de las escaleras al escucharlo. Sus palabras eran dardos envenenados clavándose en su alma.

—¡Ah! Y una actriz cojonuda —soltó él, llegando al final de los escalones.

—Solo soy una mujer enamorada, Santi. Qué pena que no veas eso.

Ella subió despacio, aguantándose las lágrimas. No quería que él la viera llorar y pensase que era otra trampa más. Pasó por su lado sin mirarlo, con la cabeza gacha, y se dirigió a su habitación. Cerró la puerta al entrar, esa que siempre estaba abierta. Se tumbó en la cama boca abajo y pegó la cara a la

almohada. No quería que Santi escuchara ningún sonido procedente de su cuarto, así que amortiguó su llanto todo lo que pudo.

Santi la vio desfilarse como alma en pena hasta desaparecer en el interior de su habitación. Al pasar por su lado, quiso detenerla, abrazarla y decirle que, aunque le había sentado muy mal su comportamiento, la perdonaba y la quería.

Sin embargo, ella no estaba para nada arrepentida y eso no era justo. Había obrado mal y merecía un castigo, por pequeño que fuera. Comprendía por qué Elena había actuado así y tenía razón en lo que había dicho. Él era un chico difícil de alcanzar por su timidez y todo el rollo de su complejo. Ella lo había intentado muchas veces a lo largo del año y poco que hacía que se conocían. Entendía que todos sus rechazos la habían abocado a tomar la decisión que tomó. Y todo salió bien.

Hasta que Alfonso le contó la treta de su hermana.

—Tú también me has engañado, Santi, así que es injusto que te enfades conmigo —lo acusó Elena.

Estaban cenando en la cocina, como siempre, uno frente al otro. Permanecieron toda la tarde separados. Cada cual en su habitación.

Santi levantó la vista de su plato y la centró en ella.

—Ya te pedí perdón por mentirte cuando te dije que mis padres tenían una frutería en lugar de un puesto de ropa interior en el mercado. Además, sabes cuáles fueron mis motivos para hacerlo, así que ahora no me lo echas en cara.

—¿Yo tengo que tragar con tus motivos y tú no puedes pasar por alto los míos? ¡Los dos lo hicimos por amor! Yo, para conseguirte, y tú, porque tenías miedo a perderme. Estamos empatados.

—Lo mío no fue premeditado —alegó Santi.

—Pero yo comprendí por qué lo hiciste y te perdoné. ¿No puedes hacer tú lo mismo conmigo? —preguntó Elena con tristeza.

Santi no contestó. Continuó cenando como si no hubieran tenido aquella conversación.

Elena cesó en su empeño por hacer que él comprendiera.

Cuando Santi abandonaba la cocina, ella no pudo resistir más.

—No creía que fueras tan intransigente y rencoroso. ¡Qué decepción!

Él la ignoró, saliendo de la cocina en silencio. Ella se levantó de la silla y fue hasta el lavavajillas para dejar su plato vacío, el vaso y el cubierto. Cerró el electrodoméstico de un portazo, con una mezcla de indignación, rabia y tristeza.

Permaneció frente a la encimera, con las manos en ella, mirando los muebles que tenía a la altura de los ojos, de espaldas a la puerta.

Estaba maldiciendo a Santi por ser tan obtuso y no comprender que todo lo había hecho por amor, cuando oyó una melodía de sobra conocida.

«¿Qué...?».

De repente, notó las manos de Santi descender por sus brazos y cómo el calor de su cuerpo la envolvía. Él se pegó a su espalda y entrelazó los dedos con los de ella.

—No te muevas —susurró en su oído, haciéndole cosquillas con su aliento.

Santi comenzó a tararear *Tu jardín con enanitos* en voz baja, como si fuera una nana que una madre le cantara a su bebé.

Con los labios de su novio pegados al cuello, Elena notaba la vibración de los sonidos que él emitía reverberando en cada poro de su piel, haciendo que un incitante hormigueo la recorriese entera.

Santi alternó la letra de la canción con pequeños besos, que repartía por la garganta y las mejillas de la periodista, llegando hasta el lóbulo de su oreja, que mordisqueaba con delicadeza.

—¿Tú no estabas enfadado con...?

—Shhh, no hables. Quiero que seas buena y que me obedezcas. Tienes que estar quieta y en silencio.

Elena asintió con la cabeza, notando cómo las manos de Santi se desprendían de las suyas, puestas sobre la encimera, y comenzaban a recorrer sus brazos por encima de la sudadera que llevaba. Deseó estar desnuda para sentir mejor sus caricias.

Cuando él metió los dedos por debajo de la prenda de algodón y se la levantó para sacársela por la cabeza, Elena estuvo a punto de gritar de alegría. Intuía lo que iba a suceder a continuación.

Santi recorrió con atormentadoras caricias la piel de la espalda de Elena,

despertando todas sus terminaciones nerviosas, estimulándolas y alterándolas para lograr el fin que buscaba. Excitarla.

El camino de sus dedos hacia delante lo llevó a sus senos, desprovistos del sostén. Jugueteeó con los pezones para endurecerlos, aun sabiendo que con uno de ellos no lo conseguiría. Pero no le importó. Lo mimó igual que al otro porque sabía que a Elena le daba placer. De la cima que sí sobresalía, tiró un poco con el índice y el pulgar. Apretaba y tironeaba, haciendo que Elena arquease el cuerpo por el apremiante deseo que nacía en ella mientras esperaba a que Santi calmase sus ansias de lujuria.

Las manos codiciosas del burgalés descendieron hasta el vientre de ella y, cuando agarró la cinturilla de su pantalón de yoga, tiró con fuerza hacia abajo, llevándose el tanga a la vez y sobresaltando a Elena, pues no esperaba aquel ímpetu después de las lentas caricias. Se deshizo también de las zapatillas, junto con los calcetines, para terminar de sacarle la prenda.

—Ahhh... —jadeó ella al sentir los labios de su hombre recorriendo sus muslos, llegando hasta sus nalgas para mordisquearlas.

Se movió un poco, apretándose contra aquellos dientes que arañaban su piel haciendo que la lascivia se apoderase de ella.

—Si te mueves, pararé —dijo Santi, aplastándola contra la encimera con una mano en la parte baja de su espalda, separándose del trasero de Elena.

—Vale. Me estaré quieta. Lo prometo —murmuró ella, con un deseo incandescente recorriendo sus venas.

Santi reanudó su viaje por la piel de Elena, ascendiendo otra vez hasta su espalda. Dibujó un efímero corazón en medio de ella mientras la canción de Melendi sonaba una y otra vez en bucle.

Cuando se volvió a pegar a Elena, esta notó que él ya estaba desnudo.

—¿Cuándo te has quitado la ropa? —quiso saber con un gemido lujurioso, sintiendo en la costura de su trasero la erección de él, que presionaba para meterse en su cuerpo.

El burgalés, de nuevo, paró y se distanció de ella.

Elena gimoteó al sentir el aire frío entre sus cuerpos.

—Vale, también me callo.

Santi se pegó a ella otra vez, envolviéndola con su calor masculino.

Movió la pelvis, rozando el culo de su chica con su miembro, y con las manos separó los dos globos gemelos.

—Inclínate hacia delante hasta apoyar la frente en el armario y agárrate fuerte a la encimera —le ordenó él—. Necesito que saques un poco el trasero para acceder mejor a ti.

Cuando Elena lo hubo obedecido, Santi guio su falo hasta la entrada al cuerpo femenino y, despacio, se introdujo en ella. Disfrutando de la suavidad y del calor de la vulva de su novia, que lo envolvía y lo apresaba como si no quisiera dejarlo salir nunca, la colmó.

Una mano buscó la suya para entrelazar sus dedos, queriendo unirse más a ella, y la otra mano recorrió la cadera de la periodista, dejando un rastro de fuego en su piel, hasta llegar al pubis y allí localizar el clítoris.

Cuando lo alcanzó, comenzó a masajearlo al tiempo que entraba y salía del sexo mojado de la joven.

Elena se mordía los labios para no emitir ningún sonido y estaba tan quieta que parecía una estatua. Le costaba seguir las instrucciones de Santi y no abandonarse al placer que sentiría moviéndose también ella, buscando su liberación, pero el juego que había iniciado su novio le resultaba tan excitante que no quería fastidiarlo.

Santi posó su boca sobre el hombro de Elena y jugó con la lengua para estimular las terminaciones nerviosas que ella tenía en esa zona de su cuerpo. Lamió, chupó y prodigó pequeños mordiscos que hicieron a la madrileña temblar de pasión, consumiéndose en la hoguera que había desatado Santi en su interior.

El fuego se extendió por sus cuerpos, arrasando todo a su paso, aniquilando sus sentidos hasta que alcanzaron el clímax.

Jadeantes, se quedaron muy quietos uno pegado al otro, hasta que sus respiraciones se normalizaron.

Santi salió del interior de Elena y se quitó el preservativo que se había puesto antes de iniciar aquella tortura. Alargó la mano y rasgó un trozo del papel de cocina que tenía cerca, sobre la encimera a la que Elena había permanecido agarrada todo el tiempo. Puso el condón en él y lo envolvió para que no se viera lo que contenía. Lo dejó a un lado, para tirarlo más tarde a la basura, y abrazó a su chica.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

—¿Ya puedo hablar y moverme?

Notó la sonrisa de Santi en la piel de su cuello antes de contestar.

—Sí, ya puedes hacerlo.

Ella se volvió para quedar encerrada entre los brazos del burgalés y lo miró a los ojos.

—Me ha encantado. Y me ha sorprendido mucho. Se suponía que estabas enfadado conmigo. ¿Esto es una especie de reconciliación?

—No estaba enfadado. Solo te he engañado un poquito para que lo creyeras y así darte un pequeño escarmiento por tus mentiras.

Elena abrió la boca para quejarse, pero Santi calló su protesta con un apasionado beso.

De repente, la música cesó, las luces se apagaron y el cuerpo de Elena se puso en tensión.

—¿Esto es parte del juego?

Santi notó el miedo en su voz.

—No, cielo. Se habrá ido la luz. Voy a solucionarlo.

—¡No! ¡No me dejes sola! —gritó Elena al ver que perdía el calor de su cuerpo al separarse Santi de ella.

Se aferró a los brazos del joven como si fueran una tabla de salvación y ella temiera ahogarse.

—Elena —intentó tranquilizarla él—. Cálmate. Estamos en casa. No va a pasarte nada —susurró, acariciándole las mejillas.

—Está oscuro —gimoteó ella—. Demasiado oscuro.

A Santi se le partió el corazón al notarla tan aterrada. La abrazó para infundirle valor y seguridad.

—Ven conmigo. Iremos a ver qué ha sucedido.

Pero Elena no se movió. El pánico le impidió desplazarse y acompañar a su hombre para solucionar aquello.

Otra vez estaba en el monte, sola entre los árboles. Perdida y angustiada, llamando a sus papás, a sus hermanos, y nadie acudía en su ayuda. Sin luna, sin linterna, sin luz...

Santi la cogió en brazos y caminó con ella hasta el cajetín donde estaban todos los diferenciales para comprobar cuál era el que había saltado. Cuando

lo descubrió, lo accionó y la luz regresó a la vivienda.

La mirada llena de pánico que descubrió en Elena no se le olvidaría mientras viviese. De eso estaba seguro. Aquel terror, aquel miedo reflejado en sus preciosos ojos verdes...

—Cariño, ya está, ya hay luz —murmuró, besándola en la frente.

Pero Elena permaneció en silencio, luchando por salir del trance.

Santi la subió a su cuarto y tiró de la colcha para tumbarse en la cama con Elena. Después tapó sus cuerpos desnudos y, ciñéndose más a la periodista, la abrigó con el calor que emanaba de él.

Elena estaba tan tensa como la cuerda de un arco, pero poco a poco fue relajándose contra el masculino cuerpo que la envolvía.

Comenzó a llorar justo cuando Santi deslizaba sus dedos por el sedoso cabello rubio.

—Cielo, no llores. Ya pasó...

La estuvo acunando hasta que su llanto cesó y notó que su respiración se tornaba pausada. Bajó la vista para encontrarse con la cara de su amada y la encontró dormida. Pero sintió que no estaba relajada en el sueño, pues Elena no dejaba de temblar como si tuviera frío.

La apretó más fuerte contra sí, queriendo hacer desaparecer la angustia que aun en sueños no la abandonaba, hasta que también a él le venció el sopor.

43

—Buenos días, preciosa —murmuró Santi en el oído de Elena.

Ella se despezó y emitió un ronroneo similar al de un gatito. Le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia sí para besarlo.

Santi se apoyó en el colchón con cuidado de no aplastarla y se demoró en el lento beso que su novia le daba.

—Qué pena que ya estés vestido —dijo Elena, mirándolo de arriba abajo—. Dicen que el desayuno es la comida más importante del día y nos podíamos haber desayunado mutuamente.

Santi soltó una carcajada al escucharla y se incorporó para quedar sentado a su lado, en el borde de la cama.

—Habrá que esperar a la merienda, que también es importante. Sirve para no llegar a la cena muerto de hambre.

—Aunque si llegas a la cena con hambre, mejor, ¿no? Así te das un atracón... —Elena le guiñó un ojo con picardía.

—Cuidado con los atracones —replicó Santi sonriendo.

Le acarició con delicadeza el óvalo de la cara y le hizo la pregunta que no dejaba de rondar por su mente desde que se había levantado media hora antes para irse a trabajar.

—¿Qué tal estás después de lo de anoche?

Elena se mordió el labio inferior.

—Genial. Me encantó lo que me hiciste en la cocina. Como me sometiste. ¿Quién habría dicho que mi novio «el tímido» iba a resultar tan...?

—No me refería a la sesión de sexo, Elena. Quiero saber cómo estás después del susto que te diste anoche. ¿Has dormido bien? ¿Has tenido pesadillas? Te noté muy intranquila aun estando dormida —la cortó, preocupado.

A Elena no le gustó ver el gesto de pesar que se reflejó en el rostro de Santi.

—Quédate tranquilo, amor. Estoy bien —contestó, sonriendo para calmarlo.

—¿Seguro?

Ella asintió con la cabeza.

—Anda, vete a trabajar y no te preocupes más por la loca de tu novia.

Como él no se movió, Elena añadió:

—A ver, Santi, ya conoces mi miedo a la oscuridad. Eso no me impide llevar una vida normal.

—Pero no lo había vivido en primera persona hasta anoche y no me gustó nada verte así de aterrorizada.

—Bueno —Elena se encogió de hombros—, te acostumbrarás.

—¿Has pensado en ir a un psicólogo para que te ayude a superarlo?

—Vas a llegar tarde al trabajo.

Ella se levantó de la cama, mostrándole su desnudez, pero eso no hizo que Santi perdiese el interés por el tema que estaban tratando.

—Yo he superado mi complejo. ¿Por qué no pides ayuda para vencer el tuyo?

—Ah, ¿sí? ¿Has superado tu complejo? ¿Serías capaz de mostrarte desnudo ante otra mujer que no fuera yo?

—Es que yo no tengo que ir por ahí desnudándome ante nadie. La única que me tiene que ver «*en bolas*» eres tú —replicó él.

—¿Y si el próximo verano nos vamos de vacaciones a una playa nudista?

—Bueno... —Se quedó pensando la respuesta.

Y Elena aprovechó para zanjar el asunto.

—Me voy a la ducha. Que tengas un buen día en el trabajo.

Se inclinó sobre la boca de Santi, que permanecía sentado en el borde de la cama, y le dio un pequeño beso.

«Tú no has querido ir nunca a un psicólogo para superar tu complejo. ¿Por qué tendrías que obligar a Elena a asistir a terapia para vencer su miedo? No estás siendo justo con ella, Santi. A pesar de que la quieres ayudar, debes respetar su opinión», se dijo a sí mismo.

—¡Hola! ¿Qué tal con Fabrizioo? —preguntó Elena a Amanda.

Era mediodía y había llamado a su amiga porque desde el sábado no sabía nada de ella.

—¡Genial! No te puedes imaginar qué fin de semana he pasado con él.

«Pues sí, sí que me lo imagino», pensó Elena, pero se abstuvo de hacer ningún comentario mientras la pelirroja le contaba que el italiano la había hecho disfrutar como nunca en su vida.

—Y hemos quedado otra vez para esta tarde. Me recogerá cuando salga de trabajar —la informó contenta.

—Me alegro mucho, Amanda. Aprovechate de él todo lo que puedas —le aconsejó Elena.

—Eso pienso hacer, porque he estado casi tres años sin tener relaciones con nadie y ya era hoja de sacarme esa espinita. Empezaba a pensar que me iban a canonizar a este paso —soltó riéndose.

Elena acompañó a su amiga en las risas.

—Bueno, angelito, tengo que volver a la revista.

—¿Has quedado con las chicas? —preguntó Amanda antes de que se despidieran—. Puedo hablar con Carla y quedamos, por ejemplo, ¿mañana?

—¡Sí! Además, hace tiempo que no nos juntamos las cuatro y tengo ganas de estar con vosotras. Hablo con Natalia luego y concretamos la hora, ¿vale?

—Vale. Me mandas un whatsapp.

Las dos amigas se despidieron y Elena regresó a la oficina para terminar de escribir el artículo sobre el reportaje que había hecho en Canarias.

Cómo superar el miedo a la oscuridad.

Santi comenzó a leer en la pantalla de su móvil los consejos para lograr vencer este miedo, mientras comía en casa, una vez acabada la jornada laboral.

Puede que Elena no quisiera ir a un psicólogo, pero él iba a tratar de ayudarla de todos modos con lo que estuviera en su mano.

La noche anterior había tenido suerte de que estuvieran juntos. ¿Qué pasaría si a ella le ocurría aquello estando sola? Por eso quería que Elena tuviera alternativas para superar ese temor.

«*Puedes dejar encendida una pequeña luz*», continuó leyendo Santi, pensando que esto ya lo hacía Elena.

El artículo comentaba algunos trucos más que funcionaban bastante bien y, al final del texto, recomendaba acudir a un especialista.

Santi terminó de comer, recogió todo y puso en marcha el lavavajillas.

Mientras se duchaba, tuvo una idea. Pero antes de llevarla a cabo debía de hablar con la propietaria de la vivienda. Sabía, por otros amigos que vivían de alquiler, que para hacer cualquier tipo de obra o reforma en la casa tenía que pedir permiso a la casera. Así que cuando terminó de bañarse y estuvo vestido, buscó el teléfono de la dueña del chalet y habló con ella. La señora estuvo de acuerdo con lo que le propuso Santi y, cuando terminó de hablar con ella, se fue a una gran superficie donde vendían material de bricolaje.

Elena llegó a las siete, como de costumbre. Al entrar en casa, vio a Santi subido a una escalera, colocando una luz de emergencia encima de la puerta de la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, aunque era obvio.

—Estoy colocando estas luces para que, cuando haya un apagón como el de anoche, no tengas miedo —le explicó.

Le contó también que había pedido permiso a la dueña de la vivienda y esta se lo había dado.

—He puesto en varios lugares de la casa —continuó él, bajándose de la escalera—. Me falta en el salón.

Se acercó a ella, que se había quedado parada en la entrada escuchándolo, y le dio un beso. Cogió la caja de herramientas y la otra luz de emergencia y se dirigió a la sala.

—Ah, pues... muchas gracias —dijo Elena cuando se recuperó de la sorpresa—. ¿Necesitas ayuda? Aunque te advierto que yo para estas cosas soy más inútil que la última rebanada del pan de molde, pero bueno, ya que lo haces por mí.

—Gracias, cielo, pero no. Yo solo puedo hacerlo. Ve a ponerte ropa cómoda o entretente con algo mientras yo termino aquí.

Elena se quitó el fino abrigo que llevaba, dejándolo de cualquier manera encima de una silla junto con el bolso, y se sacó a patadas los zapatos.

Anduvo descalza hasta donde estaba Santi con el taladro, haciendo los agujeros pertinentes en la pared, y se puso a su espalda. Como él estaba subido a la escalera, su trasero quedaba justo a la altura de la cara de Elena.

«Ya sé con qué me voy a entretener», pensó ella, sonriendo con malicia.

Esperó a que Santi dejase el taladro de batería que usaba —la corriente eléctrica estaba cortada para evitar accidentes— y, cuando él cogió los tacos de plástico y los tirafondos para continuar el trabajo, aprovechó para bajarle el pantalón de chándal hasta las rodillas, llevándose el slip al mismo tiempo.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Santi soltó una carcajada, sorprendido, y se agarró el pantalón con la mano libre.

—¿No me has dicho que me entretenga con algo? Pues te voy a dar un buen mordisco en ese culo tan apretadito que tienes. Ya te lo advertí una vez y de hoy no pasa —dijo, dándole un pequeño pellizco con los dedos.

—Elena, me vas a tirar de la escalera. Estate quieta —le pidió él, sin parar de reír.

—No quiero.

—Por favor...

—Venga, déjame solo darte uno pequeño. Ni te vas a enterar.

—No —se negó el burgalés.

Pero ella no le hizo caso. Acercó su cara al trasero de Santi y arañó la piel de la nalga derecha con los dientes.

—Que me tires de la escalera, Elena —volvió a decirle, mirándola por encima del hombro—. Quieta, por favor.

Ella se distanció unos centímetros de él.

—Está bien. —Hizo un mohín de disgusto, pero cumplió su orden.

Le subió el slip y el pantalón, y se alejó para sentarse en el sofá mientras Santi terminaba con lo que estaba haciendo.

—En cuanto acabes, te quiero aquí a mi lado. Hoy te he echado mucho de menos y tengo ganas de ti.

Santi no la miró, ocupado como estaba con su quehacer, pero Elena notó la sonrisa en la voz de su novio cuando este le contestó.

—No te preocupes, cielo. Esta noche te voy a volver loca.

44

—Y vosotras ¿qué? ¿Os vais pasando los novios como si nada? Ya puedes empezar a *largar* sobre tu fin de semana con Fabrizio —le ordenó Carla a Amanda.

Las cuatro amigas se habían reunido en el lugar de siempre para cotillear sobre las proezas sexuales del italiano y lo satisfecha que había quedado la pelirroja.

—¿Sabes que Santi no quería dejarte sola con él? —comentó Elena, riéndose—. Estaba preocupado por ti, por cómo te trataría él, lo que haría contigo...

—Si llegáis a quedaros, os mato. Desde que lo vi, tuve unas ganas inmensas de acostarme con él. Ese hombre es puro fuego entre las sábanas —suspiró Amanda.

—No entiendo cómo has podido irte con él sin conocerlo. —Natalia la hizo bajar de su nube—. Santi tiene razón. Podría haber abusado de ti y...

—Y sin embargo, he sido yo quien ha abusado de él —la cortó Amanda—. ¿Cuando lo conocisteis en Ibiza el año pasado también le echaste la charla a Elena como estás haciendo conmigo ahora?

—Sí que lo hizo. No sabes lo pesada que se puso —respondió Elena.

—Natalia, entiendo tu preocupación y te la agradezco, pero comprende que no es un tío que me haya encontrado una noche por ahí —añadió Amanda—. Si Elena ha estado con él varios meses y todo ha ido bien entre los dos, no tiene por qué salirme mal a mí. Somos amigas. No creo que ella —señaló a Elena— deje que me vaya con un tío que me va a hacer daño, o no me va a tratar bien, o es violento, o...

Natalia levantó una mano para detener su discurso.

—Vale, vale. Me he pasado un poco. Tienes razón. Fabrizio es un buen tipo. Es posible que yo también te lo hubiese recomendado, eso sí, después de que lo conocieras durante algún tiempo.

Elena puso los ojos en blanco al escucharla.

—Habló la que se ligó al perroflauta del vecino a las primeras de cambio

—dijo, refiriéndose a Rubén.

—Pues si lo hubiera conocido mejor, no habríamos tenido tantos problemas al principio —se defendió su amiga—. Y sabría las cosas que me revienta que haga en casa. ¿Os podéis creer que, si yo no recojo la ropa tendida, él no lo hace? Bueno, sí lo hace, pero solo la suya.

—¿Hay nubarrones de tormenta en el paraíso? —se mofó Elena.

Pero Natalia la ignoró y continuó quejándose de su novio.

—He hecho la prueba. Hice la colada hace una semana con ropa de los dos y he estado esperando a ver si él la recogía. Pues hoy, cuando he llegado de la oficina, he salido al patio a ver si aún continuaba tendida y me he dado cuenta de que Rubén había recogido su ropa y había dejado la mía. Allí estaban las pinzas vacías...

—Entonces sí que ha recogido la ropa —intervino Carla.

—¡Claro! ¡La suya! Pero ¿qué hay de la mía? ¡La ha dejado allí! —bufó Natalia.

Las otras tres amigas estallaron en carcajadas.

—Anda, no te quejes, que Rubén es un cielo de hombre, pero algún fallo debe de tener, como todos. Como tú. ¿O tú no te equivocas nunca? ¿Tú lo haces todo bien? —Le hizo ver Carla.

Natalia le dio la razón a su amiga a regañadientes.

—Oye, ¿y tú qué tal con tu marido? ¿Ha mejorado lo vuestro en el plano sexual? —preguntó Elena.

—Muchísimo —respondió Carla con una sonrisa de oreja a oreja—. La semana pasada fue nuestro aniversario de casados, ¡doce años ya! Y pasamos una noche que no la hubiese soñado yo en la vida. Dejamos a los tres niños con los abuelos y nos fuimos a unos baños turcos que hay en Gran Vía. Después fuimos a cenar y, cuando llegamos a la habitación del hotel que habíamos reservado, me tenía preparada una sorpresa...

Sus amigas la escuchaban con atención. No querían perderse detalle. Cuando Carla terminó de contar su noche de aniversario, todas la felicitaron por haber conseguido que la pasión en su matrimonio resurgiera.

—Bueno, y ahora le toca a Amanda darnos detalles de su fin de semana a la italiana —comentó Carla.

Cuando Elena llegó a casa después de estar con sus amigas, Santi la recibió con un dulce beso lleno de amor.

—¿Qué tal hoy en la revista? —se interesó.

—Ya tengo el reportaje acabado. Y he pensado en otro para el número del mes que viene. Mañana, en la reunión de contenidos, se lo propondré al jefe a ver qué le parece —respondió Elena.

—¿De qué tratará?

Ella dudó antes de decírselo, pero finalmente lo hizo.

—Será sobre los hombres que solo tienen un testículo. —Notó cómo Santi se ponía tenso—. Quiero investigar las causas, si pueden tener hijos, etcétera.

—¿Por qué? ¿No puedes hacerlo de otra cosa?

—Claro que puedo hacerlo sobre otro tema, pero quiero que sea sobre ese. Además, tengo información de primera mano acerca del correcto funcionamiento del miembro masculino en los hombres que padecen esto y no me gustaría que hubiera ningún chico con el complejo que tienes tú. Quiero que los lectores sepan que se puede tener una vida sexual plena y satisfactoria aunque les falte un testículo. Y, además, me interesa saber si se puede tener descendencia.

—¿Piensas tener hijos conmigo? —preguntó Santi sorprendido.

A pesar de que amaba a Elena con toda su alma, nunca se había planteado tener hijos con ella o casarse, ni ella había hecho alusión a esos temas hasta ahora.

—Bueno... —Ella se lo pensó durante varios segundos—. No sé. Eso ya se verá con el tiempo, ¿no? No hay que decidirlo ahora, que llevamos saliendo un mes y pico. Más adelante... puede... o no. La verdad es que nunca había pensado tener hijos, ni contigo ni con nadie, pero ya que sacas el tema, ¿te gustaría tener a una pequeña Elena correteando por aquí, volviéndote loco?

Le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia ella.

Santi puso las manos en su cintura y la estrechó contra su pecho.

—Pues no lo sé tampoco. De momento, me conformo con la Elena que me vuelve loco ahora.

Unieron sus bocas en un lento beso, que poco a poco los fue

incendiando por dentro.

—Tengo una sorpresa para ti —susurró Santi, rozando sus labios contra los de ella.

Elena sonrió complacida, aunque no sabía aún lo que era. Él la agarró de una mano y, juntos, subieron la escalera para ir al piso de arriba.

—¿Qué tal tú hoy en el trabajo? —quiso saber ella.

—Bien. He tenido que arreglar unos cuantos bancos de un parque. Mañana cambiaremos las papeleras por otras nuevas.

—Me encanta que trabajes con las manos —comentó ella, acariciándole el dorso de la que tenía agarrada—. Sobre todo, si es a mí a quien trabajas con ellas.

Santi soltó una carcajada y se paró en mitad de la escalera. Le dio un beso rápido y continuaron su ascenso.

—Después he salido con Rubén un rato, con la bicicleta, y luego he ido a comprarte tu sorpresa —le explicó, llegando al final y tirando de ella hacia su habitación.

Nada más entrar, Elena hizo amago de sentarse sobre la cama, pero Santi la detuvo. Se volvió, abrió el armario y sacó un paquete envuelto en papel de regalo.

—Felicidades.

—Mi cumpleaños no es hasta dentro de cuatro meses —replicó ella, rompiendo el papel, nerviosa como una niña desenvolviendo los regalos de Reyes.

—Ya lo sé, cielo. Te felicito por tu tenacidad conmigo, por no tirar la toalla cuando todo se ponía en tu contra y quererme, sobre todo, por quererme tal y como soy. Un hombre incompleto.

Elena se detuvo y lo miró intensamente.

—Un hombre incompleto no. Un hombre maravilloso —dijo, acercándose a él y besándolo.

Santi cerró los ojos y se demoró en el lento beso que su novia le daba. Rezó para que su vida fuera tan feliz como en ese momento con Elena. Todo era perfecto. No quería ni necesitaba nada más.

—Bueno, termina de abrir el regalo. Estoy impaciente por saber si te gusta.

Elena abrió la caja, que a todas luces se veía que era de zapatos, y se encontró con unos rojos iguales a los que le había dado a Natalia, de raso y con un tacón de ocho centímetros.

—¡Me encantan! —exclamó, contenta.

Se tiró al cuello de Santi y lo llenó de besos.

—Póntelos.

Ella obedeció y, cuando los tuvo en los pies, Santi habló:

—Te hacen un culo y unas piernas de infarto. ¿Sabes que con esos tacones y ese vestido estás para tirarte en la cama, arrancarte la ropa y hacerte el amor toda la noche?

Y nada más decirlo, tumbó a Elena sobre el colchón, sorprendiéndola. A tirones, le quitó el vestido de punto blanco que llevaba, le sacó las medias de liga por las piernas y le volvió a poner los zapatos rojos después. Era una fantasía recurrente hacerle el amor a Elena con esos tacones puestos, y por fin se iba a cumplir.

Él se desnudó en un abrir y cerrar de ojos.

Elena, mientras, se deshizo de su ropa interior y se abrió para él. Santi se colocó un condón en su duro miembro y la penetró de una certera estocada.

Los dos gritaron a la vez cuando llegaron al orgasmo.

—Y la oruga se convirtió en mariposa —susurró Elena, exhausta sobre la cama, con Santi reposando en su pecho, antes de abandonarse al sopor del sueño tras la explosión del clímax.

45

«¿He oído bien?», se preguntaba Santi una y otra vez mientras observaba dormir a Elena.

«Y la oruga se convirtió en mariposa».

Sí. Estaba seguro de que había escuchado precisamente eso.

Justo una frase que él había escrito en su diario miles de veces.

¿Sería una casualidad que Elena hubiera utilizado el mismo símil?

Algo dentro de él le dijo que no. No podía darse esa coincidencia.

Entonces, ¿cómo era posible que ella hubiera mencionado eso?

A no ser que...

Se levantó con sigilo para no despertarla. Tenía que comprobar una cosa.

A toda prisa, se vistió con el chándal otra vez y se dirigió a su cuarto mientras no dejaba de pensar que, si Elena había sido capaz de mentirle sobre el asunto del robo, si lo engañó de aquella manera para conseguir que viviesen juntos, bien podría haber leído sus diarios.

Con lo cotilla que era su novia...

Acostumbrada como estaba a investigar hasta hallar la información necesaria para llevar a cabo su labor de periodista.

Pero él no era un artículo o un reportaje que tuviese que publicar en la revista donde trabajaba su chica.

Cruzó el pasillo como una exhalación, al tiempo que le venía a la memoria el clip metálico que había encontrado aquel día a los pies del escritorio. Debajo del cajón de los diarios.

El sentimiento de traición que se apoderó de él le atenazó la garganta y lo sintió como un puñetazo en mitad del pecho.

«No puede ser. Elena no te haría eso», le decía una vocecilla interior mientras abría con la llave la cerradura del cajón.

Revisó los diarios y el corazón se le rompió al comprobar que no estaban ordenados. Había un par de ellos, los más viejos, que no ocupaban el lugar que les correspondía.

Él era muy meticuloso con el orden de sus cuadernos, así que si estaban descolocados era porque alguien los había tocado. Y esa persona tenía que haber sido Elena. Nadie más que ella podía haberlo hecho.

La rabia inundó sus venas, seguida de un ataque de ira que logró aplacar en el último momento.

Elena lo sabía todo. Lo de su defecto y lo de la prostituta, aunque en el diario no daba muchos datos sobre lo que había pasado. Pero su tara sí estaba bien explicada. Por eso no se sorprendió cuando él se lo confesó, porque ya lo sabía. Hizo como si se acabara de enterar en ese momento y sin embargo...

«Y la oruga se convirtió en mariposa», le recordó con insidia su demonio particular.

Elena se despertó con la alarma del reloj. Lo apagó y tocó la cama a su lado. Las sábanas ya estaban frías, señal de que Santi se había levantado hacia mucho rato para irse a trabajar.

Le extrañó que él no la hubiera despertado con caricias y besos como los otros días para retozar un rato antes de empezar la jornada laboral, pero se dijo que, como la noche anterior habían acabado tan agotados por la sesión sexual, quizá su novio se hubiera compadecido de ella y le hubiese dado un respiro.

Se despezó feliz porque todo marchaba estupendamente en su vida. Todo era perfecto.

Apagó la luz de la lamparita que usaba para dormir, ya que el maravilloso sol de esa mañana se colaba a raudales por el espacio que siempre dejaba entre la persiana y la parte baja de la ventana.

Se levantó, se duchó y bajó a la cocina para desayunar.

Al entrar, encontró una nota de Santi sobre la mesa.

Cuando salgas del trabajo, ven directamente a casa, sin entretenerte. Tenemos que hablar.

El tono imperativo de las palabras hizo que Elena recordara la típica frase con la que todos los finales de las parejas empiezan.

«Tengo que hablar contigo. Esto ya no funciona».

Pero no era su caso. Porque su relación marchaba estupendamente.

¿De qué querría hablar Santi?

A lo mejor le tenía reservada otra sorpresa como la del día anterior.

A lo mejor...

Su mente fantaseó con varias posibilidades mientras se preparaba el desayuno.

Como la noche de antes habían hablado de niños y demás, quizá Santi... ¡le iba a pedir matrimonio! Primero boda, después bebé.

Era un poco pronto, lo sabía, pero la idea le resultó tan atractiva que ya se imaginaba con el vestido blanco, caminando hacia Santi, cogida del brazo de su padre.

¿Sería eso lo que iba a proponerle?

Le resultaba extraño viniendo de Santi. Eso sería más propio de una persona osada, de una cabecita loca como ella, no de su novio.

Pero le gustó tanto la idea que desechó inmediatamente los malos pensamientos.

Además, Santi había ganado mucha confianza en sí mismo últimamente. Su autoestima ahora era alta. Bien podría pedirle que se casara con él.

Con la excitación de la sorpresa y la posible boda, Elena trabajó todo el día mirando a cada poco el reloj, maldiciendo porque las horas pasaban lentas.

Llegó a casa ansiosa por ver a su novio y hablar con él.

Santi se encontraba en el salón, sentado en el sofá, con la cabeza gacha entre las manos.

Había pasado el día rumiando el dolor que le producía la traición de Elena. Se sentía vejado, violado en su intimidad, ultrajado. Al principio, la rabia se había apoderado de él, pero con el paso de las horas esta había dejado espacio para la decepción. Jamás podría haberse imaginado que Elena, la persona que más quería en el mundo, le hiciera algo así.

Cuando sintió la puerta de la vivienda cerrarse, levantó el rostro y vio a su novia de pie en la entrada del salón, respirando agitadamente y con una gran sonrisa en los labios.

—Hola, guapo.

Él no contestó. La miró con intensidad algunos segundos y después apartó la vista, dolido.

Se levantó del sofá y caminó hasta la ventana, colocándose de espaldas a Elena.

—Tenemos que hablar —dijo, pasado un tiempo que a ella se le hizo larguísimo.

—La respuesta es sí —soltó Elena con rapidez.

—No te he hecho ninguna pregunta... aún —comentó Santi, sorprendido por la alegría que desprendía la voz de la periodista.

Elena se le acercó por detrás y, cuando estuvo a solo unos pasos de él, habló de nuevo.

—Pero me la vas a hacer y la respuesta es sí. Sí, quiero casarme contigo, Santi.

Él se giró y la miró como si ella fuera una extraterrestre recién bajada de su platillo volante.

—¿Estás loca? —preguntó, horrorizado.

—Por ti. —Elena le echó los brazos al cuello, pero Santi se deshizo de su agarre con rapidez, dejándola perpleja.

—No voy a pedirte matrimonio. No entiendo cómo has llegado a esa conclusión absurda.

Santi estaba muy enfadado. Ella lo notaba. Pero ¿por qué? Y si no era eso de lo que quería hablar, ¿de qué podía tratarse?

—Bueno... —comenzó a decir Elena confusa—, como la nota que me dejaste esta mañana decía que teníamos que hablar, yo había pensado que... después de que ayer salió el tema de los niños, he creído que... a lo mejor...

—¿Me estás tomando el pelo? —quiso saber Santi, más enfadado aún.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan cabreado?

Él se alejó. La cercanía del cuerpo de Elena le dolía. Mucho.

—¿Que por qué estoy cabreado? ¿De verdad quieres saberlo? ¿Tu intuición de periodista no te dice nada?

—Santi, no sé qué te pasa ni por qué estás así, pero si ha sido por mi culpa, podías explicármelo de una vez, sin dar tantos rodeos.

Él la miró a los ojos y ella notó que estaba herido por algo.

—¿Desde cuándo sabes lo de mi tara?

—Desde que tú me lo dijiste —contestó ella con cautela.

—¿Estás segura? ¿No lo sabes de antes? Por ejemplo, ¿desde que leíste

mis diarios?

A Elena se le cayó el alma a los pies. La había descubierto.

Cerró los ojos, sintiéndose la peor persona del mundo.

—Lo siento. Yo no quise...

—¿No quisiste qué, Elena? ¿Violar mi intimidad de la manera más rastrera que pudiste?

Ella abrió los ojos al escucharlo.

—¡No! —chilló, acercándose a él.

Pero Santi retrocedió varios pasos al tiempo que levantaba las manos, como si estuviera protegiéndose de Elena.

—Solo quería ayudarte. Quería saber cuál era tu complejo para...

—¡¡¿Y no podías esperar a que yo te lo confesara?! —gritó Santi, dejando a Elena clavada en el sitio con su ira—. ¡No! ¡Qué va! ¡La impaciente de Elena prefirió mancillar mis secretos antes que esperar a que yo se los contara! ¿Cómo has podido, Elena? ¿Cómo?

—Lo siento, mi amor, yo...

—No se te ocurra llamarme amor. Tú no sabes lo que es eso. ¿Te crees que puedo pasar por alto lo que has hecho solo con la excusa de que me amas, de que estás enamorada de mí, de que querías ayudarme a superar mi complejo? ¡Pues te equivocas! Cuando alguien ama a otra persona, busca su felicidad a toda costa. No satisfacer su propia curiosidad de cualquier manera. Y, sobre todo, lo respeta. Me has perdido el respeto, Elena. Y me has decepcionado. Jamás esperé esto de ti. Pero claro, si fuiste capaz de engañarme para que me viniera a vivir contigo, ¿qué no ibas a hacer para enterarte de cuál era mi defecto?

—Estás siendo muy injusto conmigo, Santi —se enfrentó a él—. Solo quise ayudarte porque te quiero con toda mi alma y me dolía verte así. No podía estarme quieta viendo como tú sufrías.

—¿Seguro que lo hiciste por mí? ¿No lo hiciste por ti? ¿Por conseguir el premio que suponía desvirgarme? Elena, vamos... —Soltó una carcajada llena de sarcasmo—. Sé lo mucho que te gusta el sexo. No podías esperar más para acostarte conmigo.

—No sigas por ahí, Santi —le advirtió, apuntándolo con un dedo amenazador. Ella también se estaba cabreando por lo que él insinuaba—. Te

recuerdo que yo no te he forzado a tener relaciones sexuales conmigo. Ha sido cuando tú lo has querido, cuando tú te has sentido preparado.

Él la miró con fijeza. Elena tenía razón en eso, pero, aun así, no debería haber hecho aquello. Leer sus diarios...

Estaba tan dolido con ella.

El sentimiento de traición era tan grande...

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Elena.

—Anoche, antes de que te quedaras dormida, hiciste referencia a una frase que yo he escrito en mis diarios un montón de veces y solo podrías saberla si habías leído mis cuadernos. ¿Te suena «No todas las orugas se convierten en mariposas»? Al parecer, yo he dejado de ser una oruga —le explicó, aunque no debería haberlo hecho. Ella no se merecía nada por su parte. ¡Nada!

«Mierda. Soy una puta bocazas», pensó Elena, maldiciéndose a sí misma.

Santi caminó hasta la entrada de la casa, donde cogió dos bolsas de viaje en las que Elena no había reparado al llegar al chalet.

Ella, al verlas, se temió lo peor.

—¿Qué haces con eso?

—Yo creo que es bastante obvio. Me voy de esta casa.

Elena corrió para detenerlo. Se abrazó a él y comenzó a llorar.

No podía perder a Santi. No.

—Lo siento mucho. Lamento haber leído tus cuadernos. No te vayas, por favor. Vamos a tranquilizarnos y, cuando estemos los dos más calmados, hablamos otra vez. Ya te he pedido perdón, pero si es necesario...

—Tus excusas no me valen, Elena —dijo él con acritud, sacándosela de encima—. Y tus lágrimas tampoco. ¿Cómo puedo confiar en ti si ya una vez me engañaste con tu falso llanto?

—¡Porque ahora no estoy fingiendo! —gritó desesperada, intentando agarrarse a él de nuevo.

Santi se movió hacia la puerta, esquivando a la joven. No quería que lo tocara. De lo contrario, su determinación se iría al garete.

—Adiós, Elena.

—¡No! ¡Santi! ¡No te vayas! ¡No me dejes! —chilló ella, en medio del

mar de lágrimas que era, con la sensación de que su vida se acababa si él no estaba en ella.

¿Cómo era posible que, en un día tan bonito y soleado, de repente una tormenta dejase todo destrozado?

Santi bajó las escaleras que llegaban hasta la acera y, cuando puso los pies en ella, se volvió para decirle unas últimas palabras:

—No me busques más, Elena. No volveré contigo, ni ahora, ni nunca.

46

Elena estaba desesperada. Hacía una semana que Santi se había marchado. Le había llamado infinidad de veces al móvil, enviado cientos de whatsapp, pero él no contestaba.

Sabía, por Rubén y Natalia, que se había ido a vivir con un compañero de trabajo. También había notado que él aprovechaba las horas en que ella estaba en la revista para ir al chalet y, poco a poco, llevarse sus pertenencias. Incluso el escritorio.

Sin embargo, dejó sobre la cama el diario que ella le había regalado. Sin una nota de despedida ni por qué no lo quería. Aunque no hacía falta ser muy lista para imaginarlo.

Por las mañanas se levanta temprano para ir a buscarlo por los parques y jardines de Leganés, con la esperanza de verlo y hablar con él antes de marcharse a trabajar. Pero su búsqueda no dio resultados.

Tampoco era que durmiera mucho por las noches, pues el dolor, la pena y el remordimiento se cebaban con ella y no le dejaban conciliar el sueño.

El día anterior, cuando llegó de la oficina, se había encontrado con que las llaves de Santi estaban en el mueble del recibidor, señal de que ya no las necesitaba. Ya se había llevado todo.

Santi apoyó la punta del bolígrafo sobre el papel, dispuesto a plasmar, como tantas veces, sus sentimientos en él.

Pero tenía tal amalgama de ellos que no sabía por cuál empezar. Rabia, ira, decepción, tristeza, traición...

Al final desistió. Cerró el diario y se reclinó sobre el respaldo de la silla, pensativo.

No tenía ganas de hacer nada. Ni salir a correr, ni montar en bicicleta, ni escribir, ni comer, ni dormir... Todas las ganas de hacer algo en su vida se las había llevado ella. Elena.

Ella y sus mentiras.

Ella y sus engaños.

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes?

Estaba tan cegado por el hecho de que la chica de sus sueños estuviera enamorada de él que no había visto más allá.

Ahora lo que necesitaba era que pasara el tiempo y dejase de sentir ese dolor tan atroz que tenía instalado en mitad del pecho. Debía olvidarla para continuar con su vida. Y tenía que hacerlo pronto porque los recuerdos se le amontonaban en la garganta, impidiéndole respirar. Debía encontrar la forma de dejar de amarla con rapidez, no sabía cómo ni cuál, pero tenía que hacerlo.

Ya había hecho todo lo posible para sacarla de su vida y empezar de nuevo. Había roto los lazos con su familia. Había sido complicado tener que decirle a Alfonso, cuando lo llamó para concretar la hora en la que quedarían para ver el partido de fútbol, que no iría. Le explicó en pocas palabras que había dejado a Elena y que no quería tener contacto con nadie de la familia para poder superar la ruptura. Le pidió que lo disculpase ante los otros miembros y sus padres, pero que comprendieran que para él era una situación difícil y dura. Sabía que estaba siendo injusto con ellos, que no tenían la culpa de lo ocurrido entre la pareja, pero él prefería que las cosas fueran así a partir de ese momento. Le sería más fácil olvidar.

Alfonso trató por todos los medios de hacer que Santi se retractase de su decisión. Se sentía culpable por haber sembrado la duda en el novio de su hermana. Él nunca quiso que ellos dos rompieran y, sin embargo, ese había sido el principio del fin. Porque Santi, viviendo en la ignorancia, era feliz junto a Elena. Pero se decía que tampoco era justo para el burgalés no conocer lo que ella le había hecho.

Rubén y Natalia también intentaron hacerle recapacitar. Pero fue inútil. A ellos sí les explicó algo más de lo que había sucedido, aunque no quiso adentrarse en el tema de su complejo. Les contó lo del supuesto robo y que Elena había mancillado su intimidad leyendo sus diarios. Ellos ya lo sabían, pues su amiga los había llamado rota de dolor, implorando consuelo y ayuda, y les había explicado por qué Santi la había dejado.

Él se enfureció al pensar que Elena habría desvelado su secreto, pero, al parecer, no había llegado a tanto, y tuvo que agradecer, al menos, ese detalle por su parte.

Toda esa semana, Elena lo había llamado y enviado cientos de whatsapp, que él ignoraba a duras penas. Sentía la necesidad de escuchar su voz, sin embargo, eso le dolería demasiado. Todos los mensajes que ella le había mandado los borró después de leerlos para no sucumbir a la tentación de volver a recordar sus palabras y cambiar su decisión de alejarse de ella.

Aunque todas y cada una de las letras escritas en aquellos whatsapp difícilmente abandonarían su mente. Cada una de las disculpas de Elena, cada uno de sus porqués, se le habían grabado a fuego en el alma.

—Necesito verlo. Tenéis que ayudarme. No sé..., quedad con él y yo apareceré casualmente y así...

Elena hablaba por teléfono con Natalia desde la oficina casi tres semanas después de que Santi hubiese roto con ella.

—Ele, Santi nos ha pedido que no hagamos eso. Sabe que eres capaz de organizar algo así y, con lo que ha pasado, creo que no deberías volver a engañarlo. Las cosas se pondrán peor entre vosotros —se negó Natalia.

Le daba pena no ayudar a su amiga, pero estaba entre la espada y la pared, y no quería meterse en medio de la pareja.

—¡Pero eres mi amiga! —exclamó Elena, dolida.

—Y mataría por ti, lo sabes, pero también Santi es mi amigo y Rubén es mi novio.

—Entiendo —dijo la periodista—. ¿Y no será que no me quieres ayudar para hacerme pagar el engaño del robo? Porque a Rubén y a ti también os mentí...

—¡Elena! ¿Cómo puedes pensar eso? Ya te dije que te perdonaba, que entendí por qué lo habías hecho y que, aunque estuvo mal, te disculpaba. Y Rubén igual —contestó Natalia, indignada porque su amiga le echara en cara aquello.

—Es que estoy desesperada.

Natalia notó en su voz que estaba casi a punto de echarse a llorar.

—¿Estás en la revista? —le preguntó.

—No. Bueno, sí. Estoy en la cafetería de la revista. He bajado para despejarme un poco e intentar comer algo, pero no lo consigo. Por eso te he llamado. Necesitaba escuchar una voz amiga.

—Tienes que comer, Ele. Ayer me dejaste preocupada cuando te vi. Estás muy delgada.

—Ya... pero es que...

Elena emitió un largo y doloroso suspiro.

—¿Aviso a las chicas y salimos a cenar hoy? Es viernes. Te vendrá bien una reunión de féminas —dijo para animarla.

—No tengo ganas, de verdad —rehusó, igual que las otras veces que Natalia le había propuesto lo mismo—. Solo quiero... quiero que nada de esto hubiera pasado, quiero no haber engañado a Santi para conseguirlo, quiero que vuelva conmigo... —La voz se le quebró y no pudo continuar.

—¡Ay, Elena! —susurró con pena—. No llores, cariño.

Natalia sintió la frustración de no poder abrazar a su amiga en ese momento.

—Tranquila —respondió Elena, limpiándose dos gruesos lagrimones que se le habían escapado de los ojos—. Aquí no puedo desahogarme, con todo esto lleno de gente. Esperaré a llegar a casa y estar sola, como todos estos días.

—Cuando termine de trabajar me paso por tu casa —prometió su amiga.

—Natalia... —Inspiró hondo y luego soltó el aire con un suspiro cansado—. Sabes que no soy buena compañía últimamente.

—He dicho que voy a ir y voy a ir —la cortó, tajante.

—Está bien, como quieras —cedió.

—No, Rubén, no voy a ir a tu casa —se negó Santi por tercera vez, con el teléfono pegado a la oreja.

—Vamos, tío, que hoy hay partido y voy a estar solo. Natalia se va con Elena.

Al escuchar su nombre, otra vez se rompió el muro que había creado alrededor de su corazón. Habían pasado ya tres semanas. ¿Cuándo iba a dejar de doler? ¿Cuándo iban a mantenerse firmes las barreras que había construido?

—Puedes venir perfectamente. No la verás porque Natalia la va a tener entretenida —dijo su amigo, intentando convencerlo.

—No puedo correr ese riesgo, Rubén. Al entrar en tu chalet o al salir, podría coincidir con ella y sabes que no quiero verla.

—¿Y qué hay de mí? ¿Tampoco quieres verme? ¡Soy tu amigo! ¿Es que también has roto conmigo? —se quejó.

Santi cerró los ojos y suspiró pausadamente.

—No, no he roto contigo —replicó, abriendo los ojos de nuevo—. Pero comprende que me duele demasiado todavía y...

—Mira, entiendo que no tienes ganas de nada desde que lo dejasteis, pero algún día tendrás que empezar a salir del bache y hoy es un buen día para hacerlo.

Su amigo tenía razón.

Sin embargo, no podía hacerlo. No quería arriesgarse a coincidir con Elena todavía porque el recuerdo de su traición aún dolía.

Si pudiera recordarla un poco menos cada día.

Si no se le formase un nudo en la garganta cada vez que algo acudía a su mente.

Si no tuviera tantas ganas de verla, de volver atrás, de no conocer la verdad y seguir a su lado, ignorando el engaño, las mentiras...

Si no echara de menos las caricias en su piel, sus abrazos, sus besos, su risa...

Lo que había estado vacío en su vida, ella lo había llenado, pero ahora volvía a estar como al principio.

—Escucha —dijo Rubén—, si no quieres venir a mi casa, iré yo a la tuya, o quedamos en un bar para ver el partido, pero de hoy no pasa que nos veamos.

—De acuerdo, pesado.

Cuando Elena abrió la puerta, se sorprendió al ver a sus amigas al otro lado; ella solo esperaba a Natalia.

—¿Qué hacéis aquí?

—Ya sabes lo que dicen: Si Mahoma no va a la montaña... —dijo Carla, abrazándola y dándole un beso en la mejilla.

—Nos llamó Natalia para darte una sorpresa —la informó Amanda, saludándola igual que había hecho su amiga.

Elena miró a Natalia seria, pero a los pocos segundos sonrió y las lágrimas se le saltaron.

—¡Ay, no llores, corazón! —exclamó, abrazándola—. Que hemos venido a pasarlo bien y a subirte el ánimo.

Las otras dos se fundieron con ellas, rodeándolas por los lados.

—Venga, que hemos venido a reír, no a llorar —comentó Carla—. Ya tendré tiempo de llorar cuando llegue a mi casa y vea el desastre que habrán organizado mis hijos a solas con su padre.

—Yo tampoco quiero llorar, quiero reír, y mucho, que Fabrizio se fue ayer a Roma y no volverá hasta dentro de dos semanas. Necesito alegría, porque como me ponga triste puede salir de mis ojos más agua que la que cayó en el diluvio universal —mencionó Amanda.

—Gracias, chicas. Sois las mejores —murmuró Elena.

Las amigas deshicieron el abrazo, caminaron hasta el salón y se sentaron en el sofá, todas apretujadas.

—¿Qué tal lo tuyo con Fabrizio? —se interesó Elena.

—Muy bien —respondió Amanda, con una sonrisa feliz—. Me ha pedido que pase con él la Nochevieja en Roma.

—¿En serio? ¡Eso es fantástico! —exclamó Elena, contenta por su amiga.

—Bueno, al principio le dije que no —comentó Amanda—. Una cosa es liarme con él cuando está en Madrid y otra es irme de viaje por ahí, conocer a su familia...

—¿Vas a conocer a su familia? —preguntaron a la vez Carla y Natalia, asombradas.

Amanda asintió con un movimiento de cabeza.

—Pues sí. Ha insistido tanto que al final no he podido negarme. Estoy muy nerviosa, chicas, con sinceridad.

—Entonces lo vuestro va en serio —afirmó Elena.

—Parece que sí. Por lo menos él dice eso. Yo... no lo tengo tan claro.

—¿Por qué? —quisieron saber sus amigas.

Amanda se encogió de hombros.

—No sé. Es que... una relación a distancia no entraba en mis planes.

—¡Pero qué relación a distancia ni qué ocho cuartos! —le soltó Carla—. Si pasa más tiempo aquí que allí.

—Ya.

—Desde que os presenté —intervino Elena—, ¿se ha marchado muchas veces a Roma?

—No. Esta es la primera. Pero pensar que cada mes o mes y medio se va a ir dos semanas allí, no sé... se me hace cuesta arriba. Casi prefiero no empezar nada con Fabrizio por si luego sale mal.

—A buenas horas dices que no vas a empezar nada con él, cuando no sales de su cama ningún día desde que os conocisteis —soltó Natalia, riéndose.

—Oye, que hacemos algo más que follar —se defendió la pelirroja—. También salimos a cenar, vamos al cine, al teatro, a bailar. El otro día fuimos a ver la exposición de...

—Vale, hacéis lo mismo que cualquier pareja. Es solo que yo he conocido una faceta de Fabrizio y ahora veo otra distinta. Pero me alegro mucho por ti. Ya era hora de que te quitases las telarañas de ahí abajo.

—Pues sí, no veas lo limpio que me ha dejado los bajos. Ni una telaraña, oye —sonrió Amanda—. Ahora ya me he acostumbrado, pero al principio me dolían músculos que no sabía ni que tuviera.

—Es que dicen que los italianos son muy buenos amantes —comentó Carla.

—No sé si serán todos iguales, pero desde luego este sí.

—Pues chica, no lo pienses más y disfruta del tiempo con Fabrizio —le

aconsejó Elena—. Crea buenos recuerdos con él, iros de viaje, estad juntos todo lo que podáis, follad mucho y... —rompió a llorar— no lo engañes; habla con él, sé sincera, porque si no...

—¡Eh! ¡Que hemos venido a reír, no a llorar! —le recordaron sus amigas, abrazándola.

—Venga, pido unas pizzas y cenamos aquí —propuso Natalia.

Santi quedó con Rubén para ver el partido de fútbol en un bar cercano a su nuevo domicilio. Prefería que fuera un sitio público, así se aseguraba de que su amigo no insistiría con el rollo de que se reconciliase con Elena al tener tantos oídos indiscretos alrededor.

En el descanso, los dos pidieron la cena mientras comentaban las mejores jugadas hasta el momento.

Pero Rubén se dio cuenta de que Santi apenas probaba bocado. Lo observó durante unos segundos y al final no pudo quedarse callado.

—Esperaba encontrarte mejor, la verdad. Te veo más delgado y eso que ya no salimos juntos a hacer ejercicio como antes. Seguro que estás comiendo mal.

—Y durmiendo también. Pero no quiero hablar de eso.

—Ya, tú nunca quieres hablar de nada que tenga que ver con Elena.

Santi cerró los ojos y apretó los dientes.

—Aquí no, por favor.

—¿Vamos fuera?

El joven centró la mirada en su amigo.

—¿Para qué?

—Para darte dos hostias y ver si espabilas de una vez —replicó Rubén—. Ella también lo está pasando mal. Igual de mal que tú o peor.

—Peor no creo.

—Pues igual. ¿Tan difícil te resulta contestar a sus llamadas? ¿Por qué no quedas con ella y arregláis las cosas?

—Porque me engañó, me mintió, me traicionó...

—Bueno, ya empezamos con el mismo rollo de siempre —se quejó Rubén.

—Si no quieres oír «mi rollo», no haber sacado el tema.

—Santi, solo quiero ayudarte. Los dos sois amigos míos y me duele veros así. Me acuerdo de cuando Natalia y yo estábamos peleados y...

—No es lo mismo —rebató Santi.

—Pero tú la quieres y Elena a ti. Y es una pena que estéis separados. Por quedar un día con ella y hablar no pasa nada. Venga, hombre. Hazlo.

—¿Para qué quieres que haga eso? ¿Para echarle en cara todas las cosas que me ha hecho? Todo se pondría peor, así que mejor no remover más la mierda.

—Mira que eres cabezón —dijo Rubén, apenado.

—Gracias por el cumplido —se mofó Santi.

—Ven un día a casa. Natalia también te echa de menos.

—No.

—Nos aseguraremos de que Elena no esté cerca para que no coincidas con ella.

—No.

—¡Joder, Santi! ¡Estás siendo muy injusto con Natalia y conmigo! Porque has roto con tu novia, ¿tus amigos ya no pueden disfrutar de tu compañía?

—Sabes que mi compañía no es muy divertida. Nunca he sido una persona elocuente, que hiciera reír a todo el mundo, con una conversación entretenida...

—Pero eres nuestro amigo y te echamos de menos —dijo con pena Rubén.

Santi lo miró durante un largo rato. Rubén tenía razón. La gente de su alrededor estaba pagando los platos rotos de su relación con Elena sin tener la culpa.

—Hace mucho que no vamos a la montaña. ¿Qué tal si hacemos una escapada el fin de semana que viene? —propuso Santi.

—¿Solos?

—Puede venir Natalia si quiere, pero nadie más.

Rubén exhaló un suspiro.

—De acuerdo. Se lo comentaré cuando llegue a casa y te diré algo.

Durante aquel fin de semana Elena había pensado mucho, y decidió que si Santi no la quería, peor para él. Por mucho que le doliese, tenía que olvidarlo igual que estaba haciendo él. No podía pasarse los días y las noches llorando a moco tendido por su amor. Había cometido fallos, sí, y estaba arrepentida, sí. Pero su vida no estaba acabada aunque hubiera pensado eso muchas veces en aquellas semanas.

Ella siempre había sido una mujer fuerte, valiente y decidida. Pues iba a coger todas esas cualidades, apretaría los dientes y tiraría para adelante.

Pero antes debía hacer algo.

Su hermano Alfonso, con quien había hecho las paces tras haber discutido por lo que le dijo a Santi, le había dado la información —esta vez sí la ayudó— que ella necesitaba.

Y allí estaba Elena, a las ocho de la mañana de aquel martes, dispuesta a retomar su vida, a dejar su dolor a un lado y enfrentarse al futuro sin Santi.

Alfonso le había dicho dónde estaría trabajando Santi, en qué parque, porque lo había visto el día anterior mientras patrullaba la ciudad.

Elena esperaba que continuase con su labor allí, aunque no las tenía todas consigo, pues sabía que cambiaban a Santi de lugar de trabajo con frecuencia, según dónde se requiriesen los cuidados de mantenimiento y limpieza de jardines.

Sentada en un banco, esperó hasta que lo vio llegar con su cuadrilla. Entonces, se levantó y caminó hacia él.

Santi se quedó paralizado al verla allí. ¿Qué demonios...?

La rabia de todo ese tiempo se vio sustituida por un anhelo desesperado de volver a sentir los labios de Elena sobre los suyos, de que sus manos recorrieran su cuerpo, de que ella volviera a ser la dueña de su pasión y de sus sueños.

No quiso escuchar a su corazón, que le pedía a gritos correr hacia ella. Lo que tenía que hacer era borrar de su memoria el recuerdo de la voz de Elena, aunque tuviera que arrancarse la piel y aguantar el dolor.

—Hola —dijo Elena, sin atreverse a acercarse más.

Como Santi no contestó, ella siguió hablando.

—No quiero molestarte. Solo he venido a devolverte esto. —Le tendió una bolsa—. Nada más. No te voy a pedir disculpas otra vez porque ya lo he hecho demasiadas veces y no sirve de nada. Así que, llegados a este punto, lo mejor es que cada uno siga su camino y ya está.

Santi alargó el brazo y cogió la bolsa que ella le daba.

—¿Por qué me devuelves el diario? —preguntó él, tras abrir la bolsa.

—Porque es tuyo. Lo compré para ti y es mejor que lo tengas tú. Yo no lo usaría. Además, así podrás escribir tu historia y la de tu próximo amor —confesó, deseándole buena suerte y que fuera feliz.

¿Su próximo amor? ¿De verdad creía Elena que iba a retomar su vida con otra mujer? ¿O se estaba burlando de él?

—Todas las ganas de volver a enamorarme me las has quitado tú —soltó Santi de mal humor.

Ella acusó las palabras como un golpe en el estómago. La respiración se le cortó y las ganas de llorar se apoderaron de su pecho. Pero no lo hizo. Ya había derramado demasiadas lágrimas por él y no iba a salir de sus ojos ni una más.

No le contestó tampoco, porque no quería iniciar una pelea con él. Total, ¿para qué? No iba a servirle de nada. Así que decidió que lo mejor era dejarlo correr y largarse de allí con la cabeza bien alta, con toda la dignidad que le permitiera su corazón roto.

Se dio la vuelta y se alejó, notando en su espalda la mirada resentida de Santi al pronunciar aquellas últimas palabras.

Santi vio en los ojos de Elena el dolor que le produjo lo que le había dicho. ¿De dónde había salido eso? ¿Por qué había tenido que hacerle daño? Quizá porque era una forma de devolverle el que ella le había hecho. Pero él no era así. No iba por ahí vengándose de la gente.

Maldijo el momento en que salieron de su boca aquellas palabras mientras observaba a Elena alejarse de él y de su vida para siempre.

49

—*En la puerta del Sol como el año que fue, otra vez el champán y las uvas y el alquitrán...* —cantaba Elena mientras se preparaba para ir a casa de Natalia y Rubén para disfrutar de esa Nochevieja.

Al principio les había dicho que no iría. Sabía que Santi estaría allí y no quería verlo. Pero ellos insistieron tanto que al final no pudo negarse. Así que se dijo que, como habría más invitados en la fiesta, ella acudiría, lo pasaría bien y, tras las uvas y felicitar a todo el mundo el año nuevo, regresaría a su casa.

No tenía muchas ganas de fiesta, pero lo haría por sus amigos que, en todo aquel tiempo, la habían apoyado en los momentos en que se venía abajo.

Se preguntó, mientras se ponía unos pendientes, si Santi sabría que ella iba a asistir a la fiesta y cómo se comportaría. Desde luego, ella no pensaba acercarse a él a no ser que fuera estrictamente necesario.

Después de lo del parque...

No había vuelto a verlo desde entonces, pero sus palabras aún dolían. Le escocían como la sal en una herida.

Decidió que lo mejor era olvidarse de todo y pasarlo bien esa última noche del año.

Santi esperaba impaciente la aparición de Elena.

Cuando Rubén le dijo que ella asistiría a la fiesta, él se negó a ir, pero su amigo lo culpó por querer dividir su amistad, dándoles a elegir entre Elena o él. No estaba bien y su actitud era muy infantil. ¿Es que no podían coincidir en algún sitio y comportarse educadamente?

Al final, accedió, rogando para que ella no se acercase a menos de tres metros de él. Con la costumbre que tenía Elena de avasallararlo en cuanto lo veía, recordó sonriendo. Pero claro, eso había sido antes. Ahora ya nada era igual. Ni volvería a serlo.

Así que cuando la vio entrar en la casa, saludar a unos y otros con una

sonrisa y cómo esta se le congelaba en cuanto posó los ojos en él, su corazón palpitó con tanta fuerza que creyó que le rompería la caja torácica.

Elena estaba preciosa con un vestido negro de manga larga, escote redondo y falda *evasé*. En los pies, los zapatos rojos que él le había regalado. A su cerebro llegaron miles de recuerdos del día que le hizo el amor con esos tacones puestos.

Ella se quedó paralizada unos segundos al verlo. Santi estaba guapísimo con una camisa roja y unos chinos negros. El pelo como siempre, pero de nuevo volvía a lucir la barba de cinco o seis días que llevaba normalmente cuando estaba con ella, hasta que se había afeitado aquella mañana, después de practicar sexo oral, porque pensó que le rasparía a Elena entre los muslos.

Ninguno supo qué hacer, si decirse hola o ignorarse.

Natalia decidió por ellos.

—Pasa de él. Si no te saluda, no te vas a rebajar tú.

—Me resulta incómodo estar aquí y no hablarle, pero, después de lo que me dijo la última vez que lo vi, creo que lo mejor es seguir tu consejo e ignorarlo.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Natalia, cogiéndola de las manos y dándole un apretón acompañado de una sonrisa.

—Me ha mandado un whatsapp Amanda para felicitarme el año nuevo. Dice que luego estarán las líneas colapsadas y no podrá hacerlo. Te manda recuerdos —le contó Elena.

—¿Te ha contado algo más? ¿Qué tal lo está pasando en Roma?

—Dice que muy bien. Menos mal que la animamos a viajar con Fabrizio, si no, ahora la tendríamos aquí maldiciéndose y llorando a lágrima viva por su italiano.

Las dos amigas se sentaron en unas sillas cercanas para charlar más tranquilamente.

—Me alegro mucho por ella, aunque al principio tuve mis reticencias —confesó Natalia.

—Y vosotros, ¿qué tal en Burgos? —se interesó Elena.

—Genial. A mis padres les ha encantado la ciudad y conocer a la familia de Rubén. La Nochebuena la pasamos en casa, todos juntos. Alicia cerró el restaurante a las ocho de la tarde y así pudo disfrutar de esa noche en familia.

Pero el día de Navidad tenía reservas, así que fuimos a comer allí y, aunque no se pudo sentar a la mesa hasta casi las cinco de la tarde, cuando se marcharon los comensales, al menos pudimos estar un rato con ella. Como todos hemos pasado por el mismo negocio, estamos acostumbrados a estas cosas. ¿Y tú?

Elena le contó cómo había pasado las fiestas, rodeada de sus padres, hermanos y sobrinos.

—También vinieron mis tíos y mis primos en Navidad a comer con nosotros.

Se quedaron un momento en silencio hasta que Natalia habló de nuevo.

—No te quita los ojos de encima.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Santi —dijo muy bajito para que nadie más que ella la oyese.

Elena se encogió de hombros.

—Me da igu...

En ese momento, una canción comenzó a sonar, llenando el salón con su melodía.

Elena cerró los ojos y agachó la cabeza. No podía oírla. Dolía demasiado.

Inspiró profundamente y centró su vista de nuevo en Natalia.

—Voy un momento al baño.

—¿Necesitas que te acompañe? —preguntó su amiga, al verla haciendo verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar.

Elena negó con la cabeza al tiempo que se mordía los labios.

—Iré a quitar la canción. Pondré otra más alegre —la informó Natalia.

La periodista se levantó de la silla y caminó hacia el baño. Necesitaba un momento de paz, estar sola y tranquilizarse.

Cuando llegó, se miró al espejo.

«Venga, Elena, que tú puedes. Eres fuerte. Tienes que serlo», le dijo a su reflejo, intentando sonreír.

Santi observó cómo cambió el semblante de su cara en cuanto comenzó a sonar *Tu jardín con enanitos*. Esa canción la trastornaba tanto como a él por todos los recuerdos que encerraba.

La siguió con la vista hasta que desapareció del salón. Se imaginó que iría al baño y, movido por un impulso, fue hacia allí también.

El corazón galopaba en su pecho como si hubiera corrido una maratón. ¿Qué iba a hacer? ¿La saludaría cuando saliera, haciéndose el encontradizo, o por el contrario...?

En ese momento, la puerta se abrió y Elena salió del aseo.

Al verlo, la sorpresa cruzó su cara y se detuvo un momento mirándolo a los ojos, a esos preciosos ojos azules que tanto había echado de menos.

—Hola —le dijo a Santi.

—Hola —contestó él.

Un silencio incómodo llenó el espacio a su alrededor.

—Te lo dejo libre —intentó sonreír Elena, señalando el baño.

—Ah, gracias.

Ella se dio la vuelta y caminó con paso rápido hacia el salón.

Él se quedó parado allí, sin entrar en el aseo, contemplando cómo se alejaba el amor de su vida.

—Tienes una oportunidad muy buena de hacer las paces con ella. — Oyó que le decía Rubén desde detrás.

Se giró y vio a su amigo apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—No digas tonterías.

—No estoy diciendo que volváis a tener una relación amorosa, pero al menos sí una relación de amistad, como antes.

Santi no contestó y Rubén aprovechó para insistir.

—Así podríamos quedar con vosotros dos sin miedo a que corra la sangre. Todos estaríamos más tranquilos y menos incómodos sabiendo que, aunque no estáis juntos, sois capaces de mantener un trato cordial.

—¿Y no es lo que estoy haciendo esta noche? —preguntó Santi, malhumorado.

Sin esperar a que Rubén respondiese, se marchó de nuevo al salón.

Cuando la cena se sirvió minutos después, Elena se sentó en una esquina, lo más alejada posible de Santi. No lo miró ni una sola vez. Tenía miedo de encontrarse con sus ojos y ver en ellos el rencor que él tenía dentro.

Aunque, pensándolo bien, cuando había salido del baño no había detectado ningún rastro de ese sentimiento en ellos. Santi la había mirado

con tristeza, como a un sueño truncado.

Dejó a un lado estos pensamientos y se concentró en la conversación que mantenían los invitados sentados cerca de ella.

Santi la observaba desde su posición. Intentaba no hacerlo, pero los ojos se le iban hacia aquella parte de la mesa. En un par de ocasiones, la vio sonreír por algo que habían dicho, pero ese gesto no llegó a sus ojos. Supo que Elena estaba manteniendo el tipo, estaba incómoda con él allí. Los dos lo estaban en realidad.

Le llamó la atención que ella habló poco y se dedicó a pasear la comida de un lado a otro del plato, inapetente.

Cuando terminaron de cenar, la charla continuó, regada por el vino de Burgos que Rubén había traído especialmente para esa noche.

Uno de los hombres, sentado al lado de Elena, inició un acercamiento. Posó una mano sobre el hombro de la madrileña y acarició con la yema del pulgar la tela de su vestido.

Santi estuvo tentado de saltar sobre él y molerlo a palos. Tuvo que desviar la vista hacia otro punto, boxeando con los celos, diciéndose que Elena era libre de liarse con quien quisiera.

Pero no duró mucho tiempo con los ojos en otro sitio y, cuando devolvió la mirada hacia donde ella estaba sentada, comprobó con satisfacción como su exnovia rechazaba al tipo.

Ella se levantó y fue a sentarse en el sofá que ocupaban Natalia y otra chica desde hacía rato.

—En cuanto me tome las uvas, me marchó a casa. Está empezando a dolerme la cabeza. Demasiado vino.

Natalia la contempló sabiendo que aquello era una excusa, pero no iba a forzar a su amiga a quedarse.

—Está bien.

Elena le sonrió, agradeciéndole su comprensión.

Algunos invitados comenzaron a bailar en mitad del salón y Natalia y la otra chica se unieron a ellos.

—¿Bailas? —preguntó un joven, tendiéndole la mano.

—No, gracias. Estoy cansada —contestó Elena.

—¡Vamos! ¡Si la noche acaba de empezar! ¡Y es fin de año! ¡Anímate! —

exclamó el chico.

—No. De verdad que...

Pero el tipo tiró de ella para levantarla del sofá y Elena se dijo que tendría que bailar, aunque fuera una canción, para que la dejase en paz. Gracias a Dios que esa estaba empezada ya, así que cuando terminó Elena se disculpó con el chico y se retiró hacia un rincón de la estancia, intentado pasar desapercibida para el resto de los hombres. No tenía ganas de estar con ninguno, ni bailando, ni hablando, ni de ninguna forma.

Lo único que deseaba era que dieran las doce campanadas de una santa vez y marcharse a su casa.

Santi la contemplaba desde la otra esquina del salón. Vio como un invitado de Rubén se acercaba a ella, le pedía un baile y Elena se negaba. Él insistía y, cuando ella estaba rechazándolo por segunda vez, la obligó a salir a la pista improvisada que habían montado en el salón.

«Déjala en paz. ¿No has visto que no quiere bailar?», estuvo a punto de gritarle al chico. Sin embargo, apretó los dientes y se tragó las palabras. Rezó para que los minutos pasaran pronto, comerse las uvas y marcharse a su casa. No estaba para fiestas.

—¡Venga! ¡Que ya solo quedan diez minutos para las doce! —Oyó que Rubén gritaba por encima de la música, entrando en el salón con una bandeja cargada con uvas preparadas en unas copas de plástico.

Vio como Elena salía de su escondite para ir a buscar sus uvas y él se movió a la vez; como si fuesen dos imanes, acercándose, pero repeliéndose al mismo tiempo.

Ella llegó primero, cogió su copa de uvas y al volverse chocó contra el pecho de Santi.

—Huy, perdón —se disculpó.

Aspiró el aroma de la colonia del burgalés y cerró los ojos un instante, lo justo para recomponerse y que él viera que no la había afectado lo más mínimo.

Se apartó a un lado para dejar que Santi cogiera su copa.

Cuando él sintió el choque, todo su cuerpo se revolucionó al reconocer el tacto de Elena tanto tiempo añorado. Un gruñido de frustración luchó por salir de su garganta al ver que ella se alejaba de él.

¿Qué le estaba pasando esa noche? Creyó que solo sentiría rencor hacia ella cuando la viera, pero lo cierto era que deseaba tenerla entre sus brazos y besarla más que nunca en su vida.

Al ver como otros hombres codiciaban a Elena, había tenido que reprimir unos impulsos asesinos que no sabía que tuviera.

Rezó para que aquella maldita noche terminara de una vez. Necesitaba alejarse de los recuerdos y, con Elena pululando por allí, no le resultaba fácil.

Llegó el momento. La hora indicada. El reloj de la Puerta del Sol comenzó a dar las campanadas.

La mitad de los invitados se atragantaron con las uvas y no se las pudieron tomar todas, pero entre risas y felicitaciones de Año Nuevo todos se besaron y se abrazaron. Todos menos Santi y Elena.

—Me voy ya.

Elena se acercó a Rubén y Natalia para despedirse mientras se ponía el abrigo.

—Ha sido una fiesta estupenda. Espero que terminéis de pasar bien la noche.

—¿Seguro que no te quieres quedar un rato más? —intentó convencerla Rubén.

—No, gracias —dijo, dándole un beso en la mejilla.

Después le dio otro a Natalia y se dirigió a la salida.

Por el camino fue despidiéndose de unos y de otros, hasta que traspasó la puerta y la cerró a su espalda.

Se quedó unos segundos allí, de pie, sola con sus pensamientos.

Inspiró hondo y bajó las escaleras que daban a la acera. Se encaminó a su chalet y, cuando cerró la puerta de su vivienda, suspiró.

Había sobrevivido a esa noche. Adiós 2017. Bienvenido 2018. Esperaba que ese nuevo año le trajera más alegrías que penas.

Cuando puso el pie en el primer escalón, sonó el timbre de la casa.

Sorprendida, fue a abrir.

—¿Qué...?

—Solo quería desearte un feliz Año Nuevo —confesó Santi.

—Ah, bueno, pues... gracias e igualmente —respondió Elena, descolocada.

Se miraron unos segundos a los ojos, sin hablar, escuchando los sonidos de la noche. La gente celebraba con gritos, risas y petardos la entrada en el nuevo año.

—Oye, Elena, yo... no quiero comenzar el 2018 enfadado contigo, así que ¿amigos? —propuso, tendiéndole una mano.

Elena desvió sus ojos desde los de Santi hasta esa mano que él le ofrecía en señal de paz.

—De acuerdo. Amigos —dijo, estrechándosela.

50

—No sé, tía, fue un poco extraño. Después se marchó como si nada hubiera ocurrido —le contó Elena a Natalia al día siguiente, frente a una taza de café, cerca ya de las cinco de la tarde.

—Estoy seguro de que quiere volver contigo, pero no sabe cómo hacerlo —intervino Rubén, que llegaba de la cocina con una bandeja de pastas para las chicas—. No dejó de vigilarte en toda la noche. Te siguió al baño, luego se hizo el encontradizo contigo cuando yo estaba repartiendo las copas con las uvas...

—Tienes que venir a la casa rural que hemos alquilado para el fin de semana después de Reyes —añadió Natalia—. Santi también estará. Así podrás verlo y saber qué pasa. Si quiere que volváis o solo quiere tu amistad.

—Lo de anoche ya me resultó bastante duro y solo fueron tres horas. No creo que sobreviviese a dos días con él en el mismo sitio —comentó ella, escéptica.

—Bueno, piénsatelo y nos dices algo —la animó su amiga.
Elena asintió, prometiendo que se lo pensaría.

—Elena va a venir a la casa rural de San Martín del Castañar este fin de semana —le comunicó Rubén a Santi por teléfono, varios días después.

La periodista se había animado por fin y había accedido a ir con ellos.

Al otro lado de la línea, no se escuchó nada.

—¿Santi? ¿Estás ahí?

—Sí, aquí sigo.

—¿Has oído lo que te acabo de decir?

—Sí, te he oído.

—Ah, como no has dicho nada ni te has quejado como la otra vez —comentó Rubén.

—Elena es libre de hacer lo que quiera.

—Ya.

Hubo un silencio en la línea y después Rubén continuó hablando.

—Bueno, solo quería que lo supieras, para que no te pille de sorpresa.

—Gracias. ¿Viste el partido de anoche? —preguntó Santi, cambiando de tema.

«Gire a la izquierda y continúe recto. A cien metros habrá llegado a su destino», dijo la voz pregrabada del GPS.

—Pero si ya estoy aparcada delante de la casa rural, tía petarda —le respondió Elena al aparato, admirando la bonita construcción de piedra y madera.

El entorno era precioso. San Martín del Castañar estaba situado en plena Sierra de Francia, en la provincia de Salamanca, entre robles y castaños.

Por lo que había visto desde el coche, Elena pensaba que era uno de los pueblos más bonitos y pintorescos de España. Sus calles estrechas, su arquitectura típica serrana, el castillo, la plaza y la iglesia eran dignos de ser admirados.

Ella tenía más ganas de pasear por las callejuelas, empapándose de la belleza de aquel pueblecito de apenas doscientos cincuenta habitantes, que de hacer senderismo por alguna de las rutas que había allí, pero los planes de sus amigos eran esos y no iba a contradecirlos. Ya recorrería la localidad al día siguiente y tomaría cientos de fotos para recordarlo después. O puede que volviese en las vacaciones para disfrutar de la tranquilidad y la paz que allí reinaba.

«Gire a la izquierda...», repitió la voz.

—Anda, cállate —murmuró Elena, apagando el GPS—. No me extraña que me pierda contigo.

Paró el motor del coche y bajó del auto. Sacó su *trolley* del maletero y caminó hasta la puerta de la casa.

—¡Ya era hora de que llegaras! —exclamó Natalia, nada más abrirle.

—Tengo que actualizar el GPS. La tía esa me da instrucciones erróneas. Por eso me pierdo.

—Anda, pasa. Luego le digo a Rubén que le eche un vistazo.

Dentro de la casa las esperaba una pareja de amigos de Rubén y Santi con quien Elena había coincidido en alguna ocasión. Tras saludarse, Natalia

acompañó a Elena hasta el que sería su cuarto aquellos dos días.

—El baño está al fondo del pasillo. La puerta que hay de frente —la informó su amiga—. Y si tienes frío, en el armario hay más mantas, aunque las camas tienen ya puesta una además del edredón.

—La casa tiene calefacción, ¿no? —preguntó Elena, y Natalia asintió—. Pues entonces no creo que necesite más mantas.

En ese momento se oyeron ruidos en la parte baja de la casa.

—Acaban de llegar Rubén y Santi —dijo Natalia—. Habían ido a la panadería a buscar algo de pan porque se nos ha olvidado en Madrid el que compramos esta mañana.

Elena se rio.

—Y luego decís que soy yo la que pierde u olvida las cosas.

Las dos amigas regresaron al piso inferior. Al entrar en la cocina de la casa, Elena se detuvo de golpe. La ancha espalda y el apretado culo de Santi le llamaron tanto la atención que no pudo andar más ni decir nada. Sintió un calor exquisito recorriendo su cuerpo y cómo este le pedía unirse al masculino.

Cuando él se giró para ver quién había llegado, la garganta se le reseco al ver a Elena. Estaba preciosa, como siempre. Sus labios de fresa lo tentaban y deseó poder devorar esa boca que tanto echaba de menos.

Durante unos segundos ninguno habló. Se limitaron a mirarse. Natalia aprovechó para dejarlos solos, saliendo discretamente.

—Hola, Elena —dijo por fin Santi, rompiendo el hielo.

—Hola. —Inspiró profundamente antes de añadir—: ¿Qué tal todo?

—Bien.

Hubo otra pausa en la que Elena buscó algún tema de conversación, pero al no hallarlo desistió. Justo cuando se daba la vuelta para salir de la cocina, Santi comenzó a hablar.

—Leí tu reportaje sobre los hombres... sin... —Carraspeó un poco y prosiguió—: Me gustó mucho. Fue muy didáctico y... tranquilizador.

—Gracias. Me alegro de que te gustase.

—¿Vas a hacer la ruta de senderismo con nosotros? ¿O te quedarás aquí en la casa?

—Eh... pues... en principio sí, la haré. Intentaré acompañaros, aunque

sabes que no me va mucho eso de andar por la montaña. Me trae malos recuerdos.

—Saldremos después de comer y regresaremos sobre las seis, antes de que anochezca. La ruta es fácil, aunque ese calzado que llevas no es adecuado para la montaña —dijo, mirando las zapatillas de tenis que Elena llevaba.

—Como no suelo ir al campo, no tengo otro más idóneo, así que...

—De todas formas —la cortó Santi—, si te cansas, puedes volver antes que el resto. El camino está bien señalizado. No creo que te pierdas. O sí. Nunca se sabe.

Elena notó la burla en su voz y no le gustó nada.

Iba a contestarle, pero decidió que no valía la pena empezar una discusión con él.

—¿Te ayudó? —se ofreció, viendo que Santi se disponía a preparar la comida.

—No, gracias. No quiero que te quemes. Aquí no tengo nada para curarte.

—A lo mejor no me quemo. Deberías confiar más en mí. No soy tan torpe.

—¡Ah, la confianza! Se tarda mucho tiempo en ganar, pero se pierde muy rápidamente, ¿no crees? Sobre todo cuando te han mentido, han violado tu intimidad leyendo tus secretos...

—Vete a la mierda, Santi. No entiendo por qué viniste a mi casa a felicitarme el Año Nuevo, ofreciéndome tu amistad, si realmente sigues cabreado conmigo por lo que pasó.

«Creí que sería más fácil, pero me estoy dando cuenta de que no es así», pensó el joven.

Elena salió de la cocina enfadada. Ese hombre era imbécil.

Natalia, al ver el gesto de su cara, se acercó a preguntarle qué había pasado, y Elena se lo contó en voz baja.

—No le hagas caso.

—Es que creí que, después de lo de Nochevieja, tendríamos una tregua o quizá la paz, pero veo que no va a ser así —se quejó ella—. Será mejor que me marche a Madrid, porque como vaya a estar así todo el fin de semana me pego un tiro.

—De aquí no te vas. No hables con Santi y punto.

Elena respiró pausadamente para controlarse y al final asintió a las palabras de su amiga.

—Está bien. Me quedaré.

51

—¿Falta mucho para llegar? —quiso saber Elena, cansada.

Llevaban más de una hora de caminata y le dolían los pies. Además, no estaba acostumbrada a andar por la montaña.

—Unos treinta minutos, y después hay que desandar lo andado —la informó Rubén—. ¿Por qué? ¿Estás cansada?

—Pues sí. No puedo dar ni un paso más.

—Ya te dije que esas zapatillas no eran adecuadas —le recordó Santi. Elena lo ignoró.

—Si quieres, te puedes sentar en esa piedra de ahí para descansar —le indicó Rubén—, y luego te recogemos a la vuelta.

Ella puso mala cara.

—No me mola mucho quedarme sola —dijo con una mueca.

—Yo me quedaré contigo —se ofreció Santi, sorprendiéndola.

—De acuerdo. Sigamos —ordenó Rubén al resto del grupo.

Cuando se marcharon, un espeso silencio cayó sobre Santi y Elena.

—¿Qué tal tu familia? ¿Has ido a Burgos para pasar la Navidad? —preguntó ella, al cabo de varios minutos.

—¿De verdad te importa? —soltó él, de malos modos.

—No, no me importa. Solo quería charlar un rato para que se nos hiciera más amena la espera.

Elena se cruzó de brazos enfadada. No entendía por qué demonios se había quedado Santi allí con ella si se notaba a kilómetros que no quería estar en su compañía.

—Conmigo no tienes que hablar de nada. Me gusta el silencio.

—Pues a mí sí me gusta hablar, así que si no quieres escucharme, te puedes ir con los demás —replicó ella.

—¿Y si no me quiero ir? Además, ¿con quién ibas a hablar aquí? ¿Tú sola? Ah, bueno, claro, como estás un pelín loca...

Elena bufó.

—Mira, Santi, déjame en paz. Me vuelvo a la casa yo sola.

Se levantó de la piedra donde había estado sentada y, al pasar por al lado de Santi, este le dijo:

—Pero si no te gusta andar sola por la montaña. ¿O es otra mentira más de las tuyas?

—Eres un imbécil —soltó ella, emprendiendo el camino de vuelta.

—El sendero está señalizado, pero como tú te pierdes aun llevando GPS... —se mofó de ella otra vez.

Elena no dijo nada más, pero la rabia hervía en su interior. Cuando llegase a la casa, recogería sus cosas y se marcharía a Madrid. Había sido un error aceptar la invitación de Natalia.

Santi la vio alejarse hasta que Elena llegó a un recodo del camino y la perdió de vista. ¿Por qué se había comportado así? Desde que la vio en la cocina de la casa rural, lo único que había querido era abrazarla y besarla. Entonces, ¿por qué cada vez que abría la boca era para hacer enfadar a Elena burlándose de ella?

Chasqueó la lengua, molesto consigo mismo. Menudo gilipollas estaba hecho.

Se tocó la cicatriz de la frente, la marca de Elena, y suspiró. Cuando regresara a la casa debía tener más tacto al hablar con ella e intentar no contrariarla. Ella había venido en son de paz ese fin de semana y él no hacía otra cosa que atacarla.

Con ese pensamiento en la mente, volvió al sendero por donde sus amigos habían continuado, para ir a su encuentro.

—¿Dónde está Elena? —quiso saber Natalia en cuanto vio que Santi llegaba solo.

—Ha regresado a la casa.

—¿Por qué no la has acompañado? —lo riñó su amiga.

—Porque no es necesario. El camino está bien señalizado.

—Elena se orienta fatal.

—Si no se sale del recorrido, no tendrá problemas para llegar sana y salva —comentó Santi.

—Aun así. No deberías haberla dejado volver sola —le recriminó nuevamente.

—¡Natalia, vamos! ¡Que no es tan torpe! No le pasará nada.

—¿Le has dado tu llave para que pueda entrar?

—Pues... no.

Natalia sacó el móvil de su bolsillo y marcó el número de Elena. Tras un rato escuchando el tono de llamada, se cortó la comunicación.

—No contesta —dijo mirando a Rubén—. Quiero regresar. No me quedaré tranquila hasta que no vea a Elena.

52

Llevaba más de dos horas andando por la montaña sin encontrar el camino de vuelta y empezaba a anochecer.

¿Por qué narices se había tenido que salir del sendero marcado?

«Mujer, no te ibas a poner a hacer pis allí en medio, que podía venir cualquiera y verte», le dijo la voz de su conciencia.

Si la necesidad no la hubiera apremiado, era posible que a esas alturas estuviera en la casa, calentita. O viajando a Madrid para alejarse lo máximo posible del idiota de Santi.

Si él no le hubiera hablado en el tono que lo hizo ni le hubiera dicho aquellas cosas, probablemente, ella hubiera seguido sentada en la piedra, esperando el regreso de sus amigos. Pero por no soportarlo más se había armado de valor y había emprendido el camino de vuelta sola.

Y ahora estaba perdida.

Miró al cielo otra vez. La luz menguaba. En pocos minutos todo estaría oscuro y...

«Tengo que encontrar el camino de vuelta como sea», pensó, sintiendo un creciente desasosiego.

Se había dejado olvidado el teléfono móvil sobre la cama de la habitación que Natalia le había asignado, así que no podía llamar a nadie para dar su localización. De todas formas, tampoco podría describir mucho el lugar para dar pistas y que la encontrasen. El paisaje le parecía igual, mirase donde mirase. Todos los árboles eran similares, los arbustos, las piedras...

Y hacía frío.

Para la caminata se había puesto una camiseta de manga larga; encima de esta, el forro polar; y cubriendo sus piernas, un pantalón de chándal. Pero ahora que el sol estaba desapareciendo, la temperatura comenzaba a descender. No llevaba ni gorro ni guantes, y notaba en la cara el aire helado de aquella zona de montaña.

Oyó un ruido a su izquierda y que se quedó quieta, escuchando.

El miedo aumentó en su interior, pero, aun así, tuvo fuerzas para gritar,

porque si fuera alguna persona que estuviera por allí cerca y la oyese, podría ayudarla a regresar.

—¡Natalia! ¡Rubén! ¡Estoy aquí! ¿Alguien me oye? ¡Me he perdido! ¡Necesito ayuda!

Era lo mismo que llevaba gritando desde hacía una hora, cuando tomó conciencia de que estaba perdida, tras deambular otra hora por el monte.

Volvió a escuchar otro ruido y entonces vio un animal pequeño cruzando a toda velocidad delante de ella.

Del susto, se cayó de culo, haciéndose daño en el trasero y raspándose las manos contra el suelo.

Miró a su alrededor y se echó a llorar desconsolada.

Estaba sola. Tenía frío, hambre y sed. Y se estaba quedando sin luz.

El pánico se apoderó de ella y no le dejó alzarse del suelo y seguir luchando por encontrar el camino a casa.

Varias horas después.

—¡Elena! ¡Elena! —gritaba Santi desesperado, buscándola.

Desde que deshicieron el camino hasta llegar a casa y vieron que Elena no estaba en la puerta esperando, se culpaba por haberla dejado marchar sola. Era un imbécil, un gilipollas, un rencoroso, un...

—¡Elena! —volvió a gritar.

Los hombres habían salido a buscarla inmediatamente, provistos de linternas y una manta. Las mujeres se quedaron en la casa, esperando su regreso.

Natalia quiso acompañarlos, pero tras una discusión con Rubén optó por permanecer en la vivienda. Si Elena encontraba el camino de vuelta, ella la recibiría con los brazos abiertos, una taza de caldo caliente y la alegría por su regreso.

Ya era noche cerrada y no localizaban a Elena por ningún lado. Hacía frío y, para colmo, una fina lluvia había comenzado a caer sobre ellos.

—La buscamos media hora más y, si no la encontramos, habrá que llamar a emergencias para que nos ayuden —aconsejó Rubén.

—Yo creo que ya los tendríamos que haber llamado. Elena lleva perdida cuatro horas —comentó el otro amigo.

—Todo esto es culpa mía. Si no me hubiese peleado con ella... —se lamentó Santi.

Rubén se acercó a su amigo y le puso una mano sobre el hombro.

—No sabíamos que esto iba a pasar. No te culpes más. Ahora hay que mantener la esperanza. No es momento para venirse abajo.

Santi asintió a las palabras de Rubén y continuaron la búsqueda.

Natalia llamó por teléfono para que la informasen de cómo iba todo.

—Aún no la hemos encontrado —le dijo Rubén.

—Dile a Santi que no se le ocurra volver a casa sin ella —amenazó a su amigo.

—Natalia no creo que...

—¡Díselo! —gritó su novia antes de colgar.

Rubén se giró para hablar con Santi, pero este había escuchado la conversación telefónica y sabía lo que su amigo iba a decirle.

—Encontraré a Elena aunque sea lo último que haga en mi vida —masculló con los dientes apretados por la rabia y la culpabilidad.

53

Elena estaba helada de frío. No dejaba de temblar y de llorar. Los dientes le castañeteaban tanto que no era capaz de llamar a sus amigos para hacerlos llegar hasta el lugar donde se encontraba.

Cada lágrima que resbalaba por su piel la hería. Salían de sus ojos calientes, pero a medida que resbalaban por sus mejillas se transformaban en hojas afiladas de metal que la arañaban, produciéndole dolor.

Encogida sobre sí misma, con las manos y la cara enterradas entre sus piernas, guardando el poco calor corporal que aún le quedaba, recordó a su familia, a sus amigos y a su gran amor.

Ya no culpaba a Santi de su situación, de estar perdida, sola y desamparada en mitad de la montaña. Ciertamente era que debido a la discusión que habían mantenido ella había tomado la decisión de marcharse, pero había sido ella, y solamente ella, quien lo había decidido. Santi no le dijo «vete» en ningún momento, así que no podía culparlo. Podría decirse que su exnovio la había empujado, con sus palabras, a marcharse de allí, pero ella había tenido la oportunidad de quedarse o no. Y al final su decisión la había llevado a estar como se encontraba ahora.

Los ruidos del bosque la asustaban y la ausencia de luz la tenía en un estado de ansiedad difícil de controlar. Y encima se había puesto a llover. Las gotas de agua caían sobre ella, empapándola, y se le clavaban en el cuerpo como agujas, penetrando a través de las prendas que llevaba.

Le pareció oír su nombre en la voz de Santi, pero se dijo que tan solo era una ilusión de su cerebro.

Pero la voz sonó más fuerte y más cercana.

¿Sería posible que...?

—Santi —intentó llamarlo, pero de su garganta no salió ningún sonido.

Miró a su alrededor y creyó ver luces que se acercaban a ella.

Trató de ponerse en pie, pero su cuerpo no respondía.

Segundos después, las luces y las voces se alejaron de ella.

—Estoy aquí. Dad la vuelta, por favor. Estoy aquí.

—Ya hemos pasado tres veces por esta zona, Santi. Aquí no está.

—Tiene que estar, Rubén. Lo noto. Hay algo... algo me dice que Elena está cerca.

—Voy a llamar a emergencias. Ya ha pasado la media hora que dijimos y no la hemos encontrado. Cuanto más tardemos en acudir a los profesionales, peor para tu chica —le dijo el otro amigo.

Sacó el móvil y marcó el 112.

Santi, desesperado, miró a su alrededor. Anduvo unos metros en una dirección y después regresó.

—Voy a ir por esa zona de allí —le indicó a Rubén.

—No te pierdas tú también —suplicó su amigo.

Santi comenzó a caminar mientras no dejaba de llamar a Elena a voces.

Iba despacio, alumbrando con la linterna sus pasos, mirando por todos lados y rezando por encontrarla.

¡Tenía que encontrarla! Si no lo hacía, se moriría. Su vida ya no tendría razón de ser si Elena no estaba en ella.

De pronto, le pareció escuchar un sonido que no tenía nada que ver con los animales del bosque, ni con sus pisadas, ni con la lluvia que caía.

Se detuvo y agudizó el oído.

Era como un lamento... un sollozo, una vocecita que decía «Estoy aquí».

Giró en redondo, llamándola de nuevo.

—¡Elena!

Con la luz de la linterna iluminó a su derecha y a su izquierda hasta que descubrió, confundiéndose con el tronco de un árbol, un bulto que temblaba y supo que era ella.

Echó a correr con el corazón desbocado hasta que llegó a su lado y, al alumbrar con la linterna, se dejó caer al suelo a su lado, llorando como un niño pequeño, con un alivio inmenso en el pecho.

La había encontrado.

54

Santi entró en la casa con Elena en brazos. Desde que la había encontrado, no había permitido que otro que no fuera él cargase con ella, a pesar de la insistencia de Rubén y su amigo en ayudarlo.

Elena no dejaba de tiritar, recostada contra el pecho de su exnovio. Podía sentir el latido de su corazón y la calidez de su pecho reconfortándola.

—Sufre una hipotermia leve. Preparad un caldo o una sopa —les pidió a sus amigos—. Y lo subís a mi habitación. Estaré allí con ella. Necesita entrar en calor lo antes posible.

—¿No sería mejor que la metieses en una bañera con agua caliente? —preguntó Natalia.

—No, el cambio tan brusco de temperatura podría causarle un shock. Es mejor que su temperatura corporal suba gradualmente con las mantas al mismo tiempo que retiene el poco calor que le queda. Confía en mí. Tengo algunas nociones de primeros auxilios en la montaña.

—Santi, sería mejor que yo me ocupara de Elena —dijo su amiga.

—No, Natalia. Quiero estar yo con ella. Es mi novia, mi responsabilidad. Mía y solo mía —dijo, cortando su respuesta.

—No tienes ningún derecho sobre ella. Elena no es de tu propiedad.

—¡He dicho que quiero estar yo con ella! —les gritó para que lo dejaran en paz.

Todos se sobresaltaron por aquel arranque de mal genio. Santi normalmente no gritaba y no perdía los papeles, pero si se había puesto así era por la tensión del momento y, Natalia imaginó, por el remordimiento y la culpa de lo que pudiera sucederle a Elena.

Así que no lo siguieron cuando él inició el ascenso al piso superior, directo a su habitación.

Al escuchar el grito que él dio, Elena se encogió aún más contra el pecho de Santi.

—No grites, por favor —susurró con un hilo de voz.

—Te vas a poner bien, tranquila. Voy a cuidar de ti.

Al llegar al cuarto, sentó a Elena en una silla y se quitó la ropa. Cuando estuvo desnudo, hizo lo mismo con ella, dejando las prendas mojadas en el suelo. Volvió a cogerla en brazos y se dirigió a la cama, donde apartó el edredón, la manta y la sábana de un tirón y se metió con ella dentro, volviendo a taparse.

—Estás helada, cielo, pero ya verás que dentro de poco entrarás en calor —murmuró contra su pelo húmedo, abrazándola con fuerza.

Elena no contestó. Con la cara enterrada en el pecho de Santi, aspiraba su olor, sintiéndose otra vez como en casa.

Santi le frotaba los brazos y la espalda con las manos para acelerar el proceso y, con los pies sobre los de ella, intentaba transmitirle todo el calor de su cuerpo, dando gracias a Dios por haberla encontrado viva.

—Gracias por buscarme —susurró Elena pasado un tiempo.

—Te buscaría hasta en el infierno si fuera necesario. Perdóname por haber sido tan gilipollas.

—Me fui porque quise. No te culpes.

—Si yo no te hubiera tratado como lo hice... —se lamentó él.

Elena alzó la cabeza y lo miró intensamente.

—Estabas en tu derecho. Entiendo que todavía estás resentido conmigo por haber leído tus diarios. Estuvo muy mal y me arrepiento.

—No le des más vueltas, Elena. Ya pasó. Olvidémoslo y sigamos adelante juntos.

—¿Juntos... cómo? —preguntó cautelosa. No quería hacerse ilusiones por si acaso no era lo que ella pensaba.

Santi respiró profundamente.

—He sentido un miedo atroz al ver que pasaban las horas y no te encontraba. Si llego a perderte... —Se le formó un nudo en la garganta al pensar en esa posibilidad—. Te quiero en mi vida ahora y siempre, Elena, porque me he dado cuenta de que lo mejor es encontrar a una persona que conozca tus virtudes y tus defectos y, aun así, continúe creyendo que eres especial e increíble. Yo te he encontrado a ti. Lo sabes todo sobre mí, hasta mis secretos más oscuros, y a pesar de todo has seguido a mi lado, amándome...

Cayó en la cuenta de que, después del tiempo transcurrido y de todos

sus desplantes hacia ella, era posible que Elena lo hubiese olvidado, así que se apresuró a salir de dudas.

—Porque todavía me amas, ¿verdad?

—Sí, aún te sigo amando. Con tus luces y tus sombras. Con tus defectos y complejos —respondió con una sonrisa.

Santi, bajó la cabeza, buscando sus labios para darle un delicado beso.

Elena se apretujó más contra él y suspiró feliz.

Unos golpes en la puerta los interrumpieron.

—Adelante —dijo permiso Santi.

Natalia entró, portando en sus manos una bandeja. Echó un vistazo a la pareja acurrucada en la cama y sonrió.

—Aquí está el caldo para que Elena se caliente también por dentro —indicó, poniendo la bandeja sobre la mesita de al lado de la cama—. Es tu responsabilidad que ella se lo tome. De lo contrario, te las verás conmigo —le advirtió a Santi.

—Tranquila, no quedará ni una gota —contestó él.

Natalia salió de la habitación, volviendo a dejarles intimidad.

55

Al día siguiente, Elena se despertó enredada en los brazos y las piernas de Santi.

—Buenos días.

—Buenos días —ronroneó ella, desperezándose.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien. Muy bien, de hecho.

—¿Seguro? ¿No has tenido pesadillas con lo de ayer? —quiso saber él.

—No. ¿Sabes que solo duermo tranquila y sin miedo cuando escucho tu corazón?

—Elena... —suspiró Santi por el comentario tan bonito que ella había hecho.

La cogió por la nuca para fundir sus labios con los de ella en un lento beso.

—Pues que sepas —comenzó a hablar él, después del beso— que mi corazón es tuyo para siempre. Te pertenece, porque tú eres la única que me abriga cuando mi alma tiene frío.

—Santi, eso que has dicho es...

Elena se emocionó y no pudo seguir hablando.

—Te quiero, mi vida —susurró él, besando las lágrimas de felicidad que corrían por sus mejillas.

Pasado un tiempo, en el que no dejaron de besarse, Santi habló de nuevo.

—Tengo que contarte algo.

Elena lo miró expectante.

—En Navidad no fui a Burgos.

—¿Y la pasaste solo en Madrid?

—En teoría, estaba contigo y con tu familia —dijo él.

Elena frunció el ceño, sin entender.

—En todo este tiempo, no les he dicho a mis padres y a mi hermano que habíamos roto, así que... se supone que pasé las fiestas con mi novia y los

suyos aquí en Madrid. Y como no he vuelto a verlos desde que tú estuviste conmigo en Burgos...

—¿Llevas tres meses sin ver a tu familia?

Santi asintió.

—Pero he hablado con mi madre por teléfono. No sé si te alegrará saber que a mi hermano ya le han arreglado la boca.

—Pues creo que la próxima semana deberíamos ir. Tengo curiosidad por ver a Arturo «yo follo duro» y su nueva dentadura.

—¿Quieres dejar de llamar así a mi hermano? —le pidió Santi riéndose.

—¿Por qué? Si me lo dijo él. Quizá le compre un letrero con esa frase para que se lo pegue en la frente. O uno que diga «Soy un chulo prepotente que se cree Dios».

—Elena, no.

—Pues pienso que sería buena idea, así todas las chicas de Burgos estarían prevenidas.

Santi soltó otra carcajada y la abrazó más fuerte.

Transcurridos un par de minutos, Elena le preguntó algo que no dejaba de circular por su mente.

—Sé que me arriesgo a que te enfades conmigo ahora que nos hemos reconciliado, pero necesito saber qué ocurrió con la prostituta que mencionas en tus diarios.

—¿Quieres saber si tuve relaciones con ella? ¿Me dejarás de querer si es así?

—Te voy a seguir queriendo igual, Santi. Pero como me entere de que mis sospechas son ciertas, tu hermano las vas a pasar canutas la próxima vez que lo vea.

Santi pensó unos segundos cómo empezar a contarle lo que había sucedido.

—En realidad no pasó nada.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, no pasó nada.

—Pero en tus diarios ponía que...

—El señor «yo follo duro» y sus amigos me llevaron a un burdel para que me desvirgaran. Les parecía divertido ver cómo un niño de trece años

perdía la inocencia justo el mismo día de su cumpleaños a manos de una mujer de ese tipo. Arturo tiene un humor un tanto... macabro y cruel.

Hizo una pequeña pausa en la que solo se escuchó el ruido de sus respiraciones.

—Al llegar, hablaron con una de las chicas y todos juntos fuimos a la habitación de esta. Yo empecé a olerme lo que iba a suceder y quise escapar, pero mi hermano y sus amigos me atraparon. Entre todos me desnudaron, riéndose al ver que me faltaba un testículo. Yo pataleaba y daba puñetazos para que me soltaran, sin dejar de llorar. Entonces, la prostituta se apiadó de mí y los echó de la habitación. Cuando nos quedamos solos, me dijo que no tuviese miedo de ella. Yo le contesté que no quería hacer el amor con nadie y ella me respondió que estuviese tranquilo, que no me haría nada. Le parecía inmoral y cruel lo que mi hermano intentaba hacerme, así que me dio la ropa para que me vistiese. Me preguntó cosas del instituto, de mis amigos, y pasados quince minutos dijo que el tiempo había terminado. Que podía irme a casa, pero que nunca debía confesar que ella y yo no habíamos follado.

Al oír esto, Elena soltó un largo suspiro de alivio.

—Pues Arturo cree que sí porque eso fue lo que me dijo.

—¿Él te lo contó? ¿Por qué no me dijiste nada?

Elena rehuyó su mirada, avergonzada. Pero Santi la agarró por la barbilla para que lo mirase.

—Siento habértelo ocultado. Fue entonces cuando decidí leer tus diarios. Necesitaba saber si aquello era cierto y descubrir además tu complejo para poder ayudarte a superarlo. No te enfades otra vez, por favor —le suplicó.

—No estoy enfadado contigo, tranquila, pero quiero saber qué fue lo que mi hermano te dijo, aunque me lo imagino.

—Me contó que tu primera vez fue con una mujer que vendía su cuerpo. Supongo que lo haría con la intención de hacerme daño y alejarme de ti, pero no lo consiguió. Y más tarde, cuando tú me dijiste que conmigo sería tu primera vez, tuve mis dudas al respecto. En los diarios no aclarabas nada de lo que sucedió con aquella mujer, pero algo dentro de mí me decía que tú eras sincero, y si decías que yo iba a ser la primera chica con la que harías el amor, Arturo me había mentado.

—Mi hermano no sabe realmente lo que pasó en aquella habitación. Él piensa que sí lo hice con la prostituta porque, al salir del cuarto, ella le dijo que la tarifa había subido y le tenía que pagar un extra por desvirgar a un chico tan joven.

—¿Y tu hermano le pagó el extra?

Santi se rio.

—Sí. Le dio el doble de dinero que un cliente normal y ella no me hizo nada. Solo estuvimos hablando.

Elena se unió a su risa.

—Así que timó a Arturo y él ni se enteró.

—Chica lista esa fulana. Me alegro de que lo hiciera —dijo Elena—. Tu hermano se lo tenía merecido por gilipollas. Y el cabezazo que yo le di, también.

Santi la miró con intensidad unos segundos.

—Te quiero, Elena.

—Yo también te quiero —susurró ella, acariciándole con un dedo la cicatriz de la frente.

Comenzaron a besarse despacio y, poco a poco, Elena se colocó encima del cuerpo masculino, sintiendo todo su calor.

—Deseo que me quites estas ganas de ti —gimió, notando la dureza de Santi entre sus piernas.

—No tengo condones —la informó él.

—No importa. Mis días fértiles ya han pasado y por una vez que lo hagamos sin preservativo...

—¿Estás segura?

—Solo estoy segura de una cosa en mi vida —murmuró, recorriendo con ardientes besos el pecho de su novio— y es que quiero vivirla contigo.

—¿Con un hombre incompleto? —preguntó Santi.

Elena negó con la cabeza al tiempo que se movía para que el miembro de él se colase en su interior.

—Con un hombre maravilloso —dijo, notando cómo Santi la colmaba.

A la semana siguiente viajaron a Burgos para ver a la familia de Santi, pero no se alojaron en casa del joven. Reservaron una habitación para los dos

en el mismo hotel donde había estado Elena la otra vez.

Ese domingo, antes de regresar a Madrid, fueron a comer con los padres de Santi y su hermano. La comida fue algo tensa. Sin embargo, Arturo estuvo misteriosamente en silencio. Lanzaba furtivas miradas a Santi y alguna vez a Elena. Los padres de su novio se mostraron encantadores, intentando en todo momento que la madrileña estuviera a gusto con ellos.

Al acabar, Arturo salió de la cocina con rapidez, dejando allí al resto de la familia.

Elena fue tras él y Santi supo que su novia iba a hacerle a su hermano alguna de las suyas.

—Arturo —llamó a su cuñado—. Espera. Tengo un regalo para ti.

El joven se giró en mitad del pasillo y la miró con desconfianza.

Ella se le acercó.

—Vamos, está en la habitación. Dejé mi bolso allí cuando llegamos.

—No tienes por qué regalarme nada —soltó con acritud.

—Es que me siento mal por lo que te hice y quiero disculparme contigo.

Él la miró entornando los ojos y se alejó un par de pasos de ella.

Elena pasó de largo por su lado, caminando hacia el cuarto de los chicos.

Cuando llegó abrió su bolso, que había dejado sobre la cama de su novio, y sacó una pequeña caja.

—Espero que te guste. Se la pedí a los Reyes Magos con todo mi cariño para ti —dijo tendiéndole el envase de una dentadura postiza.

Arturo puso cara de espanto.

—¿Me tomas el pelo?

—No. Estaba muy preocupada por ti, de verdad. Me remordía la conciencia por haberte saltado un diente. Así que cuando escribí la carta a los Reyes...

—No necesito algo así —bufó molesto.

—Ya veo que el dentista te arregló la boca muy bien, pero yo estaba preocupada, así que venga, no te hagas el duro, además es muy bonita. ¿Te la enseño? —preguntó Elena, intentando contener la risa.

—No la quiero.

—Acéptala, anda, no seas tan arisco. Que lo he hecho con todo mi

amor. Mira que si otra mujer te hace lo que yo te hice, la vas a necesitar.

—Déjame en paz de una vez —masculló con rabia contenida—. No quiero que me hables, ni que me mires, ignórame todo lo que puedas, no quiero saber nada de ti ni de mi hermano.

Elena se hizo la ofendida.

—¡Vaya! Sí que eres rencoroso. Y yo que te iba a llevar a ver la Casa Museo del Ratón Pérez cuando nos fueras a visitar a Madrid...

—Desaparece de mi vista —siseó él entre dientes a pocos centímetros de Elena. Tenía ganas de zarandearla, pero no quiso tocarla por si acaso ella lo agredía como la otra vez.

—¿Esto es una despedida? Porque si es así déjame decirte una última cosa. —Tomó aire y, después de soltarlo, prosiguió—: Lo sé todo. Sobre Santi. Absolutamente todo. Sé cuál es su defecto físico y me importa muy poco si tiene un testículo, dos, o veintitrés. Funciona correctamente, y tu hermano lo sabe usar muy bien; me da muchísimo placer y eso es lo que cuenta. Además, sé lo de la prostituta. Sé que lo llevaste siendo un niño de apenas trece años a un burdel; sé que os estuvisteis riendo de él cuando se desnudó, pero lo que tú no sabes es que la chica no hizo nada con él y a ti te cobró el doble por ser tan cruel con tu hermano. Esa mujer fue lista y te timó. No te puedes imaginar lo mucho que me reí cuando Santi me lo contó. Todavía me descojono cada vez que lo recuerdo. ¡Qué tonto fuiste, Arturo! Pero te está bien empleado por gilipollas.

—Elena, ¿ya te has despachado a gusto con mi hermano? —Oyeron que preguntaba Santi detrás de ellos.

Ninguno se había dado cuenta de que llevaba varios minutos allí escuchando la conversación.

—Anda, cielo, no lo martirices más. Pobrecito —añadió con voz burlona.

—No quiero que tu novia se acerque a menos de tres metros de mí —dijo Arturo.

—No muerdo, ¿eh? —replicó Elena.

—Morder no muerde, pero pega cada cabezazo... —se rio Santi, y le hizo un gesto a Elena para que se acercase a él—. Tú lo sabes bien, ¿verdad, Arturito? —Miró a su hermano con la burla en los ojos.

Arturo no contestó y la pareja se dio la vuelta para abandonar la habitación. Elena ya lo había torturado bastante y, con todo lo que le había dicho sobre que ya sabía los secretos de Santi, estaba segura de que Arturo se daría cuenta de que ella amaba a su hermano por encima de todas las cosas, sin importar su físico ni su pasado.

Se despidieron de sus padres y emprendieron el regreso a Madrid.

Epílogo

Nueve meses después.

—Vamos, Elena, empuja —le pidió la matrona que asistía el parto.

—Si ya empujo, pero es que con la epidural no siento nada de cintura para abajo. No sé si lo estoy haciendo bien o mal.

Santi, a su lado, le agarraba la mano para darle ánimos, porque poco más podía hacer en esos momentos.

—Lo estás haciendo estupendamente —dijo la doctora—. Solo necesito un par de empujones más y vuestro hijo nacerá. Así que, a mi orden, empuja con todas tus fuerzas, ¿de acuerdo? Vamos allá. Una, dos, tres. ¡Ahora!

Elena hizo lo que la matrona le pedía mientras Santi observaba alucinado el milagro que se estaba produciendo.

Había pasado todo el embarazo de Elena intranquilo, y ahora todas sus dudas sobre el bebé se iban a despejar.

Cuando ella lo informó, varias semanas después de reconciliarse, de que no le había venido el período ese mes, él no podía creérselo.

—¿No dijiste que tus días fértiles habían pasado y que no corríamos ningún peligro?

—Bueno, pues me equivoqué —contestó ella—. Al parecer soy más fértil de lo que pensaba. O quizá tú tengas una puntería excelente.

—¿Cómo voy a tener una puntería excelente si me falta un testículo? —preguntó él, anonadado.

—Pues con un solo huevo has acertado a la primera, hombretón —se rio Elena.

Y vaya que si había acertado. La prueba acababa de llegar al mundo entre lloriqueos que semejaban los de un gatito.

Nada más sacar al bebé de entre las piernas de Elena, la matrona se lo puso en el pecho unos segundos para que madre e hijo se conocieran.

—Qué bonito es —murmuró Elena, mirando a su niño recubierto de sangre y una sustancia blanquecina de aspecto graso.

—Es precioso, y tú eres una campeona —dijo Santi, inclinándose sobre

ella para besarla en la frente.

—¿Quiere el padre cortar el cordón umbilical? —preguntó la matrona.
Santi y Elena se miraron unos segundos.

—Sí, sí quiero —contestó Santi, sintiéndose de ese modo más partícipe del nacimiento de su bebé.

Para él fue un momento de gran significado porque le estaba dando la bienvenida al mundo a su hijo y aquello era una experiencia especial y única. Sabía que en algunos hospitales, y según el tipo de parto, permitían hacer eso, así que disfrutó de esos pocos segundos, notando cómo el cordón umbilical continuaba latiendo antes de separar a Elena del niño.

—Voy a limpiarlo y a hacerle las pruebas que les hacemos a todos los recién nacidos, y enseguida os lo devuelvo —comentó un enfermero, llevándose al pequeñín.

Santi lo siguió con la mirada, hechizado por su hijo. Era la criatura más bonita que había visto en su vida.

—Acércate a él y míralo bien mientras lo limpian. Sé que estás deseando verlo desnudito y comprobar si le pasa lo que a ti o no —susurró Elena.

—No te quiero dejar sola.

—De aquí no voy a moverme. —Elena hizo un elocuente gesto, señalando la camilla en la que estaba despatarrada, con la matrona en medio cosiéndole la episiotomía.

Santi se acercó al enfermero que estaba con su bebé en otro lado del paritorio y observó, sin molestarlo en su quehacer, a su hijo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y un suspiro ahogado salió de su garganta.

—Tenga —dijo entregándole al pequeño—. Puede llevárselo a la madre y que le empiece a dar el pecho lo antes posible.

—Gracias, pero le vamos a dar biberón, así participaremos los dos en su alimentación y sus cuidados —contestó con un nudo en la garganta y el niño en los brazos.

Podía haberle contado que Elena tenía un pezón invertido y que le iba a resultar difícil amamantar al bebé, aunque no imposible, así que para ahorrarse molestias innecesarias habían decidido que lo criarían con leche de fórmula. Lo importante era que su hijo estuviese alimentado. Les daba igual

de la forma que fuera.

Pero no le dijo nada de esto al enfermero. Solo le pidió que les llevaran un biberón cuanto antes.

Se acercó a Elena, que había observado toda la escena desde la camilla y escuchado la conversación de los dos hombres.

Santi la miró intentando retener las lágrimas que acudían a sus ojos.

—¿Y bien? —preguntó Elena, arqueando una ceja.

—Está completo. Es un hombrecito perfecto y completo —contestó, rompiendo a llorar emocionado con su hijo en brazos.

Fin

Agradecimientos

Son tantas las personas a las que tengo que agradecer su apoyo incondicional que no sé por dónde empezar. Quizá lo mejor sea por las lectoras, porque sin ellas las autoras no tendríamos razón de ser. Debería continuar por mi familia, gran apoyo para mí; por mis lectoras cero y mejores amigas, Vanessa Valor y Mónica Quiroga, que siempre están ahí para exigirme ir un paso más allá, crecer como escritora, ser más rebuscada con las tramas de las historias; también por sus críticas negativas y positivas a los manuscritos de mis novelas. Tengo que agradecer de igual modo a Javier C. R., experto en salvamento en la montaña y primeros auxilios, por decirme qué tenía que hacer Santi cuando Elena sufre esa leve hipotermia. A mis compañeras de letras por el apoyo que me dan, por compartir mis publicaciones en facebook y por los buenos ratos que pasamos juntas en las presentaciones, los eventos literarios que se organizan por toda España... Y ahora que menciono los encuentros románticos, también debo dar las gracias a las personas que se involucran en estas cosas porque así nos acercan, nos unen, a las autoras con las lectoras, y eso es algo maravilloso. Mil gracias por crearlos y organizarlos con todo el trabajo y el esfuerzo que supone llevar a cabo algo así.

Y, para terminar, doy las gracias a Ediciones Kiwi y a mi editora Teresa por confiar en mi trabajo otra vez, por resolver mis dudas, por calmar mis nervios y por cuidarme como autora.

Creo que no me dejo a nadie. Si es así, daros por agradecidos ;)



Xzofrenick

*El que lee mucho y anda mucho,
ve mucho y sabe mucho.*

Miguel de Cervantes

